3 1761 09544745 4

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/ayerhoyymaanalaf02flor

AYER, HOY Y MAÑANA.

LS
F6337a

AYER, HOY Y MAÑANA,

ó

LA FÉ, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD.

CUADROS SOCIALES

DE 1800, 1850 Y 1899,

DIBUJADOS A LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES.

TOMO II.

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT.
Costanilla de Sta. Teresa, núm, 3.—Madrid.

456936
28. 1. 47

PARTE PRIMERA.

AYER,

Ó LA SOCIEDAD DE LA FÉ EN 1800.

TERCERA EDICION

CORREGIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA.

II.

CUADRO VEINTE Y SEIS.

Las carreras en 1800.

Por eso el hombre, cuando Dios le dijo que comeria el pan con el sudor de su rostro, comprendió que trabajando ganaria el pan necesario á su alimento, y que volviendo á trabajar, sudaria el pan que habia comido. Interminable tela de Penélope que con la vida viene y con ella se va, y en la cual, los economistas modernos, no adelantan un solo paso. La vigilia y el trabajo, siguen siendo las vísperas de la comida, y desde los tiempos del padre Adan hasta el dia, siempre ha sido mas fácil hallar un taller que un refectorio.

Nadie, sin embargo, se moria el año 1800 por no tener que comer, y aunque á las puertas de

casa tenian el *año del hambre*, no vino este á tomar carta de naturaleza, sino como transeunte y para mejor inculcar en los estómagos la voz de alerta al trabajo.

Era el *ayúdate y Dios te ayudará*, el catecismo económico de aquellas gentes, y persuadidos de que la Providencia no se le aparece sino al que la busca, y de que no hay atajo sin trabajo, ni se cogen truchas á secas, decian sin cesar que, *á Dios rogando y con el mazo dando.*

En lo primero todos estaban conformes. El reino, que no la nacion (á la que mas tarde gritaron, *muera*) era Católico, Apostólico, Romano, y todos rogaban á Dios del mismo modo, aunque no todos le pedian la misma cosa. El que habia nacido sin pañales, se contentaba (por el pronto se entiende) con pedir unos de arpillera, al paso que el que los tenia de holanda, los queria de batista; pero todos, repito, rogaban á Dios del mismo modo. La diferencia principal estaba en la manera de dar con el mazo, y aun en el mazo mismo.

Teníanle los unos de oro, y jamás le usaban. Estos cíclopes de la sociedad antigua, eran los *mayorazgos*. Venian al mundo con la precisa obligacion de no hacer nada, á excepcion del ejercicio á caballo y en coche, para abrir el apetito de su apetitosa mesa.

Sus perezosos hermanos, los *segundones*, que

así los llamaba el vulgo, eran los cíclopes del mazo de plata y á veces de cobre. Trabajaban sin cesar, pero deslumbrados por el brillo del mazo del primogénito, daban muchos golpes en vago, y, ó no comian todo el pan que sudaban, ó sin sudar ninguno, alcanzaban algun mendrugo por caridad.

La hogaza solariega arrojaba, por vanidad, algunas migajas á los demás hermanos, pero sin dispensarles de esgrimir el mazo, porque este privilegio era exclusivo de la primogenitura.

Habia, sin embargo, muchos primogénitos, que no por madrugar en venir al mundo se libraban de sudar para comer, y aunque tardaban en agarrar el mazó, lo hacian, por último, y sudaban el pan que comian.

En esas familias, tanto daba nacer el último como el primero, y eran todos cíclopes de mazo de hierro; pero como este metal, aunque duro, es pesado de manejar, y no siempre daba sobre cuerpos blandos, cada cien granos de trigo solian costarle al cíclope mas de cien gotas de sudor.

Resulta pues que, entonces como ahora, y ahora como siempre, (con permiso de los comunistas) habia ricos y pobres; ó pobres, y ricos; que esta primacía de antigüedad no hace al caso, ni para el caso importa un ardite.

Habia, como digo, y sin necesidad de que yo lo dijera, gente rica, y gente pobre, y todos tra-

bajaban como Dios les daba á entender, ó como ellos entendian que Dios les mandaba.

No eran sus trabajos iguales, y por eso los bautizaban con distintos nombres. Para los primeros eran las *carreras*; los segundos no podian aspirar á otra cosa que á los *gremios*, y á *las artes*. Estas hacia algun tiempo que se habian acostado á dormir, y aunque tenian deseos de despertar, las gritaban desde muy lejos y en idiomas extraños, y no acertaban á sacudir el sueño.

Tampoco las carreras eran muy largas, porque aun no se habian traducido al español los itinerarios franceses, y menos, mucho menos aun, los alemanes, y á excepcion de cuatro brincos que daban en Calatayud los humanistas, y otros tantos los pandectas en Alcalá y Salamanca, casi puede decirse que los que seguian alguna carrera, ó se paraban á la mitad del camino, ó se paraban antes de empezar.

Pero habia carreras, y carreras nobles; carreras que no todos podian dar, ni á todos les era dado resistir.

La de la Iglesia, parecia la mas larga, y solia ser la mas corta. Por el camino real se tardaba mucho en llegar á ella; pero habia muchas veredas que acortaban extraordinariamente las distancias.

A las letras, se necesitaba ir provisto de bota y merienda, porque el viaje era muy largo, y so-

bre largo, penoso, y luego...luego, al término de la jornada, no todos tropezaban con el refectorio, los mas se encontraban un hospital ó una casa de locos.

Las armas, estaban siempre á un tiro de bala de todas partes. La carrera de la milicia era la mas corta de todas, si bien es cierto que algunos no la acababan nunca; pero eso consistia en que se habian metido en ella á ciegas, y sin un padrino que autorizara su bautismo. Y un padrino entonces, era un papel sellado sin el cual no eran válidos los memoriales.

Emprender una carrera sin un padrino, era cien veces peor que arrojarse al mar, en un buque sin timon y sin remos, y aunque no le conocian con el nombre de padrino, llamábanle hombre; de donde vino, y sigue viniendo, y es fama que seguirá, el decir que *no hay hombre sin hombre.*

Solo una carrera habia para la cual, el que la daba, no necesitaba mas hombre que el que le habia dado el ser; los demás le eran conpletamente inútiles.

Con una partida de bautismo, de fecha mas remota que la de todos sus hermanos, podia el mayorazgo ejercer su profesion de tal, en todas partes.

El mayorazgo no es un tipo que como el orador necesita hacerse despues de haber nacido, sino que como el poeta nace hecho, y hasta des-

pues de muerto no puede ser suplantado, por quien despues que él haya nacido.

Las universidades, los colegios de pajes, y los conventos, eran lugares excusados para el mayorazgo, que sin asistir á ninguno de ellos tenia hecha su carrera.

Sus padres no le contaban en el número de sus hijos, cuando se ocupaban de dar á estos educacion, y por eso, que no por ninguna otra razon matemática, se decia hablando de hijos, que «uno no es ninguno, que dos es uno, y que la familia es, cuando hay tres.»

El primogénito de las casas ricas era una potencia, desde el momento de nacer, y pronto le alzaba al rango de los gefes de familia, su oficio de mayorazgo.

Envidiábanle sus hermanos la prevision de haber emprendido la carrera antes que ellos, y aunque, pensando piadosamente, rogaban á Dios por su vida, si la perdia, el segundo ganaba en el acto el tiempo perdido, y de un golpe, sin exámen ni matrícula, alcanzaba el último grado de la carrera.

Nosotros, por ser la mas fácil de todas en cuanto á su ejercicio, y para que no nos demanden su primacía los mayorazgos, vamos á empezar por ella, dando antes á luz el siguiente cuadro preparatorio de todas.

CUADRO VEINTE Y SIETE

La letra, con sangre entra.

No era tan fácil, por aquel entonces, que las madres dejaran de criar á sus hijos, y poco conocida la suplantacion maternal de las nodrizas, era completamente ignorada la moda de los biberones. Padrastros, estos últimos, que la filantropía inglesa ha regalado á la humanidad civilizada.

A esa humanidad industrial que para inocular en el recien nacido el servilismo y la dependencia en que ha de vivir de las máquinas, le nutre y le da vida por medio de un aparato mecánico.

No eran entonces, repito, tan frecuentes esas madres, que dejan de serlo antes de haberlo sido, y para que un comadron, ó mejor dicho una comadre, recetase una nodriza, era preciso que el

caso fuera muy grave, y que hubiese verdadera imposibilidad física en la madre natural y legítima, para buscar una artificial y alquilada.

Amaestradas, por lo tanto, en la educacion física de sus hijos, querian serlo asimismo en la moral, y los preceptores venian á ser una especie casi tan ignorada como la de las amas de cria.

Por de pronto, el muchacho cumplia dos años, y á veces tres, y aun tres y pico, antes de soltar el pecho de la madre, y á esa edad empezaba á estudiar la manera de comer la sopa de ajo; alimento precioso que ha producido muchos, y muy robustos hombres de Estado.

Si el chico era despierto y precoz, de aquellos que, como decian sus padres, *no eran para este mundo*, (en lo cual maldito el favor que al mundo le hacian) si era despierto, á los cuatro años rompia á hablar. Rompimiento, sin embargo, que muchos mueren de viejos sin haberlo conseguido, á pesar de no ser sordo-mudos, ni tener frenillo. Y esto, dígalo el Santo Oficio, y otros oficios que no eran santos, ni estaban en camino de serlo, era un mal muy comun en aquella época.

La lengua era entonces una dama muy recogida, que callaba muy buenas cosas; tantas, que por ser en ella crónico el frenillo, dieron en decir que otorgaba, cuando por no decir ni sí ni nó, guardaba silencio.

Pero, suponiendo que la comadre hubiese sa-

bido cortar el frenillo al muchacho, y que este rompiese á hablar á los cuatro años, siempre necesitaba otros cuatro para hablar por completo.

Sabia, pues, hablar á los ocho años, y ya estaba en disposicion de ir á la escuela de primeras letras. Pero, ¿qué iba á aprender allí? ¿La doctrina cristiana, y la cartilla, y el Fleuri, y acaso á escribir, y á sumar, restar, multiplicar, y partir?

Y todo eso, ¿no lo sabia nadie mas que el maestro de escuela? ¿No podia saberlo tambien el padre del chico? Y suponiendo que no lo supiera, cosa muy fácil de suponer, ¿valía la pena de que el niño abandonase el regazo materno para pasar á poder de un preceptor por solo el gusto de aprender esas cosas?

Claro es que no, lector amigo, claro es que no.

—Hijo de mis entrañas, decia la madre, no quiero que se aparte de mi lado nunca, demasiado me le maltratarán si yo me muero, y su padre le dá una madrastra, que no pondria yo las manos en la lumbre para decir que no lo haria.

Y solia contestar el padre:

—Pues, bien, mujer, no te apures, que no vaya á la escuela, que tiempo tiene, y para lo que allí aprenden, mejor está á nuestro lado.

—Mucho que si, solia replicar la abuela; todo lo que yo tengo es para él, y no necesita estudiar ni romperse la cabeza aprendiendo esos números y esas tramoyas que los enseñan. Yo no

conozco la B, ni en mi vida he cogido la pluma para hacer una cuenta, pero aun está por nacer el que me ha de engañar. Angelito, solia añadir, que sea un burro, que así le quiere su abuela, y no que le regañe y le mire con malos ojos ningun maestro.

Alguna vez, como he dicho, solia el padre saber leer, y se resolvia á enseñar á su hijo; dándole asimismo alguna leccion el fraile que iba de visita á la casa.

Cuando no sucedía así, y se determinaba que el chico aprendiese á leer y escribir, siquiera no le hiciese falta para comer, como decian sus padres, el muchacho pasaba á poder del maestro de primeras letras. Pero no de repente y sin que precediesen varias formalidades, y grandes sesiones entre los esposos; informándose anticipadamente de si era violento el carácter del preceptor, y de otras mil circunstancias, hasta que por fin llegaba el dia del sacrificio.

Y le hacian tan grande, que la madre se tapaba los ojos para no ver salir al muchacho, que sin embargo, no se iba para siempre de su lado, sino que faltaria desde entonces, cuatro horas por la mañana, y tres por la tarde.

El padre no iba tampoco muy sereno, y le temblaba la mano con que agarraba la de su hijo para hacer de él la presentacion oficial.

El maestro los recibia sonriendo; primera y

última sonrisa que veia el discípulo, y en presencia de éste le decia el padre:

—Mire vd. que es muy niño, y que no me corre gran prisa el que aprenda. El es demasiado listo, y sacará vd. un discípulo que le dará honor. Pero no me le riña vd. porque es muy sensible y se pondria malo.

El padre no seguia hablando porque peligraba su ternura, y el maestro le daba toda clase de seguridades, diciéndole que él no acostumbraba á maltratar á los niños y que ningun padre tenia queja de su manera de enseñar á los muchachos.

—Lo sé, replicaba el padre, y por eso le he traido á casa de vd., porque hay otros maestros tan bárbaros, que se ceban con los niños y los martirizan.

No le agradaba gran cosa al maestro la dura calificacion que se hacia de sus comprofesores, pero arqueaba las cejas, y aun añadia alguna palabra de reprobacion á la conducta de aquellos bárbaros, sonriendo de nuevo al salir hasta la puerta de la escalera, para despedir al padre del niño, que sin más ceremonia quedaba instalado entre los demás muchachos.

La ausencia del maestro, por breve que fuese, era siempre una señal cierta de insurreccion y de bullanga.

Mas tiempo tarda la cerveza en apercibirse de que ha saltado el tapon que la aprisionaba en la

botella, que los escolares en sublevarse apenas vuelve el maestro la espalda.

Toma el uno por asalto y de un solo brinco la silla magistral; empuña el otro las disciplinas; aquel se cala las gafas; el de mas allá salta sobre su compañero, y en dos segundos, ni queda cosa con órden en la sala, ni hay un solo muchacho que no tome parte en la insurreccion.

Pero vuelve el maestro y no hay en la escuela ni el menor vestigio de la pasada broma. Su silla está desocupada, las gafas en su puesto, las disciplinas sobre la cartilla, y los muchachos con los ojos fijos cada cual en su libro.

Al maestro, sin embargo, no le engaña aquella calma; sabe que ha destapado la botella y tiene por cierta la salida del líquido. A pesar de esto, disimula, y calla, y se sienta y vuelve á continuar las importantes funciones del magisterio.

Los muchachos le miran de reojo para saber á qué atenerse, y tiemblan al verle empuñar la *palmeta* en la derecha, y el catecismo cristiano en la izquierda.

Un sudor frio les entra á todos, sus brazos encojen cuatro dedos, y desaparecen de repente todas las manos.

El primero á quien le pregunta el maestro ¿cuántos Dioses hay? sabe que hay uno, pero teme que al maestro le parezcan pocos, mira la palmeta y dice que hay cuatro.

Y cuando ve que el maestro se levanta para arrimarle cuatro palmetazos, dice que hay cinco, y seis, y doce, hasta que por último le descargan igual número de golpes sobre la palma de la mano.

Al que está á su lado le repiten la pregunta, y aturdido con el dolor de su compañero, no acierta á contestar, y el maestro le busca en la mano la respuesta.

Y sucede á veces, que el mal aconsejado niño, sin contar con el olfato del perdiguero, se unta la mano con ajo para no sentir el golpe y allí se arma la de Dios es Cristo.

Dos de sus mas queridos compañeros, por órden del maestro, le cargan sobre sus hombros, y recibe una despiadada lluvia de azotes, con unas disciplinas de cáñamo, amenizadas con unas bolitas de plomo en la punta de los flecos.

Si el muchacho no llora, con sus azotes se queda, pero si el dolor toma la forma escandalosa, doblándole la racion le hacen saber que está prohibido el derecho de sentir semejantes frioleras.

Y así continúa la enseñanza suave y pacífica, del mas pacífico y suave de los códigos religiosos, hinchándosele por momentos las narices al preceptor, brotando sangre sus ojos y tiñéndosele de azul el semblante.

Una vez comenzado el vapuleo no hay un solo

niño que deje de ser vapuleado; y no porque todos ignoren lo que les preguntan, sino porque la vista del tormento les hace vacilar en la respuesta.

Por eso el maestro se vuelve rendido al sillon de brazos, hartos los suyos de haber enseñado la doctrina cristiana, y repite sin cesar:

—¡Oh! ¡yo les haré á vds. que aprendan lo que se les enseña!... La letra, con sangre entra.

Y satisfecho de su axioma escolástico, con sangre les enseña á deletrear, y á leer, y á escribir, y las cinco reglas de cuentas.

Suelen los chicos no aprender ninguna de esas cosas, pero no es culpa del maestro, ni menos del carpintero que hizo la palmeta de madera dura y gruesa, y agujereada, para que fuese mayor su elocuencia.

A ese artista, entonces artesano, se le debia la parte principal de la enseñanza.

En buen hora que el maestro de primeras letras supiese las del alfabeto, y pocas mas, entre ellas la *bastardilla*, y la *atanasia*, y fuese él de suyo gordo, y colérico, y tuviese cara de vinagre hasta para con su mujer, (que dicho se está que si no era casado no podia ser buen maestro), ¡pero de qué le habrian servido todos esos requisitos sin la colaboracion del carpintero!

¿Qué habria sido de la autoridad moral de su magisterio, sin la física que le prestaba el otro maestro?

Gran cosa habria hecho con decir á los muchachos que la *v de corazon* (que así se llamaba á la v vocal) suena *ve*, ¡si semejante teoría no hubiese tenido la demostracion práctica de la palmeta!

¡Pues no, sino suprimir las disciplinas y los azotes, y verán como no hay medio de lograr que los chicos aprendan que dos y dos hacen cuatro!

Sabíanlo así los maestros de entonces, y por eso no habia escuela en que el palo no fuese el primer preceptor. Y preceptor aprobado por la junta de escuelas, que examinaba esos atributos del magisterio con tanta detencion como los títulos de capacidad intelectual del maestro.

¡Pobres muchachos, si sus preceptores hubiesen sabido que con aquellas manos inflamadas por la palmeta, habian de firmar doce años mas tarde, un código político en el que se prohibiese á los maestros semejante método de enseñanza!

Por fortuna no lo adivinaron, porque ellos tenian por imposible que las letras entraran sin que les abriese el camino la sangre, y así continuaron en el ejercicio de la palmeta, satisfechos de su fuerza no menos que de su ciencia.

CUADRO VEINTE Y OCHO.

La carrera de mayorazgo.

Dice la Sagrada Escritura, que habiendo un dia guisado Jacob cierta menestra ó potage, su hermano Esaú, que volvia fatigado del campo, se llegó á él y le dijo:

«Dáme de ese potage rojo que has cocido, »pues estoy sumamente cansado; por cuya cau»sa se le dió despues el apellido de Edom.

»Díjole Jacob: Véndeme tus derechos de pri»mogénito.

»Respondió él: Yo me estoy muriendo, ¿de »qué me servirá á mí ser primogénito?

»Pues júramelo, dijo Jacob. Esaú se lo juró »y vendióle el derecho de primogenitura.

»Y así habiendo tomado pan y aquel plato de »lentejas, comió y bebió y marchóse, dándosele

»muy poco de haber vendido sus derechos de »primogénito.»

Desde entonces acá, todo lo que ha crecido la estimacion de las lentejas, en el mercado de las legumbres, ha disminuido el valor de las primogenituras, en la plaza de las consideraciones sociales.

Verdad es, que no se venden por una escudilla de potage, pero esto no prueba el mucho valor de las primogenituras, sino el poco precio de las lentejas.

Ayer, sin embargo, eran infinitos los Jacobs que hubiesen dado un plato, y hasta un rio de plata, por comprar la primogenitura. Los que andaban muy escasos eran los Esaus, y apenas habia un primogénito que á dejar de serlo, no prefiriera dejarse morir de hambre.

Y se morian algunos; ¡quién lo duda! Aunque no de hambre, sino de vergüenza de confesar que la tenian. Vergüenza muy natural si se atiende á que el primogénito de ayer no venia al mundo como el de hoy ni tampoco como sus demás hermanos.

El primogénito era la figura mas colosal de aquella época, y bien puede asegurarse que en él estaba vinculada la verdadera fé de los hombres de 1800.

Era cada primogénito el rey de su familia, y eran todos ellos en la sociedad, una familia de

pequeños reyes que daban no poco que hacer al verdadero monarca.

Nacia antes que ellos su importancia y su nombre, y ya en el vientre de su madre, tenian el privilegio de inspirar simpatía á los unos y antipatía á los otros. El mas íntimo de sus enemigos solia ser el que primero les abrazaba, y nunca con mas razon que entonces, se podia decir «manos besa el hombre que quisiera ver quemadas.»

El hombre, han de saber vds., que era nada menos que algun tio carnal del recien nacido, hermano del padre y presunto heredero del mayorazgo; el cual con la venida al mundo del primogénito, veia perdidas sus mejores esperanzas, y solo le quedaba la criminal de las viruelas, ó la escarlata ó la denticion, ó la de cualquier otro verdugo, de los muchos que atentan á la vida de los mayorazgos segándola en flor.

Y digo mayorazgos, y aun mayorazgos ricos, porque estos son los verdaderos primogénitos; los otros, los que no tienen mas gloria que la de haber venido al mundo antes que sus hermanos, suelen no tener mas ventaja que la de ser los primeros en pasar trabajos. Y los trabajos, vds. lo saben sin que yo lo diga, se amayorazgan en las familias, pero no los codicia nadie en fuerza de que alcanzan á todos.

Es el primogénito, de que voy á hablar en

este cuadro, el que tiene primogenitura viva y efectiva, en efectivo metálico, y en tierras de pan llevar, y en casas de pan comer, y en olivares, y en viñas, y en huertos, y en toda clase de fincas rústicas y urbanas, muebles é inmuebles, derechos de señorío y de mayorazgo con otras muchas é indeterminables gabelas.

Casóse su padre en edad madura con mujer jóven, resultando de su matrimonio no poca pesadumbre á los demás hermanos, que esperaban verle bajar al sepulcro soltero, y tenian arreglado su escalafon de ascensos en el árbol genealógico.

Si no les hubiera costado tanto trabajo el desviarle de cuantos enlaces proyectaba, habrian sabido disimular su enojo al verle ya casado, pero eran sus esperanzas muy crecidas y no podian perderlas sin rebelarse contra el que amenazaba quitárselas de un solo golpe.

Antes y despues de verificado el matrimonio, sufrió la cuñada fuertes desaires de sus parientes políticos, y despues de pasar los primeros meses en una continua guerra, dejaron por fin de visitarse, y aun de saludarse, hasta que las noticias de un próximo alumbramiento, les llevó á presenciar su inevitable desgracia.

No era el *majoratus nudæ masculinitatis* ni el *majoratus per saltum*, sino el que saltaba de varon en varon, y así podian heredarle uno de

estos como una hembra, y esta circunstancia agravaba la situacion de los parientes, avisados y constituidos oficialmente en la antealcoba de la parida.

Hacia allí el comadron un principal papel, y no hay para que decir que de su persona, y mucho mas aun de su conciencia, se ocupaban largamente los parientes del amo de la casa. Y no para elogiarle, ciertamente, sino para decir que de todo tenia cara menos de comadron, y que le creian capaz de *cualquier cosa.*

Allí la cosa cualquiera era un crímen; ó mejor dicho una docena, y no pequeños ni veniales, sino de los mas gordos que puede cometer persona alguna en el mundo.

El perjurio, el abuso de confianza, el robo, la suplantacion y otros por el estilo, eran los crímenes de que le creian capaz al pobre comadron, incapaz de otra cosa que de sacar una muela por otra, cuando aplicaba el gatillo á algun paciente.

Pero á traer de fuera de casa lo que solo era legítimo naciendo en ella, quitando á una madre el fruto de sus entrañas, para darlo á otra que no tenia entrañas al recibirlo, no se hubiera atrevido jamás el saca-muelas, que lejos de ser un criminal, era un hombre autorizado por la ley para indagar y denunciar el crímen.

Y lo peor del caso era la naturalidad con que

los parientes políticos de la parida, sospechaban de la buena fé del cirujano.

Acusábanle de los graves delitos indicados con la mayor indiferencia, diciéndose los unos á los otros:

—A mí no me engañan, ni me dan gato por liebre; todo el que entre en la alcoba ha de ir limpio como una patena, sin envoltorios ni embelecos.

—Yo, decia el hasta entonces presunto heredero, tampoco me mamo el dedo, y cuando vino el comadron, le desembozé con disimulo, para ver si nos traia el sobrino debajo de la capa.

Y mientras estas cosas decian, y tales otras sospechaban de su hermano, de su cuñada, y del comadron, ó de los dos últimos por lo menos, se apresuraban á encender la vela de San Ramon para que el santo diera *una hora chiquitita* á la parida, y andaban solícitos de un lado para otro, aparentando disponerlo todo para el mejor éxito del parto, como si de él hubiera de resultarles la suprema felicidad.

Acaso alguno de ellos, y no por ofenderlos, sino porque suele decirse que el que las piensa las hace, habria sido capaz de un crímen análogo al que sospechaba en los otros, pero estaban vigilados muy de cerca por la presunta abuela, madre de la parida, y su calidad de suegra la hacia tener una vista de lince, y una perspicacia sin igual.

Ella tambien suponia á los cuñados de su hija capaces de todo, pero los trataba con afabilidad y con dulzura, como si creyera en la buena fé de que hacian alarde.

—Cuánto siento, les decia con aire compungido, que la niña se haya hecho embarazada!... Vean vds. ahora qué dolor no será para todos el que ocurra una desgracia!

—A mí no me llega la camisa al cuerpo, decia y decia la verdad el mas allegado de los parientes, porque como ella está tan delicada!

—Por eso no tengo yo miedo, replicaba la suegra, tiene mi hija robustez, bendito sea Dios que se la dá, para echar al mundo un chico cada semana.

—Verdad es, pero dicen que esta luna es muy mala.

—Ríase vd. de lunas; nosotras somos de una familia que lo mismo hemos parido en creciente que en menguante.

—¡Dios lo haga así!

—Pues tranquilícese vd. porque yo tengo esperanzas de que lo hará, decia la suegra.

Y Dios lo hacia y el padre salia... como sale un padre en semejantes casos: ufano y gozoso á enseñar el recien nacido á las gentes que habia reunidas en el gabinete; las cuales se quedaban... como se quedan en semejantes casos los parientes: mas tristes que un comerciante que-

brado, y mas aflijidos qne un minero, cuando cansado de hacer cataduras se convence de que ha perdido el filon.

Dábanse mil enhorabuenas por aquella hora mala, y convencidos de que todo su dinero estaba en aquel albur, y que habia venido la carta contraria, volvíanse á sus hogares, si los tenian, á pasar los trabajos que de seguro no les faltaban.

El recien nacido encontraba en cambio hecha su fortuna, y sin el sudor de su frente empezaba á comer el pan en el pecho de su madre.

Sin quemarse las cejas estudiando, sin tostarse la cara cultivando la tierra, y sin arrancarse las uñas cavando, tenia asegurada la subsistencia, y con solo el trabajo de nacer, tenia hecha la carrera de mayorazgo.

Así le llamaban desde entonces sus padres, y las gentes todas le rendian vasallage, como á doctor nato en la gran ciencia de la vida: la de ser rico sin las vísperas fatales de la pobreza.

El mayorazgo mamaba, y era aun muy niño, cuando ya constituia una potencia rival de la de su padre. A éste le volvian la cara muchos de los que adulaban y ponian en el quinto cielo las gracias del recien nacido, cuya precocidad solia ser extremada.

Antes de romper á hablar, ya habia roto la cabeza á algun criado, porque estuvo torpe en

adivinarle algun capricho; y las primeras palabras que supo pronunciar, fueron las de decir, que él era rico y que todos eran sus criados.

Alarde de primogenitura que le enseñaban los encargados de su educacion y que el padre aplaudia constantemente.

De siete años escasos ya desempeñaba muchas funciones de amo de casa; cuando cumplia los diez ó los doce, ya no habia allí mas amo que él. Estaba en el pleno ejercicio de sus funciones de mayorazgo, aunque no estaba terminada su carrera. Sabia, y esto era lo principal, que era rico, pero debia aprender á serlo y sobre todo á lucirlo.

Tenia, lo que se llama necesidad de darse á luz, de salir al mundo. Bastábale su cualidad de primogénito y de mayorazgo, para abrirse paso por todas partes, pero le hacia falta un heraldo que le anunciara á las gentes.

Porque, no hay que dudarlo, un mayorazgo sin ayo, seria lo mismo que una guitarra sin cuerdas, ó un fusil sin cañon, ó un hombre sin cabeza.

El mayorazgo, mas ó menos contrahecho, alto ó bajo, á veces buen mozo, se encargaba y no hacia poco en esto, de ser el cuerpo, pero la cabeza corria toda de cuenta del ayo.

Para este cargo buscaban los padres un sacerdote de sólida piedad, como se decia entonces,

de instruccion vasta, esto es, que supiera cuando menos latin, y que fuera sobre todo *hombre de peso.*

Con esta última circunstancia se transigia difícilmente en aquella época. Y no porque los hombres se dieran por libras, sino porque la gravedad y el aplomo, eran una garantía segura para aquellos hombres graves y aplomados.

Lo primero que decian al cura, era que cuidase de que el niño no estudiara, porque era mayorazgo y precisamente por esta razon le ponian ayo. Y aunque este buen señor quisiera hacer lo contrario de lo que le decian, no lograba nunca que el pupilo aprendiese otras cosas que las únicas que él no le enseñaba.

Si en su casa habia lacayos, era la envidia de estos en cuanto á esperezarse y á roncar y á jugar al morro. Del cochero aprendia perfectamente el manejo del látigo; á pocas lecciones que recibia del mozo de mulas, podian estas temblar á su lado; á tirar la barra, no le ganaba el pinche de la cocina, y á matar vencejos, podia apostarlas con el mejor cazador de oficio.

Eran, ciertamente, estos ejercicios corporales los únicos que le hacian falta para su profesion de mayorazgo, porque si alguna vez tenia que hacer uso de la cabeza, echaba mano del ayo, con quien siempre andaba cosido á pespunte, y salia del paso.

Si queria preguntar alguna cosa, y preguntaba muchas, aunque no todas las que ignoraba, el ayo hacia las preguntas; si se trataba de responder, respondia el ayo; las cartas, el ayo las leia y el ayo las contestaba, y por último, no necesitaba calentarse la cabeza para sentir la impresion de los objetos que herian su vista, porque el ayo le avisaba cuando debia llorar ó reir, y reia ó lloraba hasta que le decian que lo dejase.

El amor, aunque lingüista universal y papagayo de toda casta de gentes, no se atrevia á infundir su locuacidad al mayorazgo, que permanecia al lado de la mujer que amaba, tan frio y tan silencioso, como al lado de la mujer que aborrecia.

Tambien corria de cuenta del ayo la declaracion del atrevido pensamiento amoroso, y hasta era suyo muchas veces, el atrevido pensamiento de amor. Porque el mayorazgo no estaba obligado á tener amor, sino á tener mujer, y aunque el Catecismo mandaba á los padres que diesen á sus hijos estado, no contrario á su voluntad, no era lo mismo la voluntad de los padres que la del ayo.

Este hacia un estudio minucioso de las rentas de su pupilo, y con arreglo á ellas le buscaba la novia, sin dirigirse á esta para nada, pues nunca faltaba otra aya con quien entenderse, y á falta del aya, una madre ó una tia, ó cualquier otra potencia intermediaria.

Ajustadas las simpatías de los contrayentes, con la pluma en la mano, y despues de bien sumados los olivos, y las fanegas de trigo de una y otra parte, entrábase en el análisis químico de la sangre.

Para esta operacion se nombraba un representante de cada lado, el cual no era sangrador ni boticario, sino un antiguo empleado de la casa, que supiese resolver cualquier dificultad que se presentara en el árbol genealógico de la familia, y tuviese, sobre todo, el archivo *en la uña*; porque los antiguos, que no creian que hubiera un doctor Gall, que se atreviese á colocar todas las facultades del alma en los chichones de la cabeza, tenian puesta la memoria en las uñas de los dedos de la mano.

No les importaba que la sangre de los novios tuviera mas ó menos agua, ó albúmina, ó fibrina, que esas indagaciones tiempo tenian de hacerlas ellos propios cuando estuvieran casados, y sobre todo si Dios les daba sucesion, y esta era mas ó menos robusta ó enfermiza; para que pudiera realizarse el matrimonio, bastábales que la sangre fuese azul, y esto no se averiguaba por medio de los reactivos químicos, sino leyendo y releyendo los pergaminos nobiliarios y las matrículas del Santo Oficio.

Una vez declarados los novios de *sangre azul*, entablábanse las diligencias matrimoniales, em-

pezando por el cambio del retrato. Primera noticia que tenian los interesados de lo que, bien mirado, á nadie interesaba sino á ellos.

Jóvenes ambos de quince á veinte años lo mas, se impacientaban desde luego por la tardanza de la boda, que no se hacia esperar mucho, y celebrado el desposorio, nuestro mayorazgo quedaba en libertad de hacer de su persona y de sus bienes lo que se le antojara.

Pero, ¿qué cosa se le habia de antojar á quien no habia tenido ni la facultad de ser antojadizo? Suponiendo que el ayo no se fuera á servir el mejor *beneficio simple* de la casa, quedaba de capellan en ella, y ya no podia seguir encuadernado con el señorito.

Tenia éste que empezar á sentir por sí propio, y á expresarse sin la ayuda del vecino, y sucedia... lo que no podia dejar de suceder. Lo que ha sucedido, sucede, y sucederá, mientras exista la carrera de mayorazgos.

Mientras estos no se persuadan de que vienen al mundo los primeros para no ser los últimos en saber andar por él, sucederá que no darán un paso acertado, y que cansados de haber sido víctimas de todos, sentirán no haber vendido á tiempo su primogenitura por una escudilla de lentejas.

Un dia al menos habrian comido con gusto, y el hambre del siguiente, les habria hecho aprender lo que hoy ignoran.

Si los mayorazgos de AYER, hubiesen tenido hambre, no andarian hoy buscando un Jacob para decirle:

—¡De qué me sirve ser primogénito, si me estoy muriendo de hambre!

Y se mueren de hambre, despues de haber matado el hambre de muchos.

De muchos que hoy les compran el último terron del mayorazgo, con la renta que les produce el primero.

Para mañana les quedarán aun las casas solariegas; pero esos palacios de duendes, despojados del pesado blason de piedra que sostienen sobre la puerta principal, acaso no valdrán una escudilla de lentejas.

CUADRO VEINTE Y NUEVE.

Los pollos de 1800.

He aqui el cuadro mas comprometido de toda la coleccion, no para el artista que le hizo, sino para el conserge que le guarda con todos los demás del museo de AYER.

Y tiene el pobre conserge razon que le sobra, para andar aturdido sin saber qué hacer ni dónde colocar este lienzo.

En las salas del Norte, se expone á que se hielen y se mueran de frio las figuras del cuadro, y en las del Mediodía, pueden desarrollarse demasiado, y siendo pollos convertirse en gallos. Necesita el lienzo una temperatura especial y fija para que la empolladura sea eterna.

Son los pollos, principalmente cuando se les acerca la época de hacerse gallos, tan delicados

como los gusanos de seda, que ni se les puede avivar la temperatura, ni dejarla descender demasiado.

Los invernáculos y las estufas serian empolladuras artificiales, que sobre ser indignas de la especie humana, eran completamente desconocidas cuando rompieron el cascaron los pollos del presente cuadro.

Antiguamente, la temperatura física corria exclusivamente á cargo del sol, y no se conocian otros caloríferos que el brasero de cisco de retama, y la manta de Palencia. Si alguna planta ó algun insecto, tenia la imprudencia de nacer fuera de su estacion ó del clima de su especie, una ráfaga de viento ó un rayo de sol, se tomaban la pena de matarlos en el acto.

No era el clima mas tolerante que el gobierno, y si daba hospitalidad á alguna planta exótica, la hacia prestar el mismo juramento que á las indígenas, sin que él modificara su constitucion por nada ni para nadie.

No habia mas temperatura que la natural de la atmósfera, y las gallinas no se atrevian á empollar en diciembre, por miedo de que viniera enero á destruirles la casta.

Para la atmósfera de la inteligencia el diciembre era constante; la temperatura moral se elevaba tan paulatinamente, que el termómetro de la inteligencia andaba siempre á tantos bajo

cero. Y no le colocaban en parages muy frios, porque el Santo Oficio, que era el regulador del saber humano, aunque ya no encendia las chimeneas del tribunal, seguia siendo un lugar caliente y abrigado.

Los pollos de la especie humana en estas tierras de Castilla, eran, por razon del frio constante de las regiones de la inteligencia, los mas atrasados de todas las razas, y de todos los séres.

Y aunque ya hemos dicho que las plantas no conocian aun el abrigo del vapor ni el del guano, ni otras muchas mantas, que ha descubierto la inteligencia moderna, se arropaban con el estiércol y á regañadientes con el sol, sacaban adelante sus renuevos.

Pero el hombre no sabia hacer otro tanto para desarrollar el feto moral de su especie.

En los gallineros de la inteligencia no habia entrado aun el estiércol de Rousseau, ni el de Voltaire, ni siquiera el de Condillac, ni otro abono que los del padre Almeida y los de Saavedra, ó los del Filósofo Incógnito, que entonces todos los filósofos lo eran.

Vivian tan desabrigados, que el avivar la temperatura en algun gallinero habria costado la vida á todos los pollos, que hubiesen salido volando antes de tiempo.

¡Horroriza pensar en la suerte que habria tenido el pollo, que huyendo de la casa paterna á

los quince años de edad, hubiese salido á la calle con un cigarro en la boca, requebrando á las doncellas, atreviéndose á hablar delante de los ancianos, y echando algun voto á la puerta del Santo Oficio!

Para que no pudiera sentarse en un mes, de resultas del primer castigo, y fuera á los *Toribios* de Sevilla por la segunda culpa, y cantase en la cuerda por la cuarta, no necesitaba otra cosa.

Pues qué, ¡no habia mas sino dejar las faldas de la señora madre, y sin el permiso del señor padre, salir á la calle *á echarla de hombre!* ¡Y fumar! ¡Y requebrar doncellas! ¡Y faltar al respeto á los mayores! ¡Y jurar!... y...

Vaya, vaya, ó vds. no saben lo que eran los pollos de 1800, ó tienen gana de broma al santiguarse por lo que les digo.

Un pollo de AYER, aprendan vds. bien el retrato para que no se les olvide, era lo siguiente:

Un mocito (la palabra jóven era contrabando) de quince ó diez y seis años, que se levantaba al ser de dia, besaba la mano á sus señores padres, se santiguaba en su presencia, rezaba de rodillas las oraciones de la mañana y se ponia á repasar una fábula, que habia estudiado el dia anterior, y que debia decir de memoria antes del desayuno. Que mas tarde servia de devanadera por espacio de dos horas á su señora madre, para el hilo de las calcetas del señor padre; que tenia

dos horas de juegos lícitos con sus hermanos, y á falta de estos, consigo propio; que salia á paseo con su señor padre, los domingos y dias de fiesta; que al anochecer rezaba el rosario de rodillas, y que se iba á la cama, á dormir y no á pensar en los teatros, que eran para él una diversion del otro mundo.

Y porque quiero que vds. conozcan perfectamente al pollo de AYER, para que no me le confundan mas tarde con el de HOY, y puedan MAÑANA apreciar el beneficio que les hará la industria, ahorrando la empolladura de la especie humana, voy á descorrer el telon para que vean un pollo en activo servicio.

Tiene quince años, y ya sabe leer y escribir, y si vds. me apuran, tambien les diré que ha empezado el *musa musæ* con un dómine, que ni Cabra, ni Lucas, ni el de Pioz; pero aquí el dómine no hace al caso.

Acaba de amanecer y entra la criada en la alcoba del pollo á decirle:

—Si no te levantas, se lo digo al señor para que te deje sin postre.

La criada, como vds. ven, tutea al señorito, y éste la pide con la mayor humildad que no se lo diga á su señor padre, y se viste al momento.

Cumplidos los preceptos ó las devociones del cristiano, retírase á un rincon á repasar la fábula ó algun trozo del COMPENDIO DE LA RELIGION,

compuesto por el presbítero don Joséf Pinton; y cuando su padre le llama para tomarle la leccion ó al pollo le llama el estómago, y deseoso de tomar el desayuno, dice que ya se sabe la fábula, siente un temblor horrible por todo su cuerpo.

Si el padre está de mal humor, que antiguamente el destino de padre solia traer consigo alguna bilis, y tiene en una mano el libro, y en la otra una correa, el pobre pollo no hace mas que piar, y se le atragantan los versos como si fueran nueces, y él un pabo cebon en vísperas de ser cebado.

—Muy pronto vienes, le dice el padre, imposible que la sepas.

—Pues si señor, ya verá su mercé como la sé toda.

—Si *te echas mas de tres puntos*, vuelves á estudiarla y te quedas sin postre.

El pollo que ya le tenia asegurado con haber salido de la cama pronto, vuelve á verse amenazado de no comer postre, y empieza á decir la fábula, frotándose las manos, y moviendo los pies cuando no recuerda algun verso. Pero consigue decirla toda, sin echarse mas que un solo punto, y cuando ya se retira loco de contento, dejando á su padre satisfecho, se oye gritar en la pieza inmediata:

—¡Qué gracia tiene que solo se haya echado un punto, si esa fábula hace un siglo que la sabe!

La voz que acusa es la de la madre, que sigue diciendo:

—A tí te engaña como quiere, pero á mí no me pasan esas cosas.

El padre reflexiona; hace que el pollo comparezca á su presencia; pruébase el delito; y á calzon quitado ó á calzon corrido, azote mas ó azote menos, le aplica una docena, que siempre suele ser corrida, y ya daria el pollo alguna cosa buena porque no pasara de la del fraile. Docena que, segun el vulgo, no lo era por constar de trece unidades, y que prueba que aquellos benditos varones, antes pecaban por guarismos de mas que por guarismos de menos, en materia de suma.

Si el pollo tiene la debilidad de llorar los azotes, le enjugan las lágrimas con un pescozon entre oreja y oreja, de los que entonces se llamaban sopla-mocos ó reveses, y que al revés ó al derecho, solian poner la cara de los muchachos como la cresta de los pavos.

La fábula que no ha aprendido, y otra nueva tiene que estudiar de memoria, si no quiere estar en ayunas todo el dia; y si cumple la penitencia, á la hora de comer entra su estómago en el goce de los derechos gástricos.

Si los padres duermen la siesta, no falta en la casa alguna abuela devota, que mientras descabeza el sueño, quiera oir lecturas piadosas, y

el Año cristiano pasa á poder del pollo, para que lea la vida del santo del dia, con mas el apéndice de los *propósitos*, las *reflexiones*, la *meditacion* y la *jaculatoria*.

Y ¡pobre muchacho si lee de prisa ó salta alguna hoja, que amen de hacerle empezar de nuevo, le llaman al órden con un pellizco, que le recuerda á lo vivo, el no muerto dolor de los pasados azotes!

—Si lo lees de *carretilla* y como relacion de ciego, no te sirve de nada, le dice su abuela, párate en los puntos y comas.

Los puntos y las comas eran entonces una cuestion de la mayor importancia, y ponian diariamente á las gentes en los mayores conflictos. No habia muchos, aunque habia algunos, que supiesen escribir una carta, pero poner los puntos y las comas, era una ciencia aparte que estaba al alcance de muy pocos. Para todos era una operacion independiente de la escritura, y frecuentemente se llevaban los manuscritos á los maestros de escuela, para que tuviesen la bondad de ponerles los puntos y comas. Habiendo llegado el caso de que, obligado un sujeto á escribir una carta urgente, y no teniendo á la mano una que supiese colocar esos guardacantones de la ortografía, puso al final de la carta dos líneas de puntos y comas, y luego una posdata en que decia:

«Escribo tan de prisa que no he tenido tiempo

de colocar los puntos y las comas; ahí van y usted los distribuirá como mejor le parezca.»

La abuela del pollo les da una gran importancia, y dice sin cesar:

—Ya se vé, ¡como no *haces* puntos ni comas, no *se saca* sentido á lo que estás leyendo!

Y si el chico se equivoca y arguye diciendo que así está en el libro, sobre sacar la abuela las gafas para ver si es verdad, le replica:

—Pues enmiéndalo tú, que ya eres mocito, y el buen lector ha de ser buen enmendador. Y fíjate en lo que lees, le añade, mira como el santo era obediente á sus padres, y no comia sino raices secas. Aprende tú, que eres un tragon.

—Pero abuela, replica el mocito, él era santo, y yo no lo soy.

—No lo eres porque no haces lo que el santo hacia.

—¡Toma! porque se le apareció la Vírgen y le dijo que fuera santo.

—Si tú rezáras con fervor, tambien se te apareceria.

—Si, pero al santo le habló y á mí no me habla.

—Pues bien, lee y calla, interrumpe la abuela asustada, no profundices esas cosas que solo pueden saberlas los frailes y los sábios.

—Yo quiero ser fraile, dice el pollo.

—Buena vocacion tienes tú, replica la abuela sonriendo de gozo.

—Si señora, quiero ser fraile para tomar cho-

colate, y para llevar higos y camuesas en la manga.

—En eso pensarás tú, tragon; los frailes ayunan y se dan disciplinazos, le dice la abuela.

Al pollo le duelen los azotes de la mañana, y dando un brinco sobre la silla, dice que ya no quiere ser fraile.

Y la abuela le manda que siga leyendo, hasta que se despierten sus señores padres, y le obliga á escribir un par de planas para que no se le olvide el *carácter de la letra*. Cosa entonces imperdonable, porque aquellas gentes llevaban su formalidad hasta el extremo de no consentir que la letra dejase de tener carácter.

Permítenle al anochecer una hora de asueto, para que juegue y meriende alguna cosa frugal, como por ejemplo, una camuesa ó un racimo de uvas, ó dos docenas de pasas; y besando la mano á sus señores padres, y á todas las personas mayores que hay de visita en la casa, se va á la cama á esperar la madrugada del siguiente dia.

La ropa blanca, que no era entonces muy andariega, solo iba al rio los lunes y solia pasar toda una semana pegada al cuerpo, de manera que el pollo se ponia camisa limpia todos los domingos y algunas otras fiestas de guardar.

En esos dias madrugaba el mocito por su propia voluntad, avivado por el deseo de lucir la ropa de los dias de fiesta, y cuando debia estrenar

algun traje nuevo, pasaba en vela toda la noche.

Pero esto no era á menudo, sino cada dos años el dia del Corpus, ó el domingo de Ramos, ó el dia del santo de su señor padre.

Dia solemne y de tanto júbilo que tiene un cuadro especial en esta coleccion, y no queremos que ahora se nos escape una sola pincelada.

Concluyamos el pollo, ó mejor dicho, dejémosle sin concluir; porque cuando el pollo de 1800 dejaba de serlo, estaba tan duro y era tan gallo que era imposible entrarle el diente.

Y cuando no tenia espolones era muy difícil echarle la uña, porque si iba á la escuela le llevaba cogido de la mano un criado de confianza, reprendiéndole ó algo mas por el camino; á paseo y á misa iba siempre con su señor padre, y cuando en presencia de éste, le permitian reunirse con algunos amigos, era lástima privarle de su inocente diversion.

O con una tortilla de escabeche, y media docena de naranjas, y el vaso de suela en el bolsillo, se iban á merendar el Jueves gordo á la pradera de la Teja, y allí jugaban al toro ó á las cuatro esquinas, ó apartados media vara del paseo de San Antonio, soplaban un milano, diciéndole sube, sube, sube que te coge la nube y baja, baja, baja que te coge la tinaja; ó aquello otro de *al milano que le dan, la cebolla con el pan, sino le dan otra cosa, mas que la mujer hermosa*, etc.

Y aun en esta diversion, los angelitos de quince y pico, eran intervenidos por sus señores padres, que les regañaban sino lo jugaban bien, como lo habian hecho al tomarles la leccion de la mañana.

Esos eran los pollos de 1800.

Las pollitas de su edad pasaban á su lado sin que ellos alzaran la vista para verlas, ni menos para requebrarlas.

Y no se crea que los pollos morian de viejos en los gallineros, ni menos que ellas bajaban con palma al sepulcro. De repente, y cuando mas asidos parecia que estaban al cascaron, se veia faltar un pollo y una polla, para formar una nueva casa y una nueva familia.

Lo que serian la casa y la familia queda á la consideracion de vds. Con repetir lo que ellos no podian olvidar, criaban á sus hijuelos y punto concluido.

Mas tarde, se avivó la temperatura de los gallineros y los pollos salieron hechos gallos.

Pero eso, ya he dicho en otro lugar de esta obra, que consistió en que los amos del cotarro tuvieron la imprudencia de dormirse dejando abiertos los balcones que daban sobre el Pirineo y todo se volvió patas arriba.

Hay quien dice que aunque no hubieran venido aquellos vientos, no habríamos perdido nada; yo solo digo, que si todo lo que nos trajeron se re-

duce á los pollos de 1850, valiera mas haber cerrado los ventanas á piedra y lodo.

Temblando estoy que llegue la hora de escribir la segunda parte de este libro, y sobre todo la de coger la trompeta para decir:

—Pollos de 1850, levantaos de esas oficinas que habeis invadido para emborronar papel, y marchad á la escuela á aprender gramática castellana, hasta que cumplais siquiera veinte años de edad.

Y lo siento, no por otra cosa, sino porque me mirarán de frente, con los anteojos colgados sobre las narices, el cigarro en la boca, y el periódico en la mano, y se preguntarán riendo:

—¿Quién es ese loco que nos quiere hacer estudiar?... ¡A nosotros que podemos arrojarle cien espuertas de laurel, ganadas con nuestro talento poético en la arena dramática!

Afortunadamente yo no los tengo miedo, porque si HOY se rien los precoces pollos del *vapor*, de los atrasados pollos de la *fé*, ¡cuánto no se reirán MAÑANA de ellos los hijos de la *electricidad*!

Si los pollos de HOY se burlan de los de AYER, porque gallean diez años antes que ellos, ¿qué harán los de MAÑANA que vendrán al mundo hechos gallos?

Qué han de hacer sino tener mas tolerancia y bajar al sepulcro, diciendo:

¡Quién reirá el último!

CUADRO TREINTA.

La milicia de Dios, la milicia del Rey y la milicia del Diablo.

Pues señor, habian vds. de saber que este era un padre, y este padre tenia cuatro hijos, y de estos hijos, el primero nació mayorazgo, el segundo *se hizo* cura, el tercero *se metió* militar, y el cuarto abogado.

Y habian vds. de saber tambien que ese padre tenia tres hijas, y que á la primera la crió su madre para doctora y la enseñó el manejo de la casa, á la segunda la metieron monja, y por eso no la enseñaron nada, y á la tercera la enseñaron menos, porque desde luego la criaron para casada.

No vivia el bueno del padre en la córte, que á haber sido tanta su dicha, no le habria costado gran trabajo el dar educacion á sus hijos, y era

la aldea de su vecindad, sobre no muy grande, pobre, y amen de pobre, estaba algo apartada de las grandes ciudades.

Situada en un rincon de la arrinconada Extremadura, ni podia escuchar la elocuencia de los humanistas de Calatayud, ni la alcanzaban los gritos de los pandectas de Alcalá, y apenas percibia el olor de los ergotistas doctores de Salamanca.

Tenia que contentarse con pedir á Dios que conservara la vida de un sacristan jubilado que, por no saber escribir, servia la plaza de maestro de escuela á medias con el boticario; y si los vecinos querian saber mas latin, que el que se les pegaba los domingos en la misa mayor, tenian que andar doce leguas mortales en busca de un dómine. Y le encontraban, siempre que algun boticario del rádio no le habia mandado á buscar para que le tradujese una receta ó la fórmula de un electuario.

Y habian vds. de saber tambien, que este padre de que voy hablando, no solo era noble y rico, sino que lo era mas que ninguno de los otros cuatro mayorazgos que habia en el pueblo, y que como él tenian derecho de usar el *don*, por privilegio especial que la Corona habia concedido á sus antepasados.

Era su casa, aunque pequeña, la mayor de todas y la única que tenia balcones en lugar de

rejas, patio con pilares de piedra berroqueña, blasones en una esquina de la fachada, y un retablo de la Vírgen de las Angustias en el portal.

El tratamiento de usía, y la cuerda, y el puñal que colgaban de su escudo de armas, eran los únicos restos del derecho de horca y cuchillo, que habia ejercido la casa cuando tenia el señorío del pueblo; sus haciendas, aunque eran muchas, estaban todas vinculadas, y desde que su esposa le hizo padre, supo lo que le tocaba hacer.

Y lo que hizo, fué contar y recontar las cabezas de sus ganados, dirigir por sí propio las cosechas de la bellota, apremiar á los deudores, y ponerlo todo corriente, para que cuando el primogénito estuviese en edad de pedirle cuentas, no le pudiera echar en cara el menor despilfarro; antes por el contrario, encontrase su patrimonio fielmente administrado.

De año en año, fueron naciéndole los demás hijos, y desde el segundo en adelante, empezó á ocuparse de todos para darles carrera y hacerlos hombres.

No volvió á pensar en el primero, que dicho se está que siendo mayorazgo, tenia su tutor, su padre, y sus maestros, en sus rebaños y en sus encinas; y aun el segundo le fatigaba poco, porque la casa tenia una capellanía de sangre que le venia pintiparada.

Si el uno nacia mayorazgo, el otro nacia ca-

pellan, y ambos traian asegurada la subsistencia.

Con Dios, que le daba cuanto tenia, no podia cumplir mejor que ofreciendo á su servicio el primer hijo de intencion libre, y natural era que al rey, que de tejas abajo era su amo y señor, le diese el que nació despues.

Confió, con razon, en que sus pergaminos y sus abolengos le alcanzarian fácilmente unos cordones ó una bandolera, y ya no tuvo que pensar en la suerte del tercero.

El tercero de una casa, no podia dejar de ser militar.

Las mayores dificultades vinieron con la venida al mundo del cuarto.

Lo primero que pensó su padre, fué hacerle cura y darle un beneficio simple, de que tambien podia disponer la casa; pero era de pocas rentas y no le tenia cuenta al muchacho; *meterle* fraile no podia ser tampoco, porque nació algo enfermizo y no le admitirian en el convento; alguien de la familia se atrevió á indicar que podia hacer estudios de médico ó boticario, y la sangre azul de la casa hirvió afrentada en las venas.

Por fortuna la madre recordó, que estando en cinta de aquel niño, habia visto en sueños una vara, y puesto que, siendo ella noble, aquella vision no podia significar que su hijo habia de ser arriero, la vara era vara de alcalde mayor y para alcalde mayor le criaron.

—No se hable mas del asunto, dijo el padre, *le haremos* abogado.

Y aunque los abogados no se hacian AYER tan á dos por tres, ni tan á tres por cada dos, como se hacen HOY, se hacian con mas facilidad que MAÑANA. Porque han de saber vds. que mañana encontrarán los químicos la quinta esencia de los códigos, y grabado el extracto de todos ellos, en el reverso de las monedas, cada ciudadano llevará en el bolsillo una legislacion completa y la administracion de justicia será mas fácil que una administracion de loterías ó un estanquillo.

La curia toda, que no los abogados, será una pesadilla histórica, y los alegatos y los testimonios no andarán por el mundo. Cuanto mas, que si fuere preciso presentar algun escrito en papel de sello, como el de fumar estará sellado, con solo un librito habrá para cien pleitos.

Pero volviéndonos al dia de AYER, que es el único que por ahora nos interesa, digo y repito que no era cosa muy fácil el hacer un abogado, asi como añado que era muy fácil el pensar hacerlo sin que quedara hecho. Y no porque no fueran buenos fabricantes del género los Salgados y los Covarrubias de Alcalá y los de Salamanca, sino que los muchachos á todo iban á Salamanca y á Alcalá, menos á estudiar leyes y á ponerse en disposicion de ser garnachas de las audiencias.

Iban á dar un susto diario al ama del canóni-

go, y á éste de rechazo; á no dejar que el alcalde mayor durmiese una sola noche en su cama; á tener en una alarma continua á la tropa; y por último, á andar siempre rotos, descosiendo en el juego las ropas que les cosian sus padres con hilo de oro.

Y dejando tambien esas roturas para uno de los próximos cuadros, y volviendo á mi cuento, digo: que apenas el bueno del extremeño hubo echado sus cuentas y visto que su mujer habia dejado de darle sustos, arrojándole nuevos gorriones sobre las pocas eras libres del mayorazgo, determinó que los tres hijos que habian de seguir carrera, aprendiesen á leer y escribir. Al primogénito, como que la tenia hecha, no le corria gran prisa calentarse los cascos; y en cuanto á las hembras, ¿para qué querian saber leer ni menos escribir?

¡Por ventura, iban á ser doctoras de Salamanca! Pues en sabiendo, la que habia de aliviar á su madre en el gobierno de la casa, adobar la carne de los embutidos, dirigir una cochura de pan, poner una olla, que siendo *podrida*, era poner una pica en Flandes, y fregar y barrer ¿para qué necesitaba otra cosa?

La monja, tomaria el hábito muy jóven y tiempo tenia de aprender á hacer rosquillas y acericos en el convento.

Y en cuanto á la casada, con saber que el

marido iba á ser *su señor*, tenia aprendido su oficio de esclava. Alguna cosa la enseñó su madre del manejo de la aguja, y si no la enseñó todo lo que ella sabia, era porque siempre la estaba repitiendo el refran, de que la mejor maestra de remendar, son los muchos hijos y el poco pan.

No tuvo, pues, el maestro de escuela otros discípulos que el cura, el militar y el letrado, y por ser ellos nobles, nunca les dió leccion al mismo tiempo ni en el mismo lugar que á los hijos de los plebeyos. Pero esta distincion no les perjudicó en lo mas mínimo, porque los unos y los otros salieron poco medrados del poder del sacristan, y no mucho de manos del boticario.

El mismo padre, que no otro juez mas imparcial, decia lleno de gozo al ver las planas:

—Vamos, que para ser en un pueblo, no han sacado mala letra.

Las del padre eran mas gordas que las bellotas de sus haciendas, y otras no habia visto, porque fiel á sus deberes de mayorazgo, no habia salido nunca del pueblo.

Para llevar á sus dos hijos, al presunto capellan y al futuro abogado, á estudiar latin, tuvo que ponerse en marcha, y lo hizo entregándolos por fin, bañados con las lágrimas de su madre, en poder del enjuto y apergaminado preceptor.

Del cual, te lo suplico lector, siquiera no me

otorgues otro favor en el resto de la obra, permíteme que te diga dos palabras.

Ya sé, y no te envidio la sabiduría, que sabrás latin, y que si no eres pollo, que no lo serás, porque en ese caso no serias lector, habrás estudiado esa lengua muerta con algun dómine vivo y efectivo, pero ¡qué valdrá el tuyo ni todos los dómines juntos al lado del mio!

Tan seguro estoy de que no hay ninguno que le haga sombra, aunque resucitase el mismo Cabra, que te permito que traigas cuantos quieras á que entren con él en oposicion.

Y no solo en oposicion de latin, que eso, inclusas las monjas y los boticarios, cualquiera lo sabia entonces; ni en elementos de retórica, que olvidados los tenian hasta los patanes en su gramática parda, sino en historia, en jurisprudencia, en medicina, en botánica y en cuantas artes y oficios se conocian entonces y en otros muchos que no llegarán á conocerse nunca; si ya no fuese cierto lo que se dice, de que mi dómine tuvo la generosidad de dejar los manuscritos y alguien se haya aprovechado de ellos.

¡Pues qué te diré de su ciencia económica y de su economía higiénica! ¡Qué del aseo y limpieza interna con que preparaba á sus discípulos, para que los vapores del estómago no perturbaran la paz del *quis vel quid* que iba á entrarles en la cabeza!

Que vengan tambien esas patronas de huéspedes, que hacen alarde de no haber tenido ni un solo enfermo de indigestion en sus casas, y verán cuanto tienen que aprender de mi dómine en su manera de tratar á los pupilos.

Pero ¡ay! lector, que te he pedido dos palabras y voy á necesitar doscientas!

Sé generoso y dámelas.

Autorízame para abrir un nuevo cuadro que con todo de ser muy escurrido mi dómine, yo tengo seguridad de que ha de llenarle y aun ha de faltarnos lienzo.

Robaréle por si acaso un trozo al presente, donde en paz se quede el único rapaz que ha abrazado la carrera de la guerra, hasta que le echemos los cordones de cadete ó la bandolera de Guardia, y vengan conmigo la Iglesia y las letras, ó la milicia de Dios y la milicia del Diablo.

CUADRO TREINTA Y UNO.

Un dómine de ayer.

«Si en las escuelas no aprendiste nada,
»Si en poder de aquel dómine pedante,
»Tu banda siempre fué la desgraciada,
»¿Para qué proseguístes adelante?»

(Moratin.)

Que se formen, lector, si así lo quieres, en órden de parada todos los vecinos del pueblo; que salgan de entre filas todos los flacos, todos los tísicos, todos los muertos, y hasta todas las sombras, no me importa; aun asi tengo seguridad de que has de reconocer á mi hombre.

Mírale bien: no es que deja de estar gordo, sino que no está flaco siquiera. La flaqueza supone carne y la carne no se pega nunca al espíritu.

¿No has visto á los árboles altísimos perder la

médula, y no conservar otra cosa que la corteza? ¿No sabes que ella les basta para circular la sávia?

Pues bien, mi dómine, si alguna vez tuvo algo mas, hoy solo conserva el pellejo. Tambien le basta para encerrar en él todos los aparatos de la economía animal.

Si pudo ser un hombre en relieve, ya no es mas que un hombre en estampa.

Y digo que es, á pesar de que su generacion ha dejado de ser, porque aunque el dómine ya no existe, vive su sombra y yo la veo muy á menudo.

La veo en las vetustas academias, luchando á brazo partido con un vocablo, que no se debió partir, y se ha partido, porque se le rompió al impresor el diptongo; la veo en el foro, arrojando citas latinas para aprobar inocencias gitanas; la veo en la prensa, esgrimir las disciplinas sobre todo el que no acata su magisterio; la veo en el parlamento, dando lecciones sin que nadié se las pida, y la veo, en fin, ahora, que si no la viera, difícilmente podria retratarla.

La veo y no quiero que tú dejes de verla.

¡Mírala!... ¡Mírala!

Tiene seis pies de alto por medio de ancho; es enjuta, enjuta, enjuta, como la espina de un salmonete; las piernas son secas, pero duras y largas; los brazos no se quedan cortos, y tanto, que se-

gun dicen los discípulos, pecan de largos; el pecho, se ve lo mismo por delante que por la espalda; el vientre, se ha subido á esperar órdenes al estómago y el cuello, ni es tan grueso como el de una botella, ni mas delgado que el de una cigüeña. La cabeza, tiene menos perfiles que el cuerpo; solo la barba es aguda y la nariz, cortante y punzante, casi pertenece á las armas prohibidas por el Código penal. En cambio los lábios parece que aun retienen la última tajada que debieron enviar al estómago, y los carrillos tienen todo el jugo necesario para dar vida al semblante. Y tanto, que si no fuera así, ya se habrian secado al cabo del tiempo que hace que los ojos no les envian una lágrima. Retirados estos á las últimas piezas de su vivienda, solo se asoman de vez en cuando para limpiar con las pestañas el polvo de las mejillas. Por último, el cabello, abrasado de sed por no hallar ni una gota de sudor, se ha ido quemando y ya no le quedan sino algunos restos cenicientos.

Hé ahí el alma del dómine de AYER.

¿Quieres ver el cuerpo? pues mira:

El cuerpo es una chupa, que á fuerza de ejercer su oficio, ha chupado su primitivo color negro, y ya es parda; un calzon de punto, que por calzar los menos posibles, no calza ni los de las medias, que son de seda, á trozos si, y á trozos no, y el que haya visto alguna criba

que me entienda; los zapatos, se han encariñado del cuero de los pies y le dejan hacer el gasto; la camisa, como que anda por debajo de la casaca, hará novillos la mayor parte de los dias; y es lo cierto, que no se la ve cumplir su obligacion en ninguno de los sitios públicos, como son los vuelos y la chorrera. Y por último, un corbatin blanco, que blanco habia de ser para que no se le antojara pasar por negro, y un gorro de este color, y descendiente de los mismos girones ilustres que las calcetas, completan las carnes del dómine.

Y ahora te pregunto yo, lector, ¿con tal alma y tal cuerpo y haberle bautizado con el nombre de Canuto, y dejarse llamar el *dómine Cerbatana*, te parece posible que haya quien se atreva á ponérsele al lado, para decirle, *ego sum qui sum, et qui futurus sum?*

No te canses en buscar quien pueda pujarle la primacía de su oficio. Cerbatana es, ha sido y será el mejor y el único de los dómines, incluso el dómine Lucas y el dómine Berrio.

Vivia en un pequeño villorrio de España, porque siempre el mérito ha estado obscurecido y porque mas subia de punto el suyo cuanta mayor era la distancia que andaban las gentes para verle y solicitarle.

Nadie, con mas razon que él, podia decir que no era borrego aunque vestia de lana, porque ni

habia nacido en aquellas tierras, ni se habia criado para enseñar la lengua latina á gentes que Dios sabe cómo hablaban la castellana; pero son las vicisitudes humanas tan simpáticas entre sí como las cerezas, y agárranse y se encadenan las unas á las otras, de tal manera, que no hay forma de separarlas.

Ni los de Pérsiles y Segismunda, ni los de Job, ni ningunos otros trabajos, son comparables á los que sufrió el dómine Cerbatana en su larga carrera de humanista, y en las pequeñas incursiones que hizo en la jurisprudencia y en los cánones. Si hubiéralos de referir ahora, tendria necesidad de un volúmen en fólio; bastará decir que el último de todos, el que le hizo abrazar la desesperada resolucion de propagar el Marco Tulio Ciceron entre las carrascas de Extremadura, fué un desaire que le hizo la academia greco-latina, negándose á admitirle en su seno porque no habia sabido medir el verso *senario jambico*:

Beatus ille, qui procul negotiis.

Tomó Cerbatana muy á pecho, á pesar de tenerle pegado á la espalda, no el desaire que le hizo la academia, sino la ignorancia de sus individuos, que le acusaban de no saber medir versos latinos; siendo así que en toda su vida habia medido otra cosa que versos, y el agua de la ti-

naja para que no se la desperdiciasen los discípulos.

No quiso permanecer ni un solo momento mas en la córte, y abrió su estudio de latinidad, con algo de retórica y tambien algo casi de poética, en el lugar de que queda hecha mencion, y cuyo nombre no pienso mencionar por ahora.

Los vecinos de aquella villa no estaban acostumbrados á hombrear con los sábios, y como tenian, además, la rara modestia de creer que ellos no lo eran, recibieron admirados al dómine, y faltó poco para que acogiesen su fama con pálio, capa de coro y aun ciriales.

Cediéronle desde luego una casa para que estableciera en ella el estudio, se pasaron pregones á los pueblos de la circunferencia, anunciando la llegada de un preceptor de latin, y en poco tiempo acudieron cerca de una docena de muchachos de trece, quince y diez y seis años.

Los del pueblo se matricularon en clase de externos; á los otros debia el dómine darles pupilaje.

Nada quiero decir de los primeros, que como entrantes y salientes no podríamos verlos sino algunas horas al dia; voy á hablar de los segundos, para los cuales el dómine lo era todo: el padre, la madre, la patrona y el maestro.

El *pupilo* no era la mitad sino las cinco

cuartas partes de la existencia del dómine de AYER.

La fisiología de éste sin la de aquél seria excusada.

De las doscientas palabras que te he pedido para hacer el retrato del maestro, déjame gastar cincuenta en el de su discípulo.

¡Pobre muchacho! Sus padres no puede decirse que son unos potentados, que á serlo no permitirian que el niño estudiase latin; pero tampoco les falta que comer; *se lo quitan de la boca* (esta es la frase sacramental) para que al hijo no le falte nada de lo necesario, y aun para darle mucho de lo supérfluo.

Sus carrillos, y la carne que le oprime los ojos, son ya una superfluidad de su figura. La madre, la abuela, las tias, y todas las mujeres de la vecindad, riegan con sus lágrimas aquellas carnes que van á ser decomisadas en la cuaresma perpétua del dómine Cerbatana.

Ignoran la suerte que le aguarda á aquel rollo de manteca que criaron con tanto regalo, y sin embargo, un presentimiento funesto les hace maldecir la lengua de Ciceron y de Catilina.

Si no pensaran en que el chico no puede llegar á ser cura del pueblo sin aprender latin, no le dejarian marchar de su lado. Y poco tendrian que trabajar para conseguirlo, porque el padre no está menos afectado que ellas, cuando ensilla

la mula de paso en que ha de cabalgar con su hijo hácia el estudio de latinidad.

No tienen otro consuelo en su desgracia, que el de haber hecho cuanto estaba de su parte, y mucho mas, por endulzar la suerte futura del estudiante.

El baul de la ropa blanca, el de los vestidos, las provisiones de la alforja, las cestas de los bolos, todo el equipaje en fin, es digno de un príncipe. El muchacho llega á casa del dómine con un ajuar completo y magnífico. Ultimamente, su padre le entrega á la despedida un bolsillo con unas cuantas monedas de plata y oro, para las urgencias precisas y extraordinarias.

Cuando éste vuelve á su pueblo, la esposa le pregunta si el muchacho ha quedado contento, y él la contesta que sí, y que sin disputa su hijo es el mas guapo de todos los que allí habia.

—Todos sus compañeros, la dice, están espiritados, y á su lado parecian ánimas del purgatorio. Un moflete de nuestro hijo, añade riendo, tiene mas carne que toda la de aquellos muchachos.

—¡Dios quiera que se nos conserve tan hermoso! exclama la madre. ¿Crees que le darán buen trato?

—El dómine me ha dicho que puedo venirme descuidado en ese punto, porque allí se estudia bastante, y cuando se dice á estudiar, se estu-

dia; pero que en llegando las horas de comer, comen hasta que no dejan nada en los platos. Me ha enseñado la casa y en cuanto á limpieza, es cosa extremada; acababan de comer cuando fuimos, y la cocina estaba tan limpia que no parecia sino que nunca se habia guisado en ella.

Algo tranquilizan á la madre las noticias que le dá su marido, y en cuanto al muchacho, ni siquiera le ocurre pensar en la suerte que le aguarda.

Los veteranos de la casa nada le dicen, y solo piensan en apoderarse de la rica despensa que lleva consigo; lo que logran fácilmente, porque el neófito, rendido del viaje, y harto de comida, se entrega á un sueño tan profundo, como no le volverá á conseguir en aquella casa.

Pregunta al despertar por sus provisiones, y nadie le da razon de ellas. Si se resigna y calla, las pierde; si acude en queja á la superioridad, las pierde tambien, y los pupilos golosos son castigados por el dómine, con la privacion de comida por uno ó dos dias, segun la cantidad robada.

Fuera mayor castigo para ellos el de un hartazgo, porque al ayuno, mas ó menos completo, están de sobra acostumbrados. Y esa (entre paréntesis) era la única sobra de aquella casa: la sobra de la sobriedad en las comidas.

Por eso al empezar este cuadro dije que las

mas afamadas patronas de huéspedes, podian y debian tomar lecciones del dómine Cerbatana, en materia de economía doméstica; por eso creo ahora, que desde el milagro de la multiplicacion de los cinco panes y los tres peces, no ha habido ni habrá quien haga con la comida mayores prodigios que los que hacia el dómine Cerbatana.

Yo bien sé que cualquier madrastra es capaz de hacer con una onza de chocolate, dos; y que este milagro se obra diariamente en casi todas las casas de huéspedes, pero sobre no ser tan general entonces, aun era mayor el que hacia Cerbatana sacando seis jícaras de cada pastilla; y no claro, sino tan espeso que casi empalagaba. ¡Tan abundante andaba allí la harina de almortas!

El pan decia que le daba á discrecion; pero como esta pícara frase tiene dos sentidos, Cerbatana la usaba en el mas perjudicial para los pupilos, y les partia unas rebanadas tan discretas y tan sútiles que se les cimbreaban en la mano, como papeles de fumar, siendo ya cosa corriente entre los muchachos, ponérselas delante de los ojos, y decirse los unos á los otros:

—¿Ves al dómine?

—¡Ay! ¡Ojalá no le viera!

Era el caldo de la sopa un adelanto póstumo para la industria, y vive Dios, que si Cerbatana murió sin descubrir su secreto, la química debe arrastrar lutos eternamente.

En cualquier punto de España habria sido un prodigio cocer la carne, los garbanzos, y el tocino, sin que soltasen una gran cantidad de sustancia en el agua, pero en Extremadura, donde el caldo se solidifica á veinte grados sobre cero, y aun caliente y líquido se masca, y no se bebe, era un verdadero milagro escurrir la olla, y sacar un caldo incoloro, inodoro, insípido, y con todas las condiciones y propiedades del agua comun.

Si antes de presentarlo á la mesa no le echaran un polvo de azafran y otro de pimenton, no como alimento, sino para alegría del espíritu, nadie seria capaz de adivinar su procedencia.

Los garbanzos eran por su tamaño un preludio de la medicina homeopática que habia de venir al mundo mas tarde, y si el doctor Hanneman hubiese estudiado con Cerbatana, tendria poco mérito la no muy meritoria invencion de sus globulillos.

Tambien la carne se administraba allí en cantidades infinitesimales, y si algun domingo ó fiesta de guardar, y es de advertir que el dómine guardaba pocas, se daba un plato extraordinario, que en ninguna mesa pudo con mas razon llamarse principio, hacian el gasto los huevos. Pero no los que el vulgo conoce por tales, producte natural de la gallina, sino los que hacia el dómine Cerbatana, batiendo en agua de almidon la clara de uno para hacer con ella media docena. Y

en cuanto á las yemas, con una, y dos onzas de harina, y un polvo de azafran, las hacia tales, que habrian dado chasco al mas inteligente fraile dominico.

De los postres no se hable en un pais en que tanto abundan las bellotas, y con una fanega tenia para dar cuatro á cada muchacho todos los dias del año.

Dábalos á cenar gazpacho, porque decia que de noche no es prudente cargar el estómago, y raro era el dia que en esa ensalada de pan ó en la de verdura no se olvidaban de la aceitera.

Nunca de estas faltas ni de otras mayores aparecia responsable Cerbatana, sino su ama de gobierno, que discípula suya, se le habia identificado de tal suerte que á decir del dómine ya le aventajaba.

La primera semana, y aun el primer mes de tan violento ayuno, era terrible para los muchachos, y habria terminado la existencia de muchos de ellos, si en las vacaciones ordinarias, y en las de enfermedad que pasaban en sus casas, no se repusieran para volver de nuevo á las vigilias.

Y no era esa temperancia un castigo que el dómine daba á sus discípulos, ni menos se crea que les obligaba á ser parcos y sóbrios en la comida por medios violentos, sino que por el contrario, con razonamientos higiénicos les amonestaba á no abusar de los manjares.

Porque el uso y el abuso, les decia, son dos hermanos que con facilidad se toman el uno por el otro, y como hijos de verbos que se conjugan del mismo modo, debe tenerse gran cuidado de distinguirlos.

Extendíase no poco citando historias lastimosas de excesos de gula, al paso que les aseguraba no haber muerto nadie por hambre, sino que por el contrario, las gentes que mas vivian eran las que menos hacian por la vida.

Y remachaba su opinion con cien aforismos de Hipócrates, en latin por supuesto, cosa á que era en extremo aficionado, para que á él no se le pudiera decir que en casa del herrero cuchillo de palo.

Lo de que el hombre no vive para comer sino que come para vivir, era su máxima favorita, ó, como dirian los hombres de hoy, *su credo económico.*

Y estaba algunas veces tan elocuente, que aunque los muchachos se retiraban de la mesa siempre con hambre, solian quedar casi convencidos de que el dómine tenia razon.

Tanta era la influencia moral que ejercía en esa cuestion puramente física y matemática.

Por eso he dicho que obraba prodigios en la educacion moral del estómago.

Con la cabeza era mas tolerante, aunque creia, como el maestro de escuela, que la letra entra-

ba con sangre, y unas correas de cuero eran el sangrador de sus discípulos.

Pero no habia grandes derramamientos, ni se crea que las correas del dómine eran el doctor Sangredo del estudio, sino un ligero revulsivo expectante, ó como si dijéramos, el *acónito* homeopático de estos tiempos.

Ni el dómine se cebaba al descargar su brazo, ni la sangre estaba allí tan de sobra que fuese á saltar por una simple sacudida.

Precisamente la manera de azotar, y las consecuencias de los azotes, es lo que mas distingue al maestro de primeras letras y al dómine. El primero, antes de coger las disciplinas, se enfurece, y tiembla, y descarga con furor el brazo, como si real y verdaderamente hubiera de vengar alguna ofensa propia; el segundo se sonrie y habla y da el golpe con la frialdad del verdugo que venga las ofensas del prójimo.

Al maestro de primeras letras le toca vindicar sus propias planas, mal copiadas por sus discípulos; el dómine, por el contrario, sale á la defensa de Virgilio, de Horacio ó de Tito Livio, y no puede tomarlo con tanto calor. Corrige los disparates, porque si no los corrigiera los muchachos no aprenderian nunca, y los corrige alguna vez con las disciplinas, para que los tenga presentes la carne y no se los deje repetir al espíritu.

Pero no era el dómine Cerbatana de los mas aficionados á ese sistema de enseñanza, y como su principal cuidado era la salud de los discípulos, preferia castigarles el estómago á estropearles el pellejo.

Fiaba tambien mucho á la emulacion y al amor propio, y al efecto tenia dividida la clase en dos bandos que se denominaban *Roma* y *Cartago*. Era el uno constante rival del otro, y habia además, dentro de esos mismos bandos, puestos de preferencia que se disputaban á cada momento.

—*Contra te*, decia entusiasmado un chiquillo al oir una contestacion que él tenia por falsa.

—*Per te*, replicaba el reprendido.

—*In te*, gritaba de nuevo el retador.

—*Cien puntos*, solia decir el retado.

—*Doscientos*, contestaba el otro.

Y dirimida la contienda por el dómine, se apuntaban al bando del que no tenia razon, las rayas que habian jugado en la apuesta, para el escrutinio del sábado.

Y el sábado se adjudicaba una bandera y una corona, al bando que habia sacado mas puntos á su contrario.

Con lo cual excuso decir á vds. qué tal andaria el refectorio los sábados.

Ocupado Cerbatana en hacer el escrutinio y engreidos los muchachos con la esperanza del

triunfo, el sábado venia á ser viernes, y aun viernes de cuaresma, y hasta viernes santo.

Los vencidos no pagaban su falta con solo perder la bandera y la corona, sino que en lugar de aquellas, les ponian una tablilla que decia *burro Roma* ó *burro Cartago*, y el mas holgazan del bando paseaba el aula con una *coroza* sobre la cabeza.

Con esos estímulos y el estimulante de cuero, iba Cerbatana haciendo latinos que en dos años solian echar el régimen en una catilinaria y hacer una oracion de activa á cualquier Catalina pasiva de su pueblo.

El tercero le empleaban en aprender los rudimentos de retórica y poética, sin que les sirvieran para ser poetas ni retóricos, sino para medir versos latinos ó para analizar las metáforas de Virgilio ó los tropos de Ciceron.

Algo de poesía castellana les enseñó Cerbatana á sus discípulos, pero con enseñarles toda la que él sabia, resultó despues que no les habia enseñado ninguna.

Encargábales ó les señalaba, como él decia, de asunto la vida de tal ó cual santo, para que hicieran una décima, y de ellas tengo yo en mi poder algunas; pero no me atrevo á copiarlas temiendo que me citen á juicio de conciliacion el vicario eclesiástico de una parte, y de la otra, las nueve hijas de Apolo, ó su apoderado en esta

córte. Si es que hoy le tienen, aunque presumo que no visto lo que tarda en decir esta boca es mia, á los muchos poetas que quieren hablar por boca suya.

No es, sin embargo, el peor de los versos de ahora, tan malo como el mejor de los que hicieron los discípulos de Cerbatana, y aun Cerbatana mismo.

El gran poeta que produjo su enseñanza fué un pupilo que al despedirse le dejó escrito lo siguiente en la cocina:

Quis vel quid
ni burros ni sábios se atracan aquí.

Pero como quiera que él no presumiese tanto de poeta, como de preceptor de latinidad, y esto lo era á las mil maravillas, no hay por qué acusarle.

En cuanto á buen *humanista*, ya han visto ustedes lo mucho que amaba á la humanidad.

La amaba hasta el punto de convertirla en espíritu.

En su poder entraban robustos cuerpos castellanos, que él transformaba en sutiles almas latinas, y eso era algo.

Era tanto, que era lo que AYER constituia un verdadero dómine.

CUADRO TREINTA Y DOS.

Lógicos, metafísicos, y físicos éthicos, ó los filósofos de 1800.

Ni Platon, ni Sócrates, ni Aristóteles, ni mas tarde Descartes, Newton y Leibnitz, supieron una jota de lo que era filosofía, ni á las ciencias físicas les tomaron el pulso ninguno de ellos; ni dieron otra cosa que una en el clavo y ciento en la herradura, cada vez que tomaban el martillo de la lógica para descerrajar el armario de la razon y de la naturaleza.

Hasta que los filósofos de AYER trincharon la empanada, dividiéndola en cuatro porciones llamadas *lógica*, *metafísica*, *éthica* y *física*, no supo la filosofía por donde se andaba, y á cada paso tenia que acudir en busca de algun griego para que la hiciese luz en el camino.

Afortunadamente los frailes dominicos y los

agustinos, se la encontraron perdida en el camino de la investigacion, y temiendo que se extraviara en las callejuelas de la impiedad, la dieron asilo en sus conventos.

Vistiéronla desde luego con traje latino, para que anduviera segura entre los castellanos, y cuando los muchachos, recien salidos del poder del dómine, apenas sabian roer una fábula de Esopo, les arrojaban un troncho de filosofía latina que solo servia para abrirles el apetito poniéndoles los dientes largos de una vara.

Tres años gastaban en hacerlos lógicos, metafísicos, éthicos y físicos, y los muchachos salian del poder de los frailes, sin saber lo que era aquella lógica metafísica que les enseñaban, ni para qué servia la física éthica de que les habian llenado los cascos.

Aprendíanlo todo de memoria como unos papagayos, y cuando el fraile les preguntaba, —¿*Quid est lógica*? con responderle, que *ars recte ratiotinandi recteque diserendi*, ú otra definicion mas complicada, que ellos no entendian, quedaban tan satisfechos.

Así ganaban el *curso*, y así volvian á sus casas á oirse llamar filósofos á boca llena.

El curso de éthica era tan sublime que muchas veces ni lo entendia el fraile que lo explicaba, ni el discípulo que lo oia; pero ambos quedaban conformes, el uno en haberlo enseñado y el

otro en haberlo aprendido. y como á partes contentas no hay juez querelloso, los padres del *éthico* que eran los únicos que podrian haberse llamado á engaño, tenian harto que hacer con pensar en que tenian un hijo latino, retórico, poético, lógico, físico, éthico y metafísico.

De la fisica no se hable, pues á pesar de que los frailes, en el certificado que libraban al discípulo, decian que se la habian enseñado *tam generalis quam particularis*, el muchacho salia, general y particularmente ignorante de todo, hasta del uso que podria hacer algun dia de aquello.

Así les sucedió mas tarde, que cuando tuvieron necesidad de negociar la física que habian aprendido, vieron que no era moneda corriente en el mercado de las ciencias. Y si alguno tuvo la candidez de acudir al fraile que se la habia enseñado, preguntándole cómo se usaba aquella física, para que sirviese en las escuelas de medicina y de farmacia, ó en las artes, oyó contestar, que aquella física era la *escolástica*, y que nada tenia que ver con la *experimental*, que habian inventado los hombres, y de la cual darian cuenta á Dios mas tarde,

Pero si el secreto quedaba entre el fraile y el muchacho, ¿cómo no habia de guardarle la familia de éste que no entendia de otra cosa que de pagar las matrículas, de comprar los libros, y de

fabricar tareas de chocolate para regalar al padre maestro?

Desde que entraban en la casa los libros escritos en latin, la familia se declaraba incompetente, y el muchacho era árbitro de estudiar ó no, y aun de abrirlos al revés, pues á su padre tanto le daban al revés como al derecho.

Asombrábanse siempre que le oian repasar á voces la *conferencia*, y mas de una vez y mas de un padre, llamó á su hijo para que tuviese la bondad de decir algo en latin delante de las gentes.

Solia el muchacho negarse y solia el padre insistir en ello, diciendo:

—Pues entonces, ¿para qué lo aprendes?..... ¿para qué me gasto yo el dinero en pagarte maestros?

—¡Pero si estos señores no lo entienden!... replicaba el estudiante.

—Mejor para tí, así podrás decirlo sin miedo.

—¿Y qué quiere su mercé que diga?

—Lo que tú quieras. Los buenos dias ó lo que has almorzado esta mañana, cualquier cosa.

—Eso no puede ser, decia el muchacho.

—¿Por qué no?

—Porque eso no se dice en latin.

—Pues que, ¿no almorzaban los latinos?

El muchacho se quedaba perplejo, y por último decia:

—Quiere su mercé qué diga el *Barbara celarem*?

—¿Y qué es eso? preguntaba el padre.

—¡Toma... latin!

—Sí, pero qué significa?

—¿Y cómo quiere su mercé saberlo si no ha estudiado latin?

—Pues, por eso te lo pregunto.

Y el estudiante volvia á quedarse suspenso, hasta que salia del compromiso largando un trozo de conferencia del dia anterior, con lo cual el padre quedaba satisfecho, la madre alborozada, las gentes atónitas, y la abuela le estrujaba entre sus brazos diciéndole:

—Ven acá tú, filosofazo mio, que vas á ser un Santo Tomás de Aquino, si Dios no lo remedia.

—Lo que hace falta, replicaba el padre esforzándose por disimular la alegría, es que no sea revoltoso, que el ótro dia cuando fuí á llevar aquella limosna para misas á su maestro, me dijo que era muy malo.

—Tambien le dijo á su mercé, que era yo el mas aplicado de todos.

—Si, pero ya sabes que te pone de rodillas muy á menudo, y eso es una vergüenza en un hombre que estudia filosofía.

—El otro dia me puso sin motivo.

—Algo habrias hecho.

—No señor, sino que bajaba de mal humor, y

cuando está asi, la pega con el primero que halla.

—Demasiada paciencia tiene, decia el padre, para lidiar con tantos muchachos, todos grandes ya, y cada uno hijo de su padre y de su madre.

—Lo que á mí me gusta, decia la abuela, es que no los castigan dándoles azotes, como el pícaro del dómine.

—Si, replicaba el muchacho, pero si viese usted que garrote tan gordo trae el fraile escondido debajo del hábito.

—Y ¿para qué?

—Toma, para pegar al que no se sabe la conferencia. El otro dia se lo tiró á uno, y si no se baja le rompe la cabeza.

— ¡Qué barbaridad!

—Ya te he dicho, interrumpia el padre, que lo que pasa en el aula no se cuenta á nadie.

—Hace bien en decirlo, pobrecito, decian á la vez la madre y la abuela, malditos estudios que van á dejar lisiado á nuestro pobre hijo.

Cuando la conversacion tomaba ese giro, el padre la cortaba mandando al muchacho que volviese á seguir estudiando, y él quedaba recibiendo las enhorabuenas de las gentes, por tener ya un filósofo en casa.

La abuela le indemnizaba del susto del garrote con regalarle algunas monedas para que comprase dulces, que solia decomisar el fraile, y los buenos informes de éste, respecto á la aplicacion

del muchacho, le valian algunos obsequios del padre.

Siendo los mas notables, el que le hacian llevándole por primera vez al teatro el dia que se examinaba de lógica, y el de un relój que le compraban cuando daba por terminada la filosofía.

Pero al dejar de ser filósofo, y de estar bajo la *virga ferrea,* como llamaba el fraile al garrote, sale ya del dominio de este cuadro, y pasa al lienzo grande de la milicia de Dios ó de la milicia del diablo.

Abandona de una vez, y no por temporada, el hogar paterno, para abrazar la carrera de la Iglesia ó la del Foro, y ya no nos pertenece ni poco ni mucho.

Aguárdanle nuevos pintores en Alcalá y Salamanca, y ellos son los que han de darnos su retrato.

No es aun el muchacho mayor de edad, pero ha cumplido diez y ocho años por lo menos y bien podemos dejarle ir hasta allá en compañía de su padre, que si no ha logrado alcanzarle alguna beca, nos le dará instalado en una casa de húespedes y punto concluido.

CUADRO TREINTA Y TRES.

El estudiante de Alcalá.

«Comprarás primeramente,
»una raida bayeta
»un sombrero semi-roto
»y con forro por de fuera;
»un cuello á lo clerical,
»una chupa que sea negra,
»un zurron y una mochila
»en donde metas la hortera.»

Ya le tienen vds. instalado en Alcalá.

Caballero en una torda andariega, á la izquierda de su señor padre, que cabalgaba en otra no mas perezosa bestia, y precedidos ambos de un escudero andarin, llegaron por fin al templo de la sabiduría, al emporio de la inteligencia, á la fábrica en fin de los teólogos y de los legistas.

La modesta matrona, que habia hospedado tantos obispos en agraz, tantos magistrados en flor, y tantos hombres de Estado en bruto, los recibió con su acostumbrada frialdad, sin ensanchar sus calles, sin empedrar sus plazuelas, sin blanquear sus edificios, y á la puerta de uno de los mas mugrientos y ruinosos, los dejó apear de las cabalgaduras, sin que saliese el amo del castillo á festejarlos, ni el enano á anunciar su venida, ni un escudero siquiera á tenerles el estribo.

Pidieron posada y se la dieron; cosa de comer no encontraron, pero para mas tarde se la ofrecieron, y mientras el futuro pandecta pasaba la mano por el lomo á las mulas, como si aquella fuera la última vez que hubiese de enjugarlas el sudor de su cuerpo, el padre registraba un puñado de cartas que traia en la alforja, y provisto de un guia se preparaba á repartirlas en persona.

Abrieron antes los baules que en otra acémila traian aparejados, y vestidos con los trapos de cristianar se fueron ambos á visitar á los señores para quienes traian cartas de recomendacion.

Fué el primero, como era natural, el alcalde mayor, que antes de saber quiénes eran, ó mejor dicho á lo que venian, les recibió con ceño, pero que apenas supo que se trataba de un estudiante mas, sin concluir de leer la carta dijo, dirigiéndose al padre:

—Valiera mas que este buen amigo, que lo es mucho mio, en vez de recomendarme á este señor hijo de vd. para que yo le atienda en lo que le ocurra, me hubiese recomendado á él, para que me tratara con la consideracion y el respeto que se merecen mis canas, mi ciencia, la vara que empuño, y la persona de S. M. el rey nuestro señor (Q. D. G.) á quien represento.

A pesar de que el bueno del alcalde mayor dijo estas palabas sin aspereza, los forasteros se asustaron hasta el punto de hincarse de rodillas al oir el nombre del rey, creyendo haber faltado en no hacerlo desde que entraron allí; pero alzóles el golilla diciéndoles:

—Así los quisiera yo ver siempre á vds., señores estudiantes, y no alborotándome el vecindario con serenatas, y escalando ventanas, y mermando doncellas; que apenas pasa dia en que no tenga que andar providenciando matrimonios, y echando pregones en busca de honras que llevan los señores estudiantes de un lado para otro como arquilla de turronero en feria. Porque ha de saber vd., añadió dirigiéndose al padre, que aquí andan trocados los papeles, y cada estudianta parece un alcalde mayor, segun son de atrevidos y desaforados todos ellos. Y cuando dije que yo debia ser el recomendado, no quise decir otra cosa sino lo que vds. acaban de oir. Por lo demás, si este caballerito es tal como

mi amigo le pinta, puede contar con mi proteccion en todo lo que le ocurra.

—Descuide V. S., señor alcalde, contestó el padre, que así lo hará ,y cuando nó, obrará V. S. como quien es, que no en valde le tiene el rey nuestro señor en este puesto, y yo no quiero que á mi hijo se le trate con consideracion cuando falte en algo.

—Eso por supuesto, repuso el alcalde, yo soy inflexible; ya le dirán los camaradas como las gasto.

—¡Camaradas!... exclamó el padre, ¿qué quiere decir camaradas? lo primero que le he dicho es, que no se junte con ninguno. ¡No faltaba otra cosa! ¡Yo que lo supiera!

—Pues se juntará, dijo el alcalde sonriendo. ¿Y qué ha de hacer, sino tener amigos?

—Amigos, no señor; no hay amigos que valgan; todos y ninguno.

—Déjese vd. de cuentos. ¿Cuándo piensa usted dejarle solo?

—Mañana, si puedo ver hoy al señor rector y á otros varios señores para quienes traigo cartas de recomendacion.

—Pues pasado mañana, ya anda este caballerito corriendo la tuna de una casa en otra.

—Perdone V. S. que le diga que no conoce á mi hijo, repuso el padre con seriedad, y hasta picado, ni sabe la educacion que ha recibido.

—Cuanto mas esmerada, dijo el alcalde, mas pronto se la quitan sus compañeros. Vuelva usted si quiere dentro de una semana, y se convencerá de lo que yo le digo. Y cuidado con dejarle letra abierta.

—Mi hijo no tomará sino el dinero preciso.

—Dios lo haga así, dijo el alcalde, viendo que el caballero se formalizaba.

Y despues de mediar entre ambos los cumplimientos de costumbre, se retiraron el padre y el hijo, sin saber qué pensar de lo que les habia ocurrido con el alcalde.

Pero díjoles otro tanto un canónigo á quien fueron á visitar en seguida, y aun éste les recibió con tal ceño, que ni aun por ceremonia les ofreció la casa, y ya el padre empezó á creer que el alcalde tenia razon, y casi estuvo á punto de que el muchacho se volviese á su casa, siquiera no aprendiese leyes en su vida. Y lo hubiera hecho como lo habia pensado á no decirle el confitero-cerero, contra quien llevaba el crédito ilimitado, que todo eran patrañas y chinchorrerías del alcalde y de los canónigos; que los estudiantes se divertian como jóvenes, pero sin ofender á nadie.

El rector de la universidad no les dijo nada, ni aun casi les devolvió el saludo, y terminadas las visitas volvieron á la posada, donde pasaron el resto del dia y la noche, en un contínuo sermon

que el padre dedicó al futuro estudiante, recordándole la educacion que habia recibido, y previniéndole que viviera siempre en el santo temor de Dios, huyendo de las malas compañías, como de otros tantos lazos que el demonio tiende á los jóvenes para su eterna perdicion.

A todo dijo el jóven *amen*, jurando en su interior y de toda buena fé, no faltar á nada de cuanto su padre le decia, y éste partió por fin al dia siguiente, despues de dejar instalado al muchacho en la mejor casa de posada que habia en el pueblo.

A la patrona se le recomendó en secreto con edificante fervor, diciéndola que más que un huésped mirase en él un hijo y que le cuidara y asistiera en todo, que sobre pagarla religiosamente lo que convinieran, no lo perderia por ningun estilo, pues daba con una familia, que gracias á Dios, tenia algunos medios de fortuna.

Díjole la patrona que fuera descuidado, que tanto ella como su hija, serian unas fieles servidoras del señor estudiante, y que se alegraba de que fuese jóven de tan buenas prendas, pues ella, aunque se veia en aquellos tratos, no era sino la viuda de un bedel de la universidad, que mientras vivió su marido no habia tenido necesidad de servir á nadie, y que tampoco recibiera á su señor hijo á no venirle tan recomendado y á no ser persona tan principal.

Al bueno del padre le pareció excelente la casa é inmejorable la patrona, y volvió á emprender la marcha hácia su aldea, á donde ansiaba llegar para decir á la madre lo bien instalado que quedaba su hijo.

Este le vió partir con pena y apenas habia perdido de vista la comitiva, cuando oyó llamar á la puerta de su habitacion y pronunciar el nombre de su padre.

—Que pase adelante el que sea, dijo dirigiéndose á la patrona, y asombrado de que tan pronto le pagasen la visita las personas á quienes habia conocido el dia anterior.

Pero no era ni el confitero, ni el canónigo, ni menos el alcalde, ni mucho menos el rector, la persona que venia preguntando por el padre de nuestro estudiante.

Era un hombre como de treinta años de edad, vestido con una sotana corta y rota, y sobre rota raida, y de raida bayeta negra, una capa hecha criba y colgada en el hombro izquierdo, y un sombrero de tres picos con mas de trescientas picaduras.

Entró en la sala con los brazos abiertos, preguntando á voces por el que ya iba camino de su pueblo, y el hijo le rogó cortesmente que se sentara, que aunque su padre era ido, bien podia decirle á él lo que se le ofreciera.

—¿No me conoces? dijo el hombre de la sotana

tomando asiento. ¿No me conoces? repitió casi enternecido. ¿Con que no me conoces?

—No señor, no tengo el honor de conocer á usted.

—¡Qué honor ni que niño muerto, ni á que vienen esos cumplidos para hablarme! ¿No eres ya un estudiante?

—Si señor.

—Pues cumplimientos entre soldados son excusados. Hemos de ser camaradas, con que *tú* por *tú* y al avío. Cuanto mas que nosotros somos paisanos. ¡Eras tan chiquitin cuando yo salí del pueblo!... ¡Ya hace quince años!

Al pronunciar estas palabras el de la sotana hizo como que se enjugaba las lágrimas con el puño, y continuó diciendo:

—¡El bueno de tu padre! ¡Vaya que no me perdono el no haberle visto!... ¡Estará muy viejo!

—No señor.

—Siempre tan alegre y tan...

—Si señor, ¿pero quién le ha dicho á vd. que estaba aquí?... Ayer llegamos.

—Pues desde ayer ando yo en busca de ustedes. Me escribieron de casa la salida, y... ¿Pero quién diablo te ha traido á este figon?

—Es muy buena casa, replicó el jóven; veníamos recomendados desde allá, y mi padre se ha ido muy contento de dejarme aquí.

—Pues, es preciso que busques otra al momen-

to... ¡Tú no sabes donde has caido! ¡en casa de la *bedela!* Aquí no pára ni una semana ningun pupilo. Nosotros la llamamos el dómine Cerbatana, con que no te digo mas. Si te quedas aquí, no vuelves á probar la carne en tu vida.

—¡Pues me acaba de decir si quiero almorzar chuletas!

—Se habrá muerto algun caballo en el pueblo.

El huésped hizo un gesto de repugnancia, y el desconocido le dijo:

—De cualquier manera que sea, ahora te vienes á almorzar conmigo, y tiempo tienes de averiguar si es cierto lo que te he dicho. Yo vivo con tres compañeros y á los cuatro nos asiste un bedel.

—¡Un bedel! preguntó con asombro el huésped.

—Con ese nombre se conocen entre nosotros los estudiantes pobres que el vulgo llama *estudiantones ó sopistas*. Ya te irás imponiendo de todo lo necesario, y ocasion vendrá, ¡vaya si vendrá, mi querido paisano! en que te sean útiles todos los conocimientos. Aquí profesamos la máxima, no de que mas vale saber que haber, como dicen estúpidamente los preceptores, sino la de que cuando no hay haber vale saber, y en este punto la práctica hace maestros. Pero vamos á casa porque ya el estómago me anuncia que el almuerzo estará á punto, y no es cosa de que nos den capote.

Resistióse el huésped por algun tiempo, pero tales súplicas le hizo el de la sotana, que consiguió por fin llevarle en su compañía, con gran dolor de la bedela, que se quedó diciendo:

—¡Ay! ¡ojos que te vieron ir, cuando te verán volver!

—Madre, no se apure, repuso la hija, que ya volverá.

—Si volverá... á recoger el equipaje. En buenas manos ha caido para que le suelten hasta que no tenga una blanca. ¡Pobrecillo, parece tan inocenton!

—¡Y es buen mozo! exclamó la hija.

—Ya se ve que sí, repuso la madre; no era tan guapo tu difunto padre, y me enamoré de él como una loca. ¡Ay! ¡si Dios quisiera que por este lado pegara y no se nos fuera! añadió entre dientes.

Y mientras tales lamentaciones hacia la bedela, su huésped entraba en una casa de pobre aspecto, en la que halló á los tres estudiantes de que le habia hablado su paisano, esperando el almuerzo que pronto fué servido por el bedel.

Agradóle al forastero la franqueza de sus nuevos camaradas, y ellos se dieron tal maña para atraerle hácia sí, que casi estuvo por rogarles que desde luego le admitieran á vivir en su compañía; pero no se atrevió á decirles nada, ni aun se hubiera quedado si ellos se lo hubieran di-

cho, por no fallar á los preceptos de su señor padre. De lo que hizo propósito, fué de escribirle contándole cuanto le habian dicho de la bedela, para que le autorizase á buscar nuevo pupilaje.

Y lo hizo tal cual lo habia resuelto, á pesar de que el trato que en la casa le daban, sin dejar de ser bastante malo, no lo era tanto como le habian dicho sus camaradas.

El padre le contestó que hiciera lo que creyese mas conveniente á su bienestar, siempre que no olvidara ni el temor de Dios, ni la educacion que habia recibido; y á pesar de los esfuerzos de la patrona, y de los ojos tiernos y los suspiros de la hija, las abandonó dias antes de cumplirse el primer mes de su estancia en Alcalá, trasladando su equipaje á casa de sus amigos.

Y no se necesitaron muchos mozos para la traslacion de los baules, harto alijerados de peso por los compañeros y por las *sotas*; porque, dicho se está, que desde el primer dia que almorzó con los camaradas, empezó á jugar ganando, y siguió jugando y perdiendo.

Los estudiantes tenian un fondo comun, en el cual entraban todos los capitales nuevos, y el del nuestro tardó en ingresar por completo poco mas de dos meses.

Del crédito hizo uso hasta que el confitero dijo nónes, despues de haberle pedido algunos

recibos á pares, y el padre asustado, le señaló una cantidad mensual, encargando al banquero que solo en caso de urgencia grave, como enfermedad ó cosa por el estilo, le facilitase ambas sumas.

Desde entonces perdió el estudiante la salud.

Apenas pasaba una semana sin que tuviese necesidad de pagar algunas visitas al médico, y las cuentas del boticario eran constantes. El confitero hacia la vista gorda á todo, aunque solia amonestarle diciéndole que era imposible que su padre pudiese sufragar tanto dispendio, y que pensara en que tenia mas hermanos. Pero esto se lo decia siempre en el momento de entregarle alguna cantidad, para distraerse y olvidarse de darle el pico, ó para dar salida á alguna moneda poco católica.

Usureros no faltaban nunca en derredor de las universidades, y como el oficio de prestar dinero es tan antiguo como el de pedirle prestado, que trae su orígen desde el principio del mundo, cuando el estudiante habia vendido su ropa, empeñaba los libros, y hasta las mesadas que habia de recibir de su familia; jugando, por último, las esperanzas de tener dinero, y mas de una vez el derecho de asistir á una cita amorosa.

En esto tenia mucha razon el alcalde: eran pocos los estudiantes que dormian en su casa por las noches, y hasta los *Verdes* y los *Reales*, se es-

capaban por las ventanas para andar de ronda por la poblacion.

Y daban serenatas, y palizas, y si tropezaban con la ronda del alcalde mayor la hacian frente, y á no encontrarse con el rector ó con alguno de los catedráticos, les daba muy poco cuidado la justicia.

Ellos se la administraban por sí propios, y tal era el rigor con que trataban á los delatores, que apenas se conocia ese delito, y nunca hubo que castigar las reincidencias.

Nuestro estudiante necesitó pocas lecciones para hacerse maestro. La primera que recibió fué la de saber que aquel amigo, que á título de paisano se le entró por las puertas de su casa apenas se hubo marchado el padre, ni era de su pueblo ni conservó las ganas de serlo despues que le hubo escamoteado los cuartos. Era lo que él le dijo de otros: un estudianton sopista, bedel de los estudiantes acomodados, corruptor de oficio de los novatos, y el mas famoso de cuantos cursaban en Alcalá por aquel entonces. Aunque no por esto dejaba de ser de los mas aplicados y estudiosos, hasta el punto de considerarle como uno de los que en aquellos años dieron mas honra á la universidad complutense.

Habia llegado allí pidiendo limosna, y aunque no estaba aun en disposicion de darla, jamás le faltó comida y buena, siempre tenia un duro

para prestar á sus compañeros, y cuando escapado de Alcalá venia á Madrid á ver una corrida de toros, pocos se presentaban en la plaza con mas elegancia que él.

Los veranos salia á correr los pueblos en compañía de tres ó cuatro camaradas, y pidiendo limosna de puerta en puerta, tocando la guitarra en los bailes, engañando á los curas, y comiendo, si otra cosa mejor no hallaba, la sopa de los conventos, volvia el invierno con algunos mejicanos en el bolsillo.

Para qne el lector pueda formar una idea de lo que hacia el estudiante en el veraneo de las vacaciones, copiaremos algunos trozos de un gracioso romance que aprendimos cuando niños, y en el que está fielmente retratado el *estudiante de la tuna*, que así los llamaba el vulgo por aquel entonces.

Es un diálogo que se representó en los teatros de esta córte, y que pasa entre un jóven pobre y un estudiante, á quien el primero cuenta así sus penas:

—Has de saber, ya que quieres
sacarme de mi tristeza,
que yo quisiera estudiar
pues Dios me llama á las letras;
pero como soy tan pobre,
sin ningunas asistencias
de mis padres ni parientes,
no me resuelvo de veras.

Estudiar sin tener libros
es disparate, es quimera;
trasnochar para saber,
sin tener candil ni vela,
es imposible; servir
y asistir á las escuelas
no puede ser. Aquí tienes
en qué consisten mis penas.
—¿Y tú te afliges por eso?
Pascual amigo, no temas,
toma el oficio que yo
y verás como lo aciertas.
Yo he corrido mucho mundo,
yo estudio tambien las ciencias,
no me falta que comer,
duermo muy á pierna suelta,
no temo la enfermedad,
ni me aflige la pobreza,
y concluyo por decirte,
que á nadie envidio su hacienda,
Mis padres nada me dan
pero allá se las avengan.
—¿Pues qué oficio es el que tienes?
—La curiosidad te tienta,
¿para qué quieres saberlo?
—Por seguir esa carrera
que me ha petado.
—Tunante;
tunante, porque lo sepas,
tunante soy, y tunante
seré, mientas vida tenga.
¿Dónde hallarás mayor gusto
que en la vida tunantesca?
Un tuno parece bien,
en la plaza, en la taberna,
en las salas, en las calles,

en los estrados é iglesias.
El tunante no se aflige
cuando es corta la cosecha,
pues un pedazo de pan
no ha de faltarle en las puertas.
El tunante cuando va
de tuna por las aldeas,
divierte con sus latines
á las mozas y á las viejas.
Unas le dan un zapato,
otras le dan unas medias,
esta le hospeda en su casa
y de comer le da aquella.
Ahora me acuerdo de un caso
que me sucedió, aqui cerca.
Fuí yo con otro estudiante
á tunear por esa sierra,
y llegando, ya de noche,
á cierto meson ó venta
pedimos por caridad,
nos recibiesen en ella;
trabamos conversacion
con la buena mesonera,
que era mujer, y caduca,
pues pasaba de sesenta.
—Hijos, nos dijo, ¿á qué vienen?
¿qué buscan por estas tierras?
¡Jesus, qué descoloridos!
el verlos me da gran pena.
Mi compañero la dijo:
—Señora, nuestra miseria,
nuestro total desamparo,
y el vernos á la inclemencia,
nos hace pasar caminos.
Dos profesores de letras
somos, y allá en Salamanca,

cuando cierran las escuelas,
los pobres de profesion
de Salamanca se ausentan,
y salen por los lugares
á pedir de puerta en puerta.
—¡Ay! pobres, decia, ¡ay! pobres
pon Anica, pon la cena,
cenarán estos señores;
Dios les dé lo que desean,
Dios les haga muy letrados
y curas allá en su aldea.
Llegó de cenar la hora,
dispuso Anica la mesa,
y el primer plato que puso
fué una morcilla de á tercia.
—¡Barrabás! dije entre mí,
¡buena noche nos espera!
Sacaron segundo plato
de callos, chorizos, lengua,
y trás de esto un jarro lleno
de dulce licor de cepas.
La brindamos muchas veces,
la echamos varias arengas,
y nuestra santa patrona
las sufria con paciencia
—Cama, nos dijo, no tengo,
¡ojalá que la tuviera,
que asi como les doy uno
el otro tambien les diera!
Ella se fué á recoger,
y nosotros en parleta
nos quedamos, hasta tanto
que rayó el alba serena.
Salimos de la posada
con la panza bien compuesta,
sin costarnos un ochavo.

¿Puede haber vida mas buena
mas alegre y descansada?
Asi, Pascual, Pascual, fuera
fuera la melancolía
y date á la tunantesca.
—Ese caso que has contado
me hace, Francho, tanta fuerza,
que quiero que desde ahora,
todos por tuno me tengan,
pues tunante voy á ser
toda mi vida *per secula*.

Mas adelante y cuando Pascual le pide que le instruya para abrazar la carrera de estudiante de la tuna, le da algunos consejos, y entre otras cosas, le dice lo siguiente:

De memoria has de aprender
cinco, seis, ó siete arengas,
en latin algo sublime,
con sus visos de cadencia,
y tal cual término griego
que á los oyentes suspenda.
Procura tambien saber
un trozo de cada ciencia,
para que así pases plaza
de docto, aunque no lo seas.
Si se ofrece hablar de historia
echá un trozo de *Gaceta*,
dí que hubo guerras en Flandes
y cisma en Ingalaterra,
verás como á todos tienes
un geme de boca abierta.
Si á conversacion viniere,

y puede ser que se ofrezca,
hablar de la medicina,
cita la Farmacopea,
á Lucas Torri, á Riverio,
á Galeno y á Avicena,
recita sus aforismos
aunque al asunto no vengan.
De la física, sabrás
estos términos: *materiam*
forman substuntialem,
unium compositum,
antifrasis vacuo,
y así de otras frioleras.
De astrología no importa
que ni los principios sepas;
no obstante, por si se ofrece,
has de saber que hay esferas,
que hay zona fria y templada,
y coluros y planetas,
y eclipses y via láctea,
zenit, nadir, periferias,
círculos grandes, pequeños,
ccuador, polo y cometas.
Tocante á la teología
muy adentro no te metas,
que es punto muy delicado
y nunca se hace pie en ella;
mas si acaso hablar se ofrece
en teología, está alerta,
no afirmes cosa ninguna
ni la asegures por cierta,
sino á lo mas, mas, dirás:
No tengo la especie fresca,
pero segun he leido
in tomus primus de esentia,
et divinis atributis,

no es probable esa sentencia;
Imo divus Augustinus,
la opinion contraria enseña.
Si quieres hablar un poco
sobre la jurisprudencia,
es muy fácil con decir:
Así lo traen las Pandectas,
así lo dice Gonzalez
y Salgado, *lege tertia*.
De prebendis non obtentis
digestis de rerum vindicationem,
ita Covarrubias, *Salicetus*
pater Sanchez de marinonio
cardinalis de Luca, *libro de justitia*
et jure, *capite IV de simonia*.
Si citas estos autores
con garbo y prosopopeya,
te tendrán por gran legista,
por un garnacha de audiencia,
te harán consultar los pleitos
ganarás muchas pesetas.
Asimismo has de informarte
de aquellos que allá, en la guerra,
señalaron su valor;
verbigracia, el Gran César,
Pompeyo y Hernan-Cortés,
el Cid, Pizarro, etcetera.

. . . . . .

Ya sabes suele haber leyes
de vez en cuando, Pascual,
pues si la garra te echa
algun alguacil ó alcalde,
de gorrilla ó de montera,
con tono de quien se enfada,
pide á voz en grito, *Iglesia*.
¿Como se entiende, señores,

prenderme para la guerra!
Quedo, estoy matriculado
en la Pinciana academia,
y he de despachar un propio
al señor rector de escuelas,
avisándole que ustedes
me están haciendo violencia,
contra los fueros que gozo.
Señor, alcalde, vd. sepa,
que á mí no puede prenderme.
Si así hablas, Pascual, te sueltan,
porque alcaldes y alguaciles
de gorrilla ó de montera,
á dos voces que los den
al oir, rector de escuelas,
se aturden tanto que ya
de puro susto. . . . . .
. . . . . .

Por último, el novicio le dice que ya está impuesto de todo, pero que lo que le trae mas inquieto son las arengas, y el maestro le responde:

La arenga, mi amado tuno,
Pascual amigo, la arenga
no es otra cosa que un trozo,
de alabanzas en cadena,
dirigidas al sugeto
á quien se alaba ó arenga.
Mas clarito; arenga es,
alabar á boca llena
á una persona de sábia,
verbi-gracia, aunque sea necia,
de verde, aunque sea azul,
de blanca, aunque sea morena,

de rica, aunque sea pobre,
y de hermosa, aunque sea fea.
Atiende las que yo uso,
y por Dios tengas paciencia.
Figúrate que al entrar
por cualquier villa ó aldea,
alcanzo á ver á dos curas,
que van de casa á la iglesia;
al punto me voy tras ellos
compongo bien mis bayetas,
cojo el sombrero en la mano
y arqueando un poco las cejas,
les espeto con gran garbo
esta compendiosa arenga;
Vire, nobilitate ad sapientia
admodum decorati;
Apostolorum principi
dignissimi sucesore, salvetote;
si placet pauperus huic
scolasticus, fere indigentia,
subenite, sucurrite.
¿No vés que arenga tan bella?
pues con esta adulacion
echan á la faltriquera,
la mano siempre, y me dan
la una y las dos pesetas.
—Váyase con Dios, me dicen,
y yo, con mil reverencias
y besamanos, respondo:
—Dios bendiga su clemencia
Valete vire misericorde.

Al tenor de los consejos que quedan citados le daba otros muchos que omitimos, por no seguir abusando mas tiempo de la paciencia del lec-

tor; al cual si este romance le hubiere parecido pesado, le rogamos que nos dispense el haberle procurado su lectura, y si fuere para él una cosa vulgar por serle muy conocido, nos haría especial merced en decirnos el nombre de su autor, pues no hemos podido averiguarlo, ni haber un ejemplar á la mano para rectificar los errores en que nuestra memoria nos haya hecho incurrir.

Le hemos citado, por sernos como recuerdo de la infancia grato en extremo, y por el carácter gráfico que tiene su asunto.

Indudablemente, nada mas propio de la vida del estudianton, que esas sutilezas para sacar dinero, ni nada mas natural entonces, que esos disparatados alardes de voces técnicas, con los que cautivaban la atencion de las posaderas, se hacian lugar entre los militares, y enamoraban á las doncellas.

Los estudiantes ricos, los que tenian fuertes asistencias metálicas por sus familias, abrazaban muchas veces por capricho ese género de vida, y el verano se lanzaban á *correr la tuna* por los pueblos.

Eran siempre legistas los que tales caravanas preparaban; rara vez se encontraba entre ellos algun estudiante de cánones, y nunca un teólogo, ni menos un filósofo.

Pero estos últimos no dejaban de ir por falta

de voluntad propia, sino porque los legistas no los querian llevar consigo nunca.

Los filósofos fueron siempre los pollos de las universidades; y entre estos, los de segundo año, que ya aspiraban á figurar entre los de estudios mayores, llamaban burros á los de lógica y los llenaban el aula de paja y cebada, el dia de San Anton; cuya chanza solia concluir á palos, y aun en la cárcel.

Así andaban las cosas AYER. HOY van de otra manera mny distinta. ¿Cómo andarán MAÑANA?

Entonces apenas los tenian por estudiantes. Ahora se tienen ellos por doctores. Despues nacerán hechos universidades.

¡Dios tenga de su mano á las nodrizas! ¿Pero las habrá MAÑANA? ¿Será posible que para entonces, la industria de la Gran Bretaña no haya emancipado á la humanidad de esa tutela?

Pronto lo hemos de ver, pues para llegar allá casi hemos andado la mitad del camino.

CUADRO TREINTA Y CUATRO.

Un misacantano.

Si quieres un dia bueno,
hazte clérigo.

Mas vale llegar á tiempo, que rondar un año, que aunque dice el proverbio que no por mucho madrugar amanece mas temprano, tambien a que madruga Dios le ayuda, que el que se levanta tarde ni oye misa ni come carne, y de los adelantados es el reino de los cielos.

Tú, lector, ni has madrugado mucho ni poco, sino que llegas tan á tiempo, que fuera locura quererte exigir mayor puntualidad ni mas acierto.

Acaban de enarbolar una bandera blanca en el cimborrio de la iglesia mayor del pueblo; son

las cinco de la mañana, y aun no ha dado principio la fiesta.

Los cohetes están tronando en el aire, y las campanas que tocan á gloria, son la primera voz de alarma para el vecindario.

Tú me preguntarás el motivo de la fiesta y yo no puedo decirte ni una sola palabra, porque se asustarian las gentes del pueblo de que ignoraras tamaño acontecimiento.

No te apartes de mí, y observa y calla, que pronto, muy pronto, vas á salir de la duda.

¿Ves aquella casa de arquitectura moruna, y de color africano, cuyas pequeñas ventanas están cubiertas de damasco carmesí, y en cuyo portal se ostentan ricos tapices flamencos?... pues no la pierdas de vista, que allí dentro está el misterio; allí es donde mora el héroe de la funcion.

No hallarás ni una sola persona en todas las calles del pueblo. Ni mozos que lleven á beber el ganado, ni labradores que vayan á cultivar la tierra, ni viejas que salgan á verter las culpas en el confesonario, ni los chicos de la escuela rezando el rosario del alba, ni nada, en fin, de lo que constituye la vida ordinaria de los pueblos en las primeras horas del dia.

Nada de eso hallarás, lo sé; pero no te asustes, no creas que la poblacion ha desaparecido, ni pienses que está dormido el vecindario.

Antes de que sonaran los primeros cohetes,

ya estaban despiertos los pocos vecinos que no habian pasado en vela la noche.

Rara es la casa en que el horno del pan no ha estado encendido para cocer una torta de cuatro libras, ó media fanega de rosquillas y bollos.

El pastor, ha muerto la res mas blanca del rebaño; el labrador ha vendimiado las mas hermosas cepas; no se encontrará una sola galliña blanca que no tenga atadas las patas con un lazo de color de rosa; y las mujeres lo preparan todo en grandes canastos de mimbres, que cubren con limpios paños de lienzo blanco. Aun no son las seis de la mañana, cuando abiertas las puertas de cada casa dan salida á los vecinos, que cargados con sus respectivos regalos, se dirigen hácia la casa moruna, cuyo portal ha estado abierto toda la noche.

En él depositan sus ofrendas, semejando al pueblo de Judá, cuando avisado por el ángel fué á dar al recien nacido hijo de Dios un testimonio de su cariño, y alegres y satisfechos se vuelven á sus casas á sacar del cofre las mejores galas para vestirse y asistir á la iglesia mas tarde.

En la casa de los tapices reina un gran silencio, pero se advierte una extraordinaria agitacion.

El amo de ella es el mayorazgo mas rico, casi el señor del pueblo, y tiene muchos criados;

pero casi son pocos para la fiesta que allí se prepara, y para los grandes quehaceres que ella origina.

Por de pronto, el carruaje de camino que hay en el patio, y los lacayos que se albergan en la cocina, indican que hay huésped en la casa; y no un huésped cualquiera, como si dijéramos el boticario del pueblo inmediato, ó el maestro de escuela, sino nada menos que un grande de España.

Y no un grande de España que pasa por allí recorriendo sus estados, sino que ha llegado la víspera, con una fuerte escolta de caballería, y un correo de gabinete de la real casa de su Magestad. Y á mayor abundamiento, y para que sea mayor el embarazo del mayorazgo, desde que ha recibido en su casa á tan elevado huésped, da guardia de honor á la puerta una mitad de guardias Walonas, que al efecto han ido al pueblo desde la córte.

Y por último, como que el huésped representa allí nada menos que la real persona de S. M. el señor don Cárlos IV, todos los obsequios que se le hicieran eran pocos, ó por tales debia tenerlos el honrado mayorazgo.

Habíale encargado al mayordomo que en su nombre recibiera los regalos, que de antemano esperaba, cuidando de decirle despues lo que habia llevado cada vecino, y él se consagró ex-

clusivamente al servicio del huésped, ayudado de su mujer, del primogénito de la casa y de los demás hijos, á escepcion del segundo.

Porque el segundo, hora es ya de que el lector lo sepa, el segundo es el héroe de la funcion.

Por él se degollaron las reses, se vendimiaron las cepas, se amasaron los bollos, se vaciaron las colmenas, se esquilmaron las olivas, y se quedaron viudos los gallos.

Por él habia vuelto á ver la luz el damasco que estuvo guardado en el cofre desde la coronacion del monarca; por él soltaban la polilla los tapices flamencos; por él tocaban las campanas á gloria, y por él, en fin, se ponian *los trapitos de cristianar* las gentes del pueblo.

No en balde habia estudiado teología con un arcediano, y recibido la primera tonsura y las demás órdenes sagradas de manos del obispo de la diócesis, y no en balde, en fin, habia nacido el segundo de la familia, y dedicádole por esta razon su padre al servicio de Dios.

Era llegado el dia en que iba á dejar por completo el estado seglar, abrazando la carrera eclesiástica.

Iba á celebrar por primera vez el santo sacrificio de la Misa. *Sacrum initiale primum*, que dicen los latinos.

La bandera que ondeaba sobre la iglesia anunciaba una *misa nueva*, un MISACANTANO.

Antes del medio dia iba á tener el pueblo un hijo cura.

El acontecimiento no podia ser mas extraordinario.

No habia un solo vecino que dejase de conocerlo así, y por eso hicieron fiesta solemne, abandonando todos el trabajo y entregándose al regocijo y á la alegría desde las primeras horas de la madrugada, y á las nueve invadieron la iglesia para presenciar la ceremonia, de la que el mismo rey, representado por uno de sus criados mayores, iba á ser el padrino.

Al ahijado mientras tanto le vestian la ropa talar, su maestro el arcediano, el cura del pueblo y el capellan de las monjas, tonsurándole el barbero del pueblo, que mas tarde confesó á su mujer no haber tenido nunca el pulso mas trémulo que en aquella ocasion.

A la iglesia le llevaron en procesion, presidida por el alcalde, yendo á la izquierda del nuevo celebrante el padrino, y á la derecha el arcediano, y detrás el padre, vertiendo lágrimas de alegría sobre su antiguo uniforme de maestrante.

La guardia de honor que habia á la puerta del templo les presentó las armas, el órgano les soltó una de trompetas, que mal año para el sordo que no se hubiese alegrado de serlo, y las campanas y los cohetes escandalizaron el aire.

Durante la misa lloraron hilo á hilo las viejas, mas agua que lleva el Manzanares en un año; hicieron propósito las mozas de tomarle por su confesor, en el caso de que tuviera ancha la manga de la conciencia, y no hubo un solo padre de familias que no envidiase la dicha del mayorazgo.

Terminada la ceremonia cayó el misacantano en los brazos del padrino, que le sentó en un sillon, donde dió á besar las palmas de las manos á todas las gentes del pueblo, empezando por el alcalde mayor, y acabando por el pregonero.

Con el mismo órden con que fueron á la iglesia se volvieron á la casa del mayorazgo, donde les aguardaba una mesa de diez cubiertos, á la que estaban convidados, entre otros, los curas y el alcalde mayor, y á la que no se sentaron ni la madre ni las hermanas del celebrante, que á pesar de su prosapia, estuvieron sirviendo la comida.

Y no por falta de criados, sino porque era demasiado grave la ceremonia para qué, la entonces muy atendida dignidad del hombre, permitiera que en tan gran solemnidad se sentaran á la mesa las mujeres.

A la puerta de la casa estuvieron tocando mientras duró la comida, el tamboril y la dulzaina, se sirvieron con profusion bizcochos y vino, y se repartieron cuatro cochuras de pan á los pobres.

Por espacio de una semana estuvo el mayorazgo recibiendo enhorabuenas, y mas de un mes duró la peregrinacion de las gentes de los pueblos inmediatos, ansiosas de besar la mano al nuevo sacerdote.

Este no descansó hasta que hubo pasado otro tanto tiempo, y en compañía del cura párroco pudo entregarse al ejercicio de la caza y á otros pasatiempos honestos de los que le permitia su nuevo estado.

En cuanto al padre no descansó tan presto, porque como tenia mas hijos que el que acababa de hacerse cura, le quedaban nuevos cuidados.

Ya tenia un hijo en la milicia de Dios, pero habia destinado una hija para esposa de Cristo, y á darla el velo de las vírgenes, en el convento que ella habia elegido, porque como buen padre no quiso forzar su voluntad, precisamente habia de traerla á la córte.

Pero quiso Dios, que como habia consagrado el tercero de los hijos á la milicia del rey, pudiera matar de un tiro dos pájaros.

Emprendió el viaje á la córte con un presunto guardia de Corps, y una monja en ciernes.

Vino á Madrid á poner una *toca* y á solicitar una *bandolera*.

Pequeños son, pero distintos ambos cuadros, y el pintor ha hecho bien en preparar para cada uno de ellos un lienzo.

CUADRO TREINTA Y CINCO.

Un monjío.

En un coche de *pechera*, que por gracia especial y para solo el viaje á Madrid, les prestó un mayorazgo de la cabeza de la provincia, salieron del pueblo el padre, la madre, el confesor de la niña, ésta, y su hermano el futuro guardia de Corps.

Con el fraile á la derecha y el padre á la izquierda, ocupaba la niña el testero del carruaje, y en el delantero se acomodaron la madre y el hijo.

En todas las paradas, que fueron muchas, salia la jóven con el velo de la mantilla caido sobre el rostro, y por el camino mas corto la llevaban desde el coche á la posada, sin permitirle

alzar los ojos del suelo, ni hablar con nadie mas que con su confesor, y algunas veces con sus padres, pero nunca con su hermano, al cual le era lícito y punto menos que obligatorio, usar un lenguaje rudo y como suele decirse *de cuerpo de guardia.*

Iba á entrar á servir en la milicia del rey, y no estaba de sobra el que fuese adquiriendo las maneras duras y el lenguaje áspero de los cuarteles. Su hermana, por el contrario, destinada al servicio de Dios, debia recogerse en sí misma, y apartar los ojos del siglo para entrar inmaculada y pura en el cláustro.

Acababa de cumplir diez y seis años de edad y ya hacia cuatro que apenas tenia comunicacion con otras personas que con sus hermanas y con su director espiritual.

Leia casi correctamente el castellano y con perfeccion el latin, sabia enhebrar una aguja, escribir su nombre, copiar algunas oraciones del *Kempis* y del *Flos Sanctorum*, muchas de estas de memoria, y casi de corrido el Ritual romano.

Segun decia su confesor la mayor parte de las monjas que él habia conocido no sabian otro tanto, y era probable que si seguia estudiando en el convento, antes de cumplir los veinte y cinco años, fuese nombrada abadesa.

Semejante anuncio llenaba de gozo á los padres, y siempre que le oian la amonestaban para

que imitase las virtudes de Santa Teresa, proponiéndosela como modelo en todo.

El fraile la decia que no se ensoberbeciera si á tal puesto llegaba, y que jamás hiciese nada sin tomar consejo de las *discretas*.

Y tanto oyó la niña repetir esta palabra que se atrevió á preguntar, como haria ella para distinguir con acierto las discretas de las tontas.

Y á tan inocente pregunta contestó el fraile lo siguiente:

—No tienes necesidad de distinguirlas porque las discretas las nombra la comunidad, y ninguna que no haya sido elegida discreta puede serlo.

—¿Y la comunidad, preguntó la niña, acierta siempre en la eleccion?

—Algunas veces yerra, pero la abadesa descarga su conciencia consultando con las discretas nombradas, y esto es lo que yo te recomiendo. Por lo demás, es tan cierto que las monjas se equivocan algunas veces que, estando yo en Segovia confesando á una señorita tonta, se empeñó en tomar el hábito, y tuve que dejarla de confesar porque seguia siendo cada vez mas tonta; pero entró monja y al poco tiempo la nombraron discreta. Con lo cual me creí obligado á hacer un regalo á la comunidad, en reconocimiento de que habian hecho lo que Dios no habia querido hacer.

El cuento del fraile asomó la risa á los lábios de todos, y en esas y otras pláticas embebidos, llegaron á la córte, donde los esperaba un hermano de la madre que los condujo á todos á su casa.

Todos los papeles, remitidos oportunamente y con antelacion por el padre, estaban listos, y gracias á la actividad del tio, el expediente para la admision de la novicia se hallaba terminado. Y no porque fuese fácil conseguirlo, tratándose como se trataba de tomar el hábito en las Descalzas Reales, que eran, aunque franciscanas y pobres, señoras de régia estirpe ó *circum circa.*

Fuéles preciso hacer una informacion esquisita de pureza de sangre, probando que en ella no habia ni una sola partícula de la Hebrea, ni de la Arabe, ni aun de la Convertida, ni menos de la de los hereges, ni gentiles modernos; que ni la pretendienta ni sus padres ni ninguno de su familia, estaban comprendidos en infamia pública; y por último, que era hija de legítimo matrimonio, fiel y católica y de ningun error sospechosa.

Todo estaba corriente y solo faltaba señalar dia para su entrada en el convento; lo que se hizo, con acuerdo de la comunidad, fijando el dia siguiente al de su llegada á Madrid.

Y se tomaron este plazo, porque era preciso

que la jóven viviese un dia en la córte, para que antes de entrar en el cláustro se despidiese del siglo.

Del siglo, en el que entraba por una puerta con ánimo deliberado de salir por la otra.

Del siglo, al que saludaba por primera vez diciéndole adios para siempre, desde la puerta del cláustro.

Del siglo, que iba á ver con los lentes de su padre espiritual, y de cuyas lozanas primaveras iba á juzgar con el marchito corazon de su madre.

Encerrada toda su vida en una aldea miserable, sin mas trato que el de su confesor, ni mas ruido que el silencio del campo, al sentir por primera vez el bullicio de la córte, preguntó si aquello era el siglo, y el siglo le pareció un infierno.

Deslumbrada por el lujo del teatro, los cómicos se le antojaron legiones de demonios, que envidiosos de su dicha, venian á robarle la vocacion de entrar en el cláustro, y pidió á sus padres que la librasen de aquel tormento, volviéndola á casa de su tio.

Y allí estuvo hasta la mañana del siguiente dia sin cesar de decir que renunciaba al siglo, y que ansiaba el momento de entrar en el cláustro.

Y el siglo que renunciaba no era otro que el

amor de su familia, y la paz de su aldea, y el gobierno de su casa, únicas cosas que ella habia visto en el siglo en que se habia criado.

Pero habíanla dicho que el mundo era uno de los tres enemigos del cristiano, y como ella queria ser esposa de Cristo, tenia que renunciar al trato con los enemigos de la familia del esposo.

A todos, aun á los mismos que desde que nació la criaron para monja, les tenia edificados la decidida vocacion de la niña, y únicamente el tio fué, el que cogiendo á solas al confesor, le dijo:

—Me parece que no haríamos mal en suspender por algunos dias la toma del hábito, para que la niña adquiriese la experiencia de lo que renuncia, y la vocacion fuese mas completa.

—Como vds. gusten, replicó el fraile, yo no entro ni salgo en ello; su señor padre lo ha dispuesto así.

—Ya, pero nadie mejor que vd. deberia decirle que no atropellara este negocio, porque es harto delicado. Yo, crea vd., que solo instado por mi hermano, he podido precipitar el expediente, pero conozco que es demasiudo jóven mi sobrina.

—¿Pues de qué edad queria vd. que entrase en el convento? dijo el fraile.

—¿De veinte y cuatro ó veinte y cinco años?

—Talluditas serian las novicias, repuso con socarronería el fraile.

—Así llevarian un conocimiento exacto del mundo, y su vocacion seria mas grata á los ojos de Dios.

—Es decir que vd. quisiera que los conventos se llenaran con los desechos del siglo; que al tomar el hábito fuesen ya lo que se llama *liebres corridas*, que hubiesen roto muchos zapatos en los paseos, asistido diariamente á los teatros y descoyuntado los huesos á fuerza de bailes y jaranas. En una palabra; vd. desearia que hiciesen lo que se llama un curso completo de tunantería.

—Y supóngase vd., replicó el tio medio amostazado, que á los tres ó cuatro años de vestir el hábito la vienen ganas de hacer ese curso, que vd. llama de tunantería, y no pudiendo abandonar el cláustro para volver al siglo, pasa el resto de su vida en un contínuo tormento, ofendiendo mas á Dios siendo su esposa que con haber sido la mas infiel de cuantas andan por el mundo. ¿Qué diremos entonces?

—Nada, porque ese caso no llegará, yo se lo aseguro á vd.

—Así lo espero, ¿pero crée vd. que no hay ninguna monja arrepentida de serlo?

—Si que las habrá, y yo he conocido algunas, pero ninguna era de las que entraron demasiado jóvenes, sino de las corridas y experimentadas.

—¡Luego viene vd. á confesar lo mismo que

yo estaba diciendo! replicó el tio de la jóven.

—No tal, repuso el fraile; digo y repito lo que he dicho antes. ¿En qué plan razonable cabe pensar que para alistarse en las banderas de Dios, sea preciso servir antes en las del mundo su enemigo? ¿Puede nadie ignorar que las leyes, máximas, costumbres y ejemplos del mundo son nuestra segura perdicion? ¿Pues por qué, sabiendo que el vaso contiene veneno, se ha de beber para probarlo? ¿Machacaría vd. un diamante para ensayar su dureza antes de engastarlo en una sortija? ¿O le parece á vd. preferible la penitencia á la inocencia? Los Santos Padres, dicen, que el que no quiera contaminarse con los desórdenes del mundo que abandone cuanto antes el comercio de esta Babilonia.

—Ea, padre, dijo el tio asustado, dejemos esta conversacion, porque si sigue vd. sacando teologías, por fuerza habré de darle la razon. A fé que mi cuñado es el padre de la chica y él sabrá lo que se hace; yo tambien sabria lo que habia de hacer si fuese hija mia.

Y con esto terminaron la entrevista, volviendo á la sala donde ya se iban reuniendo los convidados y solo se aguardaba á la madrina para ir á la iglesia.

Tampoco estaba allí la víctima, pero no era ella la causa de que se demorarse el momento de la partida.

Desde muy temprano se habia dejado vestir, no por sus enemigos sino por los del mundo, que en aquella ocasion lo fueron su madre, su tia y una amiga, y ya hacia una hora que esperaba la del sacrificio, sentada en un sofá, con un libro de devocion en la mano y con el semblante resignado y tranquilo.

Llamábanla todos ese dia *la novia*, y á juzgar por su traje del buen gusto del novio, no se podia formar una idea muy ventajosa.

Sobre un vestido de color de sangre de toro guarnecido con blonda amarilla, la habian encajado un pañuelo azul con ramos verdes; y el cuello, los brazos y los dedos, se los cubrieron con cuantas alhajas habia vinculadas en su familia y en la de la madrina, amen de una docena de cruces y relicarios de plata y oro, que al efecto prestaron las amigas.

La cabeza tenia plumas de todos los pájaros del nuevo y del viejo mundo, y en la frente lucia una enorme chapa de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas.

Las mujeres de la vecindad, y otras que sin ser vecinas eran curiosas, se atropellaban por verla, cuando en compañía de su familia se dirigia al convento, y mas de una vez se oyó esta exclamacion:

—¡Qué hermosa va y qué *petimetra*! Bien puede decirse que Dios la ha tocado de veras en

el corazon, cuando por servirle renuncia esas galas.

—¡Dichosos padres, decian otros, que tienen una hija tan buena!

—¡Miren que poco aprecio hace ella de las riquezas que lleva encima!

—¡Bien vale mas de un millon el traje! exclamaban algunas mujeres.

—Pues todo, replicaban otras, lo va á trocar por una saya que no valdrá cuatro pesetas.

Y lo mismo repetia la muchedumbre que se agolpó á la puerta del convento y los que habian tenido la suerte de penetrar en la iglesia; y todos la miraban con asombro, y cada cual pensaba en lo mucho que estaria sufriendo por acercarse la hora del sacrificio.

Y solo la sacrificada parecia impasible, sin que al llegar el momento de dar un eterno adios al mundo, tuviera un solo impulso de vacilacion.

Pero, ¿es de extrañar que eso hiciera con el mundo, personaje á quien no habia tenido la honra de tratar, quien tuvo valor para soltarse de los brazos de la madre que la habia dado el ser y que la habia criado?

Y sin embargo, esa jóven no hizo mas ni menos que la que abandona el hogar paterno para pasar á poder de un hombre á quien ha conocido momentos antes de unirse á él para siempre.

Secretos de la naturaleza son estos que no queremos indagar y que nos atrevemos á decir, que nadie nos explicará de una manera satisfactoria.

Es lo cierto que la jóven se desnudó gustosa de aquellas galas, en lo cual no debió hacer gran sacrificio, y dejándose cortar su hermosa cabellera, abrazó con entusiasmo la austera regla de las religiosas franciscas.

De los brazos de su madre pasó á los de la abadesa, y sin volver la vista atrás para ver por última vez á su familia, entró en la clausura con sus nuevas hermanas.

Mujeres todas á las que veia entonces por primera vez, y con las que renovando sus votos al año siguiente, habia de vivir eternamente.

La *puerta reglar* se cerró en el momento que hubo pasado la última monja, y la familia de la novicia, con la madrina y los convidados, pasaron á la sacristía á reparar el estómago con unos cuantos sorbos de moscatel y unos bizcochos.

Las madres tuvieron tambien su *gaudeamus*, y al dia siguiente volvieron á la vida ordinaria, del chocolate, de los maitines, de los acericos, y de los bizcochos.

A tener á los mandaderos siempre en movimiento contínuo, llevando y trayendo recados al

confesor para que viniese á oir sus escrúpulos, al cerero para que les hiciese *niños de Dios*, y mandando á los devotos bandejas de rosquillas. Siquiera diesen con esto motivo á que las gentes dijeran, lo que decian antes y lo que dicen ahora de que, «bizcocho de monja, fanega de trigo.»

CUADRO TREINTA Y SEIS.

Una bandolera.

«Baste, pues, decir, por Dios,
»A vuestra Real magestad,
»Crea mi necesidad
»Pues soy un guardia de Corps.»

Buen mozo, sangre sin mezcla, y á ser posible azul, si no se habia dado prisa á nacer y vino al mundo despues que su hermano, casi podia asegurarse que habia nacido para ser caballero Guardia de la Real Persona.

Bien podian sus padres enseñarle á leer desde luego, y quien dice á leer, dice á firmar, encargar al escribano que le hiciese una ejecutoria de nobleza y mandarle á la córte.

Entraba en ella, ó acompañado de su padre,

ó con una carta de éste para una camarista de la reina, su antigua amiga, en que la decia lo siguiente.

«Excma. señora, mi dueña y amiga: Beso »respetuosamente los pies de *vuecelencia*, y pido »á Dios nuestro Señor, que al recibo de esta, se »halle V. E. con toda aquella cabal salud que yo »para mí deseo. En esta casa de V. E., todos, á »Dios gracias, comemos de la olla grande.

»La presente le será entregada á V. E. (Dios »mediante), por mi hijo, á quien V. E. se ha dig»nado tomar bajo su poderosa proteccion, entre»gando á S. M. el Rey nuestro Señor (que Dios »prospere), la solicitud para que se sirva agra»ciarle con la bandolera. Es portador de todos »los papeles que se necesitan para obtener esa »gracia, y yo espero que la mucha y merecida »privanza de que goza V. E. con la augusta es»posa de nuestro amado monarca (Q. D. G.), co»ronará nuestros deseos abreviando el término »de mis afanes.

»Nada tengo que encargar á V. E., sino re»petirla, que no habiendo salido hasta ahora de »este pueblo, será fácil que el muchacho cometa »alguna tontería, propia de quien no conoce los »usos y las etiquetas de esa córte; pero confio en »que V. E., haciendo oficios de madre para con »él, sabrá instruirle de todo. A pesar de esto, él »va bien *ladrado* por su madre y por mí, y aun

»por el cura de este pueblo, que sobre ser un po-
»zo de ciencia, tuvo la honra de merecer una au-
»diencia del difunto rey el señor don Cárlos III
»(que santa gloria haya), y en materias de eti-
»queta y cosas de palacio, sabe bien donde le
»aprieta el zapato, y pocos le pueden dar lec-
»ciones.

»Y por no molestar mas tiempo la atencion
»de V. E. quedo rogando á Dios guarde la vida
»de V. E. muchos años y beso respetuosamente
»los pies de V. E., de quien soy como siempre
»humilde servidor y amigo.»

La camarista gozaba en verdad de gran privanza con la reina, y como las privanzas en los régios alcázares vienen á tener mas de públicas y de sabidas que de secretas y calladas, habíanlo traslucido los altos funcionarios del reino, y la camarista privaba con todos los *covachuelos*, desde el ministro inclusive hasta el último meritorio.

No pedia gracia que no se la considerase de justicia, ni cosa injusta qne no se la otorgase á título de gracia.

Decian los pretendientes que tenian al rey en el puño con solo que la camarista les diese la mano, y ella, que no era manca, tenia siempre una gran cohorte de ahijados.

Era uno de estos el futuro guardia de Corps, el cual entraba en Madrid, con el pelo de la dehe-

sa en la cabeza, y la informacion de su nobleza en el cofre.

Los primeros dias de su estancia en la córte, no le valió su buena figura para librarse de hacerla muy mala á los ojos de los cortesanos.

Era el bufon de la camarista, y le presentaba á sus amigos como una piedra en bruto que la remitian para que la pulimentara, ó mas bien, como un ejemplar de cobre que su poderosa alquimia iba á convertir en oro finísimo.

Si sus amigas respetaban al neófito, ó trataban de defenderle, era hombre perdido y desauciado en sus pretensiones. Si por el contrario *la seguian el buen humor*, ayudándola á burlarse de él, le protegia con decision, convirtiéndole en ídolo que todos estaban obligados á adorar.

Hacia, en suma, un alarde tal de su privanza y de su influencia, que nadie en la córte se atrevia á contrariarla.

Cierto es que ella no era sino un agente intermediario cerca del planeta que obraba tantas revoluciones en el globo real, pero á ella acudian los pretendientes, y ella les otorgaba lo que pedian.

Nuestro guardia de Corps en ciernes, no pedia otra cosa sino la efectividad de su deseo, y pronto le fué concedida.

Amen de la carta de recomendacion que le dió su padre, traia él en sí mismo otra de igual

procedencia, y de la que no podia desentenderse la camarista, sopena de haber sido, y no lo era, una mujer sin corazon.

Por otra parte, ¿qué era lo que pedia el recomendado? Nada. *Una bandolera.*

¿Y no era acreedor á esa gracia? ¿No tenia corriente su informacion de nobleza? ¿No poseía por su casa una renta de ciento ochenta ducados? Pues, ¿qué le faltaba?

Y aun suponiendo que le faltase algun requisito, ¿no le sobraban seis dedos de talla? ¿No tenia dos ojos negros, capaces de borrar cualquier mancha parda que hubiese en la sangre azul de su familia? Y sobre todo, ¿no tenia buen pecho, y buenas espaldas para lucir la bandolera, y hermosa cabeza para el sombrero de tres candiles, y buen talle para la chupa, y buena pierna para la media de seda, ó la bota de montar? Pues ¿qué mas se le podia pedir?

Si la camarista no hubiese apoyado su peticion, merecia que la retirasen la privanza.

No porque la generalidad de los guardias de Corps fuesen buenos mozos, se habia de negar que lo era el nuevo pretendiente.

Y siéndololo, ¿por qué no habia de honrar con su presencia los dorados salones del régio alcázar, las procesiones del Viernes Santo y del Corpus, los saraos de la nobleza y los paseos públicos?

Así lo comprendia la camarista, y al mes ó poco mas de estar en Madrid, le alcanzó la bandolera, y una audiencia para dar las gracias á S. M., y una órden para que el capitan de Guardias, le diese á escoger el mejor caballo de la remonta.

Nada le quedó que desear al caballero guardia, y así escribió á su padre, diciéndole que la camarista habia hecho por él mas que una madre.

Y entonces no sabia el infeliz cuán cierto era lo que decia, porque su madre no habia hecho nada mas que amarle, y la camarista no solo le amó, sino que le dejó de amar apenas tuvo otro pretendiente en campaña.

Conservó, sin embargo, en su desgracia, la bandolera y con ella el grado de oficial en el ejército, por mas que en el cuerpo no fuera sino un simple soldado; pero un soldado con su sirviente que le llamaba *caballero guardia*, con diez reales diarios de *préts*; sin mas obligacion que la de dar la guardia en la real cámara, correr con las personas reales, hacer algunas centinelas en el cuartel, y estar alguna semana de cuadra.

Entonces solo se quemaba la pólvora en salvas, y tenia el caballero guardia un cuidado menos. El cuidado de la guerra.

Cuando fué necesaria su espada en defensa del trono y de la patria, se batió con pundonor y con arrojo; pero entonces no lo era, y el guar-

dia de Corps, mas que al estado militar pertenecia al estado civil.

Veámosle bajo este segundo aspecto.

Empecemos por su patrona, á la que era fama que no todos los meses se acordaba de pagar, sin que por eso se crea que dejaba de pagarla mas tarde; pasemos á hacer una visita al sastre, en pago de las muchas que él hace al guardia de Corps, y sin detenernos á hablar con el tendero, que nos contaria mil olvidos del criado, subamos á esa casa donde aunque no se oye hablar á nadie, parece que se *bate el cobre.*

Estarán jugando; nada mas natural que el juego para soláz del espíritu y reposo del cuerpo.

Despues de haber corrido toda una tarde á caballo delante ó detrás del coche del rey, es muy justo sentarse á perder la paciencia, viendo que el caballo de espadas está rendido y no quiere correr para alcanzar á la sota de oros, ó que esta doncella se deja coger por el rey de bastos.

Si la patrona hiciese lo que nosotros y estuviera allí en el momento que el guardia acierta una carta, cobraria con puntualidad, pero no está y suya es la culpa.

Harto trabajo tiene el pobre caballero con haber perdido en media hora la paga de un mes, y no es cosa de que se vaya á poner triste y á enfermar, y á darse de baja en el servicio.

Desgraciado en el juego, afortunado en amores, y ya que se quedó sin *una blanca*, justo es que trate de alcanzar una morena.

Y la alcanza, ó dejaria de ser buen mozo, y de vestir *casaca de dos colores*, que es el doctorado *in utroque* que han tenido siempre en mas estima las mujeres, y el mejor parroquiano de Cupido.

¡Y qué colores los del caballero guardia de Corps! Amarillo y plata en la bandolera, si pertenecia á la compañía *Flamenca*; plata y morado, si era de la *Americana*; verde y plata, si formaba en la *Italiana*; y plata y carmesí, si era individuo de la *Española*; pero siempre plata y colores alegritos.

En cualquiera de esos cuatro escuadrones, que entonces tenian la modestia de llamarse compañías, conservaban los españoles derecho á ingresar, no sucediendo lo propio á los flamencos ni á los italianos, ni menos á los americanos, que entonces como ahora, no dejaban de ser peninsulares sino que apenas eran españoles.

Las reminiscencias del monje de Yuste eran siempre flamencas; italianas las de Cárlos III, y americanas las que venian á la península en caballo de madera.

El peninsular era el único que podia serlo todo, y á no haber sido así, siempre hubieran estado en cuadro las compañías extranjeras.

Solo para tener en vela á las madres, asustar á los tutores y alegrar á las doncellas, eran igualmente turcos todos los del cuerpo.

Si un caballero guardia flamenco, por no ser del pais, ó por otras causas que no dicen las crónicas, no hallaba la escalera y subia por la reja á hablar con la hermosura que le aguardaba en el balcon, ni los italianos, ni los americanos, ni los españoles, escrupulizaban guardarle las espaldas, defendiendo la esquina de una sorpresa del padre, ó de la ronda que mas de una vez tuvo la prudencia de echarse por la otra acera para no verlo.

Y hacia bien en ser corta de vista, porque los guardias ceñian una lengua muy larga, y no era cosa, ni lo valia el asunto, de renovar las escenas del siglo XVI.

Aun obrando con tanta prudencia los prudentísimos alcaldes de Casa y Córte, han tenido y tienen aun, que es lo peor, la audacia los literatos franceses de decir que aquí andamos á cuchilladas al pié de las rejas! ¡Qué dirian si las rondas hubiesen trabado discusion metálica con los guardias de Corps!

¡Seria cosa de taparse los oïdos!

Pero, ¿quién hace caso de los viajeros franceses? Tambien dicen que las Elisas y las Adelas, se llaman doña Guiomar y doña Estrella, y no es mas verdad que lo de las cuchilladas.

Las damas, por quienes andaban asaltando balcones los flamencos, se llamaban doña Basilisa ó doña Sinforiana, y sin embargo, eran tan hermosas, que mal año para todas las Guillerminas y Lauras de estos tiempos.

Entonces empezaba á ser verdad que el hábito hace al monje, pero nadie pensaba en que podia influir el nombre de pila en la belleza de las mujeres.

Lo mismo cubria el paño del tiempo, las facciones de las Timoteas y de las Sinforianas que las de otras bautizadas con mas elegancia.

Las Rupertas y las Pascasias no han sido feas hasta que han sido viejas, y en sus abriles merecian el amor de los militares, y aun el de los togados, que andaban siempre á la rebusca, y comiendo á segunda mesa en la fonda del flechero rapaz.

Luceros, que no estrellas, se le antojaban al guardia de Corps los ojos que le alumbraban en la noche oscura de su desgracia y de su bancarrota.

Quitábale el resplandor de su hermosa dama la elocuencia, pero eso importaba poco, porque ni el amor necesita otra elocuencia que el silencio, ni para decirla que habia *salido de Reina* aquella noche, y que *entraba de Infanta* al dia siguiente, era preciso ser un Demóstenes.

La oratoria corria de cuenta del sastre que le

hacia la casaca mas ó menos justa, ó del peluquero que le empolvaba con mas ó menos gracia.

El guardia de Corps cumplia su cometido con dar cuenta á su amor de los dias que estaba de libre, y de los *zaguanetes*, y de si *corria príncipes ó reyes*; y ella le pagaba pidiéndole celos de alguna camarista ó moza de retrete, y á veces de la patrona, y hasta del caballo, á quien decia que mimaba mas que á ella. Lo cual solia ser verdad, y verdad muy natural y muy recomendable en un buen soldado de caballería, porque el caballo viene á ser la mitad de su individuo, y la novia no es á veces tanto, ni mucho menos.

Generalmente cuando el guardia de Corps volvia á reunirse con sus compañeros, la novia que dejaba ya no era para él otra cosa sino una tonta que creia atraparle para hacerse cadeta ó sub-brigadiera, y la que veia despues de aquella era otro tanto.

Y pensaba con juicio al dejar de pensar en casarse, porque, aun suponiendo que tuviese por su casa los diez reales de asistencia diaria que prevenia el reglamento, con los otros diez que le daban de prets, y los tres uniformes que le costeaba S. M., nunca tuvo para vivir desahogadamente.

Los guardias de Corps, por otro nombre los *chocolateros*, (que así los llamaba el vulgo á ellos y á los frailes) ó vivian con una estrechez suma,

ó si sumaban algunas comodidades, era en fuerza de estrechar al sastre que les hacia la ropa de paisano, y al fondista que les forraba el estómago, y al fabricante de medias de seda que se atrevia á pedirles doce duros por cada par.

Pero en punto á su proverbial escasez de recursos, no seremos nosotros los que digamos nada, pudiendo hacerlo con mayor autoridad y mas gracia, las siguientes décimas que recordamos de un memorial, que á la reina María Luisa, presentó un guardia de Corps de su esposo Cárlos IV.

. . . . . .

Como no tengo otro asilo
que el escaso medio duro,
á vos, Señora, aseguro
que nunca le alcanzo el hilo;
pues solo en cobrar el quilo,
se lo llevan dos mil rayos,
á pesar de los ensayos
que noto muy sútilmente,
sufriendo continuamente
hipo, histérico y desmayos.

Porque es tal mi economía
y tan grande mi templanza,
que almuerzo, solo esperanza
de comer al medio dia;
dan las doce, ¡qué agonía!
entra un pillo malandrin,
con un puchero ruin,
tan eterno como Dios,
pues, ninguno de los dos
tiene principio ni fin.

Redúcese el contenido

á tres onzas de carnero,
que antes que entre en el puchero
tres aduanas ha corrido;
pues, aunque el ajuste ha sido
media libra, hay que notar
que el que vende ha de robar,
el que compra y el que guisa,
son tres á cobrar la sisa,
y yo soy solo á pagar.
De tocino, raeduras,
dos adarmes mal pesados,
treinta garbanzos, contados,
y un poquito de verdura;
saliendo de esta gordura,
un caldo tan sustancial,
que en una urgencia fatal,
puede servir al intento,
de materia al Sacramento
en la pila Bautismal.
Item mas, una libreta;
pero de esta ha de quedar
la mitad para cenar;
y sino hay nueva receta
yo doblo mi servilleta,
hasta el nocturno aparato,
en que tres tajadas cato,
que aunque me llegue á abrasar,
nunca me atrevo á soplar
porque no salten del plato.
Como es tan corto este auxilio
y mi estómago tan largo,
paso la noche en letargo
ó en continuo pervigilio;
y si el sueño reconcilio
con mis ideas vehementes,
pensando en mil diferentes

descabelladas chiripas,
están soñando las tripas
si se han perdido los dientes.
Aun en vestir es mayor
mi vigilante deseo,
y nunca llega mi aseo
á lo que aspira mi honor;
bien que esto no es lo peor,
en la marcha mas completa
no necesito maleta,
ni jamás tomo bagage,
porque todo mi equipaje
lo lio en una calceta.
Cuando mi estado indigente
á considerar acierto,
no sé como no me he muerto
de un repentino accidente;
gracias al Omnipotente,
que me libra de dolores,
por los contínuos clamores
con que piden cada instante,
por mi salud importante,
un cúmulo de acreedores.
Así, Señora, he servido
siete años con el amor,
que me sugiere el honor
ilustre con que he nacido;
he trotado y he corrido
por polvos, piedras y lodos,
mostrando de varios modos
mi exactitud é interés,
pues, hasta en cobrar el préts
soy el primero de todos.

. . . . . .

Cuando esto decia un individuo del cuerpo, y

esto le permitieron decir sus camaradas y sus gefes, no nos parece necesario añadir nuevas razones para probar que el destino de guardia de Corps, era lo que entonces se decia, *cara comida para estudiantes*. El que no tenia rentas por su casa, tenia que arrimarse á las agenas para poder vivir.

Por eso habia dos clases de guardias: unos que olian á buenos guisados, y otros que andaban oliendo donde guisaban.

En la Guardia Real no pasaban tantas estrecheces, á pesar de tener menos sueldo y de costearse los oficiales el uniforme; pero esto consistia en que se les obligaba á tener gran renta propia.

Tampoco costaba lo mismo alcanzar una *bandolera* que una *walona*.

Habia alférez de Guardias Walonas que pagaba cuatro mil duros por el *oficio*, y la bandolera solo costaba lo que ha visto el lector: una carta de recomendacion para algun valido palaciego; ó *caer en gracia*, que eran las grandes caidas de entonces; ó tener buen cuerpo y buenos ojos, y saberlos echar á tiempo y en buen terreno.

CUADRO TREINTA Y SIETE.

La privanza en 1800.

«Fortuna te dé Dios, hijo,
»porque el saber no te basta;
»aunque bueno es el saber,
»por si la fortuna falta.»

Indudablemente esta copla solo nació con la primera parte; á tiro de ballesta se vé que la segunda es postiza.

O la añadió, por via de consuelo, algun erudito pobre, ó la inventó en la hora postrera, algun padre que no tenia media peseta que testar á favor de sus hijos.

Es un confortativo tan inocente como todos los reparos que se aplican al exterior del estómago y no creemos que haga grandes milagros,

Ya en tiempo de los paganos era la fortuna,

«una deidad ciega estravagante y caprichosa que presidia á todos los acaecimientos, distribuyendo á su antojo los bienes y los males,» ¡conque, figúrense vds. lo que vendria á ser mas tarde!

Mas tarde era... lo que sigue siendo ahora: una falsa providencia, antojadiza y desatinada, que reparte á su capricho el pan de flor y el de municion, las trufas y las patatas, y que muchas veces da á unas gentes mucho de lo primero, y deja á las otras sin nada de lo segundo.

Los que la alcanzan y cogen el pan de flor, dicen que dá vueltas, para que los demás mortales que ayunan se estén quietos esperando á que pase por su casa en una de esas evoluciones. Pero esperan en balde, porque la fortuna suele darla de planeta fijo, y si alguna vez pasa y en broma hace que se vá, se vá de veras y no vuelve.

Cuando se le antoja partir el sol con la sabiduría en un duelo á muerte, deja á su adversario la mejor porcion del campo y la eleccion de las armas, y cruzada ella de brazos, sin mas que sonreirse, le mata.

En suma, aun no ha recibido el bautismo de la cristiandad, y sigue siendo tan omnipotente y tan antojadiza como cuando era divinidad pagana.

Si dá vueltas, las dá en su propia casa y en derredor de las gentes de su familia, y siempre es el mismo el árbol genealógico de su raza.

Tú, lector, oirás decir de muchos hombres que no parece sino que han nacido de pié. Pues, no tengas duda, han nacido de pié, porque la fortuna les dió la mano.

Ayer, con especialidad, era madrina de muchas criaturas.

Las mujeres que deseaban la felicidad de sus hijos, no tenian mas que hacer sino avisar á la fortuna para que fuera su comadre.

Y como la daba de antojadiza, solia asistir lo mismo al regio alcázar que á la plebeya choza, disputando á la muerte el famoso,

pauperum tabernas, regumque turres.

Hallábase, sin embargo, mas á gusto entre sábanas de holanda, que sobre un monton de pajas, y por cada vez que tocaba con su mano de plata en el albergue de un pobre, sacudia ciento su manto de oro en el palacio de un rico; cediendo, como mujer que era, débil al fin como todas, á la imperiosa ley de las afinidades, y al refran de los sacristanes, que dice, «cera llama cera.»

Tenia por mejor y mas fácil acrecentar lo empezado que dar algo para empezar, y dejaba sin la vaquilla al que acudia con la soguilla, regalando pañuelos á los que no tenian narices, y ofreciendo lágrimas á los que estaban sin un trapo con que secarse los ojos.

Pero hemos dicho que alguna vez se dignaba

sacar de pila á los pobres, y aunque sus detractores dicen que lo hacia por solo el orgullo de mostrar su omnipotencia, y de poner colorada á la sabiduría, es lo cierto que lo hacia, y punto redondo.

Su gran fábrica de *validos*, *favoritos ó privados* ofrece cien ejemplos de esta verdad.

Y por ser asunto de fortuna, vamos á sacar á la suerte uno de tantos.

El siguiente, por ejemplo:

La escena pasa en una aldea miserable del no muy poderoso reino de Galicia; de aquel país que ya entonces, uno de sus mas esclarecidos hijos (el cura de Fruime) habia retratado en los siguientes versos, aunque achacando la paternidad á un castellano.

Reino infeliz, país desventurado,
de España muladar, rincon del mundo,
entre tinieblas siempre sepultado,
áspero, rudo clima, temple airado,
infiel, bárbaro trato, sitio inmundo,
gente sin sociedad, campo infecundo:
en el nombre de Dios, Santo y Eterno,
con cuanta fuerza tiene el exorcismo,
te conjuro y apremio, triste averno,
para que me declares por tí mismo,
si eres en realidad el propio infierno,
ó si eres retrato del abismo.

Pues en una aldea de ese país, que aunque algo desventurado, es el jardin y no el muladar

de España, pasó la escena en que tuvo su orígen este cuadro.

Era de noche, ó mejor dicho acababa de ser de dia, y al amor de una poco amorosa lumbre de cañas de maiz, habia tomado asiento una familia de las mas acomodadas de la parroquia.

El padre descansaba del trabajo del campo, echando mango á una podadera; la madre hilaba; la abuela gruñía; las hijas remendaban, y los animales domésticos, que habian de dar á la madrugada algunas odres de leche, dormian á pierna suelta, alargando de vez en cuando el hocico para acariciar á sus amos.

Un solo individuo de aquella patriarcal familia estaba apartado del fuego, no por falta de frio, sino porque no se lo permitia la faena de que se ocupaba. Estaba apaleando un monton de secas alubias, y tenia á mayor abundamiento que majar unas cuantas mazorcas, para que las mujeres pudiesen amasar al dia siguiente la *borona.*

Era el tal un muchacho de catorce años escasos, y su trage, aunque sencillo y pobre, no era menos rico que el de los demás individuos de la familia.

El padre estaba en mangas de camisa de bayeta, con un calzon de paño pardo, y las mujeres tenian una saya colorada y corta, sobre un jubon de lienzo blanco.

De cubrirse las pantorrillas y de calzarse los piés, ni varones ni hembras se habian acordado, y todos los traian desnudos. La abuela era la única que estaba liada en una manta que la cubria desde los pies á la cabeza, y solo para enterrar en el rescoldo algunos nabos y patatas, sacaba el brazo seco y desnudo de ropa, pero curtido y acartonado.

Un palo de tea, que ardia en un rincon de la choza, alumbraba el cuadro; y al gruñir de la abuela, al varear del muchacho, al crugir de la hilaza, y al resoplar de los mamíferos, se juntaban las preces que el patriarca, respondido á coro por su familia, elevaba al cielo dándole gracias por el pan que le habia dado aquel dia, y pidiéndole que no se lo dejase de dar al siguiente.

Con tres Credos terminaron las oraciones de aquella familia: uno al Cristo *da Chanca*, para que no lloviese á la hora de sembrar el *millo*, otro al de *Meco*, para que lloviese despues que se hubiese sembrado, y otro á los dos Cristos, para que no lloviese demasiado y se perdiese la cosecha.

Así estaban siempre con el Credo en la boca, y tanto perdian por carta de mas, como por carta de menos; aunque esto último en materia de aguas rara vez sucede en Galicia. Y así lo dejó dicho el ya citado cura Cernadas, en la siguiente graciosa décima:

Que es del cielo el orinal,
dicen por zumba, Galicia;
mas tambien por la noticia
es Castilla el arenal;
de este mundo en el fatal
mar, nadie puede hablar hueco;
todo es borrasca, y no trueco
esta por esa, observando,
que acá salimos nadando,
y allá se quedan en seco.

Muchas veces, sin embargo, no hubiesen podido salir nadando á no darles auxilio los señores de las aldeas, con perdonarles el pago de las rentas del año ó las de los atrasados.

Pero esto no hace al caso ahora; lo que importa saber es que rezaron los tres Credos, y con ellos en la boca se fueron á acostar; para lo cual no tuvieron que incomodarse en ir á la alcoba, sino que con solo apagar la tea, y tender el cuerpo, cada cual segun estaba, quedaron recogidos y acostados.

Por colchon el suelo, por cabecera un puñado de hojas de maiz, y por manta el blando aliento de las vacas, que hicieron tambien su nido en aquel establo.

Pero aun no habian cerrado los ojos al sueño, cuando oyeron las pisadas de un caballo, y mas tarde las voces de alguien que pedia socorro.

Mucho tardaron en comprenderlo así, y casi puede decirse que lo adivinaron, cuando alzán-

dose el patriarca, esperezóse, abrió la puerta, y salió á ver lo que ocurria.

La noche estaba oscura, y el Cristo de Meco habia escuchado el Credo que le rezaron.

Mojado hasta los huesos entró en la choza un caballero, trayendo del diestro una cabalgadura ricamente enjaezada, y guiado por el brillo de algunas chispas de fuego que habian quedado en el rescoldo del hogar, se llegó resuelto hasta el dormitorio de aquellas gentes, que se alzaron en pié, espantadas de verle.

El lo quedó, y no poco, al encenderse de nuevo la tea, y ver la fraternidad en que vivian los seres de la especie humana con los de cuatro orejas.

Pero pudo en él mas el frio que el sobresalto y pidió que le hiciesen fuego con que calentarse y secar sus vestidos, y aun añadió que el favor seria completo, si le proporcionaban algunos sorbos de aguardiente.

Díjolo todo en buen castellano, pero viendo que aquellas gentes nada le respondian, ni se movian de sus puestos, y no hacian otra cosa que mirarse y reirse, volvió á repetir la demanda, y entonces el gefe de la familia se volvió á su esposa, y la dijo en dialecto gallego:

—¿Qué dice este señor?

—No lo entiendo, le respondió en el mismo lenguaje la mujer.

—¿Pues tú no sabes hablar romance?

—Sé algo, pero lléveme el demonio si entendí una sola palabra de lo que dijo.

—¿No hablaban así los amos que tuvistes en Betanzos? La dijo el marido.

Y antes de que su esposa le respondiera, impaciente el caballero cogió un grueso tronco de manzano, que allí les servia de escabel, y le arrojó en medio del rescoldo; siéndole al propio tiempo preciso entregar al amo de la casa un peso duro para calmar la alarma que habia producido su despilfarro de leña.

Semejante lenguaje les dejó mas suspensos que el romance, pero le comprendieron mas pronto, y en cuanto lo permitia la estrechez de la familia, quedó servido el estraviado caminante; que esto y no otra cosa era el caballero.

El cual, tan pronto como se hubo enjugado el agua que traia sobre el pellejo, empezó á examinar el cuadro que tenia delante de sus ojos y no pudo menos de sonreirse.

Sabia que en tres horas ó poco mas que hacia que se habia perdido de sus compañeros, en una partida de caza, no podia haber atravesado los mares, y abordado á una isla de salvages; pero tales le parecieron aquellos infelices, y sin cesar los miraba con extraña curiosidad.

El muchacho que sacudia las alubias fué el que tuvo mejor instinto para comprender las ne-

cesidades del caballero, quien desde luego fijó en él su atencion.

Estuvo mirándole largo rato en silencio, y tomando de repente un aire de proteccion, que aquellas pobres gentes no pudieron respirar, y sonriéndose con gesto compasivo y meneando la cabeza, le dijo:

—¿Quieres que te haga hombre?

El muchacho, á pesar de su penetracion, no comprendió lo que le decia el caballero, pero presumió que le ofrecia alguna cosa y dijo que sí, y aun hay quien dice, que alargó la mano.

Esto último no se ha podido averiguar con certeza, pero en lo que no queda duda es en que, alumbrando el caballero la inteligencia del padre con dos ó tres pesos duros, logró hacerle comprender que se llevaba consigo al muchacho, para que le enseñase el lugar donde habian quedado sus compañeros, y le sirviese luego en la córte.

Empezó el padre por preguntar á su modo, cuánto iba ganando su hijo, y el caballero sonriendo le enseñó un puñado de duros; con lo cual quedó concertada la partida, y apenas rayó el alba, besó el muchacho la mano á sus padres, y con los zapatos al hombro, desnudo de pié y pierna, echó á andar delante del caballero.

Siguiéronles con la vista los que quedaban en la choza, y despues de un largo silencio, en

el que derramó la madre algunas lágrimas por la ausencia de su hijo, llorando tambien las hermanas la partida del hermano, el padre contemplando las monedas que le habia dado su generoso huésped, dijo:

—Lléveme el diablo si este señor que acaba de marchar no es el mismo rey en persona.

—No seas bárbaro, le replicó la esposa; ¡el rey mismo querias que viniese aquí!

—Como de esas veces, yo se lo he oido contar al señor cura de Corbiñada, se han aparecido los reyes á los pastores.

—Si, ¡pero no ves que ese señor era mas bajo que tú!

—Verdad es.

—Y que tenia frio y sed.

—Pues sino es el rey, es cualquier alguacil ó algun otro señor principal de palacio. ¡Has visto cuántos dinero llevaba en la bolsa!

—¡Y cuánto boton de plata en la casaca! dijo una de las chicas.

—¡Y es guapo mozo! repuso otra.

—Me da el corazon, repuso el padre, que asimismo vestido hemos de ver algun dia á tu hermano.

—¡Dios lo haga! repuso la madre; recémosle un Credo al Santísimo Cristo da Chanca, que como de esas cosas se cuentan en las historias; y pónganle al mio Juancho donde lo haiga, que no

ha de mamarse el dedo, y abonado será para todo.

Y todos se hincaron de rodillas rezando fervorosamente el Credo, y entregándose despues con la mayor alegría á sus faenas diarias.

En las que el autor de este cuadro no ha querido interrumpirles, y les abandona para volver la vista á los viajeros que han entrado ya en un pueblo de la carretera, donde estaban los cazadores, alarmados por la pérdida de su compañero, á quien todos guardaban muchas consideraciones y disponiéndose á salir en su busca.

Recibiéronle con alegría, aunque dándole zumba por haberse perdido en lo mas recio del combate con las fieras, y acusándole de no haber muerto ninguna, á lo cual les replicó sonriendo:

—Ustedes han tenido que matarlas para cogerlas y yo las he cazado vivas.

—¿Dónde están? vengan, le gritaron todos.

Y el caballero les presentó al muchacho, refiriéndoles brevemente lo que le habia ocurrido, y anunciándoles su propósito de llevarle consigo á la córte y aun de tenerle á su servicio.

—Si sale listo como yo creo, les añadió, no le pesará de haberse venido conmigo.

—¿Piensa vd. presentarle á S. M.? le preguntó uno de los cazadores.

—Tal vez... si estoy de humor.

—Le divertiria ver esa figura, y si lograse

caerle en gracia, podria hacerle hombre dándole una plaza de mozo en la *furriera*.

—Para algo mas ha de servirle mi proteccion, dijo con orgullo el caballero.

—¡Es natural! le replicaron, como tiene vd. el favor de nuestro amado monarca!

—Yo me basto y me sobro para ponerle tan alto que muchos le miren con respeto.

—¿Quién lo duda? interrumpió con aire de adulacion, uno de los caballeros; si vd. se empeña en protegerle, llegará á ocupar uno de los puestos mas elevados de la córte.

—Tanto como eso no, repuso el Mecenas sonriendo, pero les aseguro á vds. que me ha caido en gracia.

—Parece listo, dijo uno de los cazadores.

—Es perspicaz, como un demonio; añadió otro.

—Tiene cara de tener mucho talento, repuso un tercero

—¿Conque les parece á vds. que no he perdido el tiempo?

—Vd. le gana siempre, y en esta ocasion como nunca.

—Me alegro que les guste á vds. mi caza, dijo el caballero.

Y llamando á uno de sus monteros, le mandó que acomodara al gallego en una de las acémilas, y que cuidase de él para que los demás criados no le hiciesen alguna broma pesada.

Despues, seguido de sus amigos, tomó el carruaje y emprendieron todos la vuelta á la córte.

Donde los deja el pintor, aunque rogando á los lectores que no los pierdan de vista, y que tengan el cuadro presente como una hijuela del próximo, ó mejor dicho, como el boceto primordial de los varios lienzos que en este museo de AYER, forman la escuela llamada de la *privanza ó del favoritismo.*

Escuela desentonada y libre que muchos han creido hija de la flamenca, pero que es un remedo de la alemana, y aun tiene algo de la italiana pura.

CUADRO TREINTA Y OCHO.

Un hombre de estado en bruto.

Para comprender el presente cuadro no es absolutamente indispensable haber leido el anterior.

En aquel hemos ido á Galicia, con ánimo deliberado de sacar un gallego para *hacerle hombre*, y en este empezamos por decir, que no hay necesidad de tanto trabajo, porque la rueda de la fortuna no tiene criaderos determinados de donde arrancar las primeras materias para sus artefactos.

Sacar un grano de oro de un quintal de arenas auríferas, hacer un boton de plata en la copela del alcohol, y aumentar las luces de una piedra preciosa multiplicándole las caras, son milagros que hace ordinariamente cualquier ar-

tífice, y en los que le ayuda poderosamente la misma naturaleza.

El verdadero prodigio era el de la alquimia que convertia en oro finísimo el mas grosero metal de velones, logrando así la decantada *piedra filosofal*, que tanto dió que hacer á los sábios de aquella época y á los de otras algo mas remotas.

Un diamante en bruto es siempre un diamante, y si en un año ó en dos, no le dan ganas de quitarse el polvo de los ojos, tropieza un dia cualquiera con una corriente de agua, y escandalizando con su brillo la negra mano del brasileño que le atrapa, pasa á poder del tallista y con una ligera amputacion que sufre, llega al apogeo de su encumbracion.

Queda pues demostrado, que hacer una piedra preciosa de un diamante en bruto, es poco menos que no hacer nada; y perdónenos el señor Luis Berynem, que allá en el año de 1476, descubrió la manera de tallar los diamantes.

El verdadero mérito, repetimos, seria convertir en piedras preciosas los adoquines y los guardacantones; milagro estupendo que hoy pretenden hacer muchas empresas mineras, y que mañana harán por sí solos los minerales.

Pero HOY, no es AYER, ni menos MAÑANA, y nosotros no podemos anticipar los sucesos, desviándonos del plan que nos hemos trazado.

Razon por la cual seguimos el presente cuadro, repitiendo que la fortuna no tiene terrenos fijos para los viveros de sus ahijados.

Antiguamente los plantaba en secano y en regadío; en el llano como en la sierra, y el medio dia y el norte, eran por igual, los semilleros de los *validos*, *de los privados*, y hasta *de los hombres de Estado*.

Un hombre de Estado se hacia de un asturiano que venia á la córte á pedir limosna, ó á solicitar una plaza de aguador; de un andaluz parlero que cifraba toda su ambicion en el logro de una vacía y un par de navajas; ó de un castellano viejo que queria negociar la proverbial mentida franqueza de sus paisanos.

Pero estos últimos no medraban gran cosa; para los andaluces y los extremeños criaba la higuera real sus mejores brevas, y por antítesis alcanzaban no pocas los gallegos y los asturianos.

Una sola cualidad necesitaba el hombre-diamante para salir del estado bruto.

Avanzar en la carrera de la fortuna sin volver nunca la vista atrás para contemplar lo que llevaba andado, y mirando siempre adelante para correr pronto lo que le faltaba por andar.

¿Y les parece á vds. que nacen todos los hombres con esa cualidad? Pues, nada de eso. A ser así, no habria piedras falsas y todas serian

preciosas. *Audaces fortuna jubat*; de agraces se hacen las uvas, que dijo el otro, y el otro tenia mucha razon. No porque la audacia y la fortuna sean una misma cosa, sino porque el audaz tiene hecha la mitad del camino para ser afortunado, y éste no lo es por completo sino tiene algo de audaz en su hoja de servicios.

Es la fortuna aunque antojadiza, muy escrupulosa, y no á todos los hombres les da su blanca mano. Con los tímidos no ha tenido tratos nunca.

Con solo que el asturiano recien llegado á la córte, en vez de dirigirse á la fuente, se fuera derecho á pedir limosna á algun *covachuelo*, y cayese en gracia á la *covachuela*, no habia hecho la fortuna otra cosa que entreabrirle la puerta de su palacio; lo de acabar de abrirla y colarse de rondon habíalo de hacer su audacia.

Si era tímido, y cuando le daban el pié no le tomaba y se volvia por donde habia venido, la fortuna le borraba del catálogo de sus artefactos, y le dejaba en bruto eternamente. Sucedíale, y vaya de cuento, lo que al gallego, que habiéndole dicho en su aldea que en la córte andaba el dinero tirado por el suelo, se encontró por casualidad un peso duro en la puerta de San Vicente, y dándole un puntapié, dijo:—Ya empiezan á perseguirme, pues, á fé que no he de bajarme para coger uno tan solo.—No volvió á hallar otro,

y así le sucedia al que, mimado una vez por la fortuna, no se aprovechaba olvidándose del refran que dice:—Cuando pasen rábanos comprarlos.

Si por el contrario, al darle el pié tomaba éste y la mano, se quedaba en la casa para mozo de compra, pasaba luego á vestir la librea, era mas tarde ayuda de cámara, y concluia por ser mayordomo.

Pero tambien de este modo puede decirse que no habia cogido á dos manos los favores de la fortuna. Vistiendo la librea de los lacayos, no podia pasar de ser mayordomo, y dándose traza para vestir el uniforme de los pages, ó para entrar de meritorio en las covachuelas, fácilmente llegaba á ser un hombre de Estado.

La generalidad de los pages, no eran advenedizos ni plebeyos, sino hijos de familias nobles; pero habia algunos de los primeros, y estos que no los otros, son los verdaderos diamantes en bruto.

Continuemos la historia que quedó empezada en el cuadro anterior.

Demos al galleguito un año de respiro, para que aprenda á leer y á escribir, y sobre todo para que se aclimate en la córte, que siendo él despejado y listo no necesita mas tiempo para empezarse á pasear entre los cortesanos.

Así se lo escribió á sus padres, en la primer

carta que *notó* á un paisano suyo, y en ella les encargaba que cuidasen mucho de las vacas y de la demás familia; con la segunda les mandó quinientos reales de sus ahorros, para que comprasen otro par de bestias; y en la tercera, escrita de su puño y letra, les decia que el amo le iba *haciendo hombre*, cosa que dejó atónito á su padre, pero que él pensaba calzarse con el santo y con la limosna, porque el ama le queria mucho y era señora muy metida en la casa del rey.

Cuando esto escribia el rapaz era ya page de *cola y de bolsa*, de la señora duquesa, y la seguia á todas partes, vestido con su calzon corto, su media de seda, su chupa de raso, su casaca, su espadin, su sombrero de picos y su coleta empolvada.

Eternamente hubiera servido ese destino, ó alcanzado cuando mucho el de guarda-joyas de la señora, ó el de caballerizo mayor del duque, ó un oficio de capitan, ó cosa por el estilo, si él no hubiese aspirado á cosa mayor, y conociendo que el flaco de la señora era la vanidad, no se la hubiera estimulado diferentes veces, quejándose de que los demás pages le avergonzaban sacándole á colacion su orígen, y diciéndole que aunque quisiera, no podria ser page del rey ni servir ningun puesto en palacio.

Con esto, la señora le colmaba de distinciones y le hacia multitud de presentes, dándole

puesto de preferencia en todas las ocasiones, y llevándole siempre en su compañía, aun á riesgo de dar lugar á que la maledicencia la pusiese en uno no muy ventajoso.

Esto lo conocia mejor que nadie el page, y aunque no jugó nunca con la honra de su dueño, tampoco encubria las apariencias, y se dejaba ir elevando como la espuma, en brazos de la caprichosa deidad.

Llamábanle en la casa el *ojo derecho* de la duquesa, y él tenia el uno y el otro puestos en la Cámara Real.

Desde la primera vez que pisó las antesalas del régio alcázar, comprendió que aquella era la fábrica de la felicidad, y que todo lo que no fuese poner un pié junto al trono, era andarse por las ramas.

Y sin embargo, los que sabiendo sus elevadas aspiraciones hubiesen creido que se impacientaba envidiando la suerte de tal ó cual personage, se habrian llevado un gran chasco.

Nuestro page no envidiaba la suerte de nadie, y creia por el contrario que como la suya no habia ninguna.

Su ambicion le tenia marcados los pasos, y como hasta entonces no habia retrocedido una sola línea, creia y creia con razon, que en lo sucesivo le habia de suceder lo propio.

¿No era mas fácil que fuese favorito de la rei-

na, el que lo era y grande de la duquesa, que el que apaleando alubias en una choza de Galicia, llegó á ser page de un grande de España?

Pues hecha la primer parte del milagro, era mucho mas fácil la segunda.

Y lo fué hasta un punto que rayaria en lo fabuloso á no ser tantos los ejemplos análogos que nos ofrece la historia de todos los tiempos, y muy principalmente la de aquella época de privanza y de favoritismo.

Los que no privaban con el monarca, ó *apud regem*, que ya en su tiempo decian los latinos, eran privados del secretario de Estado, ó del ministro, ó de algun covachuelo; y por último, de algun portero, que todo era privar, y no era esta la mas indigna ni la mas inútil de las privanzas.

Desde que nuestro page mereció la privanza de su ama, aspiraban á la suya todos los dependientes de la casa incluso el peluquero, que mejor consultaba el gusto del page que el de la duquesa, para peinar á ésta, y mas se entretenia con la cabeza del gallego, que con las de todos los demás pages juntos.

Asi mecido por la fortuna y estimulando á su señora, logró que ésta le alcanzara una plaza en la Casa de pages de S. M., donde dirigido por un ayo, aprovechó bien la esmerada educacion que le dieron los profesores de latin, de francés y de baile.

No se descuidó tampoco en llamar hácia su persona la atencion del rey, siempre que el monarca se dignaba recibir á los pages, y decidido á alcanzar la privanza de la reina, se dejó caer en gracia de S. M. á la primera vez que tuvo la honra de besarla la mano.

Las salidas naturales de los caballeros pages de S. M. no satisfacian su ambicion, y como no quiso apartar sus ojos de la cámara real, fué preciso llevarle allí el cuerpo, para que no padeciera estravío de órgano tan esencial, y le nombraron ayuda de cámara del rey. Y le hicieron merced de un hábito, y no de las órdenes mendicantes, sino de las de los caballeros; que lo era y muy principal desde su nacimiento; pues aunque él lo ignoraba y sus padres no lo sabian, como que los papeles no parecen hasta que se buscan, hasta entonces estuvieron perdidos los del page gallego, y no se supo que su sangre era tan azul como si le hubiesen destetado con flor de borraja y violeta.

Trás del hábito vino el título de conde, que él deseaba mas que otra cosa para que por él le nombrasen, y no siguiera siendo conocido por *el galleguito*; á cuyo apodo, que habia conservado cuidadosamente hasta entonces, debia su mayor fortuna.

Sin envidia y como cosa de broma, vieron las gentes los primeros medros del *galleguito*; las

principales personas de la córte preguntaban á la duquesa por el galleguito, y el mismo monarca le dijo mas de una vez al ayo de sus pages:

—Cuídame al galleguito, que ese ha de ser un hombre de provecho.

Y el monarca tuvo razon; porque el gallego, consecuente á lo que habia escrito á su padre de que pensaba alzarse con el santo y la limosna, dando envidia al mismo señor que le habia sacado de su aldea, alcanzó muy pronto el puesto mas elevado de la córte.

Pero no queremos que el lector nos diga que le llevamos á paso de carga.

Dejemos respirar en su privanza con los monarcas de Castilla, al aldeano de mas allá de Leon, y antes de que sea nombrado primer secretario de Estado y del despacho de idem, vámonos un rato á las covachuelas.

CUADRO TREINTA Y NUEVE.

Las covachuelas reales.

Para los *simples* y *bobos*
pastores del nacimiento,
en las *reales covachuelas*
halló todo surtimiento.
(El Duende Crítico).

Por tal se tenia, por crítico y por duende, y hasta por poeta, si vds. me apuran, el autor de los versos que quedan citados y que vivió en el primer tercio del pasado siglo. Comenzaba el segundo reinado de Felipe V, y todas las semanas en dia marcado, que solia ser el jueves, hallaba el monarca en los bolsillos de su casaca, en el escritorio y mas frecuentemente al desdoblar la servilleta, un papelillo manuscrito en mala prosa y no mejores versos, censurando los actos del ministro Patiño, al cual no menos que al rey y á

todos los personages de la corte traia inquietos semejante novedad.

Por la misteriosa aparicion de aquellas sátiras, y porque en alguna de ellas se daba su autor el nombre de *Duende crítico*, era conocido como tal, y se tardó algun tiempo en saber que las escribia un frailecito, al cual redujeron á prision y se escapó mas tarde á Portugal.

Tenia el venerable particular aficion á Patiño, y gran ojeriza contra el patriarca y las camaristas, y así en tiempo de Navidad, el jueves 27 de diciembre de 1735, escribió una sátira en la que, fingiendo haber puesto un nacimiento en el desvan de los duendes, decia entre otras cosas, lo siguiente:

Vírgen, no halló en el Palacio,
figura que pueda serlo,
y pidió prestada una
que servia en un convento.
Del patriarca la mula,
por razon del mismo empleo,
y el buey del marqués de Scoti
(con licencia de su dueño).
De unas camaristas hizo
los ángeles que dijeron·
gloria á Dios en las alturas
paz á Patiño en el suelo.

. . . . . .

Para los *simples* y *bobos*
pastores del nacimiento
en las *reales covachuelas*
halló todo surtimiento.

Con que ya vés, lector, que desde los tiempos de Felipe V, por lo menos, data la costumbre de almacenar los simples y los bobos en las oficinas del Estado; porque ya habrás comprendido, sin necesidad de que yo te lo diga, que las *Covachuelas reales*, no eran las *Covachuelas de San Felipe el Real*.

En estas se vendian los hombres de carton, y en aquellas se hacian los hombres de Estado.

Las unas y las otras se llamaban covachuelas, porque estaban establecidas en unas covachas.

En la época á que se refieren estos cuadros, las secretarías del Estado habian ensanchado el corazon y vivian en mas espaciosos salones, pero conservaban el nombre de covachuelas con que fueron bautizadas al inaugurarse en los sótanos de palacio.

El que despachaba los juguetes para los niños se llamaba covachuelista ó covachuelo, y por covachuelo ó covachuelista era conocido el que despachaba los expedientes en las secretarías de Estado.

Pero no habia en cambio ningun otro punto de semejanza entre ambos héroes subterráneos, y abandonamos al primero para ocuparnos exclusivamente del segundo, del covachuelo real.

Sigámosle paso á paso, siquiera sea redoblado, desde que á la edad de quince años cumplidos, entró de meritorio sin sueldo en la covachuela,

merced á ciertas mercedes que no quiero hacer merced de publicar.

Si es muchacho despierto, de los que entonces se llamaban *pizpiretos* y cuya precocidad asustaba, á sus padres sobre todo, solo estará mereciendo cinco años ó poco mas.

Su ocupacion en ese tiempo será una obediencia ciega y pasiva á sus gefes; saber de coro el santo del dia y la iglesia en que está el jubileo de las Cuarenta horas, por si el gefe se lo pregunta; recogerle el espadin y el sombrero cuando entre en la covachuela; remover el brasero en invierno, ciencia no tan fácil entonces como ahora parece; darle un abanico en verano; visitarle todos los dias de fiesta; y por último, saber hacer letras y juntarlas y algo de ortografía si es posible. Y cuando no, preguntarle con modestia y con el V. S. perdone por delante, si tal ó cual palabra se escribe con *h* ó sin ella.

Todo esto unido, á una irreprensible conducta religiosa, moral y política, y al favor que su padre pueda tener con algun amigo del privado del gefe, podrá hacer que el meritorio llegue á ser nombrado *page de bolsa* del covachuelo.

Entonces ya sus deberes son otros.

Escribiente particular del gefe de la mesa debe madrugar para ir á su casa á informarse de cómo ha pasado la noche, á darle conversacion mientras le peina el peluquero, á ayudarle

á vestir, y acompañarle por fin á la covachuela.

Pero todo esto que se dice muy de prisa se hace muy despacio, y es preciso tomar un término medio.

Figúrense vds. que el covachuelo es nada menos que el gefe principal de la covacha; *el secretario universal del despacho.*

La escalera de su casa está desde muy temprano ocupada por los pretendientes; ninguno de ellos, sin embargo, espera ver al ministro; todos aguardan con impaciencia al page de bolsa, al escribiente, al secretario particular.

Llega y le acosan para preguntarle cada cual el estado de su negocio, y él ofrece á todos que lo recordará á S. E., pero que está abrumado de asuntos graves y que no tiene tiempo para nada.

—¡Seis horas de covachuela! exclama el page, esto es insufrible, ¡Yo no sé cómo podemos resistirlas!

—Necesita S. E. una cabeza de bronce, dice el mas adulador de los pretendientes.

—¡Qué mas cabeza que la del señor page! exclama otro bastante mas adulador.

Y el page, cogido el espadin con la izquierda, y sujetando con la derecha una cartera de tafilete carmesí, se suelta de aquellas gentes, y llega por fin á la habitacion del ministro.

—¿Ha salido ya del oratorio? pregunta al criado que le abre la puerta.

—Ya se está peinando, le contesta el fámulo

—Mucho ha madrugado Pajarito, dice el page; aun no son las ocho, añade, sacando uno de los dos relojes que lleva consigo.

Y sin mas hablar entra en el despacho de S. E. que le recibe con aspereza, diciéndole:

—¡Supongo que vendrá al despacho todo lo de ayer!

—Perdone V. E., responde el page: pero como yo no sabia lo que V. E. queria acordar sobre algunos asuntos.

—¡Pues si todos son *de cajon*!

—A pesar de eso, yo ignoraba lo que V. E. querria contestar á la consulta de Medinasidonia.

—¿Sobre el cordon sanitario?

—Si señor.

—Pues lo mismo que se dijo á los de Málaga; pero en términos fuertes, y que no den lugar á nuevas consultas. Si no lo hacemos así esas gentes nos van á encajar la peste el dia menos pensado.

—¿Habla S. E. de la fiebre amarilla? dice el peluquero, tomando parte en la conversacion.

—¿Has sabido tú algo? le pregunta el covachuelo.

—¿Que si he sabido? ¡y mucho!... ¡pues si es mi plato favorito!

—¿La peste? dice el covachuelo sonriendo.

—No señor, el hablar de ella; y si yo fuera ministro ya sabria lo que habia de hacer.

—¿Qué harias?

—Quitar los cordones sanitarios.

—Famosa idea, lástima que seas peluquero.

—¿Se burla V. E.? Pues si señor, lo haria, porque no hay mejor cordon que una medicina que yo sé.

—¿Y cuál es?

—Perdone V. E. que no se la diga, porque es un secreto, con el que pienso hacerme rico si viene la peste á la córte. Y el caso es que ya ayer decian que habia algunos atacados...

—¿Qué dices? pregunta sobresaltado el covachuelo.

—No se asuste V. E., dice el peluquero, desgraciadamente no es verdad.

—¡Desgraciadamente, dices!

—Sí señor, porque si viniera la peste, además de hacerme poderoso y tirar la tenacilla y la bolsa de los polvos, tendria el orgullo de haber sido útil á mis conciudadanos.

La ciudadanía del peluquero sienta mal al secretario del despacho y con voz áspera le dice:

—En volviéndote á oir otra palabra republicana te despido, y sabe Dios si parará ahí la cosa.

—¿Pues yo qué he dicho? pregunta el peluquero sobresaltado.

—Demasiado lo sabes.

—Juro á V. E....

—¡Juramentos tambien!.... ¡A que no halla el diablo cosa por que desechar á este peluquero! ¡Cómo se conoce que estuvistes en Francia con el general Ricardos!

—No señor, no fuí yo, fué mi tio; y no con el general Ricardos, si no con el señor marqués de la Romana.

—Es lo mismo; teneis inficionada la sangre. Pero vaya, dejémonos de réplicas; ahora te mando yo que me digas en qué consiste tu gran medicina para preservarse de la fiebre amarilla; si no es alguna paparrucha, que mucho lo temo.

—¡Paparrucha!... exclama el peluquero; en cuanto le diga á V. E. quién me ha dado el secreto, no quiere V. E. saber mas.

—Es probable.

—Pues, si señor, no lo tome V. E. á broma; me le ha dado la beata Clara.

—¡Pajarito!... exclama el covachuelo con tono de reconvencion.

—Lo que V. E. oye, replica el peluquero con calma. Yo he jugado mucho con ella cuando no hacia milagros, y me tiene una gran aficion. ¡Como que mi madre y la suya eran íntimas amigas! Figúrese V. E. si tendré satisfaccion con ella.

—¿Y entras ahora en su casa?

—Y la veo algunas veces, cosa que no todos consiguen.

—Vénte luego á verme, y hablaremos á solas de este negocio, le dice el covachuelo en voz baja.

– ¿V. E. quiere verla?

—Hablaremos.

—Si V. E. quiere, yo se lo diré á la madre de Clara y no habrá inconveniente. A pesar de que allí van muchas personas principales y se vuelven sin verla; pero yo tengo vara alta y...

—Pues bien, hablaremos, interrumpe el secretario del despacho.

Y concluido su peinado despide al peluquero, quedándose con su page de bolsa, y con el ayuda de cámara que entra á vestirle, y á anunciarle los nombres de media docena de personas que desean verle.

—Pero, señor, ¡es posible que no me han de dejar ni un momento solo! exclama el covachuelo.

—Pues la escalera estaba llena de gente, dice el page.

—Y en la covachuela no me dejan hacer nada; y cuando voy á misa, y en el jubileo, y hasta en el mismo palacio... ¡Oh! ¡esta vida no es para llegar á viejos!

—¿Les digo que esperen? pregunta el ayuda de cámara.

—Si, diles que esperen; ó si no..... mira, mejor será que les digas que se vayan..... ó que...

si, si, que se vayan y que me dispensen, porque estoy ocupado en asuntos urgentes del real servicio.

Dáse con esto prisa á vestir, y tomando el sombrero y el espadin de manos del page, sale seguido de éste á la calle por la escalera secreta

Allí, sombrero en mano, les aguarda uno de los lacayos, y abierta la portezuela del coche sube á la caja por la consabida mesilla ó taburete, que á prevencion llevaban todos los coches á lo zaga, no sin que primero se santiguen S. E. y el page, y dada la órden al cochero se trasladan al convento de la Soledad.

La misa rezada, que oye de rodillas el ministro, la ayuda su secretario; en la sacristía besan ambos la mano al celebrante, y vueltos de nuevo al carruaje, dan con sus huesos, bastante quebrantados, en otra iglesia donde está el jubileo de las Cuarenta horas.

Es S. E. cofrade del *Alumbrado y vela*, y aquella la hora de su guardia, que con un cirio en la mano, hace de rodillas en compañía de otros tres congregantes, con quienes, acabada la vela, tiene un rato de conversacion en la sacristía, que era uno de los centros parlamentarios de aquella época poco parlamentadora.

Distribuye media peseta entre los pobres que hay en la puerta del templo; da dos reales al her-

manuco que pide limosna para las capuchinitas de Barbastro; encarga al lego de las de Pinto que le lleve á su casa el niño Jesus para que le vista su esposa, y acomodado de nuevo en el coche, se dirige con el page á la covachuela.

Los pretendientes que llenan la primera antesala hacen una profunda silenciosa y grave cortesía al ministro, absteniéndose de acercarse á hablarle, no por respeto á S. E., sino por miedo al portero, que les deja estar allí con la precisa condicion de que no han de molestar al covachuelo.

—Señores, les acababa de decir cuando llegó el ministro, S. E. tiene muy buena memoria y con solo ver á vds. recuerda los asuntos de cada uno. Y sobre todo tiene muchas cosas sobre sí para que pueda pararse á oir impertinencias.

—¡Pero si á mí no me ha visto nunca! replicó una vieja, que vestida de luto estaba entre la turba de pretendientes.

—Y vd., ¿qué es lo que quiere?

—¡Qué he de querer, sino que á mi hijo le dén una plaza de *mozo de oficio*!

—¿Tiene méritos? preguntó el portero.

—Mas que nadie, sin agraviar á los presentes. Su bisabuelo (que en paz descanse) fué el primer mozo del oficio que hubo en la familia y llegó á *casiller* en el cuarto del rey. Mi padre (que Dios haya) tambien sirvió ambas plazas, y mi

esposo (que Dios haya perdonado.) murió siendo mozo de oficio en esta covachuela.

—¿Cómo se llamaba?

—Pedro Berroqueño.

—Fué grande amigo mio; muy duro para el trabajo, y hombre de bien, y de empuje en la bebida.

—Pues su hijo no le va en zaga, y en cuanto á fuerza, tiene mas que su padre.

—Difícil será; Perico era hombre que llevaba un arcon de doce arrobas de plata como si fuera una guinda.

—Su hijo carga diez y seis.

—¡Demonio! exclamó el portero ¿y vd. qué hizo? ¿pidió ya la plaza?

—No señor, no sé lo que he de hacer.

—Meter un memorial desde luego; pero el cuento es que no habrá nada *vaco*.

—Que jubilen á alguno de los viejos.

—¡Jubilar!.. si la oye S. E., la excomulga. Aquí no se jubila á nadie.

—¿Y cómo lo hemos de hacer?

—Esperar á que haya alguna plaza vaca, dijo el portero.

Y cuando oyó el coche en que venia S. E. abrió de par en par una mampara de hule, digno adorno de aquella pobre antesala, en la que no habia otros muebles que unos cuantos sillones de nogal forrados de badana y una mesa de lo mismo.

El ministro atraviesa la estancia con paso grave, dando cabezadas á izquierda y derecha, y aprieta la mano á un caballero, que le corresponde del mismo modo, diciéndole además breves palabras al oido. Es el tal el único que no está comprendido en el anatema del portero, y ya no es la primera vez que merecia semejante distincion, por la cual le felicitan todos los pretendientes.

El covachuelo sigue hácia su despacho y en el camino va diciendo al page:

—¡Raro capricho es el de este buen licenciado! renunciar una vara que yo le ofrecí de buena voluntad, porque creo que la merece, y contentarse con pedirme que le deje darme los buenos dias al oido en la antesala de la covachuela... no lo entiendo

—Pues él si que se entiende, dice el page.

—¿Qué fin lleva en eso? pregunta el covachuelo.

—¿De veras no lo ha comprendido V. E.?

—Ni lo comprendo, y me harias un favor en decírmelo.

—Pues es cosa muy fácil: como ven los pretendientes que V. E. le aprieta la mano, y que le trata con familiaridad, pasa á los ojos de todos por un grande amigo de V. E.

—Toma, eso ya lo comprendo, pero ¿de qué le sirve?... ¿qué gana con ello?

—Buenos cajones de cigarros, sendas tareas

de chocolate, alhajas y algunos mejicanos.

—¡Bah! dice el covachuelo.

—Créame V. E., señor.

—¡Pero hombre le han de hacer esos regalos por solo que hable conmigo! en ese caso á tí deben llenarte la casa.

—No señor, porque yo no especulo con mi destino, ni con la confianza que V. E. se digna dispensarme.

—Pues menos podrá especular el licenciado.

—Si señor, porque como se le tiene entre los pretendientes por el privado de V. E. todos le agasajan para que se interese á su favor; y como habla á V. E. al oido, á cada uno le dice que lo que habla es recomendando su empeño.

—¡Será verdad! exclama el covachuelo sorprendido.

—Si señor, y así lo saben ya muchas gentes.

—Pues dá órden al portero para que no le vuelva á dejar entrar ni en la antesala, y anuncia una audiencia general, dice el ministro.

Y preocupado con lo que acaba de oir, entra en su despacho sin contestar á las reverencias que le hacen los covachuelos.

El page se muestra solícito en recogerle el espadin y el sombrero, y empieza á darle cuenta de los asuntos del dia, retirándose despues á su mesa para que entren al despacho los oficiales superiores de la covachuela.

A todos los recibe S. E. con agrado, pero sin dispensarles el tratamiento, ni hablarles de otra cosa que de los negocios, los cuales examina con una prolijidad suma, dando gran importancia á los mas pequeños accidentes.

Tales, como que el márgen del papel en las comunicaciones á los obispos debe ser de tres dedos y no de cuatro como el de los grandes de España; que no se dé curso á ningun memorial que traiga rúbrica, siendo dirigido al Soberano; y por último, que no se abuse de las letras mayúsculas al hablar de ciertas corporaciones.

Todas esas faltas le ponen de mal humor, y es inexorable con los expedientes que le traen á la firma, cuando están copiados en mal carácter de letra.

A veces suele rasgarlos; pero si le coge de buen temple, hace entrar al meritorio ó al escribiente á su presencia y le amonesta con suavidad, diciéndole:

—Vuelve (á estos tambien los tuteaba) á copiar eso y tén mas cuidado para otra vez con no echar mentiras, con hacer la letra igual y clara, y con no torcer los renglones, que para eso son las *pautas* y las *falsillas*. Se hace despacito, que nadie nos corre, y lo que no se acaba en un dia se acaba en otro. Cuando se vé un papel bien escrito, nadie pregunta el tiempo que se ha tardado en escribirlo.

Y era la verdad que nadie les corria, porque lo que ellos no hicieran no habian de venir á hacerlo otros, y siempre llegaban á tiempo,

Ningun empleado tenia detrás de su cartapacio, un pretendiente que le pusiera en *jaque*, ni le dijera *envido*, y podian echarse á dormir sosegados.

Lo cual hacian, amen de las noches, todas las tardes despues de comer, para lo cual habian abandonado la covachuela á la una y media. Porque á las dos, ya lo dijimos en uno de los primeros cuadros, á las dos de la tarde se cerraban todos los oficios y se abrian todos los estómagos.

Antes de esa hora habia ido el ministro al palacio real, seguido de su inseparable page de bolsa.

Pero al entrar allí dejaba de ser covachuelo, para ser lo que eran todos los que una vez entraban en palacio, *palaciego*.

Y como de este tipo nos hemos ocupado en otros cuadros, aquí dejamos al covachuelo, para tomar al propietario de fincas urbanas, al *casero*.

CUADRO CUARENTA.

El casero de antaño.

Hablame con franqueza, lector, sino has de mirarle atentamente, doblo la hoja y paso adelante.

Me quedan pocas páginas que escribir, para dar por terminada la primera parte de esta obra, tengo muchas cosas que contar en ellas, y estoy resuelto á sacrificar al casero, si tú no haces ánimo de examinar con detencion su retrato.

Con que vengamos á cuentas y hablemos claro. ¿Quieres que sacrifique al casero?

Piénsalo bien antes de contestarme, no sea que te seduzca la proposicion.

Yo bien sé que tendrás ganas de sacrificar una vez al que tantas te ha sacrificado; pero reflexiona y mira que tu casero no es el mio, y que inmolar al casero de antaño para vengarse del

de ogaño, seria lo mismo que fusilar la estátua de la Fé, para castigo de la Incredulidad.

Si yo sacrifico ahora al casero de AYER, dando al olvido su memoria, no te libras de que el casero de HOY, llamándose propietario, lo sea de tu habitacion para echarte de ella cuando le acomode, y de tu dinero para retenerte media anualidad del alquiler por via de fianza y de los 365 fueros que tiene sobre tí y de los que nada quiero decir ahora.

El casero sacrificado seria el que ya lo era en su tiempo, viéndose obligado á arrendar su finca á los militares, y á los alcaldes de Casa y Córte, y á otra multitud de gentes privilegiadas para los arriendos; y á no poder subir el precio del alquiler si no le acomodaba al inquilino, que como puedes suponer no le acomodaba, y á otra porcion de cosas, que venian á hacer ilusorio el derecho de propiedad.

Tu casero es el que te cita á juicio de conciliacion, para pedirte el desahucio por un quítame allá esas pajas: porque te has atrasado ocho dias en pagarle un mes, que él tiene ya en fianza con otros tres ó cuatro, ó porque hay otro inquilino que le ofrece un real mas al dia, ó porque das posada al peregrino y le rebajas el decoro de la fachada poniendo papelitos en los balcones, y últimamente... porque quiere, que para eso y para mucho mas, es el amo de la finca.

El mio por el contrario, lejos de demandar á sus inquilinos, teme que ellos le demanden; y los mima y los contempla; y si hace alguna alteracion en los arriendos, es para bajar el precio, y los consuela si se afligen por no poderle pagar; y en suma, siempre entra perdiendo y pocas veces sale ganando.

Por lo cual puede decirse que AYER el propietario de la finca era el inquilino, y que el casero de HOY es á la vez inquilino, propietario y todo lo que hay que ser, menos casero.

Porque á pesar de lo mucho que hoy se habla de los caseros, y de lo que contra ellos se declama, el verdadero casero es un tipo que pertenece á la historia de lo pasado, y su retrato no puede ser otra cosa que un cuadro mas en este museo necrológico.

Pero no un cuadro cualquiera, sino tan importante que vendrá á ser con el tiempo la perla de la coleccion.

Y téngase en cuenta que no es su autor el que le dá tan grande estima, sino que le han visto muchos inteligentes, y todos están conformes en decir que no tiene precio. Habiendo añadido algunos que si se sacara hoy á pública subasta, acudirian á pujarle todos los inquilinos de España, que como puedes figurarte, son muchos mas que los caseros.

Pero no hay cuidado; no se vende. La gran

familia de los propietarios de fincas urbanas respeta mucho su memoria, y se ha empeñado en no dejarle salir del panteon.

Hay quien dice que andan por ahí algunas copias mal hechas, pero se ha ofrecido un gran premio al que presente alguna, y no se ha conseguido nada.

Acaso habrá HOY algun casero que *se dé un aire* al de AYER, pero será un aire como el que dice el Diccionario de la Lengua que *hacen* los abanicos; aire falso, aire de Diccionario que no tiene obligacion de saber distinguir el viento del aire.

Y para que veas que tengo razon en lo que digo, ahí te va el cuadro original; míralo:

En primer término está la casa, y es natural porque sin ella no estaria el casero. El pintor ha hecho bien en suponer que las madres nacen antes que los hijos, y los efectos despues de las causas.

No es moza de gran estatura, pero tiene sus tres pisos: el bajo, el principal y las guardillas.

Y sino es mas alta, es porque la tiene encanijada un monasterio vecino, *cuyo registro no le está permitido*; y una vez que quiso alzar la cabeza, se la cortó la autoridad, apercibiéndola para que en lo sucesivo *no buscase la luz por ventanas ó guardillas que pudiesen registrar la clausura; ni hiciese sombra al convento, embarazando á las*

monjas el sol y el aire, porque siendo su morada continua en la casa, necesitan habitacion sana.

Vivió en sus mocedades muy pintarrajada de verde y rosa, con muchos ramos amarillos y algunas liras blancas, pero ya se le van cayendo los adobes y descubre sus huesos de piedra berroqueña y de ladrillo. Apenas puede con el peso de los balcones, y ya se habria echado al suelo con la carga sino la mantuvieran dos gruesas vigas, que la tienen apuntalada por el costado izquierdo, sin faltar al decoro de la fachada principal.

La denunciaron por vieja, como si la vejez fuera un pecado, y reconocida por un arquitecto dijo que no esperaba peligro de muerte, y que podria vivir diez años mas con solo *echarla un apeo.*

Y la apearon, y el público, si le estorbaban las vigas, pasaba por debajo de ellas ó se iba por la otra acera y no habia nada perdido.

El portal estaba desembarazado y libre de portero, de *cancela*, y hasta de baldosas en el pavimento. Habia estado empedrado, pero como las cosas humanas no son eternas ya no lo estaba, y solo le quedaban algunas piedras en derredor del albañal que pasaba por enmedio.

Sobre la puerta, grabado en la piedra, habia una cruz y dos corazones, y debajo se leia el consabido *alabado sea el Santísimo Sacramento*, y

el *Jesus María y José*, y mas abajo el año en que fué reedificada.

Y allá, sobre el balcon principal, un azulejo pequeño en el que algunos dicen que leian lo siguiente: *Visita general, casa, número tantos.* Lo cual servia para dar número á las casas, pero no para que sirviera la numeracion, porque un mismo número solia estar repetido cinco ó seis veces en una misma calle; aunque no en una misma manzana, y por eso el que tenia interés en buscar alguna casa, lo conseguia con solo retener en la memoria el nombre de la calle, el número de la manzana y el de la casa.

En una de las paredes del portal habia un retablo de la Vírgen de los Dolores, alumbrado por una luz de aceite, que solia costear por via de censo el dueño de la casa, y debajo una puerta pequeña rota, y nunca cerrada, á pesar de que cada inquilino tenia una llave de ella. Pero como no eran los amos sino los criados los que bajaban á verter allí la basura de la semana, se olvidaban de cerrar el basurero.

La escalera era estrecha, pero en cambio los escalones eran muy altos, y pocos brincos costaba el llegar arriba. En la última meseta, entre las dos puertas de los cuartos principales y sobre una pared de yeso negro, se veia un súcio, arrugado, y cuarteado lienzo de autor anónimo, y que representaba, segun unos las tentaciones

de San Anton, y segun otros la purísima Concepcion.

En cada una de las puertas habia asimismo clavada una estampita del sagrado corazon de Jesus, ó de la efigie de Santa Bárbara, ó la cara de Dios, y el tirador de la campanilla era una cuerda de cáñamo, con mas nudos que la de San Francisco, y que remataba en un zoquete de madera.

Si faltaba ese modesto avisador habia necesidad de poner los nudillos en contacto con la madera para anunciarse al inquilino, y pasar adelante.

Nosotros no lo haremos, porque ya hemos dicho que respetamos la vida privada de las gentes de AYER, y para ver un cuarto de la casa no necesitamos que esté habitado. Solo hemos de hablar de las paredes, y esto se logra fácilmente pidiendo las llaves de un cuarto desalquilado.

Pero es inútil semejante diligencia, porque el alquiler y el alquilador forman el segundo término de este cuadro.

Su autor ha querido hacerle completo, y nos presenta un matrimonio, llamando al cuarto contiguo al que está por alquilar, en el cual se oye una voz que pregunta.—¿Quién es? y otra que responde.—Gente de paz.

—¿Quién es la gente de paz? repite la voz primera.

—¿Tiene vd. las llaves del cuarto desalquilado? pregunta la segunda.

Y contestan entregando al que habla dos, que ni las de San Pedro en cuanto á lo pesadas y en cuanto á lo antiguas, y aun en cuanto á lo poco familiarizadas que están con la cerradura.

Pero dice la vecina que ella les conoce las mañas, y con un poco de aceite del velon, y alzando la puerta con la mano izquierda y apalancando con la derecha la llave, abre por fin y entra con el matrimonio, diciéndoles:

—Aunque sea descortesía, ¿son vds. muchos de familia?

Y el caballero que no sabe si la descortesía es la de la pregunta, ó la de tener mucha familia, responde que ni mucha ni poca, y la vecina añade:

—Los que vivian antes en este cuarto eran doce: un matrimonio con cuatro hijos, las dos suegras, el padrastro, una hermana del marido, un tio sacerdote y la criada.

—Estrechitos andarian, repuso el caballero que ya habia dado un vistazo á la casa.

—No lo crea vd., es mas de lo que vd. se figura la casita esta; tiene mucho fondo y en la alcoba principal caben muy cómodamente seis catres, y la cama de matrimonio.

—Verdad es, dijo el caballero, pero eso tiene

sus inconvenientes, porque hay que poner biombos entre una y otra cama.

—O cortinas, repuso la mujer y es mas barato, porque con unos clavitos y unas cuerdas de pared á pared está listo todo. En la mia, que no es tan grande como esta, hay cuatro camas, seis cofres y dos armarios. Yo, digo á vds. la verdad, me angustian las alcobas pequeñas en que no se pueden colocar sino dos catres y un par de baules. ¡Pues no digo nada de las demás piezas, que hay salas en algunas casas que con un par de canapés, doce sillas y tres ó cuatro mesas ya están llenas! La mia se traga tres canapés, veinticuatro sillas, cuatro rinconeras y dos mesas, y aun parece que está todo bailando. Y en esta, ya ven vds. que pueden correr caballos.

—Yo no los tengo, dice el caballero sonriendo.

—Ya, pero es un decir; tampoco los tenia el vecino que se ha marchado, y se alegraba mucho de tener un desahogo tan grande, para los niños sobre todo... A pesar de que, sin ofender á nadie, los tenia muy bien educados, y rara vez entraban aquí, porque hay un corredor muy hermoso y allí jugaban siempre.

El corredor de que hablaba la vecina, era el que daba la vuelta al patio y recibia la luz y el sol sin el oficioso corretage del vidrio. Por él se iba á la cocina, y al comedor, y al despacho, y á la pieza mas importante del cuarto.

A la primera que pidieron ver los visitadores y que citaba con orgullo el dueño de la casa. Y no porque el tenerla fuera una excepcion, sino porque era de las mejores en su clase y ella sola bastaba para recomendar el cuarto.

Buena era la alcoba y la indispensable sala de recibo, pasadizo perpétuo del gabinete, y bueno tambien el despacho, antesala de una alcoba para los criados, y el comedor, con otra alcoba y siempre de paso á la cocina, pero ¿qué valia ninguna de esas piezas comparada con la otra?

No con *la de jabonar*, ni con la de *los baules*, ni con la de *la ropa sucia*, piezas indispensables en toda casa de buen gobierno, sino con la despensa.

La despensa, amigo lector, la despensa era una pieza importantísima, cuando las tiendas de *mercería*, que así se llamaban entonces las de comestibles, no vendian otra cosa que aceite, jabon, velas de sebo, pajuelas y otros manjares por el estilo.

En todas las casas era ella la pieza favorita, pero no todas las tenian como era debido. Una despensa en la fachada del Mediodía, no servia para conservar el tocino, ni los jamones, ni los chorizos, ni el queso manchego, ni las pastas; para que no se enranciara el aceite, ni se apollillasen los garbanzos, era preciso guardarlo todo en la pieza mas fria de la casa.

Una despensa con ventana al Norte, era el bello ideal de los inquilinos de AYER.

Nuestro matrimonio no necesitó ver mas para decidirse á tomar en arrendamiento el cuarto, y preguntó quién era el casero, ó mejor dicho á dónde vivia, porque ni al inquilino le importaba saber su nombre y apellido para buscarle, ni luego le habia de dar otro nombre que el de casero.

Así le llamaban todos los inquilinos, y hasta sus propios amigos le conocian por ese nombre, que habia recibido en la pila bautismal si heredó la finca de sus padres, ó mas tarde al pasar del estado llano, vulgo pobre, al estado rico ó de propietario.

Por eso el matrimonio llegó á la casa habitacion que buscaba, y apenas preguntaron si vivia allí el casero de... sin dejarles dar las señas de la casa les hicieron pasar adelante.

Sabia el criado que su amo era casero, y como esa especie no ha sido nunca muy abundante, eran inútiles mas esplicaciones. Desde luego les condujo á la presencia, no del casero, sino de la casera, de la verdadera propietaria de la finca.

Señora de unos cincuenta y cinco diciembres que aun se acordaban de haber sido abriles, y estaban reventando por salir de la estrecha prision en que los tenia la negra basquiña y el pa-

ñuelo de paño pardo, estampado de verde, y la cofia blanca, y el delantal de indiana y los zapatos de tabinete amarillo.

No debia al droguero ni al boticario el color que la teñia el rostro, y de su pelo podia decir, con orgullo, que mas vale lo propio conocido que lo ageno por conocer.

Habia vivido en estado honesto, los primeros cuarenta años de su vida, y heredó antes de cumplir los cuarenta y uno, dos casas (la en que vivia y la que alquilaba) y despues de cerrar los ojos al consejero de Indias, á quien habia servido de doncella veinte años, se casó con el ayuda de cámara de su Ilustrísima, á quien tambien dejó su amo una manda, aunque pequeña.

Ella era por lo tanto la dueña de las fincas, y ella la que tenia el derecho de escoger los inquilinos. Su esposo no era sino casero-consorte y solo le pertenecia la cobranza de los alquileres, y el constituirse en sobrestante, cuando se hacian algunos reparos en la casa.

Recibió al matrimonio con agrado, preguntó al marido el nombre, el empleo, y si eran muchos ó pocos de familia, y cuando ya se hubo impuesto de todo, les dijo:

—¿Se han enterado vds. bien á fondo de la casa?

—Si señora, la respondieron.

—Tiene muchas comodidades, añadió, y ya no

quedan muchas como ella en la córte. Como tenga vd. cuidado, dijo, dirigiéndose á la señora, de cerrar en verano á piedra y lodo los balcones antes que salga el sol, y riegue vd. las habitaciones y abra la puerta de la escalera, estará el cuarto mas fresco que una lechuga. ¡Pues no digo nada en tiempo de invierno! Sin otra cosa que clavar unos orillos de paño en las ventanas, y poner un felpudo ó una piel delante de cada puerta, apenas hay necesidad de arrimarse al brasero.

—Yo quisiera, dijo la señora, que se me blanqueasen las alcobas y la cocina, porque están muy súcias.

—No puede ser, interrumpió la casera, ¡pues si apenas hace veinte años que se blanquó toda la casa!

—Sin embargo, están muy súcias las paredes y se conoce que no eran muy limpios los inquilinos que la han dejado.

—¡Que no eran limpios!..... ¡vaya!.... como los chorros de la plata. Mal genio tenia la señora, eso si; pero limpia y aseada y mujer de su casa como buena vizcaina. Esas manchas que vd. ha visto, las escupe la pared y vd. misma con un estropajito y un poco de agua las quita, y queda la casa como nueva.

—Lo que me ha parecido, dijo el caballero, es que ha de haber algunas goteras, y eso si que lo sentiria.

—No tenga vd. cuidado, repuso la casera, porque tampoco hace seis años que se retejó toda la casa. Lo que sucede es que cuando llueve mucho, siempre se escurre alguna gota entre las vigas, pero eso con tener cuidado de poner cazuelas en algunos parages, está remediado.

—Y de vidrios, ¿está corriente?

—Si, señor; no falta ninguno; de dos ó tres que hay rotos en el balcon del gabinete, tenemos aquí los pedazos, y ya se los dará á vd. mi marido, para que con unas obleitas y unas tiras de papel, los componga y todo está aviado. Tambien les dará á vds. cuatro ó cinco baldosas que ha de haber rotas, para que cuando vaya por allí el albañil, las reciba con un poco de yeso.

—Y de camino, dijo la mujer al marido, si hay algun agujero de ratones, le diremos que eche una pellada; me parece que en la cocina y en la despensa he visto alguno.

—Podrá ser, replicó la casera, pero eso usted misma ó la criada, meten un carbon en cada agujero y no hay nada mejor.

—Para todo encuentra salida esta señora, dijo la nueva inquilina un tanto picada

—No vé vd. que llevo muchos años de bregar con inquilinos, y si fuera una á dar gusto á todos siempre estarian echando remiendos los albañiles. Y parece que no es nada, pero un jornal de aquí y otro de allá se lleva la renta; sobre todo

ahora que tenemos esas nuevas cargas del alumbrado y de los serenos, y el dichoso bando sobre incendios, que con la limpieza de las chimeneas todos los años, y el embaldosado de las guardillas, y la hojadelata en las ventanas de las cuevas, y el arreglo de los fogones nos saca un dineral.

—Y en el precio, repuso el caballero, ¿no me hará vd. alguna gracia? Tres reales y medio es mucho; bájeme vd. siquiera el medio real.

—Es imposible bajar ni un ochavo; son quince piezas y todas grandes, y en buen sitio; como que allí vale cada pié de terreno á ocho reales de vellon (1). Y sobre todo la comodidad de la despensa, que ella sola vale los tres reales y medio. ¿Se han enterado vds. bien de lo que es la tal despensa?

—Si, ya hemos visto que tiene ventana al Norte.

—¡Pero qué ventana! Allí se conserva el tocino todo el año como el primer dia.

(1) En la Puerta del Sol valia cada pié de terreno treinta reales; en lo alto de la Carrera de San Gerónimo seis; y en lo que hoy es Congreso de Diputados, un real. En Platerías diez reales; en la calle Ancha de San Bernardo ocho reales; y en la última mitad de la calle de Fuencarral, medio real, ni mas ni menos que en la de Hortaleza. Si hoy anduvieran los *pies* tan baratos, no llevarian los suyos en coche los caseros.

(Nota de un inquilino de hoy.)

—¿Qué tal vecindad tenemos? preguntó el caballero.

—Excelente, contestó la casera. Toda gente muy honrada, buenos cristianos, enemigos de bullangas, y muy tratables bajo todos conceptos.

—Me alegro mucho, porque la buena vecindad es muy útil, y mas para mí que no soy amigo de ruidos, ni de salir de casa de noche.

—Va vd. á estar perfectamente, repuso la casera, porque ningun vecino se retira tarde, y los vecinos del cuarto bajo de la derecha, se reunen con los del otro principal á rezar el rosario; y luego hasta las diez, las mujeres hacen labor y los hombres charlan ó leen en voz alta libros entretenidos y honestos.

—Pues señor, me acomoda la casa.

—Estarán vds. cada dia mas contentos, dijo la casera.

Y se alzó de su asiento gritando:

—Juan, ven á hacer el recibo del alquiler y á entregar las llaves á este caballero.

Y el buen Juan, salió con la pluma detrás de la oreja y el peluquin en el cogote, á saludar á los nuevos inquilinos.

Díjole su mujer que ya ella lo habia dicho todo y que no tenia otra cosa que hacer, sino entregar las llaves, que él traia ensartadas en una cuerda.

—Esta, les dijo enseñándoles la mayor, es la de la puerta de la calle; para abrir no hay mas

que apretar un poco con la rodilla, y dar al propio tiempo la vuelta, sin hacer fuerza para no romper las guardas. Cada vecino tiene la suya, y al anochecer, la semana que toca por turno, se baja á cerrar, y lo mismo los dias de fiesta á las dos de la tarde. Esta otra, añadió, es la del basurero; si vd. ha vivido antes de ahora en Madrid, ya sabrá que todos los dias se baja á verter la espuerta, hasta que los sábados se la llevan toda junta los barrenderos.

Con esplicaciones análogas entregó cada una de las llaves, recomendando mucho que no hiciesen fuerza al usarlas, y dijo:

—Mi esposa habrá enterado á vds. de todo, y creo inútil por mi parte añadir nada mas, sino que disfruten muchos años con salud y en gracia de Dios el cuarto. Ahora estenderemos el recibo, y si vds. gustan iremos allá para darles la posesion.

Así lo hicieron, estendiéndose el recibo con la condicion de que el inquilino habia de pagar por meses vencidos; que podia vivir la casa todo el tiempo que quisiera, sin que pudiese el dueño subir el precio del alquiler hasta pasados diez años; que si á ese tiempo lo hacia, habia de ser prévia tasacion de dos alarifes ó maestros de obras, nombrados el uno por el dueño y el otro por el inquilino; y en suma, que ni el pretesto de hacer obra en el cuarto era suficiente para el des-

haucio. Eso y mucho mas prevenia el famoso auto acordado de los señores de la Sala, que los inquilinos sabian de memoria, y al cual los caseros no faltaban en un ápice, á pesar de lo poco que favorecia sus intereses.

Pero ya hemos dicho que el casero de antaño no era tan propietario absoluto de la finca, como lo era de la casaca que llevaba sobre sus hombros ó de las tierras que labraba y podia sembrar á su antojo de trigo ó de alfalfa, aunque tambien para esto habia sus restricciones, merced á la famosa intervencion de las municipalidades en el precio del pan, y á otras regalías con las que el pobre vivia muy regaladamente.

El casero-consorte, perfectamente instruido por su esposa de lo que debia hacer en semejantes casos, probó una por una todas las llaves de la casa, dió al inquilino algunas lecciones acerca del difícil manejo de las fallebas y barras de los balcones, le enseñó la manera de colocar la muy pesada de madera, que se ponia de noche en el portal, y por último, se informó con maña, de que los nuevos inquilinos tenian la bula de la Santa Cruzada, y las cédulas del cumplimiento de Iglesia.

Semejante averiguacion, decia su esposa que no era indispensable, porque cada cual era dueño de su conciencia, pero la tenia por muy útil atendido á que si la Inquisicion procesaba á algun in-

quilino, se veia obligada á picar y blanquear el cuarto, y aun asi tardaba mucho tiempo en hallar quien quisiera alquilarlo.

El dia de la cobranza mensual de los alquileres, solia la casera acompañar á su marido, que con un libro de pergamino debajo del brazo y un tintero de cuerno en el bolsillo, amarrado por ende al ojal, llegaba á los cuartos y cuando preguntaban quién era el que llamaba, solia contestar:

—El pícaro del casero.

Y pasaba adelante gastando otra porcion de chanzas por el estilo, siempre de buen humor y próximo á enternecerse y á tomar parte en las desgracias y miserias del inquilino.

En sus relaciones con el trazista y maestro de la fábrica y en las que tenia mas frecuentemente con los demás menestrales, era asimismo afable y misericordioso y hasta filantrópico, si entonces esta palabra no la tuviera la caridad metida debajo de siete estados de tierra.

Intervenia minuciosamente todos los trabajos, recogiendo por sí propio un polvo de yeso que pudiera desperdiciarse; cuidaba de que no se quebrara ningun ladrillo; prohibia á los albañiles que espusiesen la vida por perfeccionar la obra; y nunca mandaba retejar ó hacer otro reparo peligroso sin mandar decir una misa á San Vicente Ferrer; de cuyo santo sabia, que habién-

dose caido un albañil de un andamio, le mandó que se detuviera en el aire, mientras él iba á pedir al prior licencia para hacer el milagro de que no se hiciese daño al caer al suelo.

Para los reparos de cerrajería y aun para algunos de carpintería no necesitaba acudir á los menestrales, porque era él sobrado mañoso para enderezar un picaporte, arreglar la hembrilla de un cerrojo, y aun rebajar una puerta, si el inquilino se quejaba de que no se podia cerrar sobre la estera.

Su libro predilecto eran las ORDENANZAS DE MADRID, escritas por Teodoro Ardemans, y sabia de memoria todos los preceptos que en ellas se contienen, tanto para la construccion, como para el entretenimiento y conservacion de las fábricas

En ninguna de las que él administraba, y que aportó al matrimonio su esposa, consintió dormitorios que no tuviesen nna pieza de resguardo, ni los hizo con la pared de la cabecera contigua á pozo, fuente, albañal, sumidero ni arca de agua. Si los inquilinos del cuarto bajo se quejaban de humedad, cerraba las ventanas por espacio de veinticuatro horas, y clavaba un papel en la pared y otro en el suelo para ver si al dia siguiente estaban húmedos.

Encargaba á los inquilinos que abriesen las ventanas dos ó tres veces al dia, para purificar el ambiente de las habitaciones, y que le avisa-

ran si la chimenea revocaba el humo, para ver si consistia en su fábrica, ó en la elevacion de la medianera.

Desde que leyó las citadas ordenanzas, no consintió recantones ni poyos empedrados delante de sus casas, por no haber entrado en ellas S. M.; metió las rejas que salian mas de cuatro dedos en calle de diez y seis pies; solo permitió que tuviesen medio pie las que estaban en calle de veinte y cuatro; y reemplazó con balcones de hierro los de madera, porque vió que Ardemans decia que *la madera es yerba y se pudre*.

Tambien sabia de memoria el bando sobre incendios, recientemente publicado por la Sala de Alcaldes, y se dió prisa á cumplir cuanto en él se mandaba á los dueños de casas en la córte, girando una visita por todas ellas, para recordar y prevenir á los inquilinos que no se descuidasen en obedecer lo que á ellos tocaba. Y aun se tomó el trabajo de darles una copia de los artículos siguientes:

9.º «Se prohibe la venta de los fósforos, pena de diez ducados; por *no considerarse de ninguna utilidad* (1).»

(1) El escribano que en 1790 autorizaba este bando, en e cual se decia que los fósforos son de ninguna utilidad, se llamaba don Joaquin Gomez Palacio. Se lo avisamos al fosforero don Pascasio Lizarbe, por si quiere lanzarle algun anatema en las célebres coplas que regala á sus parroquianos encomiando la utilidad de las cerillas fosfóricas.

10. «En ninguna tienda de mercader, ni en portales, ni en otros sitios, se permitirán luces de sebo ó cera con pretesto de devocion, pena de diez ducados, por los inconvenientes experimentados en este y en el pasado siglo.»

11. «Se prohibe absolutamente el uso de luminarias de tea ó de virutas de madera, que se acostumbra poner delante de las iglesias la víspera de sus fiestas, ó casas particulares, pena de diez ducados al que las ponga y al que las alquile.»

12. «Los lacayos no podrán sacudir las hachas contra las esquinas, paredes, puertas ni en las ruedas de los coches sino en las zagas, pena de cuatro ducados por la primera vez y de aumentarse en los casos de reincidencia.»

14. «En ningun tiempo del año se quemará en las calles ni plazuelas, la paja que se desecha de los jergones ó con cualquier otro motivo, pena de seis ducados.»

No incluia en la copia anterior el artículo 17 del bando, que prohibia sacar á encender los braseros al balcon y arrojar cenizas á la calle, porque sus casas no estaban en la Plaza Mayor, y solo con ellas hablaba el artículo.

Tambien AYER era costumbre poner la cebada al asno muerto, y recordando el terrible y memorable incendio de la Plaza, á ella sola se limitaban ciertas prohibiciones; siendo por lo tanto lícito á los confiteros, cereros, bodegoneros, som-

brereros y pasteleros, trabajar en sus propias casas, sin que pudieran hacer lo propio los que vivian en la Plaza y sus avenidas, que solo podian vender allí sus manufacturas, pena de cien ducados.

Otras muchas órdenes y reales disposiciones sabia de coro el casero de antaño y era un fiel observante de todos los mandatos de la autoridad. Sin que por esto se crea que dejaba de representar alguna vez contra ciertas medidas, llegando respetuosamente á los pies del trono á pedir justicia, siempre en el concepto de gracia, y á hacer presente las muchas cargas que pesaban sobre sus fincas.

La mas libre de todas tenia sobre sí, amen de las cargas de alumbrado y de aposento, diez ó doce censos que pagaba á los hospitales y á las casas de la grandeza, y á los conventos de monjas, y al Santo Oficio, y á otra porcion de instituciones que vivian á expensas del casero.

Pero el casero de que venimos hablando, y hablando mucho, es el seglar y este no era el mas abundante en aquella época. El verdadero casero de antaño es el fraile.

El padre procurador del convento, que con un rollo de pergamino y un tintero pasaba el dia recorriendo, alquilando y cobrando, las cien casas propias de la comunidad, era el verdadero propietario de las fincas urbanas de la córte.

Entendia, como el seglar, en la compra de materiales y en el pago de los trabajadores, y era como él, un sobrestante perpétuo de las obras y reparos que se ofrecian en las fincas.

Los albañiles y demás menestrales, preferian trabajar á las órdenes del fraile porque les escatimaba menos el material, gracias á que le habia costado mas barato que al seglar, aun cuando la diferencia no hubiese sido otra que la de entrarlo todo libre de derechos. Privilegio, y sea dicho de paso, que gozaban tambien en todos los artículos que consumia el convento.

Preferíanle asimismo los inquilinos porque solia arrendarles mas baratas las habitaciones, y porque algunas veces, si congeniaba con la familia, les hacia la honra de acompañarles á tomar chocolate, y hasta enseñaba la doctrina á los niños con mas paciencia, segun decian las mujeres, que su propio padre.

Encontrar habitacion en una casa mostrenca, que así se llamaron despues las de los frailes, era lo que decian entonces una viña, y los que la alcanzaban y sabian llevar el genio al padre procurador, venian á ser los verdaderos propietarios de la finca.

Pero en cambio, como todas las cosas tienen su lado feo y su lado bonito, los que no acertaban á ser complacientes con la paternidad-casera, pasaban no pocos trabajos.

Generalmente habia la mejor armonía entre el casero y el inquilino, porque ni el fraile era muy exijente, ni como decian las mujeres á sus maridos, debian romperse lanzas con el casero por pequeñeces y tonterías.

Por derecho ó por costumbre tenia la de tutear á todos los inquilinos, y se servia de ellos para todas sus necesidades como si fueran legos ó criados de su convento.

Al inquilino sastre, le decia que fuera á verle y le arreglaría una chaqueta para debajo del hábito; al zapatero, le daba un sombrero de teja viejo para que le hiciese unas soletas ó plantillas para los zapatos, cosa muy recomendada contra la humedad antes de conocerse el cahuchú; hacíale las camisas la viuda del cuarto principal; daba á la huérfana de la guardilla unos pañuelos para que se los dobladillara; y por último, al marido de la lavandera, le enviaba al estanco por un cuarteron de tabaco en polvo.

Cuando se desalquilaba algun cuarto, daba las llaves á uno de los vecinos y le encargaba que estuviese á la mira cerrando y abriendo todos los dias las ventanas. Y si merecia su confianza, le mandaba que contase los cahices de yeso y los ladrillos cuando habia obra.

En suma, el fraile casero no tenia tantos afanes como el casero seglar, y natural era que sucediese así, porque el uno administraba sus bie-

nes, y el otro los de la comunidad. El uno tenia que pagar muchas cargas y el otro ninguna.

Seglares son HOY los poseedores de todas las fincas de AYER, pero segun indicamos al principio de este cuadro, el casero de antaño ha desaparecido.

El de ogaño es un propietario que considera la casa como un capital cualquiera, al cual si le puede sacar el 20 por 100, no se ha de contentar con el 15.

Los inquilinos no son prójimos, sino pájaros que no pueden vivir sin nido, y que han de buscarle aunque el árbol se suba tan alto que casi toque al cielo.

Del casero de antaño no queda otra cosa sino un ligero aire de familia que tienen, con el procurador del convento, los administradores de las casas de Beneficencia, ó los de las pocas obras Pías y fundaciones, que no han caido aun en las redes de la desamortizacion.

Como los pobres son siempre menores de edad, los administran con lujo y con despilfarro.

HOY, los que andan á caza de gangas, buscan una casa que pertenezca á la Beneficencia, como habrian buscado AYER una finca de frailes.

Todo es administrar, y por eso dicen que el ojo del amo engorda al caballo, y que la hacienda su dueño la vea, y si no la vé que no la tenga.

CUADRO CUARENTA Y UNO.

La beata Clara.

. . . . . ¡Cierto que la tuya
Es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa,
Ayuna, cuando la observa
Su padre, cuando se va
Se abalanza á la despensa
Y se desquita. . . .
(*La Mogigata*, de Moratin.)

AUNQUE por el hilo se saca el ovillo, y el paño se conoce por la muestra, tambien es cierto que una golondrina no hace verano, y que en la mejor tela se cayó la mancha.

Hubo entre los Apóstoles un Judas; de los querubines alados salió un demonio patudo, y nadie puede decir de esta agua no beberé, que á donde menos se piensa, la libre salta, y...

Pero ya estoy viendo que el lector se impacienta por tirarme de la levita, y que harto de refranes, me pregunta:

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el título del cuadro?

Y eso mismo le digo yo á mi pluma.

—¿Por qué traes á cuento esos refranes? ¿Qué tiene que ver la beata Clara, con el hilo, ni con el ovillo, ni con la liebre que salta, ni con el ángel rebelde, ni con el discípulo que vendió á su Divino Maestro?

—¡Pues ahí verá vd.! me responde la pluma.

Y lejos de enmendarse, me dice que por mucho trigo nunca es mal año, que hombre prevenido vale por dos, que de los escarmentados nacen los avisados, y que mas vale un por si acaso que un quién pensara. Y tras de esos refranes me ensarta ciento, hasta que me veo obligado á llamarla al órden con seriedad, y entonces enmudece y afila los puntos en el cortaplumas, y los moja en vinagre, y emborrona diferentes papeles y todos los rasga, hasta que por último hace una cruz y dice:

—Pues señor, ya puede vd. buscar otra pluma para dibujar este cuadro.

—¿De cuándo acá? la replico sorprendido.

—Yo no hago retratos, me responde con sequedad.

—¿Pues no llevas hechos mas de ciento en los

cuadros que van escritos hasta aquí?

—No señor.

—¿Cómo se entiende, ahora salimos con eso? ¿Conque el peluquero, el fraile, el covachuelista, la doncella, el dómine y los demás tipos que hemos bosquejado antes de ahora no eran retratos?

—No señor.

—¿Pues qué eran?

—Vd. lo ha dicho; eran tipos.

—¿Y qué es la beata Clara?

—Un retrato.

—Tanto mejor para tí; cópiale bien, no te apartes del original y te será mas fácil el trabajo.

—Bien se conoce que no ha sido vd. pintor sino de *brocha gorda*. ¿Cree vd. que Moliere hubiese retratado *el Avaro*, ni Moratin *la Mogigata*, á no haber tenido á la vista mas que un solo ejemplar de cada individuo?

—No tal; ya sé que habia muchos, y por eso hicieron uno con los rasgos mas principales de todos ellos. Haz tú lo mismo con la beata Clara; toma de muchas.

—¿Y dónde están?

—¡Qué sé yo!

—Pues yo sí; yo sé que no hubo mas que una, y por eso no me atrevo á retratarla.

—Es preciso, repuse con tono fuerte viendo la terquedad de la pluma.

—Sea enhorabuena, pero yo me lavo las manos, dijo ella, sin acordarse de que solo cuenta con mi derecha y á ratos. Con cien figuras habriamos retratado doce millones de habitantes, y ahora se empeña vd. en hacer un cuadro que solo retrata un individuo. De una gota de agua vamos á hacer un rio, y el fenómeno va á pasar por especie... Considere vd., señor, que esto es lo que se llama tomar el rábano por las hojas, y la excepcion por la regla, y miren que nos han de tener por ignorantes y por necios si damos como árbol genealógico de familia, el nombre de uno de sus individuos. Reflexione...

—No quiero reflexionar otra cosa sino que eres una gran bachillera, la interrumpí íncomodado, y que si pronto no haces el retrato de la beata Clara, que nos han de oir los sordos.

—Ojala lo fueran todos desde este momento, dijo la pluma entre dientes.

Y volviéndose á dar un baño en el vinagre, como si estuviera apestada, escribió lo siguiente:

No es la fé una cosa que pueda andarse dejando y tomando cuando se quiera, sino que una vez tomada no debe soltarse nunca, y por eso la pintan con una venda en los ojos, como en señal de haberse decidido á no rectificar su juicio con nuevas visiones.

A los hombres de AYER no se les puede acusar de haber perdido la fé un solo momento, y

estaban por el contrario tan apegados á ella, que creyendo se acostaban y creyendo amanecian, sin tener un solo momento desocupado en que poder dudar.

Salian cargados de ilusiones á dar una batalla á los desengaños, y cada vez que la discusion asomaba la cabeza por algun punto, la daban el ¿quién vive? y el ¡atrás paisano! recelosos de que fuera algun espía disfrazado del campo de la impiedad.

Pocos eran los que alcanzaban ver algo, mas allá de sus narices, y así vivian felices y dichosos, sin que el demonio de la duda logrará jamás la honra de batirse con el ángel de la fé.

Pero como todos los extremos son viciosos, y del bien al mal no hay un canto de real, huyendo del infierno de la incredulidad, cayeron en el limbo de la candidez.

De la verdad matemática pasaron á la hipótesis metafísica, y de esta al absurdo, y de aquí al error, y...

Trazas y materia tenia comenzada la pluma para no acabar en mucho tiempo de ensartar disparates, todos fuera del propósito del cuadro, y me fué preciso llamarla de nuevo á la cuestion, diciendo:

—Ven acá, pecadora, y dime ¿qué tiene que ver la fé y la demasiada credulidad de aquellas gentes con el asunto de este cuadro?

—Mucho, señor, me replicó la pluma; si los hombres de AYER no hubiesen sido tan crédulos, no habria existido semejante beata Clara.

—¿Pues era artículo de fé la beata?

—No señor, pero como aquellas gentes eran excesivamente buenas, preferian creer en la comunion de los justos á pensar que hubiese en el mundo tan grande pecadores.

—¿Y quién les tenia la culpa?

—Nadie.

—Pues entonces, ¿quién te mete en andar haciendo salvedades, ni á qué viene hablar de la fé para hacer el retrato de la beata Clara?

—¿Le parecen á vd. muchas las salvedades que hemos hecho?

—Si, y estoy por borrarlas todas.

—Haga vd. lo que guste; yo declino mi responsabilidad, y vuelvo á hacer una cruz por si acaso.

—No hagas mas cruces, mira que siempre se ha dicho que detrás de la cruz está el diablo.

—Eso precisamente es lo que sucede ahora, que el diablo está detrás de la cruz.

—Pues, ahuyéntale y pinta.

—No puede ser, porque si le ahuyento me quedo sin original.

—¿Conque vas á retratar al diablo?

—Vd. lo quiere....

—Lo que yo quiero es que no repliques mas y empieces el cuadro.

La pluma no volvió á decir una sola palabra y trazó el siguiente boceto.

La escena pasó en la calle de los Santos en la casa que hacia esquina á la Carrera de San Francisco, y frente al convento del mismo nombre.

La casa era de aspecto pobre y sucio, pero tenia dos pisos y las guardillas; las ventanas del principal estaban cerradas á piedra y lodo, y en las rejas del cuarto bajo, que estaban abiertas, se veia una mujer, que hablando consigo misma, dijo:

—¡Ya escampa! cada dia acude mas gente; será preciso buscar otra habitacion y preguntar primero si hay en la vecindad algun santo.

—Ya está gruñendo la bruja, dijo uno de los muchos que se agolpaban á la puerta de la casa.

—Merecia que el Santo Oficio la quemara, interrumpió una voz.

—¡Yo no sé como tiene paciencia para sufrirla la pobrecita santa! dijo un tercero.

—¡Buen caso hace su beatitud de esa bruja! Inflamada con el amor divino, ni ve, ni oye, ni entiende nada de lo que pasa en este mundo.

—Si, pero esa bruja es el lazo que el demonio la tiende para perder su alma.

—¿Y cómo no se convertirá viviendo casi debajo de un mismo techo?

—Porque es una vieja muy empedernida, gritó un hombre en voz alta.

—Tengo el colmillo muy retorcido, dijo la vieja tomando parte en la conversacion, y no me las trago con cáscara.

—¿Y qué quieres decir con eso? la preguntó con osadía una de las mujeres que estaban en la calle.

—Yo me entiendo y Dios me entiende, dijo la vieja. ¿Por qué no sigue haciendo milagros en la calle de Cantaranas?

—¡Muera la bruja!.. dijo una voz.

—Muera, gritó la concurrencia toda.

—Llevarla á la Inquisicion, dijeron algunos.

—No, sino á la horca, gritaron otros.

Y se armó tal gritería que la vieja cerró la reja asustada, á tiempo que se abria un balcon del piso principal, y se asomaba una mujer como de sesenta años, pero vigorosa y robusta.

Todas las gentes que habia en la calle se descubrieron; algunas se arrodillaron y la mujer les dijo lo siguiente:

—Hermanos mios, caridad, caridad. Mi hija, que está en oracion mental, ruega á vds. por el amor de Nuestro Padre Jesus de Nazareno, y por las llagas del Seráfico Padre San Francisco, que no maltraten á esa pobre mujer, que es una sierva de Dios.

Dijo, y se retiró cerrando de nuevo las ventanas.

—¡Sierva de Dios! repitieron algunos con sorna.

—¡Qué buena es la beata! exclamaron otros.

—Háganla vds. mas favor, dijo una mujer, que es santa.

—Aun no la han canonizado, replicó otra.

—Si tal.

—No tal; ¿me lo querrá vd. decir á mí que soy amiga del page del señor Nuncio de Su Santidad? Lo que ha hecho el Padre Santo es darla permiso para que tenga en su casa á su Divina Magestad de manifiesto.

—Eso ya es viejo.

—Pues no hay mas.

—Pero bien merecia que la hiciesen santa.

—Si vamos á ver lo que merece, por lo buena que es y los muchos milagros que obra, no harian nada de mas con hacerla santa y vírjen y mártir.

—Déjelo vd. estar que en buenas manos está el pandero. ¡Como quiera el señor Nuncio! .

—Y nuestro señor obispo que tambien la tiene en grande estima y todos los dias viene á visitarla.

—Ya lo sé, y extraño que hoy no haya venido.

—¡Si está dentro hace mas de una hora!... Ahí tiene el coche.

Dijo una mujer señalando un grupo de media docena de carruajes que habia parados en lo alto de la calle.

Y mientras tales conversaciones tenian, algu-

nas gentes de las que se agolpaban á la puerta de aquella casa, otras pugnaban por romper los grupos y llegar hasta la puerta, á rozar en ella sus vestidos, á tocarla con la mano y santiguarse, y por último, á arrancar un polvo de tierra de las paredes, que continuamente revocaba el casero y siempre estaban carcomidas.

A la hora que pasaban estas escenas, que era la del medio dia próximamente, ya se habian retirado las madres que acudian con sus niños de pecho á tocarlos en las paredes de la casa, los enfermos, los pobres y toda clase de necesitados.

Algunos habian logrado subir al cuarto principal á implorar la intercesion de la beata, por conducto de su madre, y pocos eran los que alcanzaban el especialísimo favor de ver y hablar á la milagrosa criatura, de quien es tiempo ya que digamos cuatro palabras.

Sin mas familia que una madre, pero una madre que valia por veinte y cinco, la jóven Clara apareció en Madrid, á fines del pasado siglo, en el cuarto bajo de la casa número 6 en la calle de Cantaranas, hoy de Lope de Vega.

Nadie sabia la procedencia de aquellas mujeres, pero pronto se granjearon el aprecio de la vecindad, y el recogimiento, la humildad y la compostura con que las veian salir alguna vez desde su casa á la iglesia, unido á lo que de los ayunos y devociones de la hija referian los cria-

dos, dió á la calle un olor de santidad que no tardó en cundir por todos los rincones de la córte.

A la noticia de los primeros milagros, que se decian obrados por la intercesion de Clara, acudieron los padres discretos de algunas comunidades para depurar la verdad de todo, y salieron tanto mas convencidos de que aquella era una verdadera sierva de Dios, cuanto mas ella se afanaba en decirles que era una indigna pecadora.

—No me abandonen sus mercedes, padres reverendísimos, les decia Clara; miren que soy una gran pecadora, y el diablo quiere arrancarme del camino de la salvacion, despertando en mi alma el orgullo de la perfeccion y de la santidad.

Y la madre les llamaba aparte y les decia:

—Por los clavos de Cristo, padres, que me hagan el favor de mandar á mi hija que no mortifique sus carnes con tantos ayunos y tantas disciplinas, miren que está muy delicada y temo que no ha de poder resistir esas penitencias.

—El Señor la dará fuerzas para sobrellevarlas, solian replicar los frailes.

Y salian de la casa, dudando los mas incrédulos, y persuadidos los otros de que la jóven Clara estaba en olor de santidad.

Examináronla *motu propio*, y sin que dijese la autoridad una sola palabra, algunos teologazos, y sin mas que encerrarse ella en negar con humildad cuantos milagros la atribuian, logró

ponerles en confusion, sin que ninguno se atreviera á dudar de su santidad, ni menos del don de la profecía, que era el que tenia mas desarrollado y con el que obró grandes prodigios.

Compadecida de la miseria en que vivia un menestral, su vecino, padre de una familia numerosa, le dijo que oyese con devocion tres misas en un altar de ánima, y que luego se fuera á cavar con fé al pie de un árbol de la pradera de la Teja, en el que veria grabada una cruz y que esperase en Dios, que le daria con que remediar el hambre de sus hijos.

Hízolo el menestral y volvió á su casa loco de alegría, con un bolsillo lleno de escudos de oro.

Extendióse por la córte la fama del milagro, y mas se divulgaba ese y otros por el estilo, cuanto mas se afanaba Clara en negarlos y en suplicar á los interesados que no hablasen de ellos.

El Illmo. Sr. obispo auxiliar de Madrid, *convencido* de la santidad de aquella criatura, rogó al nuncio apostólico que fuese á visitarla, y ambos decidieron á la penitenciaria á impetrar del Padre Santo licencia para celebrar en su casa el Sacrificio de la Misa, y aun para exponer allí mismo el Santísimo Sacramento.

Hasta entonces la generalidad de las gentes, habian dudado de que fuesen ciertas las virtudes y los síntomas de santidad de Clara, pero con la

proteccion de los dos prelados, y el insigne privilegio que habia alcanzado de la córte de Roma, nadie, ni aun los mas incrédulos, se atrevieron á decir una sola palabra en contra.

Todos hablaban con el mas profundo respeto de la beata Clara; apenas habia quien dejase de solicitar su amparo en las desgracias, y ninguno pasaba por delante de su casa sin descubrirse la cabeza.

Sin embargo, y bueno es advertirlo, de las tres clases en que estaba dividida la sociedad, la alta y la baja eran las que mas acudian á solicitar el amparo de la beata Clara.

La clase media no hacia otra cosa que ver, oir y callar, siempre con los ojos de la fé cubiertos con la tupida venda que les puso la candidez del obispo, la docilidad del nuncio y la debilidad del Padre Santo.

La Inquisicion se abstuvo de tomar parte en el negocio, y los señores del tribunal hacian la vista gorda y oidos de mercader á todo lo que se hablaba en tan importante asunto.

Tal andaban las cosas cuando la beata Clara, por huir, segun decia su madre, del bullicio de la córte, se retiró á un extremo de ella, tomando casa en la calle de los Santos frente á la celda de su director espiritual.

Los vecinos de la calle de Cantaranas, especialmente favorecidos y siempre mejorados en la

participacion de los milagros de la beata, lloraron su partida y fueron los mejores panegiristas de sus virtudes y de su gran don de profecía.

Recibíalos á menudo en su nueva vivienda, y alguno de ellos hizo gran fortuna, sin mas que hacer oficios de corredor entre la beata y los nobles que solicitaban verla.

Cosa no muy fácil, como vió el lector en el cuadro del covachuelo, cuando Pajarito el peluquero brindó su proteccion á un ministro de la corona para alcanzarle una entrevista con la beata.

Y sin embargo, el covachuelo no pudo verla.

Díjole la madre de Clara que su hija estaba en éxtasis y que le rogaba que la dispensase, pero que no podia recibirle.

Insistió el covachuelo, diciendo que queria consultarla unos graves negocios de Estado, y entonces se oyó una voz argentina y sonora que dijo:

—Dios mio.... no me abandoneis; apartad al enemigo que viene á distraerme de vuestro divino amor con negocios profanos.

El secretario del despacho miró sorprendido á la madre de Clara, que permanecia impasible, y la dijo:

—¡Esa voz!...

—¿Qué voz? preguntó con indiferencia la madre de Clara.

—La que ha resonado en este gabinete, dijo el covachuelo cada vez mas asustado, la que me ha dicho...

—Yo no he oido nada.

—¡Será posible! exclamó el covachuelo.

Y cayendo de rodillas, delante de un crucifijo que habia en el gabinete de consultas secretas de la beata, permaneció largo rato en silencio, hasta que por fin dijo:

—¡Oh! quien me diera la santidad y el don de profecía de esta bienaventurada sierva, para encaminar los negocios del reino á la mayor honra y gloria de Dios, y al mejor servicio de mi soberano y de su amado pueblo!

—Abandona la amistad de Urquijo ó te perderán sus máximas republicanas, le contestó la voz.

—¡Y cómo hacerlo, cuando ha sido mi segundo padre! dijo el covachuelo con lágrimas en los ojos y sin acertar á salir de su estupor.

—Lo harás cuando sepas que la cabeza de la Iglesia lo ha anatematizado.

El ministro se alzó en pié aturdido, miró con espanto á la madre de Clara, y la dijo:

—Señora, tenga yo al menos la dicha de besar la mano á esa bienaventurada.

—Hoy no puede ser, repuso la madre de Clara, es viernes y está todo el dia en oracion.

—¿Pues no es ella la que me ha hablado?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No entiendo lo que V. E. dice; yo no he oido nada.

El ministro cada vez mas aturdido hizo nuevas preguntas sin recibir contestacion, y cuando salia del gabinete oyó que la voz le decia:

—Si no haceis muchas limosnas á nuestros hermanos los observantes de San Francisco, os condenareis cuantos habeis contribuido á vender la Luisiana... Rescatadla, ó de lo contrario se perderá el Perú.

Habia el covachuelo recibido aquella mañana un anónimo sobre el mismo asunto, y abandonó la casa de la beata incomodado y confuso, sin atreverse á nada mas que á rogar de nuevo á la madre de la penitenciaria que influyese con su hija para que le concediera una entrevista.

Ofrecióle ella hacerlo así, y aun le indicó que le haría ciertas revelaciones acerca de la manera de conducirse con el favorito de la córte, para no caer de su gracia, y el ministro se lo agradeció en extremo con las mas corteses palabras, y aun es fama, que con algunas expléndidas obras.

El personage que entró despues á consultar á la Sibila, era una duquesa de las mas conocidas en la córte, no por su clase, aunque era muy elevada, sino por la intimidad en que vivia con las gentes de la mas baja del pueblo.

Un impulso de curiosidad, mas bien que una

fé ardiente y ciega en las virtudes de la beata, la llevaba allí, y aunque fué recibida en un principio por la madre de Clara, tuvo luego la dicha de ver á esta en su mismo oratorio privado.

Era el retiro de la beata una pieza de escasos diez y seis pies de largo por nueve de ancho, en cuyo fondo habia un balcon cerrado y cubierto por un pequeño retablo de la Vírgen de los Dolores.

Un vaso de vidrio, colocado delante de la imágen, esparcia una luz débil y opaca en el gabinete, cuyas paredes estaban vestidas de bayeta negra, salpicada de diferentes estampas de santos, prendidas con alfileres.

La beata Clara, vestida con una túnica cenicienta y larga, sujeta al cuerpo con una soga de esparto, tendidos los cabellos sobre la espalda, y con grandes manchas lívidas en las mejillas, mas parecia un cadáver que un ser viviente.

El desórden de los cabellos, demacraba su rostro, los trémulos resplandores de la lámpara aumentaban la blancura de sus facciones, y la extremada palidez de sus lábios la daban un aspecto horroroso, capaz de infundir espanto y miedo al mas despreocupado guardian de cementerios.

Arrodillada delante del altar, con la cabeza en tierra, Clara no oyó entrar á la duquesa, que permaneció largo rato en silencio contemplan-

do asustada el cuadro que se ofrecia á su vista.

Alzóse por fin la penitente, expresando grande asombro de ver allí á la duquesa, y como si la pesara de haber sido sorprendida en su retiro, exclamó alzando los ojos al cielo:

—¡En qué rincon del mundo, Señor, estará libre esta indigna pecadora, de no dar escándalo con sus penitencias!

—Yo no me escandalizo, dijo la duquesa, antes por el contrario, venero y admiro vuestra virtud... pero si estorbo, me retiro.

—Haga V. E. lo que guste, repuso con humildad la beata.

—Venia, dijo la duquesa, á consultar á *su gracia* acerca del negocio de que hablamos el otro dia.

—¿Qué negocio? Preguntó la beata.

—El de mi esposo, que se empeña en llevar adelante el pleito de divorcio.

La beata alzó las manos al cielo y exclamó:

—¡Se me habia olvidado!... ¡Ah! Señor, no permitais que esa desdichada madre lleve á cabo su horrible proyecto. Ya que me habeis revelado ese secreto, permitid que os ruegue aparteis de la mente de esa infeliz la idea de un infanticidio.

—¿Infanticidio? Repitió la duquesa asustada.

—¡Ah! ¿Tambien V. E. lo sabe? Preguntó con ansiedad la beata.

—Yo no sé nada, sino lo que acabo de oiros

ahora; pero decidme, ¿qué infanticidio es ese?

—El de una pobre madre que ahora estará dando á luz un hijo.

—¿Dónde? Preguntó la duquesa.

—En el arroyo Abroñigal.

—¿Y piensa matarle?

—Y arrojarse ella al rio.

—¡Qué horror!.. Corro á ver si aun es tiempo de salvar á esos infelices. ¿Pero quién os lo ha dicho?

—Cuando entró V. E. acababa de tener una revelacion.

—Pues no perdamos tiempo.

—No vaya V. E.; quédese aquí conmigo y juntas pediremos al Señor que salve á esa pobre criatura y perdone á la madre el crímen que pensaba cometer... Dios oirá nuestras oraciones y...

—Yo no puedo detenerme, interrumpió la duquesa; voy volando á evitar ese crímen.

Y salió corriendo del oratorio, bajó precipitadamente la escalera, y al entrar en su coche dijo en voz alta á uno de los lacayos:

—Corriendo al arroyo Abroñigal.

Las gentes que habia en la calle dijeron al ver partir el coche:

—¿A dónde irá esa nube de piedra?

—Ya lo han oido vds., repuso un viejo, al arroyo Abroñigal á ver alguna torada; no piensan en otra cosa esas señoras. Yo no sé á que vie-

nen á visitar á esta santa si han de seguir siendo tan malas como siempre.

Y pocos momentos despues vieron salir del portal dos señoras vestidas con la mayor elegancia y con el velo caido sobre el rostro y dijeron:

—¡Vaya otro par!.... Y se tapan la cara como si salieran de hacer alguna cosa mala. ¡Cuándo habrán pisado ellas una casa mas decente que esta!

—Pues larga ha sido la visita, dijo el viejo, porque ya hace tres horas que estoy aquí y no las he visto entrar.

—Todos los dias salen al anochecer, replicó una mujer del pueblo.

—¿Y á qué hora vienen?

—Nunca las he visto entrar.

—Trapisondas, repuso el viejo.

Y se marchó de allí, seguido de algunas otras gentes, hasta que dos horas despues de anochecido quedó la calle desierta.

Esta escena y las que van referidas se habian repetido diariamente por espacio de mucho tiempo; pero el pintor ha elegido el dia en que se hicieron por última vez para que el cuadro sea completo.

Para que el lector, despues de haber visto salir una hora antes de anochecer á las tapadas, las vea volver á entrar descubiertas á las once de la noche, acompañadas por dos caballeros.

Y finalmente, para que vea la última escena del drama infame, ridículo y sacrílego, que se representó en la córte de las Españas, hasta el dia 14 de julio de 1803.

A la una de la madrugada de ese dia, paró un coche á la puerta de la casa de la beata Clara, sin que ésta ni su madre, ni aun los que estaban en la calle le oyesen rodar sobre el pavimento.

Forradas las ruedas en corcho traia completamente apagado el ruido.

Los tres hombres que venian dentro, entraron en la casa de la beata sin que se haya sabido aun quien les abrió la puerta, y volvieron á subir al coche pocos momentos despues con las dos tapadas que ya traian el rostro descubierto.

Sin mas ruido, que el que habian hecho para llegar allí, se dirigieron á la cárcel del Santo Oficio, sita en la calle de la Inquisicion, hoy de María Cristina.

Al dia siguiente, el pueblo que acudió á la casa de la beata Clara, vió la puerta cerrada y sellada con el de la Inquisicion, y todos se volvieron cabizbajos y mústios sin saber qué pensar de aquel suceso.

Algunos decian que habria sido alguna mala voluntad, y confiaban en que la santidad de la beata triunfaria de la calumnia de sus enemigos; pero los mas se retiraban diciendo:

—¡Con la Inquisicion, chiton!

A los pocos dias ya no era para nadie un misterio lo ocurrido.

Una criada de la beata, que habia salido de la casa por una quimera que tuvo con la madre, se fué á confesar con el cura párroco de San Andrés y le dijo:

—Acúsome padre de haber servido á la supuesta beata Clara, y contribuido á embaucar al público con los fingidos milagros y profecías de mi ama. Esa mujer no es tal santa, ni menos pensarlo, sino una grandísima bribona, hija de otra mucho mas bribona aun, que no ayuna, sino que come como un lobo, y bebe mas que un pellejo; que lejos de castigar sus carnes las baña todos los dias en agua de rosa; que tiene á cada hora un amante y una francachela, y que sale todos los dias al anochecer, fingiendo ser una de las muchas señoras bobas que acuden á visitarla y á las que saca muy buenos cuartos. Yo me acuso, padre, de haber callado esa farsa tanto tiempo, pero eran tantas y tan buenas las propinas y tan regalada la mesa que teníamos en esa casa, que los criados lo pasábamos mejor que la mayor parte de los señores de la córte.

Probóse fácilmente cuanto decia la criada, por medio de los demás criados y del pastelero de Puerta de Moros, que lloró por mucho tiempo la pérdida de tan buena parroquiana, y á los señores de la Inquisicion les fué fácil verlo por sí pro-

pios, porque cuando llegaron á prenderlas, estaban en los postres de una opípara cena.

En cuanto al don de profecía, que era el título de que parecia hacer mayor alarde, no argüia tanto talento en su madre, principal autora de todo, como candidéz en las gentes profetizadas, y principalmente en los teólogos y altas dignidades de la Iglesia què fueron instrumentos de aquella farsa.

Para decir á una pobre que habia tenido una revelacion y que si iba á parir al arroyo Abroñigal, Dios la sacaria con bien de su apuro, y hacer luego lo que el lector sabe, no se necesitaba gran travesura.

El Santo Oficio anduvo sobrado benigno, contentándose con extrañarla á Toledo ó puntos equidistantes de la córte, á hacer ejercicios penitenciales; condenando á su madre á la Galera, á los criados á cadena; y destierro y privacion de empleos, honores, etc., á algunos personages de categoría.

Y como el Santo Tribunal de la Fé no tenia fama de blando, ni menos debió serlo en asunto de tamaño escándalo y sacrilegio, circularon por la córte algunos versos, tales como estos, que por ser los mas templados, y no los peor escritos (¡figúrense vds. quétal estarian los otros!) los damos á continuacion:

Si una mujer aparenta
que es beata, y conmovida

está pasando una vida
muy austera y penitenta,
y asi goza de gran renta
por su grande devocion;
y testigos de ello son
el fraile, el obispo, el cura;
sin embargo que es locura
nada digamos..... *chiton.*

Si los tres, y mas un ciento,
suplican al Padre Santo
la conceda velo y manto,
siendo su casa convento.
Si consiguen este intento
y para mas perfeccion,
en su misma habitacion
la dice la misa un cura;
sin embargo que es locura
nada digamos ..... *chiton,*

Si llegando á mayor grado
la ignorancia de esta gente,
todo un Dios Omnipotente
le ponen sacramentado;
y olvidando cuan sagrado
es esto á la religion,
lo reducen á prision
en tan inmunda clausura;
sin embargo que es locura
nada digamos..... *chiton.*

Si despues de haber creido
que es cierta su santidad,
descubren que la maldad
su centro en ella ha tenido;
y que allí que se ha ofrecido
al Justo Juez oblacion,
la mayor disolucion
se practica con holgura;

sin embargo que es locura,
nada digamos..... *chiton.*
Si el público llega á ver
que esa maldita embustera
es mala como cualquiera
y frágil como mujer;
si en ello llega á entender
la muy Santa Inquisicion,
y la pone en reclusion
no llevando á obispo y cura;
sin embargo que es locura
nada digamos..... *chiton.*

Y aquí el autor del cuadro, arrepentido de haberle escrito, le dá por terminado con estas líneas; diciendo á su vez, bajito porque no le oiga la Santa Inquisicion..... *¡Chiton!!! Chiton!!! Chiton!!!*

NOTA. Nada hemos puesto de nuestra propia cosecha en este cuadro, y por el contrario hemos omitido mucho de lo que refieren hoy dia algunos testigos oculares de esa lastimosa é inícua farsa; personas respetables y dignas de entera fé y crédito. Lo que mas sorprende es que la Clara y su madre, verdadera autora de todo, eran gentes muy vulgares y de escaso ingenio, y no se concibe cómo pudieron engañar al Illmo. señor don Anastasio Puyal y Poveda, obispo auxiliar de Madrid y al nuncio apostólico, el arzobispo de Nicea, señor don Pedro Gravina, hasta el punto de alcanzar para aquella miserable, tan grandes como absurdos priviegios. Estos prelados, á pesar de la elevadísima posicion que ocupaban en la córte, quedaron muy mal parados de resultas de esa farsa, aunque no tanto como merecia su estremada candidez. Del confesor de la beata, el padre fray Bernardino Baron, maestro de novicios del convento de San Francisco, hemos oido hablar con variedad, aunque generalmente era reputado por un religioso

justificado y sencillo, pero no de grandes alcances. El que mereció grande aplauso de todos fué el respetable párroco de San Andrés don Rafael Oseñalde, descubridor de toda la farsa.—Uno de los milagros que mas ruido hicieron en la córte y que la alcanzaron mayor fama de santidad, fué el de suponer que *ponia huevos de gallina*.—Otros por el estilo pudiéramos citar, sino nos causara indignacion recordar que en los primeros años del siglo XIX ha habido españoles que pudiesen creer tales farsas, y altas dignidades de la Iglesia que contribuyesen con su ignorancia al fomento de esos sacrílegos sainetes.

CUADRO CUARENTA Y DOS.

Casa, agua, leña, médico, cirujano, botica y guantes.

En mal hora tuve la debilidad de permitir á mi pluma que usase de la palabra en el cuadro anterior; y debilidad tanto mas punible, cuanto que este museo no es el de HOY, ni menos el de MAÑANA, sino el de AYER, época en que la discusion estaba aun del lado allá de los Pirineos, sin atreverse á venir á España por miedo de helarse en la sierra del Santo Oficio.

Por menos palabras de las que osó decirme la pluma, la habrian puesto una mordaza en aquellos tiempos en que, habíase ennoblecido hasta tal punto ese freno, que le tascaban los militares en los cuarteles, los paisanos en las cárceles, y unos y otros en las mazmorras de la Inquisicion.

Pero es preciso tomar el tiempo conforme viene, y puesto que ahora (lo diré en voz baja por si acaso), puesto que ahora no se usan mordazas, no tengo mas que hacer sino dejar que mi pluma, en uso de la soberanía del tintero á quien representa, diga cuanto se le antoje, y hable hasta que la llame al órden el lector, ó el fiscal de imprenta la corte el revesino para que no sea tan deslenguada con su dueño.

Mientras esto no suceda, y quiera Dios que no suceda nunca, he de dejarla decir cuanto le venga á las mientes, so pena de quedar tan mal parado como lo he sido en la siguiente escena.

—Oye, la dije, escribe y que no te vuelva á acontecer lo que en el cuadro anterior.

—¿Qué fué ello? me preguntó con insolencia.

—¿Y te atreves á preguntármelo?

—No solo me atrevo, sino que me he propuesto cambiar de conducta en lo sucesivo.

—¡Oiga! la dije sonriendo, ¿y qué piensas hacer?

—No seguir escribiendo como pluma de memorialista, cuanto vd. me dicte, sino hacer las observaciones que crea oportunas, porque la discusion es la salvadera del entendimiento, y todos los trabajos en que ella no interviene, se borran por no haberse madurado con la arenilla.

Figúrese el lector que tal quedaria yo al oir la palabra discusion en boca de una pluma que

está retratando la época de la fé y de la mordaza! Afligido por no tener una á la mano para taparle la boca, la dije:

—Calla, infeliz, ¿qué has hecho? ¡Me has perdido! Ya puedes tirar todos los cuadros por la ventana. ¡Me has manchado el lienzo con una palabra, que los hombres de AYER no quieren tener por suya! ¡Has hablado de discusion en una época en que la facultad de discurrir, no ya la de ostentar lo discurrido, estaba decomisada y prohibida como los fósforos, *por considerarse de ninguna utilidad!*

—Tiene vd. razon, me dijo la pluma; pero eso sucedia en los tiempos de Mari-castaña. Coja vd. el arancel político moderno y verá como no prohibe semejante artículo. La libertad.....

—Silencio, interrumpí irritado al oir la nueva palabra que dejó escapar la pluma. Escribe y calla, que la discusion vendrá mas tarde y te cansarás de hablar.

Algo que no pude entender, dijo entre puntos, ya que no entre dientes, y apenas oyó el título del presente cuadro, se dejó caer sobre la mesa y dijo en voz alta:

—Pues, señor, no escribo.

—¿Y por qué? ¿Qué nuevo capricho es ese? ¿Volvemos á las andadas?

—Si, señor, vuelvo y volveré; porque estoy convencida de que sin la discusion no podremos

hacer cosa de provecho. Vd. ha creido que soy hija de algun ganso, y por eso no quiere escuchar mis observaciones; pues, sepa vd. que desciendo de un pavo real, y que si en tiempo de mis mayores se decia que obedecer es amar, y aquello de que, el que manda manda, y cartuchera en el cañon, yo que escribo su historia, no estoy obligada á decir á todo amen. Lo que usted acaba de proponerme es un grandísimo disparate. ¡Conque nada menos que siete cuadros en uno! Diga usted que no quiere abusar mas tiempo de los lectores y que va á encerrar en pocas páginas todo lo que nos queda por decir de la primera parte de la obra, pero no quiera persuadirme de que hay pintor en el mundo capaz de agrupar los siete asuntos que me propone, para hacer de todos ellos un solo cuadro.

—¿Y es eso todo lo que tenias que decir? la pregunté sonriendo. ¿Las hijas de los pavos reales haceis ese uso de la facultad de discurrir? ¡Pues vive Dios que si es asi toda la generacion que nos aguarda, vamos á quedar lucidos cuando hagamos los cuadros del presente! Escribe y calla, que este cuadro que te parece de tan difícil composicion, le hemos de hacer con sola una figura.

—Quisiera ver ese milagro, me replicó la pluma con aire de duda.

—Pues mira, la dije, ¿ves ese señor tan curru-

taco y tan petimetre, que no parece sino que cada dia estrena un trage, segun va de limpio y estirado?.. pues llámale y díle que te cuente su historia.

—¿Y qué adelantaremos con eso? Su historia demasiado la sé yo.

—Pues díla si la sabes.

—¿Pero y el cuadro?

—El cuadro es la historia de ese hombre.

—¡Pero, señor, si ese hombre no hace mas que oir misa todos los dias en el convento de la Soledad, rezar mas tarde el jubileo, oir, cuando repican récio, algun sermon, pasear todas las tardes en Copacabana, que así se llama el paseo de Recoletos, y consumir el dia hasta las diez de la noche en las tertulias!

—¿Y eso no merece contarse?

—Si señor, pero no tiene nada que ver con la *casa*, ni con la *leña*, ni con el *agua*, ni con ninguno de los títulos de este cuadro.

—¡Cómo que no!.. ¡Te figuras que ese currutaco no come ni bebe, ni tiene casa en que alojarse!

—Yo no me figuro semejante cosa, pero como todos esos artículos son de primera necesidad, no hay nadie que no los tenga y menos le faltarán á ese señor que parece ser un gran propietario.

—Pues te equivocas; llámale, y verás como no tiene otra propiedad que el dia y la noche, ni

mas rentas que la casa, el agua, la leña, el médico, el cirujano, la botica y los guantes. Y si quieres ahorrarte el trabajo de decirle que venga, yo te contaré su historia.

Vino á Madrid de page de un maestrante, que falleció dejándole una manda de cincuenta doblones, la ropa de su uso, y relacionado con las principales familias de la córte.

Esto último era una gran fortuna en aquellos tiempos, y el page podria haberla aprovechado solicitando un destino, pero se le pegaron las mañas del maestrante y no quiso trabajar. Prefirió explotar su figura, que no era desairada, y convertirse en *digecito* de las tertulias.

Como los bufones de todos los tiempos y de todos los paises, empezó por hacer reir á muchos y concluyó riéndose él de todos.

Los primeros personages de la grandeza española, se disputaban el honor de sentarle á su mesa, y desde que murió el maestrante, no le faltó una casa á donde arrimar cada dia el estómago; pero pagaba el alquiler del cuarto, y esto le pareció indigno, habiendo en Madrid tantas casas desalquiladas, cuyos dueños, desdeñándose de ser caseros, las daban gratis.

El primero de esos nobilísimos propietarios á quien se acercó contándole su cuita, llamó á su apoderado y le dijo, que enseñase al currutaco todos los cuartos que hubiera desalquilados

en la casa para que eligiese el que mas le gustara.

Al currutaco no le gustó el peor y cátale ya con una magnífica vivienda.

Tuvo un dia la humorada y la ingeniosísima ocurrencia de decir que siendo la casa tan grande y él tan pequeño parecia garbanzo en olla y cañamon en la era, y el grande de España tuvo la penetracion de comprender lo que aquello significaba y llamando á su guarda-muebles le dijo, que diese al currutaco los que necesitara para alhajar el cuarto.

El currutaco necesitó muchos y amuebló perfectamente la casa. Tanto, que pareciéndole muchos trastos para una sola persona, admitió en su compañía la de un amigo, prévio el permiso del casero que se le dió de buen grado, á pesar de lo que ya se murmuraba entre las gentes de la servidumbre, diciendo que aquello se iba convirtiendo en posada.

La casa no consistia en las paredes, sino que con ella venia el derecho á dos carros de leña al año, dos cubas diarias de agua, asistencia del médico y del cirujano, medicinas gratis, y por último, los *guantes*. Renglon importantísimo que mas tarde ha producido muchos renglones en la suma de las bancarrotas de la aristocracia.

Los guantes eran, para los empleados en la casa, una mesada doble en el mes de diciembre,

otra el dia del santo del duque y una gratificacion en el cumpleaños de la duquesa; y como no se habia de hacer una excepcion de esa regla por solo el currutaco, tambien á él alcanzaban los guantes.

Con esas gratificaciones quizá no habria tenido bastante para presentarse vestido con tanta elegancia, ni para que le tuviesen por el tipo de los petimetres de la córte; pero como él no tenia obligacion de dar casa gratis á su amigo, ni agua, ni leña, ni asistencia, cuando estaba enfermo, le cobraba todas esas frioleras y asi iba saliendo de sus apuros.

Por otra parte, el duque era tan generoso labrador como despilfarrado casero, y cuando el año era abundante y le decian sus administradores, que el aceite y el vino no cabian en los almacenes, mandaba repartir un pellejo á cada uno de sus inquilinos; cosas ambas que el currutaco beneficiaba á las mil maravillas, sin ocultarlo al duque; á quien solia decir, mostrándole la casaca de terciopelo que habia comprado con el producto del aceite:

—No hay olivares como los de V. E en ninguna parte del mundo. ¡Pues y las viñas, señor! Vea V. E. que chupa y que calzon hemos cogido en la última vendimia.

El duque se reia y el currutaco medraba á costa de esas y de otras mil gracias por el estilo,

siendo su persona un mueble indispensable en todos los saraos y reuniones.

No dejó á su muerte tierras ni heredades, ni imposiciones en la casa de los Gremios, ni onzas de oro, pero se le halló un magnífico guarda-ropa y algunas alhajas, entre ellas, una caja de relojes, seis pares de hebillas, una docena de sortijas y tres ó cuatro rosarios de nacar engarzados en oro.

Hé ahí la historia del currutaco, añadí hablando de nuevo con la pluma.

—¡Pero señor, ese es una especie de *caballero de industria*!

—Calla, le dije, no me comprometas, entonces no se conocia la industria.

—¿Pues de qué vivia ese hombre?

—De hacer reir á los demás.

—¡Lástima que se haya muerto!... exclamó la pluma.

—¿Por qué? la dije.

—Porque HOY podria seguir viviendo de lo mismo.

—¿Y MAÑANA? la pregunté.

—Mañana, me contestó, mañana tambien, porque la risa es un género que no se enrancia ni paga almacenage y estará de moda mientras haya mundo. La humanidad, sin embargo, no parecerá tan risueña, porque las máquinas le quitarán muchas ocasiones en que poder reir. Pero vol-

viendo á nuestro asunto, ¿quiere vd. decirme cuando se acaba este cuadro?

—Ahora mismo, la contesté. Antes de que se aperciban las viudas y los cesantes de que andamos con la masa en las manos y nos pidan HOY, lo que AYER se daba *gratis* á cualquiera.

Casa, agua, leña, médico, cirujano, y botica.

CUADRO CUARENTA Y TRES.

El calendario de los reposteros ó las festividades de los platos de leche.

Digan lo que quieran, y aunque ridiculicen los hombres de ogaño las costumbres de los de antaño, yo insisto en que el método es bueno para todo y que sin la division y las clasificaciones, no habrian podido las ciencias adelantar un solo paso.

Pues no sino reunid en un solo grupo las cuarenta y nueve mil plantas conocidas, y vereis como no hay medio de distinguir una rosa de la flor del cardo. Formad un solo peloton con las bayonetas del Czar de Rusia, y tardareis un siglo en encontrar un cabo de escuadra.

Creéme, amigo lector, las categorías son in-

dispensables para el buen gobierno de las repúblicas, y yo las amo hasta en sus mas ridículas aplicaciones.

El maestro de ceremonias es para mí la figura mas importante de la sociedad. Ordenador perpétuo del mundo, sus trabajos son el claro oscuro de todos los cuadros; sin él no habria regularidad ni armonía en nada, y todas las obras quedarian imperfectas y desentonadas.

Yo bien sé que te ries de lo que te digo, porque al maestro de ceremonias no le has visto sino cargado con la sobrepelliz en las grandes funciones de iglesia, ó con el baston en los dias solemnes de córte; pero debo decirte, que tiene gran aficion á hacerse invisible y que está en todas partes, aun en aquellas en que tú crees excusada y hasta ridícula su presencia.

Cuando en la última parte de esta obra, nos llegue el momento de hablar de las teorías de la igualdad, comprenderás toda la importancia del maestro de ceremonias. Entonces verás que nació con el mundo, y que se ha propuesto vivir eternamente.

Ahora me contentaré con decirte, que de cuantos animales viven en el globo, no hay otro mas necesario que el maestro de ceremonias.

Si Buffon y Cuvier no le incluyeron en sus catálogos, fué por considerarle harto conocido de todos.

Ayer era tan indispensable, que nada se hacia sin su beneplácito. Hoy se va haciendo mas tolerante, y aunque no transije con ciertas cosas, hace la vista gorda en algunas; su verdadero imperio es de ayer; hoy casi puede decirse, que reina y no gobierna; las circunstancias le han traido á ser un rey constitucional.

Improba seria la tarea de enumerar todos los casos en que intervenia con mas ó menos empeño, pero citaremos algunos.

Tenia prohibido á los visiteros emplear mas de un cuarto de hora en una visita de cumpleaños, media hora en una de enhorabuenas, y tres cuartos en la de pésame; á menos que en esta última les sirviesen chocolate, en cuyo caso recomendaba que diesen algunos minutos de cortesía.

Aunque el invierno tuviese la humorada de madrugar algun otoño, y los cortesanos tiritasen de frio en octubre, no permitia que se vistiesen con ropa de abrigo hasta el 1.º de noviembre, ni por el contrario, les dejaba alijerar el trage antes de la fiesta del Corpus, siquiera se elevase la temperatura á los 24 y pico.

Salir á la calle con capa en la víspera del dia de los Santos, habria sido un desacato á la sociedad, y el maestro de ceremonias hubiese puesto el grito en los cielos, porque en materia de trages era inflexible. La casaca que se estrenaba

para *andar las estaciones* y asistir á los *oficios* el Jueves Sànto, no tenia derecho para volver á salir del cofre hasta el dia del Corpus, ó cuando mucho el de la Ascension. Esos tres jueves del año, las fiestas de Navidad, el dia de la Concepcion y alguna otra solemnidad por el estilo, eran las privilegiadas, ó mejor dicho, las únicas en que podian usar la ropa nueva los hombres de 1800.

Así lo diremos en uno de los cuadros próximos; porque á pesar de lo mucho que van escaseando los lienzos, pienso manchar uno con *los trapitos de cristianar*.

En el presente no caben otras solemnidades que las del estómago. Pueden por lo tanto retirarse los sastres y las costureras, que ya cogió el repostero las cañas para batir las yemas y pudiera mancharles las prendas de los parroquianos.

Vamos á hacer *un plato de leche*.

Que no lo tomen á mal los lectores, ni se desdeñen de asistir á nuestra repostería. Si ellos tienen HOY una sociedad de reposteros y confiteros, que les hagan cien platos cada dia, los hombres de MAÑANA tendrán una máquina, que arrojará un millon por minuto, y se quedará tan fresca. De AYER hablamos, y aunque, segun decian las mujeres, no era un arco de iglesia el hacer un plato de leche, era una obra maestra.

Era lo siguiente:

La víspera de San José, ó del Jueves Santo, ó del Domingo de Ramos, ó del santo del amo de la casa, era necesario pensar en que al dia siguiente debia presentarse en la mesa una fuente de natillas; por eso no la víspéra, sino la antevíspera, decia el ama de la casa á la criada:

—Supongo que mañana no nos quedaremos sin leche.

—Discurro que no, contestaba la Maritornes, sin que entonces ni nunca supiese lo que era discurrir.

—No basta que tú lo discurras, replicaba el ama, ¿la tienes encargada ya?

—Hace ocho dias, decia la criada.

—Pues será preciso que madrugues, porque ya sabes que los lecheros *no se casan* con nadie y se la dan á la primer criada que llega.

—No tenga vd. cuidado, señora, porque es de mi pueblo.

—Y á la huevera ¿la has dicho que venga?

—Si señora, aunque ya lo sabe de otros años.

—No importa, no te fies, mañana es un dia que aunque entrase un millon de huevos en la córte no quedaba uno.

—Así se aprovechan ellas y los venden caros.

—¡Y qué se ha de hacer!... peor seria que no los hubiese.

—Verdad es, ¿piensa vd. hacer *huevos moles ó arroz con leche*?

—Cada dia eres mas torpe, decia la señora. Tú has entrado en la córte, pero la córte no entrará en tu cabeza nunca; pues no sabes que mañana es dia de *natillas*. Lo que quiero que me traigas es media libra de bizcochos de *soletilla*, añadió bajando la voz; pienso sorprender á tu amo, haciendo una *bizcochada*, que se chupe los dedos de gusto.

—¿Y traeré canela?

—Por supuesto. Y no te olvides de pedir en la botica una corteza de naranja y otra de limon; que si se hiciera caso de lo que yo digo y se guardasen las cáscaras siempre que se come naranja, no tendriamos necesidad de pedirlas á nadie.

—La vecina las tiene colgadas en el balcon, dijo la criada.

—En todas las casas en que hay un poco de gobierno se guardan; y lo mismo sucede con las pepitas del melon y de la sandía por si se ofrece hacer una horchata.

Con semejantes advertencias, la víspera de la funcion, ya habia en cada casa tres ó cuatro cuartillos de leche, una docena de huevos, una cáscara de naranja y dos cuartos de canela.

La señora madrugaba, se vestia de *trapillo*, y con un delantal blanco se encerraba en la cocina, á romper los huevos, á separar las claras de las yemas y á batir estas con unas cañas, ó con un cucharon de palo.

El marido se llegaba riendo al marchar á la oficina, y desde la parte de afuera solia decir:

—¿Ya estamos de faena?

—Si, pero déjame estar, no entres, vete... vete... le gritaba la esposa sin dejar de batir las yemas.

—Que no se te olvide la naranja, decia el marido, que le da muy buen sabor.

—Véte descuidado, que no se olvidará nada, y yo aseguro que mañana te has de chupar los dedos.

—Tales manos lo hilan, replicaba el siempre galante marido de AYER. ¿Piensas echar un poco de nuez moscada?

—¡Qué disparate!...

—Pues mira que le da muy buen sabor.

—No lo creas; esas son modas extranjeras que no me gustan.

—Pues adios y tén cuidado de que la muchacha no coja el cucharon con la mano izquierda, porque se cortará la leche.

—Cuando tú vas, yo vuelvo, replicaba la esposa. En cuanto encienda la hornilla, la mando á que esté con los niños, porque si saben lo que estoy haciendo, no habrá quien los sujete.

—Ya lo saben y están locos de contentos, haciéndote un memorial para que les dejes rebañar el perol.

—Pues no quiero, porque luego se ensucian y se ponen hechos unos diablos.

—No importa, acuérdate de que tú tambien lo hacias cuando eras niña; y en cuanto á mí no te digo mas sino que me dan ganas de quedarme.

—No, vete, vete, gritaba la mujer, no quiero que entres.

El oficinista obedecia á su esposa, que quedaba por fin sola haciendo el famoso plato de leche, ínterin sus hijos escribian un memorial para que les dejase rebañar el perol.

Y no crean vds. que los angelitos habian de cumplir ya los cinco ni los seis años de edad, sino que el menor de todos ellos tenia doce.

Todos eran pollos; pero pollos de antaño, de cuya precocidad mundana dijimos algo en el cuadro especial, que obra en poder de los lectores.

Locos de alegría, como habia dicho su padre, daban saltos y brincos á la puerta de la cocina, se asomaban por el ojo de la cerradura á ver lo que hacia su madre, y al exhalar esta el mal reprimido suspiro de placer que exhala todo artista al terminar con felicidad una obra, invadieron la repostería.

—No toqueis á la mesa, retiraros, decia la madre, mirando con verdadero entusiasmo científico su trabajo.

Y luego cogiendo con delicadeza la fuente de las natillas, añadía:

—Dios ponga tiento en mis manos... Muchacha, ábreme la puerta de la despensa, y encierra el gato en tu cuarto, y cuidado si barres con no levantar polvo.

La criada obedecia y el plato de leche quedaba hasta el dia siguiente, reposando en uno de los basares de la despensa, donde la autora le volvia á mirar diciendo:

—Bien quisiera yo que este año nos mandaran las carboneritas un plato de natillas, á ver si estaban tan blancas y tan suaves como las mias. Sino que ya se vé, todo lo de las monjas parece mas pulcro y mas bonito.

—¡Como tienen moldes para hacerlo! decia la criada.

—Eso es lo de menos, replicaba la señora; y ya verás tú como cuando se haya reposado, hago yo un *viva Jesus* con canela, que no habrá mas que pedir.

Dicho esto cerraba la despensa y se guardaba la llave, que en vano la pedia el marido al venir de la oficina. Nadie veia la fuente hasta la hora de comer las natillas, á excepcion de alguna amiga íntima de la repostera, á quien esta llevaba á la despensa por un sentimiento muy natural de orgullo culinario y reposteril.

Orgullo que sea dicho de paso, y sin agra-

viar á los presentes, á los pasados, ni á los venideros, es de los mas legítimos mas nobles, y mas útiles. Tanto que un cocinero y un repostero, sin el orgullo del arte y el amor á la ciencia, no pueden hacer nada de provecho.

Hé aquí el por qué al oficinista y á sus hijos y á su esposa, les gustaba tanto el plato de las natillas: por el entusiasmo con que le habia hecho el repostero.

Y asimismo les agradaba el arroz con leche, que no le comian sino tres veces al año: el dia de Santo Domingo de Guzman, el de la Ascension del Señor y el Jueves Santo.

La *cuajada* se hacia con las mismas formalidades, aunque no siempre con el mismo buen éxito que las natillas, porque ó la hiel de vacas, ó la yerba de cuajar, ó el pulso del ama de la casa, ó ambas cosas á la vez, faltaban para cortar la leche á tiempo.

Este plato no se comia sino una sola vez al año, y alcanzaba á mas personas que á las de la familia; á todas las que habian sido convidadas á ver pasar el *Dios grande* ó el *Dios chico*, que salia de la parroquia á visitar los enfermos impedidos.

El Dios chico, salia el sábado, modestamente y de prisa, por las calles mas estrechas y en que vivian los enfermos mas pobres. El grande, hacia su visita el domingo, con mas lujo y mas calma,

y en las casas de la carrera, que todas estaban colgadas, arrojaban algunas flores y grandes puñados de aleluyas; por cuya posesion se daban no pocos cachetes y empujones los muchachos que iban en la procesion. Mezclándose, no pocas veces, en aquellas rebatiñas de niños algunas personas mayores; porque como entonces escaseaban las estampas, nadie tenia mas que la suya y no les venia mal alcanzar un grabado aunque fuese grabado de aleluya. Este mismo nombre se daba á las sútiles lonjas de jamon con que se regalaban las gentes de las casas por donde pasaba el Dios grande y el Dios chico.

En las minervas ó procesion del Santísimo, tambien se colgaban los balcones y se arrojaban flores aunque no aleluyas, y no se freian las del jamon sino que se servia á los convidados una limonada con bizcochos, y á veces leche helada y aun chocolate; siendo esta solemnidad una de las de mayor compromiso para los inquilinos de las casas de la carrera. Porque como decia, y tenia muchísima razon la señora de la casa, aunque los balcones eran grandes, como que en cada uno de ellos cabian tres filas de espectadores, cada una de ellas de diez individuos, tenia muchos amigos y no podia convidarlos á todos. Y gracias que tenia vacante el puesto de su esposo, que llevaba el estandarte y los de sus hijos que iban alumbrando en la procesion; pero de todos modos tenia que

quedar mal con alguna de sus relaciones, á pesar de quedar mal con ella misma, que se pasaba sin ver la minerva por cumplir con los extraños; los cuales solo la llamaban para que sacase la cabeza cuando pasaba su esposo, abrumado con el estandarte y sofocado porque sus hijos le habian arrimado mas de una vez la vela, llenándole de cera la casaca que le habia bordado su cara mitad.

Las gentes, que no habian alcanzado un balcon para ver la minerva, ni una casa donde les sirvieran de valde un vaso de agua de limon, veian pasar al Santísimo desde la calle y refrescaban despues en la alojería.

Los que vivian en la carrera que llevaba la procesion del Viernes Santo ó los *Pasos*, cumplian con menos gasto que los otros, porque como dia de ayuno no se podia servir sino una racion de vista y otra de hambre, y aun los pasteleros y los alojeros tenian ese dia cerradas á piedra y lodo sus tiendas. ¡Y pobres de ellos si no lo hubieran hecho así, que en aquellos tiempos se dictaban los bandos para algo mas que para adornar las esquinas!

Cuando se abrian de par en par las pastelerías, entre las que gozaba una fama digna de pasar á la posteridad con los mejores sucesos de la historia, la de Ceferino en la calle del Leon; era en la Pascua de Navidad, en la de Resurrec-

cion, y en Carnestolendas. En la primera para asar un pavo á cada vecino de la córte; en la segunda para tostarle medio cabrito, y el dia de *Jueves de compadres*, *de comadres*, *el gordo* y los tres dias de Carnaval, para atestar el horno de bartolitos y arrojar cada hora del dia cien pasteles hojaldrados. El pavo, el cabrito y la hojaldre, se comian en familia, con otros platos tan suculentos como los primeros, entre los cuales figuraba el pobre besugo de Nochebuena, cuyo cadáver traia podrida la sangre con cinco ó mas dias de camino; pero esos platos son de cocina y este cuadro es de repostería.

¡Pues que sino lo fuera, ó yo pudiese permitirme alguna transgresion, no hablaria en esta revista de festividades de los quince dias que duraba la de Navidad, con sus tres colaciones en sus tres Nochebuenas, de Natividad, de Año nuevo y de Reyes! ¡Y dejaria de bailar despues de la primera, delante del Nacimiento, tocando la zambomba y el rabel y las cañas, ó de repicar el almirez á falta de estos instrumentos pastoriles! Ni se me olvidaria *echar los años*, aunque no me rejuveneciera, despues de la colacion del Año nuevo, y *los estrechos* en la de Reyes, yéndome paso á paso con mi escalera, mi hacha y mi espuerta á esperar á los Magos! Nada de esto dejaria de hacer si pudiera extralimitarme; pero no puedo porque este lienzo está destinado á cosas dulces y única-

mente me está permitido decir por conclusion, que el mismo cuidado que hemos puesto para hacer un plato de leche, se ponia para confeccionar la inveterada y aun hoy consentida *sopa de almendra* que en todas las casas, *pauperum tabernas regumque turres*, se comia la noche de Navidad.

Solo añadiré, por via de nota y para probar con una autoridad irrecusable cuanto he dicho acerca de lo ceremonioso de las visitas y principalmente de la rebañadura del perol por los pollos de catorce y quince años, la siguiente graciosa escena de la Mogigata de Moratin.

Don Luis, futuro suegro de Don Claudio, dice:

. . . . Pero ¡que tengas
tan poco juicio, que ayer
(y eso que fué la primera
vez) en casa de don Juan
tales locuras hicieras!
fumar donde nadie fuma,
silbar, rascarse las piernas,
y rebañar con el dedo
las jícaras, y lamerlas,
interrumpir cuando hablaban
los demás, no dar respuesta
con tino ni reflexion...
¿qué gracias eran aquellas
tan pesadas que dijiste?
quien te pudo dar licencia
para correr por la casa.
y derretir la manteca
en la cocina, escaldar
al gato y. . . . . .

DON CLAUDIO. . . De esa manera,
cuando vaya á alguna casa
habré de estarme hecho un bestia,
si no permiten un poco
de libertad. . . . . .

DON LUIS. Pero es fuerza
que esa libertad moderen
el respeto y la prudencia.

DON CLAUDIO. Yo no sé como entenderlo.
si uno calla, luego empiezan
á decir que es un huron;
si no calla. . . . . .

DON LUIS. Si no encuentras
medio, no es mucho que en ambos
estremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
una gracia se te suelta
un disparate, y el ceño
de los demás te demuestra
que fuiste poco gracioso,
¿por qué repites la escena?
¿Por qué quieres que á tí solo
te escuchen? ¿Por qué no piensas
antes lo que has de decir?
¡Qué haya cátedras y escuelas
de saber hablar, y el arte
de callar nadie le enseña!

DON CLAUDIO. *(aparte.)* Si me apura mas, tan fijo
que le digo cuatro frescas.

DON LUIS. Mira que voy á escribir
á mi cuarto. Si te quedas
en casa, por Dios te pido
que no vayas á esa pieza
jabelgada del rincon
á repetir la tarea
de tu canticio infernal:

que despues de ser tan bella
la voz que tienes, no sabes
dejarlo, á todos molestas,
y das tales alaridos
que en la vecindad se quejan.

¡Vayan vds. á pedir á los pollos de ahora que se diviertan lamiendo jícaras, derritiendo manteca y escaldando gatos!

El vecino que se quejára de que un señorito de HOY, le incomodaba cantando, recibiria por toda contestacion un cartel de desafío.

CUADRO CUARENTA Y CUATRO.

El Santo Oficio no es Oficio Santo.

Una de las mayores solemnidades de la Iglesia cristiana es la cuarta dominica de Cuaresma.

Con las sublimes palabras del verso *lectarœ Jerusalem*, principian sus cánticos sagrados y el órgano suspendido en las anteriores dominicas, hace vibrar sus armoniosas voces entre el plácido repicar de las campanas que dan al aire sus metálicas lenguas.

No de otro modo puede expresar la Iglesia su regocijo al dar gracias al Señor por el milagro de la multiplicacion de los panes, celebrando al propio tiempo la solemne ceremonia que el Padre Santo hace en ese mismo dia, bendiciendo la Rosa de Oro, que luego regala al mayor príncipe de la cristiandad.

La esplicacion y contemplacion de ese milagro, es el tema de todos los sermones y solo palabras de dulzura y de regocijo, se oyen ese dia en la cátedra del Evangelio, y asi el deber de los oradores no es otro que el de procurar que su auditorio glorifique al Señor, alabando y bendiciendo el poder de los milagros.

Así lo tiene dispuesto la Iglesia Católica, y así se practica hoy en todo el orbe cristiano.

Pero hoy no tiene la Iglesia un tribunal superior al suyo, que haciendo casi dogmáticas sus resoluciones, limite el ejercicio de la potestad diocesana, introduciendo la anarquía en la jurisprudencia canónica.

Hoy (á Dios las gracias) no existe el *tribunal de la Fé*, vulgo *Inquisicion ó Santo Oficio*, infierno que regalaron á Castilla los Católicos monarcas que asimismo la dieron un nuevo mundo.

Ayer, lectores mios, ayer era cuando existia ese famoso tribunal, que apellidándose de la fé hizo á la fé mas daño que todos los incrédulos juntos, y que tomando el aire de defensor de la Iglesia Católica, amenguó sus prerogativas, y dió lugar á que la discusion profanara los mas respetables misterios.

La misma autoridad del Papa, que deseaba y queria la Inquisicion para *tener á raya* los obispos, padecia no poco con las preeminencias y fueros del Santo Oficio, y el papa Sixto IV tuvo

mas de un motivo para arrepentirse de haber expedido el dia 1.º de noviembre de 1478, la bula del establecimiento de la Inquisicion en la corona de Castilla.

Pero no es nuestro ánimo, ni lo permite la índole de esta obra, el disertar sobre la conveniencia ó inconveniencia del Santo Tribunal, en aquellos tiempos en que las debilidades de Juan II y Enrique IV habian envalentonado á los judíos hasta el punto de convertirlos en verdadero azote de los cristianos. Algo, sin embargo, pudiéramos decir á los defensores del Santo Oficio que se atreven á considerarle como una medida política, indispensable y de gran importancia en aquella época; pero buen provecho les hagan sus ilusiones, que para trazar el presente cuadro no hemos menester arrostrar tamaña empresa.

Que los Ojedas, los Francos y los Torquemadas, inquisidores del crímen de herejía, anduviesen inquiriendo y castigando á los judíos que ejercian en el siglo XV los cargos de médico, cirujano, barbero, boticario y tabernero, y marcándolos en la frente y obligándolos á retirarse al anochecer, ni nos asusta, ni nos aterra, porque no somos tan rencorosos que vayamos á clamar contra excesos de tan larga fecha; pero que en los primeros años del siglo XIX, en que ya no habia judíos ni judaizantes, ni cosa

que se le pareciese, aun se mantuviera en pié el Santo Oficio, es lo que nos deja con la lengua pegada al paladar, sin que acertemos á mover la pluma.

Sácanos por fortuna del pasmo, la lucida cabalgata que la víspera del cuarto domingo de cuaresma, del año 1800 salió de la calle de Torija, donde estaba situado el palacio del Tribunal, y corriendo las mismas calles y plazas que la publicacion de la Bula, fué publicando el famoso *edicto*, por el que á voz de pregon, con timbales y clarines, se *maldecia* y *anatematizaba* á los que no cumpliesen con el precepto Pascual.

Las gentes que estaban en la calle, permanecieron inmóviles sin atreverse á dar un paso ni á alzar los ojos del suelo, mientras los alguaciles del Santo Oficio, los familiares, los inquisidores y demás calafates de aquella turba multa, miraban con osadía á los balcones, que permanecian en su mayor parte cerrados, temiendo sus dueños incurrir en la nota de *relapsos* ú otra parecida.

Habia entre el concurso gran porcion de esbirros disfrazados, que propalando sátiras contra la Inquisicion, exploraban el ánimo de las gentes, para seducir á los incautos y arrastrarlos á las mazmorras del Santo Oficio.

Por si no se descubrió la cabeza á tiempo; por si dijo (y era la verdad) que los inquisidores

tenian caras de Lucifer, ó por si habia vuelto la espalda al pasar la comitiva, por cualquiera de esos graves delitos, mudaban de domicilio los habitantes de la córte en 1800, pasando desde sus casas á la cárcel de la Inquisicion, sita en la calle del mismo nombre.

Pero no los prendian en el acto, sino que el esbirro los seguia hasta averiguar su habitacion, y á las altas horas de la noche era allanada la casa y trasladado á la cárcel el supuesto delincuente.

El temor de esos atropellos era el que mantenia á la muchedumbre silenciosa y quieta, pero á veces el silencio y el quietismo eran calificados de herejía, y no habia sino resignarse á ser víctima de la Inquisicion, viviendo un año, ó dos, ó tres, ó cuatro, encerrados entre cuatro paredes húmedas y frias, con escasa racion de comida, y sin otra de aire que la del tránsito desde el calabozo á la presencia del tribunal con su correspondiente mordaza.

Ya entonces (y así lo dicen en voz muy alta los panegiristas de la Sociedad de la Fé) no habia autos, sino autillos de fé, y se habian suprimido las parrillas de la carne humana; pero se quemaban algunos herejes en estátua, y es fama, la fama miente mucho, que á los frailes inquisidores se les llenaba la boca de agua, pensando en el gusto que seria ver arder el original.

Mientras los esbirros echaban sus redes contra los incautos, seguia la cabalgata su camino, maldiciendo cuanto hallaba al paso, y deteniéndose á suspirar en la Plaza Mayor por los perdidos autos de fé.

En aquella misma hora el vicario eclesiástico pasaba órden á las iglesias de su jurisdiccion para que al dia siguiente se abstuvieran de predicar y lo mismo hacia la Castrense.

Habia determinado el Santo Oficio asistir en cuerpo á misa solemne y sermon á la iglesia parroquial de San Ginés, y no era cosa de permitir que se predicara otro sermon sino el del Tribunal.

Buen susto pasaban los oradores sagrados antes de la cuarta dominica de cuaresma, temiendo cada cual que el Santo Oficio le dispensara la alta honra de encargarle el sermon; y este miedo era muy justificado porque ni los que tenian nota de ortodoxos refinados, se libraban de que les pescaran alguna proposicion semi-herética, con cuya recomendacion solian ahorrarse de volver á predicar, y aun podian dar gracias si la cosa no pasaba adelante.

Como ya no habia judíos á quienes prohibir que ejercieran la medicina y la ciencia de medir cuartillos de vino, se divertian los inquisidores en estrujar la oratoria sagrada, para sacar el quinto extracto de la quinta esencia de la herejía.

Para predicar el sermon del anatema ó del edicto, que asi se llamaba el de ese dia, era preciso un fraile de los de trece en cada docena, como decian antes, ciego fanático y sumiso al Santo Tribunal, ó un sacerdote entendido y despreocupado, que por su posicion en la córte estuviese á cubierto de las iras del tribunal, ó que las arrostrara con valentía, prefiriendo una prision eterna y con ella la muerte, á sancionar desde la cátedra del Evangelio los abusos de los mal llamados defensores de la fé.

Uno de los primeros le encontraba el tribunal todos los años; el segundo, no pareció hasta que en 1807 tuvo el Santo Oficio la mala inspiracion de dirigirse al célebre doctor en teología don Juan Antonio Salcedo, cura propio de San Ginés, para que le predicara el sermon del edicto.

Estaba la iglesia llena de gente; habian asistido en clase de convidados, las primeras dignidades de la córte, y el Tribunal rodeado de sus familiares, con los alguaciles á la espalda, llenaba el circo del templo, cuando subió al pulpito el predicador, y dicho el Benedicite y puesto el tema dirigiéndose al Tribunal, exclamó:

«Tribunal bárbaro, Tribunal tenebroso, tribu»nal impío, ¿cómo te atreves á turbar la alegría »de la Iglesia? ¿Por qué en un dia en que solo se »oyen alegres antífonas, vienes tú á fulminar »maldiciones contra los hijos de esta indulgente

»Madre, que hoy los reune para regocijarse con »ellos? ¡Tú los reunes tambien, pero es para aper»cibirlos con el anatema! ¡Bárbaro y fiero tri»bunal!....»

«Así muy poderoso Señor (continuó diciendo »el predicador) se expresan los impíos enemigos »de la fé.»

Semejante apóstrofe hizo extremecer á todos los oyentes, brincando sobre sus asientos los familiares, y mordiéndose los lábios de corage los inquisidores. Nadie creyó que semejante audacia quedara impune, y aun hubo quien opinó, porque debia restablecerse la abolida costumbre de los autos de fé, para mechar la carne del doctor Salcedo. Pero este señor fué por el contrario llevado en triunfo á su casa por algunos amigos, personas sensatas á quienes ya empezaba á sentar mal la existencia del Santo Oficio.

Y fué tanto mas oportuno el anatema que Salcedo dirigió al tribunal, cuanto que aquel año fué el último en que se predicó ese sermon, por que á los pocos meses (el 4 de diciembre de 1808) falleció á manos de Napoleon, en Chamartin, el Santo Oficio, á los trescientos veinte años de edad.

Hasta entonces nadie fué osado á decir la verdad de lo que pasaba en las mazmorras de la Inquisicion; mas tarde, sus mismos prosélitos, las gentes de la casa, nos han dado Anales cuya lectura estremece.

Al empezar este museo de ayer, pensamos dedicar algunos lienzos á la pintura de varios cuadros del Santo Oficio; ahora ni aun tenemos valor para continuar el presente.

Entonces creimos que en la sociedad de la fé ningun cuadro seria mas importante que el tribunal de la Fé misma; pero á fuerza de pensar en ello y de examinar algunos procesos de la Inquisicion, nos hemos convencido de que la fé se hubiera acabado, si el tribunal no se hubiera extinguido á tiempo.

Mientras perseguian y encarcelaban á un pobre físico, porque estudiaba la chispa eléctrica ó la densidad de los gases ó las propiedades del iman, permitian que un fraile de misa y olla anduviera de casa en casa, revestido con la sobrepelliz y armado de hisopo y calderilla, *sacando los demonios del cuerpo* á los poseidos.

La acusacion que se le hacia al primero era la de tener *pacto con el diablo*; delito de grueso calibre en aquella época, y que pagaron bien caro muchos jugadores de manos, y algunas viejas adivinadoras de la suerte del prójimo, por medio de la baraja.

De estas se decia que tenian en su casa unas calderas, hermanas de las de Pedro Botero, en las que hacian y guardaban el unto para volar, montadas en la caña de una escoba.

Aseguraban los familiares haberlas visto cru-

zar el aire en las altas horas de la noche, y nunca faltaba quien añadiera que iban echando llamas por todas las coyunturas de su cuerpo.

Si la bruja negaba era tenida por contumáz, y á los delitos que la imputaban se añadia el de haber dado hechizos á tal ó cual señor, cosa entonces muy admitida y muy corriente.

El hechizado era siempre sujeto de altas prendas metálicas, ni mas ni menos que los poseidos, porque el demonio se avenia mal á vivir en los cuerpos de los pobres.

Siempre se trataba de algun primogénito, á quien por estar hechizado ó poseido, tenia que heredar en vida su hermano, ó algun otro personage que tardaba en dejar el mundo despues de haber testado á favor de tal ó cual casa religiosa.

Pero el tribunal no procedia de ligero, y antes de castigar á los acusados de tener pacto con el diablo, hacia diferentes pruebas; como por ejemplo, la señal de la cruz, ante la cual brincaban como saltamontes, ó decirles al oido Jesus, y se ponian pálidos como difuntos, y otros ensayos por el estilo.

Si salian bien esas pruebas y el carcelero añadia que á deshora de la noche habia visto un resplandor de fuego verde y olido á azufre en el calabozo del reo, ya se consideraba plenamente probado el delito y cargado de cadenas

moria el reo en el calabozo, mientras le quemaban en efigie con todas las solemnidades de costumbre.

Ultimamente, el Santo Oficio, que desde su orígen de todo tuvo menos de Santo, se habia ido convirtiendo en instrumento de venganzas particulares; y cansados los inquisidores de analizar la sangre de los castellanos, sin hallar una sola gota de la de infieles, judíos, ni moros (por mas que toda venga de una de las tres razas) se dieron á satisfacer sus propios rencores, calificando de faltas contra la fé cuanto podia ser contrario á sus intereses.

Los matemáticos, los físicos y sobre todo los naturalistas, eran el blanco de sus iras, y cuando no podian haber á las manos alguno de esos enemigos de la fé, la tomaban con los libros, y hacian famosos espurgos. Llevándoles su celo al extremo de que en los mismos ejemplares que quedaban archivados en el Tribunal, tachaban las proposiciones heréticas por miedo que se tenian á sí propios.

Esos trabajos y otros por el estilo que traia consigo la santidad del Oficio, hacia de los inquisidores las personas mas importantes de la córte.

¡Un inquisidor en 1800! ¡Ahí es un grano de anís!

Figúrense vds. lo que seria un inquisidor

cuando el decano de la grandeza española tenia á grande honra el titularse, *alguacil mayor perpétuo del Santo tribunal de la Inquisicion!*

Algunos al leer este cuadro dirán, que con tales corchetes casi envidian la suerte de las víctimas.

Nosotros, por el contrario, repetimos lo que un apreciable sacerdote y literato, que ha bajado al sepulcro recientemente; el cual reconvenido por haber sido individuo del Tribunal de la Inquisicion, decia con mucha gracia:

—No habia mas que hacer sino ser *pollo ó cocinero*, y yo preferí ser cocinero.

Hoy, por fortuna, y quiera Dios que siempre podamos decir lo mismo, se puede ser pollo sin peligro de tropezar con el cocinero.

Los tribunales de la justicia ordinaria tomaron un aire de familia con la Inquisicion y atormentaban á los reos sacándolos á la vergüenza, para hacerles perder la poca que les quedaba, montados sobre un burro, desnudos de medio cuerpo arriba, untados con miel y cubiertos de plumas, y en esto consistia la pena de los *emplumados*.

Asimismo los sacaban á dar azotes por las calles y las plazas, entre los Cristos de las cofradías y los hermanos de la Caridad, dándoles el verdugo tan despiadadamente, que rara vez volvian á la cárcel sin perder el sentido.

O los condenaban á ser arrastrados hasta el lugar donde debian sufrir el último suplicio, en cuyo caso la Paz y Caridad les hacia el obsequio de suspender el seron en que iban metidos, haciendo la justicia la vista gorda por haber intervenido la religion.

El reo, sin embargo, era ahorcado y *descuartizado* las mas veces, mandándose colgar los *cuartos* en el teatro de sus crímenes, que por lo regular solian ser los caminos públicos; cosa que daba no poco espanto y miedo á los transeuntes.

Todas estas penas parecian una friolera á los que habian presenciado los tormentos de la Inquisicion en *sus buenos tiempos*, con que... ¡ayúdenme vds. á sentir!

Mas tarde, no porque las repugnaba la época, pretesto que dan los criminalistas, sino porque se ha visto que no producian los efectos apetecidos, se han abolido todas las penas de sangre menos la capital.

En cuanto á la ineficacia del castigo de azotes y otras penas afrentosas que imponian los tribunales á principios de este siglo, el alarde que hacian los reos de haberlas sufrido, es la mejor prueba que podemos ofrecer á nuestros lectores.

Los gráficos personages del célebre don Ramon de la Cruz, nos ofrecen cien ejemplos de

ello. Oíganse sino las palabras de aquel pillo, que presentando al juez sus compañeros, le dice:

> Esta es gente de prisapia
> y aunque probes, cada uno
> tiene *su honra en las espaldas.*

Nunca, sin embargo, se llegó á hacer en nuestro país, lo que HOY se hace en otros con objeto, al parecer, de arrancar á los criminales el último resto de pudor.

El autor de estos cuadros ha visto á los presidiarios barrer las calles de Liorna, en Toscana, vestidos de bayeta encarnada, verde ó amarilla, segun la condena, con el delito que estaban penando, por mas vergonzoso que fuera, escrito en gruesos caractéres sobre la espalda.

Y esto dicen algunos criminalistas, que es curar el cuerpo social. Los que no lo entienden dicen que es gangrenarle; hacerle una sangría suelta.

CUADRO CUARENTA Y CINCO.

Los trapitos de cristianar.

Lo que tengo, que es poco, y lo que espero tener, que no es mucho mas, daria con gusto porque tú, lector, hubieses conocido á doña María de la Paz Zarcillos, esposa de don Juan de Dios Contreras, alcalde del Crímen y todo un *señor de campanillas.*

¡Si vieras que mujer aquella, tan buena para un barrido como para un estrado; tan señora de su casa, como enemiga de saber lo que pasaba en la agena; tan cuidadosa de sus hijos, tan sumisa al esposo, tan hacendosa y tan ahorrativa!

No creas que se habia casado sin saber enhebrar una aguja, ni echar un remiendo, ni hacer

unas sopas de ajo, sino que sabia despumar un puchero y manejar una escoba, y hacer el *punto pascual*, y el de *sábana* y el de *lomillo*, y con media vuelta que ella diese en su casa ya estaba todo listo.

¡Si la hubieras conocido, lector!... Si como yo hubieses tenido la honra de tratar á doña María de la Paz Zarcillos, me ahorraria la pena de escribir este cuadro, y tú quedarias doblemente satisfecho.

Pero murió... (Dios la haya perdonado) y ya no puedes verla.

Habrás de contentarte con el retrato que yo hice de ella y que conservo, como una reliquia preciosa de AYER, en mi cartera de HOY.

Mira bien donde le guardas, porque si te le pillan los hombres de MAÑANA, dirán que es una figura mitológica.

Aun me asoman las lágrimas á los ojos cuando recuerdo que no ha mucho tiempo encontré en una prendería de esta córte, un cuadro de papel picado en cuyo centro se leia esta estrofa:

Al enlace de don Juan
y de doña María,
dedica esta *fineza*
Manuel García.

Habíalo recogido el prendero en la almoneda

que se hizo de los muebles de don Juan Contreras, á cuyo señor hizo el poeta García la fineza de esos versos.

Nacida de padres cristianos, rancios y viejos, católicos á mazo y martillo, y apostólicos á martillo y mazo, no alzó doña María los ojos del suelo para mirar á ningun hombre antes de cumplir los veinte y cinco años. Cuando vió al primero era ya su esposa.

La madre murió tranquila porque dejaba á su hija casada; el padre hizo lo propio porque no halló forma de hacer que la naturaleza alterara sus leyes; y doña María de la Paz, alcaldesa del Crímen, vivia feliz y contenta con su esposo y dos hijos, y cuatro y cinco y seis; que este fué el máximum de su prole.

Pero no creas que aunque eran grandecitos y ya el menor tenia seis años, habia en la casa ruido ni alboroto. Allí, como decia la madre, no se oia una mosca, y con media voz que su mercé les diera, bastaba para que estuviesen temblando un año.

Habíalos criado á sus pechos, que no era ella mujer para menos, ni en su tiempo se usaban las alifafes de necesitar amas de cria, ni biberones, ni máquinas por el estilo.

Acostábalos al anochecer, despues de rezar con ellos el rosario, y luego, mientras su esposo jugaba al *revesino* con los amigos, ella se reu-

nia con las criadas para recoser las camisas y echar soletas á los calcetines, esplicándolas al mismo tiempo la doctrina cristiana.

Madrugaba la primera, para sacar las llaves de debajo de la almohada, despertaba á los criados, vestia á los chiquillos, cuidaba de que no se hiciese con dos libras de carbon lo que podia cocer con libra y media, y vigilaba de tal modo las haciendas de la casa, que con razon decia el alcalde del Crímen, que tenia una esposa que hacia de cada medio duro, uno.

Jamás se acostaba sin sacar los garbanzos y el chocolate y el aceite, y todo lo que habia de necesitarse al dia siguiente para el gasto de la casa; y los sábados, abria el baul de la ropa blanca para sacar los juegos de sábanas y la mantelería, y una camisa para el alcalde, que como hombre de conciencia limpia, no necesitaba mudarse de camisa sino los domingos y alguna semana tambien el jueves.

Pero no creas, lector, que yo retraté á mi señora doña María de la Paz, en ninguno de esos dias ordinarios, recosiendo la ropa, ó midiendo con una jícara los garbanzos, sino que me enamoró de tal modo verla un sábado, sacando la ropa limpia para la semana, que allí planté mi caballete y extendí el lienzo.

Aunque, por mi fortuna y por la tuya, no era un sábado cualquiera, ni la víspera de una festi-

vidad adocenada, sino nada menos que la víspera del dia del santo de su esposo.

Yo no sé como aquella pobre señora tenia piernas para tanto como andaba zascaleando por la casa todo el dia. Y aun eso habria sido lo de menos, si el anterior no hubiese dado una vuelta á todos los rincones, fregando los suelos, limpiando las paredes y sacudiendo todos los trastos.

Pero todo era preciso, y por eso, despues de haber pasado muchas horas en la cocina, viendo pelar las gallinas, y haciendo los consabidos platos de leche, dijo á la criada:

—Ea, alúmbrame que vamos á sacar la ropa.

—¡Yo no sé como tiene su mercé cuerpo para tanto! repuso la doncella.

—¡Y qué se ha de hacer! es preciso; dijo doña María abriendo uno de los baules. Si lo dejo para mañana, es cosa perdida. Por temprano que nos levantemos, todas no hemos de ir á misa á la vez, alguien se ha quedar en casa; el amo va á confesar, porque son sus dias; y yo, con vestir á los niños, tengo ocupacion para un rato. Luego empiezan á venir las visitas y ya no se puede hacer nada.

—¿Se va su mercé á poner la basquiña de sarga? dijo la criada.

—¡Pues no, que no! contestó la señora, y la *paletina* y el *airon* de flores á la cabeza, y los zapatos del *peneque*.

—¿Conque todos los trapitos de cristianar?

—Mucho que sí, San Juan no viene mas que una vez al año; y si fueran mis dias, era otra cosa, pero son los del amo y ¡qué dirian las gentes si no me vieran muy entoldada! creerian, con razon, que no hacia caso de mi esposo.

—Por supuesto que hace Vd. bien, señora, pero á mí me gusta mas la *bata de aguja.*

—¡Qué sabes tú de esas cosas! dijo doña María riendo; mañana es dia de echarse el cofre acuestas.

Y sin hacer caso de lo que decia la criada, siguió sacando del cofre una multitud de prendas de vestir que allí estaban, algunas desde el dia del Corpus, y las mas desde el domingo de Ramos.

Preparó todo el equipo del alcalde y el de cada uno de los niños, desde la camisa hasta los zapatos, sin cesar de repetir mientras desdoblaba las prendas:

—Tén cuidado con el belon, muchacha, mira que si se te escurre y cae una candilada de aceite se nos aguó la fiesta. Ya sabes que mas quiero un rasgon que una mancha.

Despues que hubo concluido de sacar toda la ropa, de los diferentes baules en que estaban la blanca, la de color, la de seda y la de paño, toda entre pimienta, membrillo y palo de enhebro, y raiz de lirio de Florencia, se dirigió á una arca de tres llaves.

—¡Aquí está lo bueno! dijo la criada.

—Todo ello vale bien poco, contestó doña María sonriendo.

—Ya me contentaria yo con la mitad, dijo la criada.

—Si, pero eso no quita para que sea cierto que yo podria tener muchas mas alhajas, porque tu amo siempre me quiere hacer regalos.

—Mal gusto tiene su mercé en no admitirlos.

—¿Y para qué?

—¡Toma, para estar maja como la vecina, que todos la nombran la petimetra!

—Si yo quisiera vestirme, aun tengo algo que ponerme. Mira que aderezo.

—¡Qué hermoso! exclamó la criada; este es el que llevó su mercé el Jueves Santo.

—El mismo, solo que no me puse el *collar*, ni el *lazo*, sino el *peto* y el *excusalí*.

—¿Y estas *manillas*? preguntó la criada.

—Son las compañeras del aderezo; tengo sortijas iguales, y *arracadas*, y hasta una caja de tabaco guarnecida con las mismas piedras; y una *frasquera*.

—Si lo tuviera la vecina, se lo pondria todos los dias para ir al paseo.

—Haria mal, porque estas cosas no son para diario. En cuanto una se las pone ya no puede moverse ni salir de la sala. Yo mañana, en tí fio, que tendrás cuidado de todo; mira que no se te

olvide nada; que apenas entren las visitas vengais á la sala, tú ó la otra, con la bandeja de los bizcochos y la botella de vino. Tener cuidado de no llenar mucho las copas, porque se vierten y parece cosa de taberna. De la cocina no te digo nada.

—Descuide su mercé, que todo estar á listo.

—Que no me hagas quemar la sangre y andar haciendo señas; ya sabes quien viene á comer... conque, no te digo mas. Por Dios te pido que no me cambies el órden de los platos, y no aturdirse al servirlos; vendrán á ayudaros las muchachas de casa de mi tia, y así hay gente de sobra.

—¿Se sienta alguno de los niños á la mesa?

—No tal; todos los de la casa y los de mi hermana comen en la camilla pequeña. ¿No te acuerdas de otros años?

—Si señora, pero como Pepito cuando cumplió trece años, le pidió al señor que le dejase sentar á la mesa el dia de San Juan, creí...

—No sé lo que dispondrá su padre, luego se lo preguntaré.

Dijo doña María y siguió sacando del arca, las *hebillas* de oro para los zapatos del marido, la *caña de Indias* con el puño de oro, las *cadenillas* de los relojes, un *rosario estrellado* engarzado en plata, el abanico del *empedrado* y otras alhajas que seria prolijo enumerar.

Alzóse por fin del suelo, no sin gran trabajo por el mucho tiempo que habia estado con una rodilla en tierra, encorvada sobre el baul, y despues de colocar minuciosamente todas las prendas sobre las diferentes sillas que tenia preparadas, se volvió á la criada y la dijo:

—Ea, vete á acostar y cuidado con lo que te he dicho; apenas te llame te vistes y lo primero, á oir un par de misas; pero no vayas á la Merced que suelen ser pesadas, vete á Jesus y de camino te traes unos bollos. Díle al lego que está en el despacho, que son para casa, que te los dé tiernos; y en cuanto vengas te pones á hacer el chocolate con leche; ¡entiendes! con leche; y á preparar la comida.

—Está muy bien, contestó la criada.

—A la otra, repuso el ama, díla que saque agua del pozo y que riegue bien la escalera y la antesala. Y que le diga al zapatero del portal que cuide de que no se ensucien los perros

—Mañana es fiesta y no trabaja.

—Ya lo sé, pero que se lo diga, para que dé una vuelta que se le dará un trago.

Con esto se fué á recoger la criada y el ama se retiró á su alcoba, no sin pasar primero por la inmediata donde dormian los dos hijos mayores, que al verla llegar se incorporaron en la cama diciendo:

—¿Es ya de dia?

—No tal, contestó la madre incomodada, duérmanse vds.

—No podemos dormir, dijeron los chicos.

—Pues estarse callando, replicó doña María.

Y entre dientes añadió:

—¡Es natural... angelitos!... Lo mismo hacia yo cuando tenia su edad. Están pensando en el traje que se han de poner mañana. ¡Bendito sea Dios que nos da lo bastante para no carecer de estos goces!

CUADRO CUARENTA Y SEIS.

Los cuarteles de la sangre azul ó la España en cuarterones.

Eran pocos, llegaron los primeros y se repartieron el mundo como les dió la gana.

Ésta es la verdad y ríanse vds. de cuanto digan Montesquieu y Tierry y Sismondi y Robertson y el mismo Guizot, y cuantos han escrito acerca del feudalismo, incluso nuestro compatriota Sampere.

Tontos habrian sido los que estando nacidos y criados se fuesen á acordar de los que estaban por criar y aun por nacer.

Ellos llegaron, vieron la tierra, les pareció hermosa, la partieron en cuarterones, tomó cada cual el suyo y punto concluido.

Los que vinieron mas tarde se quejaron del reparto, y uniéndose alternativamente al monarca y al clero, trataron de deshacer las partijas feudales.

No tardaron mucho tiempo en dar al traste con los pequeños señores, pero robusteciendo al señor mayor, que volvió á partir la tierra en cuartos, inventando la sangre azul por medio de las vinculaciones.

Así quedó el pueblo otra vez lo mismo, soñando con la igualdad y despertando en la servidumbre de la monarquía, de la teocracia ó de la aristocracia.

Cansado de luchas estériles veia llegar un dia y otro la hora de comer, sin tener un bocado de pan que llevar á la boca, y se resignó á trabajar para roer el mendrugo que le arrojaban de la mesa de sus señores.

Desde entonces, siempre que le ocurre pensar en la igualdad, se encoje de hombros y recuerda estos versos de Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir;
Allí van los senoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y mas chicos

Allegados, son iguales
Los que viven de sus manos
Y los ricos.

Espera con resignacion el juicio final que ha de igualar los nobles con los plebeyos y vé mientras tanto vinculada la fortuna en las familias de aquellos, que ó cuentan mil doscientos cincuenta y ocho progenitores (que es la friolera de abuelos décimos que exigia la Inquisicion para hacer la legía de la sangre), ó tuvieron antepasados de mas puños que los suyos. Porque el feudalismo y sus derivados, no ha sido, ni pudo dejar de ser otra cosa, que cuestion de fuerza.

La aristocracia y el pueblo son dos galgos, que sujetos por un mismo collar, andan siempre tirando en distintas direcciones sin adelantar un solo paso en el verdadero camino.

Las que hasta aquí van dichas y otras semejantes atrevidas razones, que dejo por decir, eran las que daba un pollo de 1800 á su abuela, al discurrir con ella sobre los caprichos de la fortuna.

—¿Qué razon de justicia hay, abuela, la decia el mozuelo, para que nosotros seamos tan pobres y ese señor de enfrente sea duque, y tenga tantos coches y tantos lacayos y tanto poderío?

—Que su padre le dejó todas esas rentas, le contestó la abuela.

—¿Y quién se las dió á su padre? preguntó el jóven.

—El, que las tenia.

—¿Y de dónde le vinieron?

—¡Qué sé yo!... dijo la abuela aturdida; dejemos esas cosas y no te metas en filosofías que no entiendes.

—Si esto no es filosofía, abuela; sino que yo quisiera saber por qué no somos iguales todos los hombres.

—¿Por que no lo son los dedos de la mano? replicó la abuela, satisfecha del simil.

Y el pollo se dió á reir diciendo:

—Son vds. unas pobres gentes; ya lo arreglaremos nosotros de otra manera cuando seamos mayores.

—Calla, hijo, calla, dijo la abuela asustada, que si tu padre te oye te va á poner una mordaza. Todo eso lo aprendes en la librería de la viuda. Bien dice el señor cura de San Márcos, que de las tertulias de las librerías nos van á venir muchos males.

Fiado el muchacho en el cariño que le tenia su abuela no calló, sino que siguió ensartando otra porcion de razones, como las que hemos copiado al principio de este cuadro, y por último, viendo que sus teorías no producian efecto, la dirigió algunos argumentos ad hominem ó ad mulierem, y la dijo:

—Bueno es que nosotros apenas tenemos lo bastante para comer y el señor duque mantiene

doscientas mulas de tiro y cien caballos de silla, y cincuenta galgos para la caza, y esa caterva de criados, que son una cuadrilla de gandules.

—No hables asi, muchacho, que algun dia te pesará.

—Qué me pesará, ¿y por qué?

—Porque si; calla y haz lo que tu padre te dice.

—Aunque me muriera de hambre no querria ser page del duque.

—¿Y por qué no? Pues ojalá se consiga.

—Lo sentiria.

—¿Pero darias gusto á tu padre?

—¿Y su mercé me lo pregunta, abuela? Yo tengo acá mi modo de pensar, pero siempre haré lo que sus mercedes me manden.

—¡Hijo de mi vida! exclamó la abuela.

Y cubriéndole de besos y de abrazos, le dijo:

—Mira, no hagas caso de lo que oigas en las librerías, que todos los que van allí son una cuadrilla de envidiosos y de gente mala, pervertida por las máximas de los flamasones franceses. ¡Para qué quieres tú mas si logras entrar al servicio del señor duque, y sabes llevarle el génio! Si no te gusta seguir al lado de S. E., cuando tengas confianza y le veas un dia de buen humor, le pides una administracion fuera de Madrid.

—Eso es otra cosa, dijo el muchacho; ¡pero las administraciones de los grandes de España tienen tantos golosos!

—¿Y á tí que te importa? Tú la pides, y si te la dan, te ries de todos. Como le llegues á *caer en gracia*, verás qué vida te pasas. Procura agradar á S. E. la duquesa, no seas corto de génio ni encogido, díla algunas gracias y verás qué suerte haces. Esas casas son como los palacios de los reyes: el que está en favor y no se aprovecha, es un tonto, ¡ oh ! si haces caso de mis consejos subirás como la espuma.

—Lo que yo quiero es una administracion; á buen seguro que no haré lo que el tonto que estuvo aquí el otro dia, que se viene á Madrid tan fresco á decir que se hunden los graneros, por el mucho grano que han encerrado en ellos, y á que le digan lo que ha de hacer del dinero, porque ya no cabe en las arcas.

—Y será verdad, replicó la abuela.

—Ya se vé que si; como que ese señor tiene media España por suya; pero si yo fuera el administrador, ya le diria al duque lo que debe hacer con el grano que le sobra y con el dinero que no cabe en el arca.

—Harias mal en meterte á dar consejos.

—¿Por qué?

—Porque para medrar en esas casas, se lo oí decir muchas veces al difunto mayordomo del padre del duque actual (Dios le tenga en descanso), no hay que hacer nada mas que *ser tonto ó parecerlo.*

—¡Con que para que estén contentos es preciso decirles á todo amen!

—Si.

—Pues si no tienen á su lado mas que aduladores, no durarán mucho los grandes de España.

—No lo creas tú, durarán hasta el fin del mundo. Yo siempre los he conocido lo mismo. No sé qué clase de riqueza es la suya, que cuanto mas ladrones son los criados, mas crece la hacienda.

—Algun dia se les acabará, si no mudan de administradores.

—Podrá ser; pero yo no lo conoceré ni tú tampoco, y estoy por apostar que ni tus hijos.

—Yo no quiero decir que sea este año ni el que viene cuando eso suceda, pero sucederá, abuela, no tenga su mercé duda, gastan demasiado.

—Valiente cosa es lo que hoy gastan, ni el tren que hoy tienen para lo que cuentan los antiguos.

—¿Vivian con mas lujo que ahora?

—Asi dicen; como que cada uno de ellos era un pequeño rey, y en tiempo de las guerras cada grande mantenia un regimiento y daba dinero al rey.

—Hacian bien, y si hoy hicieran otro tanto, ya me pareceria justo que tuviesen unas rentas tan pingües.

—¡ Pero si ahora no hay guerras!

—¿Y por qué no las hay? Preguntó el muchacho.

—Ni quiera Dios que las haya, replicó la abuela.

—Pues hace falta una muy grande para que estemos bien.

—Calla, no digas disparates.

—Si, disparate seria enseñarles un poco el diente á los ingleses, y meter un pié en Francia y recobrar sobre todo el Portugal, que es una mala vergüenza que tenga pretensiones de reino independiente esa provincia de España.

—Ese garbanzo no se ha cocido en tu olla, dijo la abuela; á muchos hombres sabios les he oido decir lo mismo; pero Jesus, María y José, no quiera Dios que tengamos guerra con nadie; ¡tú no sabes lo que es una guerra!

El muchacho calló por no seguir asustando á su abuela, y pasados algunos meses de la discusion que acabamos de referir, entró al servicio del duque su vecino.

Observó fielmente los preceptos que le habia dado su abuela, y aunque no se avino nunca á hacer el papel de bufon, y no medró por eso lo que debiera, á los dos años de vestir la librea de los pages, le hicieron caballerizo de campo y murió sirviendo la plaza de caballerizo mayor; aunque jubilado en sus últimos dias, con el medio sueldo, casa y asistencia de leña, médico,

cirujano, botica y un plato diario de la mesa de los señores.

Casado desde que le hicieron caballerizo, con la hija del mayordomo, moderó sus instintos republicanos y á los tres hijos que tuvo, los dedicó al servicio de la casa. Sin que esto último se haya podido saber nunca si lo hizo por aficion ó por obligacion.

Era mal visto, y acaso habria traido algun disgusto á los padres, no ofrecer al servicio del duque todos los varones que nacian en su casa; y hasta las hembras debian quedarse alli de damas de la señora, de mozas de retrete, ó de ayas de los señoritos; si no preferian casarse, en cuyo caso tampoco podian buscar marido fuera de la servidumbre de la casa.

Que no era, y sentiria que lo hubiesen creido asi los lectores, un edificio cualquiera, sino un pequeño palacio con todas las dependencias análogas al de los reyes, de quienes eran entonces rivales los grandes de España, por mas que dentro de la casa real tuviesen á grande honor servir á SS. MM. los que en la suya eran servidos por doscientos ó mas criados.

Pero la emulacion llegaba hasta el punto de ser necesarios repetidos bandos de la sala de Alcaldes, para que los grandes de España moderasen el lujo, y redujeran sus trenes un punto menos que los del rey.

Y aun se cuenta, no sé con que fundamento, que á Pajarito, el peluquero de quien ya hemos hablado en otros cuadros, y que tenia el honor de peinar á S. M. la reina y á muchas señoras de la grandeza, le regaló S. M. un reloj de gran precio, por ciertos servicios que habia prestado á la real persona, y apenas lo supo una duquesa, muy conocida en la córte por su empeño en rivalizar con la reina, le preguntó qué hora era, con objeto de que sacara el reloj. Hízolo orgulloso el peluquero, y la duquesa quitándoselo de la mano, lo arrojó por el balcon y dándole al propio tiempo otro de mucho mas precio guarnecido de brillantes, le dijo:—Toma, que no está bien que mi peluquero gaste relojes tan malos como el que traias ahora.

Cada casa de grande tenia en servicio diario, catorce ó quince coches, de ellos varios con destino al capellan, al confesor, al mayordomo, otro para las damas, y uno exclusivamente para recados ú oficios; haciendo con los caballos de montar lo mismo que entonces se hacia en las caballerizas reales: dejar que los sacasen á paseo los aficionados con solo presentar un fiador, no de su honradez, que entonces aun no se habia hecho precisa esa clase de fianza, sino de su inteligencia en la equitacion.

La obligacion principal de todos los criados altos y bajos, lo mismo los de escalera arriba

que los de escalera abajo, era saber llevar el humor de S. E. y de sus señorías, los señoritos de la casa, y sobre todo del favorito, porque como éste era el *ojo derecho* del amo, claro está que por allí le entraba lo bueno y lo malo.

Tambien en esto eran las repúblicas de la sangre azul un reflejo de la córte de la sangre real; el privado era la aguja de marcar para todos, incluso el ayo de los primogénitos, que mas se entretenia en mimar al privado que en educar al señor de la privanza.

Sin embargo, ninguno de estos cumplia los diez años sin saber leer, y algunos escribian correctamente antes de casarse. No aprendian nada mas porque no les hacia falta, segun dijimos en el cuadro del mayorazgo.

Los sueldos de los empleados no eran muy crecidos, pero en cambio eran tan menguados sus gastos particulares, que apenas tenian necesidad de otra cosa que de vestirse, y aun para esto alcanzaban las gratificaciones que en metálico recibian por Navidad y el dia del santo de los duques y cuando se casaba alguno de los señoritos y en otras muchas solemnidades que ocurrian en la casa.

Los criados, que por su destino se sentaban á la *mesa de familia*, claro es que no tenian que pensar en poner el puchero; los otros, si acertaban á llevarse bien con el gefe de la cocina y el

de la repostería, tenian diariamente á su disposicion mejor mesa que la de Sancho Panza en las bodas de Camacho.

Para tener la despensa provista de dulces, les bastaba que la señora diese á luz cada año un niño, ó que hubiera alguna boda en la familia, y por último, hasta en la muerte del amo, cogian algo y aun algos con que enjugarse las lágrimas.

Amen de las mandas en dinero, que á cada uno dejaba el señor en su testamento, sin otra obligacion que la de rezar por su alma veinte ó treinta rosarios, les alcanzaba gran porcion de ropas del reparto general que se hacia de todas las que habia usado S. E. y les daban una cantidad metálica para lutos.

Y ya que sin pensarlo ni quererlo, hemos tropezado con la hora postrera de los personages de la sangre azul, no terminaremos este cuadro sin dar un brochazo acerca de los entierros de la grandeza; únicos que entonces excitaban algo la atencion del público, á pesar de su modesto aparato.

Colocado el féretro debajo de un dosel carmesí, si el finado habia llevado título de duque, y negro si habia tenido alguno de los otros títulos, dábanle en ambos casos guardia de honor los alabarderos, siempre que fuera grande de España, y doce de sus lacayos le velaban con hachas de cera.

Habia en aquel mismo aposento tres ó cuatro altares, en los que se celebraban varias misas; acudia el clero de la parroquia con *cruz levantada,* (cosa que luego solia levantar en alto al contador y al cajero) á cantar el responso, y lo mismo hacian las órdenes mendicantes.

La parroquia repetia su visita y su responso tres veces, mientras estaba el cadáver en la casa; y al anochecer, sin mas aparato que veinte ó treinta hachas que llevaban los lacayos, era conducido en hombros de los hermanos de la venerable órden tercera de San Francisco (terceros que decia el vulgo) y colocado en medio de la iglesia sobre una tumba pequeña, con veinte ó veinte y cuatro hachas alrededor.

Allí mismo y de cuerpo presente, sin mas orquesta que un bajon, ni mas voces que el elocuente canto llano, le celebraban un funeral de primera clase, cuyo coste ascendia, segun tarifa, á 3,500, reales. Pero esto se repetia por espacio de nueve dias, con lo que subia la cuenta á 31,500, amen de los veinte y cinco doblones de la ofrenda, que esto iba por separado, y del importe de las misas, que tampoco se sumaba junto, y las mandas forzosas, y otros nueve dias si se enterraba en otra iglesia que no fuese la parroquia, siendo en ellas la mitad el coste de los derechos.

Misas privadas se celebraban tantas que era cosa de perder la cuenta y la mayor parte de los

grandes dejaban mandadas crecidas sumas para este objeto.

En el Cármen Calzado y Descalzo, en la capilla de la Soledad, prévio el permiso de los condes de Corres, ó en la iglesia de los Mínimos, era donde se solian enterrar los grandes de España, en la bóveda, ó en un sepulcro particular si eran patronos de alguna capilla.

En este último caso se libraban de ser trasladados al poco tiempo á una de las dos fosas generales situadas fuera de la puerta de Fuencarral y de Toledo. Porque hiciera poco ó mucho que se habia dado sepultura al cadáver, si estaban llenas todas las sepulturas, se hacia lo que llamaban la *monda de la parroquia*; y chicos y grandes, los de sangre azul y los de sangre colorada, todos los restos humanos iban fuera.

La monda parroquial, se anunciaba por pregon y carteles á las puertas de la iglesia, y era un dia de desolacion para las gentes del barrio que emigraban á las casas de los amigos, y no volvian á las suyas, ni á la iglesia mondada, hasta pasado un mes ó mas de la monda.

Sin embargo, la mayor parte de los grandes quedaban en las iglesias por tener en ellas panteones de familia, y... por lo que decia la abuela del pollo comunista al principio de este cuadro: porque los dedos de la mano no son iguales, y punto redondo.

CUADRO CUARENTA Y SIETE.

La oratoria del pulmon ó el púlpito en 1800.

Contra principia neganda.
fustibus est arguenda.

PERDÓNENME vds., señores, pero en esta casa »hay coche para todos, hasta para ellas, menos »para el predicador... Sea ante todas las cosas »bendito y alabado el Santísimo Sacramento del »Altar.»

Con estas palabras, en presencia de Jesus Sacramentado, en la Real capilla y asistiendo á la tribuna el rey Cárlos IV, dió principio á su sermon, en una de las mayores solemnidades de la Iglesia, el padre fray Alejo del Valle, observante franciscano del convento de Guadalajara.

Habia venido á la córte, llamado expresamente para predicar en la Real capilla, sin otro coche

que el del santo fundador de su órden, ó *pedibus andando*, como dice el vulgo, con su báculo y su alforja al hombro.

De hospedería en hospedería llegó á Madrid, y alojado en el convento de San Francisco, salió de allí para la Real capilla á donde entró cubierto de nieve.

Quitóse la capilla del hábito, segun costumbre, y antes de colgarla sobre el rico paño de glasé de oro que cubria el púlpito, la sacudió sobre los gentiles-hombres de S. M., capellanes de honor y otras personas de distincion que habia en el circo, y al rociarles de agua les dijo las palabras que acabamos de copiar.

Tenia el humilde franciscano mucho favor en la córte y su *indirecta* no le acarreó los disgustos que temieron sus apasionados. Antes por el contrario, S. M. dió órden para que siempre que hubiese sermon en la capilla se pusiera un coche á disposicion del predicador.

En cuanto á la *genialidad* de fray Alejo, que genialidades se llamaban esas licencias oratorias, fué muy aplaudida por todos los frailes y aun por muchos grandes señores, ansiando todos el momento de salir de la iglesia para ir á contar lo ocurrido en el sermon.

Sin las circunstancias especiales que concurrieron en esta ocasion, no habriamos citado la famosa salutacion del padre Alejo, que no era

en verdad un orador adocenado; otras mas curiosas y mas inconvenientes, y menos dignas de la cátedra del Evangelio pudiéramos recordar si fuera el principal objeto de este cuadro hablar de esos arranques oratorios que tan comunes eran en el púlpito de 1800.

Era achaque ordinario, en los famosos predicadòres del siglo pasado y principios del presente, el comenzar un discurso sagrado con una filípica profana, las mas veces contra determinadas personas, interrumpiendo no pocas la oracion con igual objeto, y aun recurriendo á estos ardides cuando perdian el hilo del discurso.

—¡Ay qué vergüenza! padre, le decia despues de acabado el sermon, una mujer que entraba en la sacristía con muchas otras á besarle la mano; me ha hecho su paternidad poner colorada.

—¿Y por qué? la preguntaba el fraile riendo.

—¡Porqué ha de ser! por aquello que me dijo su reverendísima de que yo era la mujer deshonesta que venia á profanar el templo, y á quitar la devocion á los fieles.

—¿Eras tú la que estabas enfrente del púlpito?

—Yo era y todas las gentes me miraron..... ¡Jesus, Dios mio, en mi vida he pasado mayor vergüenza! ¿Por qué dice su paternidad esas cosas?

—Porque se me fué el santo al cielo..... Perdí el *hilo* del sermon y mientras le volvia á pillar dije lo primero que me vino á la boca.

—Ya, pero las gentes no se hacen cargo de eso y cada cual piensa lo que mas le acomoda. Siempre tengo yo desgracia. No le sucede así á mi vecina, que á pesar de ser tan mala y tan provocativa, el otro dia cuando hablaba su reverendísima de la Samaritana, y se dirigia sin cesar á ella diciéndola *tú eres la buena.....tú eres la santa*, me daban ganas de contestar: no, padre, será la otra, porque esta es muy mala mujer.

El predicador se quedaba riendo, cobraba los 5 ó 6 reales, que era entonces el precio ordinario de los sermones, amen del vaso de vino y el cuarteron de bizcochos, y un plato de leche si habia predicado en convento de monjas.

Las anécdotas y los cuentos salian á borbotones de los lábios del predicador, que con la mejor buena fé y la omnímoda libertad de que gozaba en el púlpito, no solia reparar en pequeñeces de estilo ni en otras faltas de mas trascendencia. Bastaba que el cuento, naturalmente ó traido como suele decirse por los cabellos, se ajustara al tema del sermon, para que le encajara al auditorio, sin cuidarse ni poco ni mucho de la forma en que le habia aprendido y que era la misma en que le contaba.

El menos á propósito para esa clase de digre-

siones, era el tema de la Pasion de Jesucristo, y sin embargo, solia ser el mas fecundo en chascarrillos y en comparaciones profanas.

Habia en esta clase de oratoria mixta y para la cual podria decirse que los predicadores tomaban al pié de la letra el *utile dulce* de Horacio, especialidades famosas, de cuya elocuente vena podriamos citar muchos trozos, pero no es este el propósito del cuadro presente y los omitimos. Referiremos, únicamente, el cuento que un fraile francisco encajó á su auditorio predicándoles de la pasion y muerte del Redentor.

«Ya veo, pecadores, les decia, ya veo que gemis y llorais, pero no me fio de vuestro llanto ni de vuestras gimoteaduras; gazmoños, mas que gazmoños, y he de seguir predicando hasta que las echeis como puños; porque esas lágrimas que ahora derramais son falsas como vuestros corazones, y engañosas como las del cocodrilo. Yo no puedo deciros lo que aquel predicador portugués dijo á su auditorio, no, porque él predicaba á un rebaño de ovejitas y vosotros sois una manada de lobos y de pantéras. Pero direis ahora—¿y qué fué lo que dijo el predicador portugués? ¿qué fué ello? Pues os lo voy á contar.»

Dijo y cambiando el tono del discurso y bajando la voz añadió:

«Pues señor, habeis de saber que este era un fraile portugués que predicaba de la Pasion de

Cristo, y sucedió, lo que sucede siempre que se predica de eso, que lloraba el auditorio. Yo hace veinticinco años que predico la Pasion y siempre he hecho llorar á las mujeres á moco tendido. Pues, como iba diciendo, viendo el predicador que lloraban las mujeres y siendo él un frailon bonachon y compasivo, las dijo: *Naon choreis meninas, pois isto ha muito tempo que he pasado, é poderia ser que fosse mentira.*

»No me atrevo yo, pecadores, continuó el fraile volviendo á gritar, no me atrevo yo á deciros lo mismo. Llorad, llorad, que vuestros pecados no son mentira, porque no hace mucho tiempo que habeis pecado; pecásteis antes de ayer, ayer y hoy, y vais á pecar mañana. Pero qué digo mañana... ¡si estais pecando ahora mismo!... yo os veo pecar dentro del santo templo... Pero andad y buen provecho os haga, que pronto vendreis á confesaros y entonces veremos quien lleva el gato al agua...»

Esta oratoria, salpicada de infinitos textos latinos, era en general la elocuencia sagrada en 1800.

Entregado el púlpito á ciertos frailes de instruccion escasa, habian extragado de tal modo el gusto de los fieles, que se oia con indiferencia y hasta con desagrado á los pocos oradores elocuentes de la época.

Pero aun esa oratoria ridícula que hemos

mencionado, no era la verdaderamente popular, y los templos donde predicaba un sacerdote de mas ó menos instruccion, pero comedido y templado en sus formas, se quedaban desiertos cuando se sabia que én otra iglesia ó en medio de una plaza, predicaba algun fraile de pulmones, capaz de aterrar con un solo grito á una docena ó docena y media de pecadores.

El púlpito ambulante que el fraile gilito solia plantar en medio de la Red de San Luis, ó de la Plaza de la Cebada, era el que trabajaba de consuno con los saetistas de la hermandad de la Esperanza para apartar á las gentes del pecado mortal.

Cuanto mas el fraile gritaba, mas decia la vieja que tenia *pizo de oro*, y á fuerza de arremangarse los brazos de manotear, y de dar puñadas sobre el púlpito, lograba arrancar gruesas lágrimas á las gentes que se agolpaban á oir el sermon.

Desde el momento en que se fijaba el púlpito en medio de la plaza, se suspendia el tránsito de carruajes, abandonaban los aguadores sus amadas cubas, cerraban los mercaderes sus tiendas, dejaban las verduleras sus mercancías y corrian todos á escuchar la divina palabra en boca del misionero. El púlpito de madera, que se solia poner en la Puerta del Sol, se guardaba en el convento de la Victoria y era el que habia servido para el último auto de fé.

Estos frailes tenian una memoria ó censo sobre ciertas casas de Madrid, con obligacion por su parte, de *echar* (así decia la memoria) un sermon los viernes de cuaresma, en la Puerta del Sol, delante de la taberna, que hoy existe aun, en la esquina de la calle de la Montera.

La costumbre de predicar en las plazas era tan general, que aun en tiempo de ferias y cuando se celebraban en la plaza de la Cebada, se ponia el púlpito ambulante. Así lo confirma la siguiente quintilla que recordamos haber leido en una *pintura de la feria de Madrid*, inserta en un *Diario* de aquella época.

«Hay, porque el vicio se ahuyente,
un predicador dispuesto,
á que su doctrina aliente
y aunque hay allí tanta gente
es predicar en desierto.»

Al principio del sermon nadie lloraba; antes de llegar á la mitad ya se oian algunos sollozos, pero cuando el fraile sacaba el crucifijo, todos caian de rodillas llorando á mas no poder.

Las personas santas y verdaderamente religiosas, clamaban ya entonces porque se prohibieran esas pláticas, en sitios en que no bastaba toda la vigilancia de la autoridad civil para evitar algunas irreverencias, y pedian que las *misiones* se celebrasen dentro de las iglesias; pero

el pueblo tenia demasiado arraigada esa costumbre y nada consiguieron. Por otra parte contribuian á fomentarla las mismas órdenes religiosas que tenian ese privilegio, del cual abusaron algunos de sus individuos de una manera muy poco conforme con la dulzura, y con la santidad de las predicaciones que el Divino Maestro hacia á sus discípulos.

Pero, á pesar de lo que dejamos dicho y de cuanto el lector pueda adivinar que callamos, acerca de la ridícula oratoria del pulmon, el buen espíritu de aquella sociedad creyente y sincera, se mantuvo fiel á las tradiciones religiosas y á los preceptos evangélicos, tan lastimosamente parafraseados por sus apóstoles.

Mientras el fraile, cándido y sencillo y cargado con mas ignorancia de la que le cabia en la capilla, viendo que el auditorio se le distraia por seguir á un polichinela que pasaba por la calle inmediata, decia á gritos; enseñando el crucifijo: «venid, pecadores, venid, que este es el verdadero pruchinela,» á nadie le ocurria reirse de aquella indigna sandez; mas tarde ha sido cuando la verdadera religion ha recogido el fruto de semejantes desaciertos. El púlpito en poder de algunos frailes ignorantes entibió algun tanto la fé de los fieles. ¡Aquella fé con la que los hombres de tantos siglos acometieron empresas cuya gloria no morirá nunca!

Los abusos en la cátedra del Evangelio trascendieron á las demás prácticas religiosas y en las procesiones, que diariamente salian á la calle, se veia confirmada esta verdad.

A las irreverencias que ocasionaban esas ceremonias, contribuian no poco las cofradías de los gremios. Cuando el Miércoles Santo salia por las calles la procesion de los cabreros, en la que iban estos vestidos con casaca y chupa, gritaban las gentes, —*arrée cabra*—y otras provocaciones por el estilo, á que contestaban con una desvergüenza los aludidos cofrades.

Pero todo, repetimos, era hijo de la patriarcal y sencilla buena fé de entonces; en prueba de la cual terminamos este cuadro con el sermon que á mediados del pasado siglo predicó el cura de Ciezar. Sermon que revela bien las escasas luces del predicador, pero que es un testimonio del lenguaje familiar que usaban algunos oradores sagrados, y que con razon hizo exclamar al obispo de Orihuela:—Si muere este buen cura sin arrepentirse de lo que ha predicado, se nos aumenta el rezo el dia de los Inocentes.

«*Pasio Domini nostri Jesu Christi.* Esta noche, fieles mios, esta noche, hijos de María, espero que os habeis de consumir en lloros, como yo lo he hecho hoy leyendo lo que pasó Jesus Nazareno en su sagrada pasion, hace ahora 1741 años sin quitar ni poner nada. Es cosa que os

habeis de pasmar de oir los azotes que le dieron, las puñadas, los tirones de cabellos, las voces que le daban y las cosas que le decian; pues á este fin habreis advertido que ha mas de ocho dias que no salgo de mi casa sino á la tienda en que tiene Ginés el libro que dice todo esto y en donde yo he compuesto este sermon que os tengo de predicar esta noche; y lo que siento es que los muchachos le hayan quitado al libro mas de cuarenta hojas, por ser Manuela una descuidada. Y aun me dijo el domingo de Ramos:—Señor cura, si hubiese sentido su mercé lo que leia mi Ginés al comienzo del libro cuando nos casamos, se hubiera pasmado.—Miren que tonta de dejarlo, sino haberlo tenido en un arca bien alzado; no lo hace así con la saya de Dragone y el jubon de Salamanca, que lo guarda como oro en paño. *Pasio Domini nostri Jesu Christi.*

»Cuenta el P. Ladislao, que es el autor de este libro, que cuando Jesus Nazareno conoció que iban de mala fé los que mandaban entre los judíos, que á uno de ellos le llamaban Pilatos, indigno que se le nombre en el Credo, porque dicen que era hombre de mala vida; al otro le decian Caifás, que ahora le mudan el nombre en el libro que le doy leccion á mi sobrino, y le ponen Gaiferos; un hombre sin alma, un pícaro guillotron sin honra ni vergüenza, lo mismo que el matrimonio Anás y Herodes, que eran muy malos cris-

tianos. Estos son los que crucificaron é hicieron morir de mala muerte á ese que veis ahí enclavado y hecho una desdicha á puros golpes y azotes. ¡Pero qué se podia esperar de una gente que no oia una misa ni rezaba un rosario, amigos de comer y beber á costa de los pobres! Lo que ahora oireis contar del alcalde mayor de Ciezar, que por una quimerilla de fritas y asadas que no importa un puñado de alcaparras, asi pide los cincuenta y sesenta reales como paja; y sino miren lo que le ha sucedido al suegro de mi hermano Vicente, que porque sangró los asnicos en la esquina de la plaza, le dijo: vengan cuatro ducados y cinco reales para el ministro. *Pasio domini nostri Jesu Christi.*

»Vamos á lo que vamos y á la pasion, que yo en acordándome de estas cosas, y que los cuatro ducados se me han pegado á las costillas, me pongo hecho un borracho y no sé lo que me digo, y hablaré mas disparates que el demonio. Jesus sea con vosotros todos. Habia en aquel lugar donde estaba el Señor y los judíos, un tal huerto Ghetsemaní, lo mismo que aquí decís el huerto del cura, el huerto de Guillermo ó el del marqués de Beniel; pues como digo, recelándose Jesus de alguna vileza de aquellos malvados, fué á llorar y á hacer oracion al tal huerto; ¡nunca que hubiera entrado! y entonces un picarote desagradecido, llamado Judas, tejedor (que por eso

me sabe mal que el síndico haya puesto á su hijo Pascualito á ese oficio), era un pobre diablo que nadie hacia caso de él. Pues como vamos diciendo, y por haberle dado entrada en su casa á Jesus el tal Judas, con una mala intencion como la del alcalde mayor de Ciezar y casi tan ladron como él, ajustó con los judíos que les entregaría á Jesus como le dieran treinta dineros ó reales de plata, (porque yo siempre he oido decir que eran de plata y por eso digo que no serian *dineros.*) Pero vamos ahora, díme, Judas ladron, mas que ladron: ¿qué te hizo Jesus para que le vendas y agarres el dinero? pero anda que no te arriendo la ganancia, poco provecho te hará el dinero.

»Yo creo, oyentes mios, que Judas y el alcalde mayor de Ciezar los dos han de morir de mala muerte, y no tendrá éste una hora buena como no me devuelva los cuatro ducados. Fueron los sayones una gente horrorosa, y se agarraron de este que veis muerto y le ataron con sogas, y á tirones le llevaron por todas las calles y plazas y á las casas de los que mandaban y le sentenciaron á muerte, y al instante le pusieron una cruz á cuestas muy pesada, y yo he pensado muchas veces que esta cruz seria de regalicia, porque en medio del breviario, tratando de la pasion, dice: *dulce lignum,* que quiere decir de leña dulce. Se me ha olvidado decir antes de lo de la

cruz, que le dieron muchos azotes y puñaladas á nuestro amado Jesus y como dice el sagrado texto por boca de San Pascual Baylon: *¿Quid est homo qui non fleret?* no hacia mas que llorar. Despues le llevaron al monte con la cruz á cuestas, aquí caigo, alli me levanto, y ya cuando Dios quiso llegó al monte donde le habian de crucificar. Allí dicen que se movió tal gritería que no se entendian; porque allí habia franceses, portugueses, italianos, moros, judíos, y á no ser porque han pasado tantos años, dijera que tambien habia estado el alcalde de Ciezar, y que habia sido el peor de todos, porque es un perro ladron que no hace mas que judiadas. ¡Vean vds. que motivo para sacar los cuatro ducados! No mas que no podré hacerme un balandran para este verano, y saben todos que lo voy pasando á puro de remiendos que le va echando ese sastre que viene de Murcia, que por mal nombre le llaman Calenturas, y Frasquita la del herrero, que tiene manos para todo, y es lástima que no le salga un buen novio, porque es buena chica, y al que se case con ella le tengo de dar mis viñas y secanos arrendados.

»No quisiera ser molesto, pero en este sermon no se puede dejar una palabra, pues Jueves Santo no hay mas que uno al año; y si este año teneis fortuna de que esté yo aquí, y os predico un sermon de tanta habilidad y tan claro, otro

año tendreis un tonto que todo serán latines y majaderías; ya habeis visto los pocos que he predicado, y es que nunca me ha gustado que me turben, y en perdiéndoseme el hilo del sermon, volo.

»No sé que me daria para que supiera el señor provisor lo bien que lo he hecho y lo contentos que están del sermon, para que no me diga cada vez que voy á Murcia, que soy un idiota ignorante y que me ha de quitar la misa y me ha de poner en capuchinos; esto no es porque me quiera mal, sino que en dándole la melancolía, pega con todos; pero ahora ya le entiendo yo las vueltas, porque el page es muy amigo mio y me dice que si él pudiera me habia de hacer obispo.

»Tambien fueron contra Jesus Nazareno una cuadrilla de picarones que se llamaban baldones. Vosotras no sabreis quienes son estos; pues bien; ¿habeis oido cantar á los ciegos de Murcia en la pasion de Jesus *muerte y baldones*? pues esos son ,y de este linage es don Diego Yabaldan, alcalde mayor de Ciezar que no me lo puedo quitar de la cabeza, y me estimaría mas que lo tiraran á presidio que ser cura de Alcantarilla.

»Allí enclavaron al Señor, como lo veis en esa cruz, y no contentos con eso fué un soldado que le decian Marco y le dió una bofetada, fué otro llamado Lonjinos, y como dice el texto, desde lejos le tiró una lanzada; pero lo que mas

sintió el Señor fué contemplar la ingratitud de los hombres; por eso solo se entristeció tanto, que con ser tan pacífico, sin poderlo remediar, dijo: *Ad Dominum cum tribulacionem clamavi*. Ahora discurro yo que nuestro buen Jesus volvió el rostro á los judíos, como dice el rezo de ayer, *quid retribuam Domino*, y dijo ó diria: Esa mujer que veis tan llorosa, es mi madre, cuidado con agraviarla, pues hasta aquí seremos amigos; bien merece que asi se cuide de la que le dió el ser, y Dios se lo premiará, y no como los hijos de María choquen, que por un quítame las pajas, ó por si fueron ó han de ir á las fiestas de Murcia riñen con todos los de su casa y todo lo quieren llevar á tres de mal juego; no hemos sido así los hombres doctos, ni hemos tenido soberbia. Cuántas veces me decia á mí mi padre, que yo era un bestia, un borrico sin albarda, y que no rompería ningun púlpito, y por haberlo llevado con paciencia, ha querido Dios que por empeño del señor don Antonio de Rueda, me nombrase el provisor vuestro cura y dignísimo prelado, y es que ha conocido mi sobresaliente determinacion, como lo experimentais en los entierros y misas mayores, y en algunos asuntos que sabe el señor alcalde.

»Marías, llorad; llorad, hijos mios, la muerte de Jesus, y aunque parece que está muerto, bien vé lo que haceis; y luego estará vivo, y los que

os compadezcais, no caerá en saco roto, y los ingratos y rebeldes los castigará con la pena eterna, *Quand mihi et vobis*, etc.

»*Advertencia.* Los que se hayan de azotar mañana, acudan antes de las ocho, pues la procesion no espera á nadie; los que sepan cantar el «miserere,» se pondrán al lado del padre Andrés, que yo tendré que ir detrás con la reliquia del Santo.

»*Otra.* Cuidado con acordarse de lo que ha predicado el padre Andrés esta cuaresma, que á algunos les parece que en tocando á gloria tocan á pecar; pues guárdense de que yo lo sepa, que perderemos las amistades. *Ave María Purísima.*»

Ya comprenderá el lector, que el obispo de la diócesis no se contentó con llamar inocente al cura de Ciezar, sino que le recogió las licencias de predicar y aun las de confesar y decir misa. El sermon autorizaba á todo; y téngase entendido que le hemos descartado de muchos otros absurdos con los que corre manuscrito en manos de los curiosos.

En la córte no se oian discursos ni pláticas tan insensatas, pero en cambio hubo un trinitario descalzo, predicador del gremio de caleseros, que armaba un motin cada vez que echaba un sermon.

Era de gran estatura, fornido y hermoso, ar-

remangábase con brio los hábitos, abofeteaba el aire con soltura y tenia unos pulmones de padre y muy señor mio, como decian entonces.

¡Pero qué valia ninguna de esas prendas retóricas, ni cómo le hubiera sido fácil atraerse con ellas solas la mitad del vecindario cada vez que predicaba!

La muchedumbre que se agolpaba á la puerta del templo, y que reñia y se codeaba por entrar á oir el sermon, buscaba alguna cosa mas que los gritos y los gestos y el contínuo manotear del trinitario. Otro era el secreto de aquella inmensa popularidad.

El secreto era que el bendito religioso decia siempre al terminar su sermon, que se elevaba al cielo para pedir al Señor el perdon de los pecadores, y estos le veian *elevarse en cuerpo y en alma*; de tal modo, que iba subiendo, subiendo, hasta asomar los ribetes de la túnica y algo de los zapatos, por encima del balaustre del púlpito.

Lo que habia en la iglesia de gritos de milagro, milagro, y de empujones por ver como se elevaba el fraile, no hay para que decirlo.

El olor de esa ascension trinitaria llegó á las narices de la Inquisicion dominica, y anduvieron los familiares olfateando sin que les llegara la camisa al cuerpo; pero el bendito varon se seguia elevando, la gente acudiendo y la Inquisicion brujuleando.

Hasta que por último cansado el señor Nájera, vicario entonces de Madrid, de que el trinitario no acabase de ascender, quedándose siempre á la misma altura, ganó al lego que esperaba al predicador en la escalerilla del púlpito, y éste le contó lisa y llanamente la verdad de todo.

El vicario esperó á que se concluyera el sermon, un dia que predicaba la mision en San Luis, y despues que se hubo marchado la gente de la iglesia, se encerró en la sacristía con el trinitario, y le sacó de debajo del hábito la máquina de las ascensiones; que no era otra cosa sino unos zancos como los que usan los pastores de los Andes, con unos muelles en espiral con los que iba graduando la elevacion.

El trinitario dejó de elevarse y descendió á los calabozos del Santo Oficio, en cuya bajada perdió las carnes que habia ganado con las subidas, y fué conocido en la córte por el *hechicero*.

Al mismo tiempo que el trinitario fué procesado aunque no preso, el célebre escritor fray Manuel Centeno, discreto del órden de agustinos é individuo de la Academia de la Historia, y el *San Benito* que le impuso la Inquisicion fué obligarle á tener siempre la celda abierta sin permitirle el uso de libros ni recado de escribir.

El delito que motivó esta atroz medida parece que fué un sermon de honras que predicó en San Ginés y en el cual dijo, apoyado en la autoridad de algunos santos padres, que la tumba no era un sufragio para el alma sino solo un culto profano, que la vanidad de los deudos rendia á la memoria de los finados.

El cura de la parroquia se subió alarmado al púlpito y dijo:

«Otro dia os predicaré todo lo contrario de lo que acaba de decir este sacerdote indigno, cuyas doctrinas ya se sabe lo que pueden dar de sí con solo recordar que viste el hábito que vistió Martin Lutero, de cuyas máximas impías parece estar empapado.»

La Inquisicion tomó cartas en el asunto, y despues de una larga conferencia, que tuvo el padre Centeno con los inquisidores, en las que pasaron cosas muy curiosas, cuyo relato omitimos por prudencia, el Santo tribunal le condenó á lo que queda dicho.

Por prudencia tambien, y porque no parezca que hemos andado rebuscando abrojos en un campo tan sembrado de flores, dejamos de citar otros casos que se nos vienen á la memoria y que como los ya citados, hemos oido referir á testigos oculares.

Y pudiéramos hacerlo sin escrúpulo, porque esta obra no es de aplausos sino de crítica,

y el señalar los vicios no es negar las ʌ-ɹ tudes.

Habíalas y grandes en las órdenes religiosas, y muy principalmente en las que por instituto se consagraban á la carrera del púlpito. Díganlo las arriesgadas y beneficiosas misiones de Indias, que tan dignas han sido siempre y son hoy aun, de panegíricos encomendados á plumas mas hábiles que la nuestra.

La que traza estos cuadros no tiene otra pretension que la de hacer reir á los lectores, y otra cosa que la risa asoma á los lábios cuando se piensa en los trabajos y peligros, en la casi seguridad de la muerte, que arrostran los frailes cuando llenos de fé y de heroismo, van á sembrar en los incultos corazones salvajes la semilla del Evangelio.

Y esto no es decir que fueran muy civilizados los modestos hijos de Pelayo, que abandonando el culto de la ya entonces célebre Mari-blanca, corrian á oir el sermon del fraile, sino que aquellos aguadores eran hijos de padres cristianos, y no habia necesidad de convertirlos.

Con cuatro latinajos, que no entendian, y cuatro puñadas, de que no se asustaban, se volvian tan satisfechos y tan contritos, que no habia mas que pedirles.

El célebre padre Isla no habia alcanzado otra cosa con su *Fray Gerundio de Campazas* que un

merecido renombre literario. Los caballeros andantes del púlpito, no hicieron gran caso del Don Quijote de Campazas. La ilustracion y los años, que no pasan en valde, han sido la causa de que haya desaparecido algo de la oratoria de aquellos tiempos.

CUADRO CUARENTA Y OCHO.

El erudito, el literato y la marisabidilla.

Antes de dar principio al presente cuadro debemos implorar la indulgencia de nuestros lectores, por una falta que hubiéramos podido prever, pero que sin embargo no ha estado en nuestra mano evitar por las razones que vamos á decir.

Desde que comenzamos á publicar estos cuadros del museo de lo pasado, quisimos retratar al erudito, pero nos pareció que no era una figura tan interesante ni tan linda, que mereciese figurar en primer término, y creimos tambien que como el modelo era el mas desocupado de todos no tendria prisa y á cualquier hora que le buscásemos le hallariamos en el archivo de sus mamotretos.

Creimos mas aun; creimos que habia muerto y que su cadáver nos pertenecia á cualquier hora.

Todo esto se nos antojaba, y hé aquí la razon de no haberle sacado á relucir hasta ahora.

Figúrese el lector cuál habrá sido nuestro asombro al ver que nos hemos engañado de medio á medio.

El erudito vive HOY, como AYER; y amenaza seguir viviendo MAÑANA. Se ha convertido en planta perenne.

Herido de muerte por el papel contínuo y las máquinas de imprimir, ahogado por la imprenta periódica y quemado su cadáver por los diccionarios enciclopédicos, aun ha tenido la habilidad de resucitar de sus cenizas, dándose el nombre de Fénix de los archivos.

Mucho hemos trabajado para identificar su persona, pero ya no nos queda duda de que es el mismo que buscábamos.

Tú le tienes, lector; el erudito de antaño vive ogaño contigo; pídele la partida de bautismo y verás que no te engañamos.

Algo se ha rejuvenecido, aunque sus mañas son siempre las mismas. Por ver la edicion de un libro, que se diferencia de otra que él tiene en un circunflejo ó en un vocablo esdrújulo, será capaz de ir á pié y descalzo desde Madrid á la córte del imperio chino.

Nosotros, sin embargo, no queremos verle;

preferimos retratarle de memoria y por eso hemos solicitado tu indulgencia. No nos importa lo que HOY es, para decirte lo que AYER era.

Empezó por ser un hombre poco limpio y con grande aficion á la descortesía, y acabó por ser sucio y grosero; despreciaba á las gentes que no vivian como él, porque las tachaba de ignorantes, y tenia envidia de los que pretendian seguir sus huellas.

La aficion á los libros fué una enfermedad que contrajo desde niño, por haber vivido mas tiempo que sus compañeros pegado al catecismo y á la cartilla.

Era tardo en comprender y se indignaba de que hubiera quien le aventajase en ciencia con menos horas de estudio.

Jamás admitia discusion con persona de quien no se hubiese informado que tenia las cejas quemadas por el mucho estudio.

Nunca tuvo tiempo para lavarse la cara ni las manos, ni se mudó la camisa, ni se sacudió el polvo de los zapatos; si no le saludaban en la calle no veia pasar á sus amigos, si le saludaban contestaba con un gruñido y seguia impávido hácia algun puesto de libros.

Bastaba que el librero le recomendara una obra para que dijese que era pésima.

La aparicion de un libro moderno le ponia amarillo de coraje y prorumpia en denuestos.

contra el autor y contra la persona que le rogaba que leyese el tal libro.

Siempre que volvia á su casa llevaba como las hormigas alguna cosa al granero; y así en fuerza de acarrear un volúmen diario, tenia su habitacion llena de libros; pero todos antiguos y á ser posible maltratados, que eso aumenta el precio de los libros entre los eruditos; y si habia que suplir alguna palabra, por borrada ó roto el papel, era inestimable. Semejante libro venia á ser la perla de su biblioteca, su códice aureo.

Un libro, que por su mal estado le permitiera decir,—esto *debió ser* — ó aquí *se puede* y *se debe leer* tal ó cual cosa, lo que primero le venia á cuento, era una alhaja y le daba trabajo para mas de un mes. Siendo el hallazgo completo si el tal libro tenia algunas hojas ó algunos párrafos cubiertos con un papel engrudado, sobre el que se leyesen estas palabras manuscritas:

Esto se cubrió por estar prohibido de órden del Santo Tribunal de la Inquisicion, aun para las personas que tienen licencia para leer libros prohibidos. Así consta del decreto de la Inquisicion que se leyó en la dominica segunda de cuaresma.

Por supuesto que el artículo prohibido solia ser la traduccion de alguna égloga de Virgilio ó

cosa mas inocente (1); pero como el erudito rara vez se atrevia á levantar el papel, tenia el libro á sus ojos un mérito indisputable. ¡Pobre del que le hubiese dicho que tenia un ejemplar igual al suyo! ¡Oh! esto no lo sufria el erudito por nada ni de nadie.

Sus libros eran los únicos, y hé ahí la razon de que nadie pudiese saber lo que él sabia.

En los primeros años de su amancebamiento literario, ó mejor dicho librero, le llamaban las gentes el literato, luego el sábio, y por último, el erudito.

Cuando él entraba en la librería, á donde solia ir de tertulia, todos abrian la boca para saludarlecon respeto, y si él abria alguna vez la suya era para maldecir y murmurar de los escritores contemporáneos, que fueron su eterna pesadilla.

En suma: el erudito moria sin haber servido para otra cosa que para decir si en tiempo de Cervantes se escribia tal ó cual palabra con *h* ó sin ella, ó para saber en qué época se introdujeron en España las espadas largas ó los sombreros con hebilla, y esto no lo decia siempre, ni jamás lo dijo sin poner mala cara.

(1) Véanse entre otros libros bizmados con las cantáridas de la Inquisicion, la coleccion de *Diarios de Madrid* de los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX, y se verá en ellos engrudado y entablillado un artículo *sobre la fecundacion de las plantas del Caballero Cárlos Lineo*, y otros por el estilo.

¡Vean vds. si hay razon para que viva el erudito, HOY que las enciclopedias, verdaderas ollas podridas de la literatura, sin torcer el gesto, sin grosería y encuadernadas con lujo, ponen al corriente, á todo cristiano que sabe leer, de cuanto necesita averiguar!

Otra cosa era *el literato*.

Cierto es que no le estaba permitido el mucho aseo de la persona, ni gran dósis de urbanidad, sopena de haber pasado por un tonto, pero era un animal mucho mas comunicativo y dócil que el erudito.

Causaba asombro ver que lo que escribia lo *sacaba de su cabeza*; y ciertamente habria tenido mas mérito sacarlo de los pies, como sucede hoy con el *talento* de las bailarinas, pero al cabo y al fin sacaba algo, y por eso cuando las mujeres pescaban á tiro algun poeta, le decian:

—¿Cuándo me saca vd. algo?

A cuya demanda, si el poeta era improvisador, contestaba con una redondilla ó una décima, que eran los metros favoritos por aquel entonces, y luego se imprimia, nada menos que con esta historia, que solia ocupar mas espacio que el verso:

Habiéndole dicho al autor una dama de esta córte, en cuya casa se hallaba de visita, que le hiciese algunos versos, el poeta tomó el asunto que le daba

la dama al decirle, ¿cuándo me saca vd. algo? y *contestó con la siguiente*:

REDONDILLA

Lo que yo he de contestar
Nise, á tu amoroso ruego,
es que nada he puesto al juego
y nada puedo sacar.

Excusado es decir que la dama no se llamaba Nise, ni siquiera Niceta, pero el calendario mitológico y el pastoril, eran los únicos que servian para el rezo de los poetas y no usaban otros nombres en sus obras.

La redondilla era muy aplaudida y repetida y copiada, y á veces glosada, concluyendo la improvisacion con el acostumbrado fin de fiesta del chocolate, el azucarillo y el bollo de Jesus.

A las librerías tambien asistia el literato-poeta, y de vez en cuando le rogaban los amigos, que sacase un verso á tal ó cual figura ridícula que pasaba por la calle, ó le daban pié para una redondilla.

Si su talento pasaba á mayores y se atrevia á llegar al teatro, acosábanle los cómicos para que les *compusiera* (ó como quien dice remendara) una comedia ó por lo menos un entremes, ó siquiera un monólogo ó una tonadilla.

El poeta que rayaba tan alto, era solicitado en las fiestas reales por el ayuntamiento, para los

versos alegóricos de los arcos de triunfo, y hasta para una *loa*, en la que era condicion precisa que saliese al teatro el rio Manzanares echando una plática con las lavanderas; y que estas dijesen *viva el rey*; y el rio acababa por decir *vivan los soberanos*; con lo cual y con que luego saliese la España entre nubes, para pedir *el perdon de las faltas*, era completa la loa.

Si el poeta tenia alguna instruccion, cosa que no es de rigor entre los hijos de Apolo, pero que entonces no andaba tan escasa como mas tarde anduvo, hacíanle rabiar y no poco los cómicos con sus disfraces. Ya se vé, como que aun no se llamaban artistas, ni tenian derecho al *don*, que entonces no se cotizaba tan barato como ahora, ni se enterraban en sagrado, amortajábanse en despique de tal modo para *salir á las tablas*, que daba pena el verlos.

El manto prendido al hombro con un clavo romano, las trusas, las botas chambergas, el casco y las plumas del tonelete indio, no lo abandonaban aunque les hiciesen pedazos.

Decíanle al poeta que no fuese tonto, que la propiedad histórica era una fruta verde para el público, y que todo lo que podria suceder seria desagradar é incurrir en la bilis de algun criticastro, que saliese con una filípica á los *diaristas*.

Como la imprenta estaba entonces rompiendo á andar, la mayor parte de los literatos se en-

tretenian en escribir romances que luego vendian los ciegos, y anacreónticas para el *Diario de Madrid*, y algunas veces recibian encargo de hacer memoriales en verso, con cuyo trabajo solian sacar un jornal mediano.

Esa era la vida del literato que no se mantenia exclusivamente de hacer coplas, sino que tenia el oficio como una ayuda de costas, porque el sueldo de la oficina ó sus rentas, que aunque parezca inverosimil habia algun poeta propietario, no le cubrian todos los gastos.

La marisabidilla ó la doctora, que era un apéndice del literato, no se reducia á otra cosa sino á una mujer que presumia saber latin, que aspiraba á casarse para dar honra y prez á su marido, disputando con los sábios, mientras él reñia con las criadas y con el ama de cria y con los chiquillos, y que pasaba en el despacho todo el tiempo que debia gastar en la cocina.

En vez de coger la plancha, cogia el Arte poética de Horacio; cuando debia enhebrar una aguja, ensartaba un trozo de Ovidio; y dejaba de despumar el puchero por depurar la Eneida de Virgilio.

Saludaba á los frailes en latin, se incomodaba con su marido porque decia Dios te ayude y no *Dominus tecum*, cuando estornudaba, y regañaba con todas las gentes de la casa, porque decia que eran muy *exteriores*.

Y con esto quedaba tan satisfecha, como cuando decia á la criada que cerrara los *pinos* y descorriera los *linos*, porque el viento era tan *excéntrico* y tan *misántropo* que iba á *desflorar* la *epidermis superficial* de los *objetos leñosos* de la sala.

Era, en suma, lo que son todas las mujeres que arrojan su talento por la ventana, cuando creen que les ha de estorbar para adquirir el que la naturaleza, no la sociedad como dicen esas doctoras, ha querido vincular en los hombres; era el tormento de su esposo, la desgracia de sus hijas, y la diversion de los extraños.

Tambien ese modelo de AYER se nos ha venido al museo de los cuadros de HOY, pero no sabe latin.

Sabe eso menos.

CUADRO CUARENTA Y NUEVE.

Bandera española.

Es la córte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la córte
las Maravillas.
Anda moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.

(*D. Ramon de la Cruz*)

Ancha de popa, largando trapo, virando menudo y haciendo fuego á los bu ques piratas, no hay que preguntarla de dónde viene.

Es nave madrileña, se botó al agua en el apostadero de Maravillas, trae cargamento de sal, alija por donde quiera que pasa, y no adeuda nada en bandera española ni extranjera.

Va libre de derechos, aunque nó de registro,

por todos los mares del globo, á su paso se ensanchan los estrechos, y todas las costas la ofrecen un puerto franco donde alijerar el bulto.

Cuando vira de costado no cabe en el Occéano; si abre la escotilla se traga el Mediterráneo; al ver su Santa Bárbara se alborota el Pacífico, y con la espuma que arroja se queda blanco el mar Negro.

Los ingleses la adoran, los franceses la tiemblan, los alemanes la envidian, y los rusos la tienen por una divinidad mitológica.

Ella en cambio los trata á todos del mismo modo; no hace caso de ninguno. No cree que hay mas mundo que España, y unas minas de oro en el mar que llaman las Indias; ni mas patria que Madrid, ni otros barrios que Lavapies y las Maravillas.

Todos le parecen iguales y á todos los llama *nacion*.

La botaron al mundo de los cristianos en la pila bautismal de San Lorenzo ó en la de San Ildefonso, y salió tan cargada de sal, que vive derramando mucha y la que hoy le queda no es poca.

Pero HOY está medio desarbolada y rota, sin hallar quien se atreva á carenarla, y aunque no falta quien la tripule y quiera salir con ella á bonanza, es probable que se abra por fin el casco y se hunda en los mares del MAÑANA.

El vapor la tiene mareada, y no podrá resistir al empuje de la chispa eléctrica.

Morirá por fin la nave mas galana de cuantas han surcado los mares de la hidalguía y del valor castellano, pero morirá abrazada á la bandera española, como murió Sanson arrastrando consigo el templo de los filisteos.

Mientras llega ese dia aciago, esa hora de luto para el pueblo de Madrid, clavaremos en nuestro tintero la bandera española, y encomendándonos de todo corazon á los ilustres manes de don Ramon de la Cruz, pintaremos el cuadro de LA MAJA, no sin enjuagarnos primero la boca con esta seguidilla:

Es la córte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la córte
las Maravillas.
Toma castañas,
verás que gusto tienen
á resaladas.

Y ya que está templada la vihuela y tenemos la masa en las manos, no empezaremos el cuadro sin decir con fervor esta otra:

A una maja idolatro,
porque las majas,
corresponden con todas
las circunstancias;

y en las usías
son las correspondencias
falsas ó tibias.

Aire de taco, mirada de ¡válgame Dios!, la frente erguida, el pecho elevado, el talle recogido, el pié pequeño y la mano menuda, escupiendo por encima del hombro y

constipando á los necios,
que andan de sobra en el Prado,
con el aire de su cuerpo,

he ahí el retrato de la mujer morena, que cubierta la ancha trenza de sus negros cabellos con la vistosa moña de seda y plata, y abrochado el jubon de raso sobre sus anchas espaldas, con unas sayas cortas y negras, recamadas de azabaches y abalorios, caida la mantilla sobre el cuello, y calzado el breve pié con el zapato de terciopelo blanco, cruza ligera todo el ámbito de la córte, llevándose de calle cuanto encuentra al paso.

No hay ojos que no la sigan avaros, ni corazones que no la rindan su albedrío, ni piernas que no se vayan detrás del aire de su zagalejo; relamiéndose de gusto los hombres al aspirar la sal que en la calle deja, y mordiéndose las mujeres los lábios de coraje, por la ventura que les obra.

Es el terror de las casadas y el sobresalto de las doncellas, y no hay matrimonio en paz, ni yerno posible, cuando se propone dar jaque á una esposa, comiéndola el marido, ó pone en jaque á una madre, soplándole el novio á la chica.

Pero no es ella mujer de tales intenciones, ni es el libertinaje y la disolucion su oficio, como equivocadamente suponen los muchos escritores que se han ocupado de roerla el guardapies, incluso su especialísimo y entendido fisiólogo don Ramon de la Cruz.

Este distinguido poeta cómico, calumnia á las majas y á todas las mujeres del pueblo bajo de su época, suponiendo que todas tenian cortejo, y lo que es peor y menos cierto aun, que lo tenian por interés y con el inverosimil y ridículo consentimiento de sus maridos; que á juzgar por los retratos que de ellos hace el poeta Cruz, eran todos unos pobres corderos; incapáz ninguno de ellos de batirse, como mas tarde y ya viejos lo hicieron todos, contra las aguerridas huestes del coloso del siglo.

La maja va siempre por su camino, sin volver la vista atrás para ver los corazones que deja penando, y las piernas que la van siguiendo.

Y bien pueden alegrarse de que lo haga así, los usías y los abates que la acosan y la galantean, porque si de otro modo lo hiciera, habria..

lo que hay cuando está de buen humor y no le dá la *rial* gana de llevar acompañamiento.

Detiene repentinamente el paso, vuelve la cabeza sobre el hombro izquierdo, y sin mover el cuerpo, con las manos apoyadas en las caderas, se encara con el acólito, le mira de arriba abajo, se rie con aire de lástima, escupe, dá una patada sobre la saliva, y sigue su marcha triunfante.

Si el galan conoce el terreno que pisa, baja los ojos y escapa avergonzado, sin que por esto se libre de oir una carcajada ó algo mas; como por ejemplo aquello de:

—La del humo; que se *jué* y no *golvió*.

Si es por el contrario principiante y no conociendo el significado de la escupitina, se obstiva en seguir detrás de la maja, ella se vuelve con desenfado y le dice:

—Muchacho, vete á remangar la cola á doña usía la señora marquesa del *pan pringao*, que yo voy de trapillo y no quiero page.

—Pues yo seré tu lacayo, hermosa, la dice el galan acercándose todo turbado.

—¡Arre allá! le replica la maja, desviándole con brio, ¿no ves que no tengo coche?...

—Yo te compraré cuantos quieras.

—¡Quiá!... ¡si *matonto!*... ¡con el meneo!...

—Te llevaré en silla de manos.

—Tengo miedo.

—¿Quiéres que te compre dulces?

—Me empacho.

—Iremos á la botillería.

—No lo gasto.

—¿Y á la hostería?

—Me dan asco los pasteles.

—Pues dí que quieres, ¿resalada?

—Que se quite vd. de enmedio, y que se limpie la baba que le está ensuciando la chupa.

—¿Nada mas quieres?

—Que se corte vd. los rabos del balandran.

—¿Y así seré tu cortejo?

—Si cuando haya parido el navío, que lleva usted en la cabeza, me guarda vd. la cria, hablaremos.

—Eres muy graciosa, la dice el señor riendo.

—Y vd. muy salao.

—¿Conque te gusto?

—Me gusta vd.... de lejos.

—Vaya, no seas esquiva... déjate querer y verás como te compro arracadas y aderezos.

—¿Con *peto*? dice la maja riendo.

—Con todo lo que tú quieras.

—Pues váyase vd. al Perul á arrancar el oro, y veré si me gusta la color.

– Lo tengo en casa acuñado, y aquí en el bolsillo algunos doblones de á ocho.

—¡Sí!... pues vaya vd. corriendo y déselo á ese *nacion* que anda por el rastro quitando man-

chas, para que le limpie el cuello de la casaca; pero no deje vd. de vender la grasa á la *sebera*, que es mucha y la pagará cara.

Si cansada de esta burla sigue la maja su camino y el galan insiste en seguirla, entonces vuelve todo el cuerpo, se pone en jarras delante de él, y con gesto risueño, pero amenazador, le dice:

—¿Ha mudado vd. ya los dientes?

—No entiendo la pregunta.

—Pues si no quiere que se los quite de una bofetá, le aconsejo que se largue de aquí con viento fresco.

Del amago al golpe hay poco trecho; si el galan no vuelve grupa al punto, le estampa con admirable frescura los cinco mandamientos, como ella dice, y sigue su camino como si tal cosa hubiese pasado, cantando cuando mucho esta copla:

Un arriero en un meson
llamaba porque le abrieran,
y al fin llamó tantas veces
que le abrieron... la cabeza.

Los encuentros mas formidables son los que tiene con las mujeres de su propia clase, sobre todo si hay celos de por medio; cosa muy comun entre las majas, no porque la fragilidad sea muy general en ellas, sino porque aman con tanto

fervor á *su hombre*, como ellas dicen, que tienen envidia hasta de que otra mujer le nombre siquiera.

—Dios te guarde, Alifonsa, dice Pepa con cierto retintin precursor infalible de la camorra, y muchas gracias por el cuidiao que te tomas con las honras agenas.

—Mira, chica, si es que tienes algun sentir conmigo me lo dices mas pronto que la vista y al avio... que ya sabes que me repunan las ritóricas y los arrodeos.

—Pus, mujer, ¿hablo yo latin ó gringo? ¡No te he dicho que muchas gracias!

—¡Bien y qué! ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada... que estoy muy agradecia al cuidiao que te tomas por la honra de mi mario... Ya se vé, como que si él debe algo en la taberna lo vas tu á pagar, ¡pues ya!...

—Mira, chica, ese será algun chisme y hablando se entiende la gente.

—Por eso hablas tú tanto de mas.

—Te pediré licencia, si te parece, dice la Alifonsa con sorna.

—A mí no, mujer, sino que otra vez cuando vayas á tomar á mi hombre en boca, te la enjuagas.

—Con agua de rosa.

—No, con arquitran que es mas durce.

—¿Y quién me ha de dar esa melecina?

—Esta mano, replica la Pepa, levantando la izquierda, y si te parece mala esta otra, añade descargando la derecha sobre el carrillo de la Alifonsa.

Pero ésta que no es manca, la sacude otro pescozon; y á bofetada seca *se hacen la colorada*; hasta que por fin se agarran de los cabellos, quedándose no pocas veces con un rizo en la mano, y concluye el duelo por caer la mas débil en poder de la otra. En cuyo caso la sujeta la cabeza entre las rodillas, y á telon descorrido la llama á otra parte el calor de la cabeza.

Azares tan frecuentes entre las majas, que el año de 1808 llevaron ante un general francés á dos mujeres que se estaban azotando, y habiendo dicho el general que no habia visto nunca dar azotes, una de ellas, dobló sobre la rodilla á la otra, y dijo:

—Pues mire usía, señor, esto no tié náa que hacer... se hace así.

Y en presencia de todos, volvió á vapulear á su contrincante.

Reúnense tambien en cuadrilla las de un barrio para pelear con las de otro, pero siempre igualando las fuerzas, y en estas acciones de guerra, que dieron motivo al gracioso sainete de *Los bandos del Avapies ó la venganza del Zurdillo*, toman siempre parte los hombres, concluyendo la broma con un fin de fiesta, que improvisa el

alcalde de barrio llevando á los personajes á la cárcel.

Pero no queremos seguir allí á las majas, porque habríamos de entrar en polémica con sus detractores al encarecer los generosos sacrificios que hacen y la abnegacion con que procuran que nada falte á sus maridos; llevados allí muchas veces por el exceso de sus vicios, y el mal trato que dan á esas mismas mujeres que tanto se afanan por mantenerlos.

Ellas ganan el pan para los hijos de un padre, borracho las mas veces, vendiendo fruta y verduras, guisando callos, asando castañas, y por último, cortando carne, que las carniceras, ó mejor dicho las cortadoras, son las verdaderas majas.

La que tiene *una tabla* en una plazuela, y se levanta de la cama con estrellas en invierno para manejar, con su pequeña mano cubierta de sortijas, la pesada cuchilla del oficio, es la que inocentemente ha dado márgen á que se haya bastardeado y corrompido el tipo mas noble y mas virtuoso de la clase baja madrileña.

Las galas y las joyas que ostentaba los domingos, merendando con su prole y sus conocidos en la pradera de la Teja, despertaron la envidia de algunas señoras de la aristocracia, que no veian en aquellas honradas mujeres otra cosa que el traje, y le declararon de moda.

Mas tarde, otras mujeres del pueblo bajo,

vieron que la saya corta y el jubon con alamares y la moña y el zapato bajo y el pañuelo torcido y la mantilla terciada, eran un buen anzuelo para los hombres y tomaron por oficio lo que no era otra cosa que un traje y un desahogo justo del trabajo de toda la semana.

Esto es lo que ha confundido á algunos escritores, hasta el punto de hacerles calumniar á unas mujeres, cuyo aparente desenfreno no es indicio de otra cosa, que de la franqueza y de la naturalidad de sus costumbres.

Don Ramon de la Cruz tuvo razon cuando en su gracioso sainete de *La maja majada*, puso en boca del alcalde estos versos:

Que valiente gentezuela,
¡cuánto para dirigirla
es menester conocerla,
y las ridículas causas
de sus chismes y quimeras!

Indudablemente esa clase del pueblo no ha sido bastante estudiada ni por los escritores ni por las autoridades. Don Ramon de la Cruz la conocia bien, pero á nuestro juicio se apresuraba á apostrofarla con epítetos denigrativos y á presentarla llena de vicios, por el miedo que tenia á los críticos de su época; que aun así y todo, le acusaban de estar *encanallado*. No tuvo el suficiente valor para decir toda la verdad, y bien

pudiera haberlo hecho quien contaba con tan justo favor en el público. Si su objeto era corregir y contener la desbandada de los usías hácia las majas. mejor lo hubiese logrado pintando el desden con que la mayor parte de aquellas mujeres los recibian, y no repitiendo siempre el cuadro inverosímil, de que la mujer de un albañil ó de un picapedrero, estuviese llena de alhajas, regaladas por un marqués, con licencia y consentimiento del marido; tan bonachon y tan tonto, que despues de todo lo que veia aun seguia trabajando.

No era esa mujer la maja por quien hemos alzado la bandera española, y á la que vamos á seguir en los cuadros siguientes, á los toros, y á un dia de campo; terminando el presente con esta seguidilla, que la hemos oido entonar mas de una vez:

Quien no vive en la calle
de la Paloma,
no sabe lo que es pena
ni lo que es gloria.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los comes.

CUADRO CINCUENTA.

Pan y toros.

> ¿Quién dejará de concebir ideas grandes de nuestros nobles afanados en proporcionar estos bárbaros expectáculos, honrar á los toreros, premiar la desesperacion y la locura, y proteger á porfia á los hombres mas soeces de la república?
>
> (*Jovellanos*).

De mal humor estaba y no habia pisado buena yerba en el camino, el célebre don Gaspar Melchor, cuando predicó su famosa oracion de *Pan y toros*.

Con el pretexto de ir á la plaza á ver la fiesta, la toma con los moralistas y con los filósofos y con los médicos y con los abogados, y lo que es peor aun, con los inofensivos boticarios. Pica sin piedad al ejército, rejonea á los nobles, clava

banderillas de fuego á la plebe y dá una estocada mortal á los teólogos maravillosos, arrastrando por último la gran fiesta nacional, hasta el extremo de decir de ella que hace imposible el trabajo, y que solo sirve para fomentar la holganza, el vicio y la crueldad.

Breve pero compendiosa es la plática que en *defensa del estado floreciente de la España*, pronunció el señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, por los años de 1796.

De mal humor, volvemos á decir, estaba el eminente hombre de Estado, al empuñar la pluma para picar los toros desde su bufete.

Al ver como se lamenta de que en la plaza de toros estuviesen *mezclados con ningun recato*, los dos sexos, se nos pasan ganas de creer que algun *chispero* le habia soplado la dama, ó que ésta, vestida de maja, se le escapó en busca de algun *osado barbero*; ó que en la corrida anterior le cupo en suerte estar al lado de algun *eclesiástico aficionado*, ó de algun *petimetre lascivo*, ó que le sucedió cualquier otro percance de los infinitos que señala y condena con tono acre y fruncido ceño, en su famosa perorata.

Algo debió ocurrirle cuando tan fuerte clamó contra ese inocente expectáculo nacional, que la moderna civilizacion española guarda como oro en paño, enalteciendo á sus héroes hasta un punto que su propia fantasía no les permitió soñar.

¡De poco se asustaba el buen don Melchor! Hubiera él tenido la suerte de vivir cincuenta años mas (longevidad que nos habria sido muy útil y muy grata), y hubiese visto cosas hartas para dejarle tamañito.

Lástima es y grande, que no pueda ver las fiestas de toros de HOY, quien tanto se asustaba de las que se hacian AYER.

¡Qué diria el buen don Gaspar, que se lamentaba de que el expectáculo de las corridas de toros *embotara y adormeciera en los magistrados toda idea de libertad civil*, al ver que esa misma libertad es la mejor nodriza que jamás han podido tener las funciones de toros!

Si viera que el pueblo es mas toreador desde que parece ser mas libre, y que mejor sufrimos las vacaciones del Parlamento, que las de la plaza de toros ¿podria repetir «que solo á un pueblo esclavo se le podia dar el expectáculo de los toros, y que *la inadvertencia del gobierno le ponia en estado de sacudir el yugo*?»

Ni eso, ni nada de lo que entonces dijo se atreveria á decir ahora, porque le habria vuelto el buen humor al oir cada lunes la gritería de la plaza, y cada sábado los lamentos de los que mueren estrujados por alcanzar un billete, y los martes, los miércoles y los jueves, las disputas y los duelos á muerte sobre los lances de la corrida, y el viernes los arañazos y las palizas por alcan-

zar un programa de la funcion, y los domingos las carreras de los omnibus qua llevan la gente á saludar el ganado que ha de morir el lunes. Y los retratos de los toreros formando parte, y parte principalísima, en las galerías fotográfico-biográficas de los hombres célebres de España.

Con esto y con saber de camino que el pueblo es ya libre, y enterarse al paso de que va vencida la primera mitad del siglo XIX, habria rasgado todos sus proyectos políticos, y los autos acordados y todas las leyes antiguas y modernas, y hubiese dicho, no con tono irónico como entonces lo dijo, sino con sinceridad y de buena fé:

PAN Y TOROS,

novísima recopilacion de las leyes de España.

Y aun si á lo de España hubiese añadido é Indias, tambien habria tenido razon; porque ha de saber el señor don Gaspar, que no solo hemos construido una plaza en todos los pueblos de la Península, hasta en los que carecen de escuela, y de casas consistoriales, y hasta de médico y botica, sino que en nuestras posesiones ds Ultramar tambien se divierten lidiando toros.

La experiencia es madre de la ciencia, señor don Melchor, y como dice nuestro distinguido

poeta Breton de los Herreros, en una de sus buenas comedias:

> Para aprender á vivir
> no hay cosa como morir,
> y resucitar despues.

Pero está visto que Jovellanos tenia mal humor cuando escribió tan amarga crítica, de una diversion tan propia de los pueblos cultos; pues con serlo hoy mucho la Francia anda desatinada por podernos robar el privilegio del uso; ya que no es posible hacerlo con el de la invencion, que nos pertenece, y lo disputaremos en una guerra internacional si necesario fuere.

Es la única herencia que nos han sabido guardar los archivos, y merece que la conservemos y la mantengamos con la punta de la lanza.

¡Con que es bueno que Felipe V, que como soberano y señor de estos reinos, y dueño absoluto de hacer de su capa un sayo, siendo la capa el pueblo español, se contentó con torcer el gesto y quitar las lidias de la Plaza Mayor, donde solo se tenian dos ó tres veces al año, dejando que el pueblo las tuviese donde mas le acomodara, y hemos de perder nosotros una gloria nacional á tanta costa ganada y de suyo tan divertida!

¡Pues no faltaba mas! Nada de eso, Siga el mundo conforme va, que no va del todo mal.

A fé que Jovellanos hubiese podido colocar las corridas de toros á la altura que puso los torneos y las justas, en su *Memoria sobre las diversiones públicas*, con solo tomarse la pena de asomarse al balcon un lunes para ver el cuadro que presentaba la casa de su vecina.

Era su vecina nada menos que Pepa la Salada, hija de Petra la Rumbosa, hermana del famoso Juanito Mata-siete y mujer del célebre cortador Menegildo Bofes (alias) el Chato.

Era lunes y habia madrugado para *ir á la tabla*, á servir á los parroquianos la carne que le pedian y el hueso que no necesitaban, y no se descuidó en volver á su casa, á donde la esperaba Curra la Peinadora, para ponerle la cabeza hecha un primor del arte.

No entraba el lunes en cuenta y Pepa dió á la peinadora un mejicano, y aun hay quien dice que la miró á la cara con ánimo de regalarle otro, si no quedaba contenta con el primero.

Aguardándola estaba Colasa la Zapatera con un par de ellos blancos y cosidos con primor, aunque no de resistencia, porque ya sabia que iban á desecharse el martes, y con otra moneda de veinte reales, le pagó Pepa su trabajo, despues de habérselo calzado sobre una media de seda ca-

lada, de las que entonces valian dos doblones de á cuatro.

Vistióse en seguida la bordada ropa blanca, que á prevencion dejó la víspera tendida sobre las sillas, se ciñó á la cintura la rica saya de raso azul, toda recamada de azabaches y abalorios, se ajustó al cuerpo el gracioso corpiño de raso verde, adornado con las hombreras de azabache y los alamares de seda; y asi vestida con la rica moña colorada con fleco de plata, unas magníficas arracadas de diamantes y diez ó doce cruces y relicarios al cuello, pendientes de un collar de aljofar, se asomó al balcon, donde aguardando la calesa, se entretuvo en engarzar los dedos con mas de veinte sortijas, todas de gran valor.

El calesin no tardó en asomar por la esquina de la calle, con la capucha tirada á la zaga y orgulloso el calesero y aun el caballo del flete que traian consigo y del que iban á tomar.

La maja que venia á recoger á Pepa la Salada, no lo era menos y bastará decir que la llamaban la Relumbrona, para que sepan los antiguos pollos y pisaverdes que hablamos de la célebre Rosa la Tripicallera, lucero de Avapiés, envidia del Rastro y causa de celos contínuos en las elevadas regiones de la ilustre nobleza madrileña.

Eran Pepa y Rosa íntimas amigas y las llamaban en la córte las majas de acero, porque todos cuantos grandes señores las querian ser-

vir de cortejos, salian mas ó menos heridos de sus afiladas y espeditas lenguas.

—¿Por qué no lo has dejado para mas tarde? gritó Pepa apenas divisó á su amiga.

—¿Pus qué hora es? replicó Rosa, ¡si es mu trempano!

—Aun tienen vds. una hora, dijo un viejo tendero, que encogido de brazos y estirando el hocico se relamia al ver las majas.

—Estimando, don Lesmes, dijo Pepa; ¿no va usted á la corria?

—A la tarde hago ánimo de descolgarme por allá (Dios mediante) á vér sacar los toros por el arrastradero.

—¿Y no vé vd. la fiesta?

—Es cara comida para estudiantes.

—¡Mia tú el probecillo.... y tié mas onzas de oro que puede arrastrar un terremoto! dijo la Relumbrona.

Y dirigiéndose á su amiga añadio:

—¿Abajas tú ó quiés que yo suba?...

—Aspérate que ya voy, contestó Pepa.

Y terciándose la mantilla, cerró la habitacion, entregó la llave á una vecina, y poniendo el pié en la rodilla del calesero, subió al calesin.

El tendero se relamió de nuevo y siguió con la vista al calesin, diciéndose á sí mismo cuando hubieron vuelto la esquina:

—¡Qué mal están con su dinero estas gentes!

Los maridos por su parte lo menos que gastarán hoy será un doblon de á cuatro cada uno; y ellas, ¡no se diga! El coste del traje, cuarenta reales del calesin, y á la tarde otros tantos y la merienda. ¡Qué lástima de dinero!

Pero las manolas, que no pensaban del mismo modo que don Lesmes, atravesaron gozosas y alegres las principales calles de Madrid, llegando por fin á la plaza de los toros, donde para ver la media corrida de la mañana tomaron asiento en un tendido de sol que les costó *dos reales*.

Ni de la lidia de los seis toros de la mañana, ni de los doce que se corrian por la tarde es nuestro ánimo decir una sola palabra. Son demasiado conocidas estas fiestas para que necesiten que se hable de ellas, y lo que dijéramos seria inconveniente, porque segun el sentir de los aficionados, hoy va perdiendo mucho terreno el arte que valia mucho mas AYER que solo era oficio.

Nuestro ánimo no ha sido otro que el de continuar en este cuadro el retrato de la manola que empezamos en el anterior.

Ya la ha visto el lector entrar en la plaza, y seria larga tarea observarla y copiar su gracejo en los diferentes lances de la lidia.

Tiene siempre su espada favorito; hace por él apuestas de consideracion, regaña con los que no

le aplauden, y se irrita contra la autoridad cuando es tan torpe que no sabe dirigir la lidia.

Y le sobra razon á la manola. ¡Buena autoridad será ella cuando no sabe si el toro necesita que le sigan picando ó que le pongan banderillas!

—¡Y á esos hombres, dice, los hace el rey alcaldes!... Valiente bruto será usía, añade gritando, cuando no se le discurre lo que está pidiendo ese toro. ¡Lástima de rejonazo en su alma de usía!

La mayor parte de las mujeres que ocupaban los tendidos vestian de majas, pero en cada uno de ellos habia una ó dos que llevaban la voz, y las demás gritaban lo que aquellas querian.

Si el rey asistia á la plaza, le daban cuatro vivas pidiendo otro toro, y se les concedia fácilmente.

El mérito de la lidia no consistia entonces como ahora, en el mayor ó menor número de caballos muertos; pero se alegraban de que muriesen muchos y esto era natural; cuantos mas caballos morian en una temporada, mejor era en aquel año la funcion que se hacia al *Cristo de los Traperos*, en la Concepcion Gerónima.

Los cofrades destinaban para esa fiesta el producto de las colas de todos los caballos que morian en la plaza de toros, y la funcion era magnífica.

Seguramente que Jovellanos ignoraba esta circunstancia cuando se incomodó porque el pueblo tuviera bastante vida intelectual y física con solo asegurar el Pan y los toros.

Si nuestro célebre Jovino hubiese pensado en el Cristo de los Traperos, no habria renegado de los toros.

CUADRO CINCUENTA Y UNO.

Fandango y broma y arda la casa toda.

Aqui teneis un cuadro que no llegó á serlo, pero cuyo asunto es sin disputa el mas curioso de la coleccion.

Fué hallado en la cartera de un pintor famoso, compañero del célebre y nunca bastante celebrado Goya, y es conocido entre los inteligentes y apasionados por la mesa revuelta. Título el mas propio que pudieran darle, porque siendo una heterogénea reunion de bocetos, en todos se come, se bebe, se canta y se baila; constituyendo cada uno de ellos y todos reunidos, la verdadera francachela de la gente de bronce.

Es, en suma, el verdadero calendario español, el almacen de festividades que tanto ha dado que

decir á los extranjeros; con especialidad á los ingleses, cuyo ridículo mal humor apenas comprende que el hombre que ha trabajado el sábado, necesite descansar el domingo para volver á trabajar el lúnes.

Siempre con el reló de arena colgado en las narices, jamás les ha ocurrido á esos horteras del universo, sumar las horas que diariamente les hace dormir el padre Noé, para convencerse de que no son ellos los que trabajan mayor número de horas al año.

Pero allá se las hayan los hijos de la Bretaña grande, con sus botellas y sus relojes, que como decia una manola, amiga nuestra, en cada catedral se repica á gusto del sacristan, y mas aire hace un español cuando *reguelve* la capa, que toos los fuelles micánicos de los gringos.

Y tenia razon la manola, porque ni los labradores de España, que arrojaban el arado y tomaban las castañuelas ocho ó nueve dias cada mes, llamaban á ningun extranjero para que les labrase la tierra, ni por oir misa con devocion y echar una ronda los dias de fiesta, dejaban de coger todos los años una abundante cosecha.

Pero repetimos qne no es de nuestra incumbencia, ni quiera Dios que lo sea nunca, el disputar con esos señores agrimensores del tiempo, sobre qué nacion es mas trabajadora, si la española ó la inglesa. Cuando ellos tengan una frac-

cion decimal siquiera, del sol que nosotros recogemos á espuertas, entonces hablaremos; mientras tanto, que se entretengan en envidiarnos estos bocetos:

Año nuevo, vida nueva. El dia 1.º de enero, como que llovia sobre mojado, es decir que las gentes se hallaban hartas de diversiones y de holganza, hacian un propósito firmísimo de la enmienda, aunque sin enmendarse desde aquel mismo dia, porque como era festivo menester era emplearle en santas obras. Como por ejemplo, ejemplo que entonces estaba muy á la mano, en ir todos de casa en casa, deseándose unos á otros *buenas entradas y salidas de año*, y comiendo y bebiendo en casa del prójimo, como si no se hubieran desayunado en la suya propia.

A esperar los reyes; iban el dia 5 del citado mes cargados de cencerros, con hachones de viento y escaleras de mano, y esta era la diversion favorita de las gentes del pueblo; á las cuales honraban con su presencia en los balcones las damas mas principales de la córte. Divertíanse las gentes de la fé en abusar de la que traia consigo el mozo de servicio recien llegado de la tierra, y era de ver y de admirar, el entusiasmo y el regocijo del presidente del Consejo de Castilla, y el de otros señores de no menos prosopopeya y campanillas, que convidaban á sus amigos para que asomándose á las ventanas y dando dien-

te con diente de puro frio, aguardasen una hora y aun hora y media, á ver pasar un peloton de hombres que ébrios de alegría y de vino, con el rostro tiznado y envueltos en sucias esteras, daban ahullidos salvajes y hacian cien gestos ridículos, al sofocante resplandor de las teas y los hachones. Muchos dias antes de esa escena el amo de la casa habia llamado misteriosamente á la carnicera ó al dueño de la tienda de mercería, para decirles—que tenia un criado muy *inocenton* al cual era preciso que con maña le fuesen engañando, para hacerle creer que los reyes magos venian á Madrid de noche y repartiendo dinero; y que no tuviesen cuidado, que si á él le preguntaba, para que le dijese la verdad, él completaria el engaño, siendo de su cuenta pagar el vino que se gastara en semejante diversion. El criado de servicio, el mancebo de la botica, y el mozo de la tienda, se dejaban engañar ó se engañaban de veras y arrastrando cencerros corrian por las calles mas principales de la córte, sirviendo de diversion á las gentes que los observaban y los aplaudian desde los balcones. Esas carreras eran las carreras de caballos de aquella época.

Las vueltas de San Anton, eran carreras tambien; pero se daban á la luz del dia 17 de enero en las calles de Fuencarral y de Hortaleza, y allí era de ver al labrador del pueblo inmediato con su par de mulas llenas de moños y de campani-

llas, confundido con el lacayo del obispo, que llevaba las del coche de S. I., no menos engalanadas y compuestas, que la del tahonero y la de la noria; y entre aquellas pobres bestias se paseaba muy horonda y muy llena de lazos la burra de la huevera, y el burro del yesero, y los buchecitos de la verdulera. Pero entre todos los animales que corrian de un lado á otro, brincando de alegría al acercarse á la santa reja, donde el fraile escolapio revestido de estola y sobrepelliz, bendecia la cebada y los panecillos del Santo, eran de ver el matachin de la plaza de los toros, y el chulo de los caballos, y el calesero, y algunos otros tratantes en bestias de mayor cuantía; todos en traje de fiesta, cabalgando sobre jacas de dos cuerpos vistosamente arreadas, y llevando á la grupa cada cual á su cada ella, todas chorreando alamares de plata y flecos de seda, y broches de abalorio, con su pantorrilla de diosa Venus, su pie de Cupido, su talle de mimbre, su garganta de nieve y sus ojos de fuego. Allí era de ver á la maja saltar del jaco para besar la mano al fraile que bendecia la cebada; y recogidos en un saco dos celemines de ella, echar un doblon de á cuatro sobre la bandeja, y con el pie sobre la rodilla del manolo ponerse de un brinco sobre la cabalgadura, y salir de estampía por la calle de Hortaleza, hasta detenerse en un puesto de bollos y gastar un peso duro en *panecillos del Santo.*

La ermita de San Blas, la de San Dámaso, y el Cristo de la Oliva y la Vírgen del Puerto, y San Antonio de la Florida y Santa María de la Cabeza, son otras tantas festividades que no podia dejar de solemnizar el pueblo de Madrid; y mientras la maja encomendaba á un santo la garganta y á otro las piernas, pidiendo al Cristo que la librase de morir en un camino, y á la Vírgen de ir á galeras, y á San Antonio de que la hiciera un desamor su majo, dos robustos mozos la seguian cargados con los cestos de las provisiones para comer expléndidamente en el camino.

Pero todas esas romerías no eran sino preludios de la gran fiesta campestre, con que los hijos de Madrid celebraban la de su Santo patrono Isidro Labrador. Aquella fiesta, con su víspera y su octava, si que era digna de los veinte y cinco doblones que en ella gastaba la maja, y de que por ver ese rumbo y por divertirse cada uno á su modo, vinieran á la córte las gentes de todos los pueblos de la provincia, y las calles de la coronada villa quedaran desiertas, por trasladarse toda la poblacion á la ermita del Santo. La maja, que era la verdadera heroina de esas funciones, como que se tenia por la madrileña mas legítima y de consiguiente, por la mas obligada á festejar al Santo patron, fletaba de su cuenta una calesa y aun le decia al calesero que no temiera reventar el caballo, que de su cuenta iba tambien si se

reventaba, y á la pradera se iba desde las primeras horas del dia 15 de mayo, á estender sus reales para el almuerzo y la comida, en el sitio que la víspera habia acotado por suyo. Y despues de comer y de dar comida á cuantos pobres se le acercaban, hacia gran provision de cacharros y de botellas de licor, para tener el gusto de quebrar uno de los primeros en cada esquinazo de la córte, y regalar los segundos á los amigos que encontraba al volver á su casa; en la que entraba cantando esta copla:

De San Isidro vengo
y he merendao;
mas de cuatro quisieran
lo que ha sobrao.
Ha sobrao jigote
y arbondiguillas,
cuatro liebres, un pavo
y seis gallinas.

Las verbenas, que hacian pasar en vela gran parte de la noche al pueblo de Madrid, eran verdaderas veladas para la maja, que comia, bebia y bailaba, hasta dejar sobras de lo primero y caer rendida con lo segundo, las vísperas de San Juan, de San Pedro, y sobre todo de San Lorenzo, que como era santo de su misma barriada le tenia especial devocion.

En Carnaval se divertía cada prójimo en en-

gañar al otro, y con mascarilla, ó sin ella, se daban *garbanzos de pega*, *cerillas de pega*, *papel de fumar de pega* y *cartas de chasco*; cosas todas que para mayor disimulo se vendian á voces por las calles. En las visitas se daban caramelos amargos, y frutas preparadas con acibar, y se untaban los picaportes, y se hacian otras gracias por el estilo, conque reian no poco aquellos risueños mortales. La maja se plantaba en mitad de la calle á poner *mazas* y *rabos* á todos los transeuntes; y como el alguacil ha sido siempre la pesadilla de cierta gente, cuando pasaba alguno de ellos tambien le ponia su maza, y aun si no se la dejaba poner le gritaba aquello de—dáca la maza... que la lleva... el borriquito... que vá á la plaza... y cantaba con insolente, aunque gracioso descaro:

Hoy son Carnestolendas
y todo pasa,
y hasta los alguaciles
dacan la maza.

Tambien la tomaba con el alguacil ó ministro de justicia, cuando en esos mismos dias de Carnaval manteaban un hombre de trapo que llamaban *pelele*, cantando esta copla:

Coge, chica, el pelele,
cógele, que se va,
cógele, que el *menistro*
preso le llevará.

En esos mismos dias colgaba un gallo en la calle y con los ojos vendados, aunque como decian los pisaverdes se quedara sin luz el barrio, le asestaba con un palo diferentes golpes hasta que conseguia matarle, para comerle despues con arroz; sin pensar en que á estas fiestas se aludiria mas tarde cuando se dijera, *arroz y gallo muerto.*

Otro pelele, pero con cara negra, esto es cara de traidor, cara de *Judas*, hacian en todos los barrios de Madrid el Sábado Santo y no le manteaban, sino que le quemaban con gran algazara y gran ruido de panderas y castañuelas. Y aun ese dia tambien llevaban á la hoguera la efigie de una vieja que representaba la Cuaresma y á la cual pintándola con siete piernas, como un pólipo racional, la habian cortado una en cada semana del ayuno. Ceremonia popular que aunque olia á chamusquina y por esto podria hallar disculpa entre los padres graves de la época, no tenia una explicacion muy católica y muchos la encontraban cierta analogía con el *entierro de la sardina*, que era tambien otra diversion de gran fama entonces pero de un gran contrasentido religioso.

No sucedia asi el 3 de mayo, en que la maja ponia un altar en cada esquina y allí bajo un trono de pañuelos de seda y de flores de mano, entre la cara de Dios y el retrato del monarca, se

colocaba ella galana y hermosa como nunca, con los brazos abiertos y haciendo *la cruz de Mayo*, mientras sus amigas acosaban á los transeuntes pidiéndoles, con una gracia que no podia menos de ablandar los bolsillos, un *cuartito para la maja* y otro para *la cruz del tragadero.*

Tambien tragaba cuando el dia de San Eugenio iba á la *romería de las bellotas* y desde ese tiempo en que ya empezaba á comer *chicharrones* y lomo (porque siempre dijo que «en San Andrés mata tu rés, chica ó grande ó como es») hasta el último dia del año, habia mucho de jolgorio, de atracones y de divertimiento.

Dábase el primer redoble de tambores de Natividad el último dia de noviembre y ya apenas habia un momento en que no se oyera por las calles el tamborileo de los muchachos, que iban anunciando el nacimiento del Hijo de Dios, dividiéndose en bandos, muchas veces sangrientos, los del Lavapies y las Vistillas, ó los de Afligidos y el Barquillo. Mientras tanto al honrado covachuelista, al sesudo magistrado y al grave y todo el año circunspecto alcalde del crímen, se le empezaba á alborotar la sangre, se le bailaban los pies, relamíase de regocijo y con el pretexto de los niños, se entretenia en poner por sí mismo un *Belem*; haciendo un peñasco tan propio y colocando las figuras con tanta propiedad, que se le antojaba no haber hecho nada semejante en su vi-

da. Y aun se ponia muy horondo y muy hueco cuando oia decir á su mujer y á sus amigos que tenia una verdadera habilidad y que Dios le habia dado un talento especial para *hacer nacimientos*. En cuanto á los muchachos ¡pobres de ellos si no se hubieran divertido con lo que su padre les ponia para que se divirtieran! No les dejaban acercar al Belem y les decian que bailasen y cantasen desde lejos como los pastores, porque lo demás no tenia gracia. A los chicos les hubiese hecho mas gracia jugar con ello y aun romperlo; pero se limitaban á bailar y á cantar villancicos, admirando el estro poético de su señor padre que sacaba versos con toda facilidad y cuando los chicos querian *echar una copla*, á alguna persona de las que entraban á ver el nacimiento, el padre les soplaba al oido con lo siguiente:

Tengo de echar una copla
por cima de un muladar,
para que Dios dé salud
á la señora que aqui acaba de entrar.

Todos aplaudian la copla y la prontitud con que el chico habia encontrado el consonante y algunos decian que no tenia gracia porque se la habia apuntado su padre. Y asi pasaban alegremente quince dias del año, que daban principio con la famosa *colacion de Noche-buena* y seguian

con el *pavo de Pascua* y las demás solemnidades de la quincena.

Pero el pintor no supo ó no pudo ó no quiso acabar ninguno de esos bocetos y ni siquiera se le hallaron apuntes para otros varios que el lector echará de menos. Unicamente nos dijo, como si fuera una noticia muy rara, que las majas eran mujeres muy devotas; que *su Cristo favorito* era el que está en la capilla de la Misericordia, hospital fundado en 1559 por doña Juana de Austria; que esa imgen, asi lo creian las majas y así lo dice la nota que se lee en la estampa, *fué pintada por el diablo en Malta*; que tras de creer que el diablo no tenia cosa mejor que hacer que irse á Malta á pintar crucifijos, creia que no habia mas Vírgen, ni mas Madre de Dios que la de la *Paloma*; y por último, que cuando pasaba la *Minerva* por su casa, colgaba las ventanas con las mejores telas que tenia en los baules y convidaba á sus amigas diciéndolas:

—Ea, muchachas, *cuajada y baile, que pasa Dios por mi calle.*

Todo esto, como vds. ven, no es decir nada; pero la culpa no es del pintor sino nuestra. Hemos faltado á un deber de amistad, porque el artista no nos autorizó á publicar esos bocetos, sino que por el contrario, nos dijo que solo los tenia para su uso particular y por si algun dia volvian á estar de moda las majas.

Hoy, tiene razon el émulo de Goya, apenas se usan y las pocas que se gastan no las conoceria por hijas suyas la madre que las parió.

Antiguamente se usaban tanto, que hasta en las fiestas reales les estaba reservado un gran papel.

A guisa de bandera nacional las llevaban los señores de la Villa en sus procesiones, bailando y cantando con sus vistosos panderos cuadrados, en los que se veian pintados el oso y el madroño y el *viva el rey*.

Tambien festejaban al monarca por su propia cuenta y voluntad, formando vistosos grupos y alegres danzas, delante del regio alcázar y no defendieron mal su persona cuando tan bizarramente pelearon por su rey, por su patria y su ley, el memorable Dos de Mayo de 1808.

CUADRO CINCUENTA Y DOS.

Al amor de la lumbre.

Cuando me ocurre pensar en la falta de abrigo que tuvieron los hombres de ayer, me maravilla y me pasma el no haberlos encontrado dando diente con diente y aun yertos de frio á todos, suspirando por una chimenea francesa, pensando en las futuras estufas de carbon de piedra, y soñando con los caloríferos de vapor. Imposible parece que se criaran tan robustos y tan sanos, y que alcanzasen tan larga vida, no habiendo conocido ni el traje boaté, ni el edredon de pluma, ni tantos otros abrigos como tenemos los que, despues de haber descubierto cien modos y maneras de viciar y de purificar la atmósfera, hemos inventado el confort para las personas, los capu-

chones para los caballos y los perros chinos y el guano para las plantas.

El carbon de piedra vivia retirado del mundo en las entrañas de la tierra, sin haber descubierto la mision que tenia sobre esta y dejándose enseñar como un ejemplar curioso de piedra negra, en la celda de algun sabio jesuita ó agustino. Tampoco el vapor andaba por callejones de hierro, para abrigar las paredes de las habitaciones, ni el agua hirviendo se dejaba encerrar en tubos de lata, para calentar los piés á las señoras, haciendo confortables los salones y los carruajes.

Vidrieras dobles en las ventanas de los conventos, cuyos huéspedes eran los únicos que conocian el confort, sin haberles ocurrido darle nombre y el resto de las gentes se abrigaban los piés con un felpudo de esparto, ó una piel de carnero y el cuerpo con una manta de Palencia. Pero el fraile, como la monja y los seglares, tenian además de esos caloríferos de ropa, un mueble de abrigo, del cual no podemos dispensarnos de hablar en esta primera parte de nuestra obra, siquiera este cuadro sea un discurso necrológico cuando llegue la hora de escribir la última.

Aludimos al brasero.

No al que encendian los del Santo Tribunal para tostar al prójimo, sino al utensilio ó vaso, que así decia el diccionario de entonces, en

que se echaba carbon ó errax y que de azofar, de hierro ó de barro, era una prenda indispensable en todas las casas. Una prenda de abrigo y al mismo tiempo de union, de paz y de concordia en todas las familias.

El brasero, què produjo mas tarde el calentador para las camas, la escalfeta para las mesas y aun el escalfador para los barberos, era el amigo de confianza en las tertulias, el tercero en los amores, el lazo de union en las disensiones domésticas, el gran ocultador de pláticas amorosas, el centro de todos los placeres caseros; y por decirlo de una vez, el punto de apoyo que habian hallado las gentes de ayer, en el espacio inmenso de los disturbios y de las desavenencias domésticas, entre los parientes naturales y los políticos. Siempre el fuego constituyó el hogar y el hogar fué la base de la familia; pero esta no alcanzó todo su bienestar, ni llegó al apogeo de su dicha hasta que se hubo inventado el brasero. Hasta que el fuego hubo salido de los fogones y de las hornillas, para colocarse en una cazuela de barro ó de metal sobre una tarima de madera circular, no se conoció el amor de la lumbre, que es el amor de los amores.

Recuerdos del brasero y preludios de su descubrimiento, eran la hoguera que el pastor encendia en medio del valle, para tostarse la cara con el vivo resplandor de la llama y asar en el

rescoldo unas patatas y unas bellotas y la chimenea de los lugares, donde el labrador congregaba su familia, para oir algun trozo de doctrina cristiana al cura del pueblo, ó una relacion misteriosa y un cuento de brujas, á la vieja mas decidora de la aldea; y aunque en ambos fuegos ardia el amor de la familia, el brasero ha sido el que ha dado su verdadera importancia á ese amor, fuente de todos los amores.

No trato de hacer aqní un cuadro ni de la cocina del hogar en tiempo de invierno, ni de la fogata de los pastores, porque aunque turbada la calma y el recogimiento de las primeras por el silbido de las locomotoras y amenguada la poesía de las segundas por el túnel que horada la montaña, todavía existen y aun puede verlas el lector cuando le acomode, El brasero, que si no ha desaparecido por completo, está próximo á hacerlo y de todos modos ya no existe bajo el punto de vista que yo pienso examinarle, es el asunto del presente cuadro.

Empezaban sus funciones caseras desde que las criadas, contra lo prevenido por la autoridad, le sacaban á encender al balcon en las primeras horas de la mañana y no acababan hasta que esas mismas mujeres recogian la lumbre de manera que el brasero, que habia apagado durante el dia el fuego de la discordia casera, no produjera por la noche un incendio en la casa. Gasta-

ba el brasero sus primeros ardores en caldear la habitacion y en templar el agua para que se afeitase el señor y en secar los pañales del recien nacido, con un verdadero amor de madre; y en calentar la papilla y en otras faenas análogas; y cuando la señora de la casa habia oido misa y dado una vuelta á sus quehaceres domésticos, hacia su primera visita al brasero, no para sentarse á su lado, ni para urgarle, porque esto decian que era pasar la lumbre sin sustancia, sino para echar una firma. Operacion dificilísima y de gran importancia en aquellos tiempos en que habia pocas personas que supiesen firmar y aun los que sabian hacerlo sobre un papel, no podian ejecutarlo sobre un brasero. Por eso la que era verdadera señora de su casa y enemiga del despilfarro del fuego, le movia por sí propia y aun escondia la badila y solo á ciertas gentes les brindaba, mas de cumplido que de buena voluntad, á que echasen una firma.

Pero por la mañana ella sola las echaba y añadia un puñado de espliego y una cáscara de membrillo y á veces un poco de azúcar; cuyo humo, á la vez que perfumaba la habitacion, calentaba el aire de ella. De manera que una sala en aquellos tiempos, á pesar de sus dimensiones, resultaba abrigada y aun confortable, sin mas que la estera de pleita blanca, un ruedo de esparto en cada balcon y un brasero

con espliego y su camilla para las noches.

Con semejantes elementos pasaban las familias muy bien los inviernos y especialmente de noche, aunque los de cada casa estuviesen solos, se consideraban muy acompañados.

—Yo no sé lo que tiene el brasero, decian aquellas gentes, que aunque esté apagado siempre hace compañía.

A las hijas de familia, solo de noche y eso para hacer labor sobre la camilla, les estaba permitido el acercarse al brasero; porque constantemente les decian sus madres, que era feo el ver una jóven junto á la lumbre y que las chicas debian avergonzarse de tener frio. Los señores mayores eran los únicos que se acercaban al brasero durante el dia y con especialidad despues de comer, por mas que en estos momentos el amor de la lumbre no fuese amor de madre, sino amor de madrastra. Por mas precauciones que tomaban las amas de casa, para que el carbon viniera bien pasado y no hubiese tufo, al amorcillo del fuego se dormian los hombres y arrullando tranquilamente una apoplegía, contestaban cada vez que querian despertarlos—que el amor de la lumbre les daba la vida y que les dejasen estar allí un momento mas.

—Quítate del fuego y vete á dar un paseo que está la tarde muy hermosa, decia la esposa á su cara mitad; mira que el brasero es muy mal-

sano y que tú estás muy expuesto á una apoplegía.

—Ya voy, ya voy, respondia el marido con voz balbuciente, sin abrir los ojos y con esa sonrisa burlona del bienestar congestivo.

Y no se movia hasta que con un sueño y otro habia engruesado la sangre, resecando el cerebro con el calor del brasero; sobre el cual se colocaba la camilla, y encendida la luz y rezado, en latin por supuesto, el Angelus Dómini y el rosario y las devociones particulares de la casa, todos de rodillas, rodeaban el brasero y al amor de la lumbre se ponian las mujeres á hacer labor, los hombres á jugar á las damas y todos á sentir reanimarse con el calor del brasero, sus respectivos amores y muy principalmente el amor de la familia. La cual, antiguamente, no se componia de solo los padres y los hijos y los demás parientes, sino que formaban parte integrante de ella los criados; porque en aquellos tiempos, de servidumbre y opresion, no tenian los criados libertad para separarse de sus señores, ni estos para prescindir de ellos. Asociábanse para gozar los buenos sucesos y lloraban juntos los adversos; de manera que el jóven, que para ganar su sustento tenia que pasar por el dolor de abandonar el hogar paterno, reconocia otra patria potestad, y hallaba otra familia en la de sus amos, si procedia con honradez en el servicio.

La jóven que venia á Madrid en busca de acomodo, no traia recomendacion para un memorialista, ni menos para la agencia de sirvientes, que no existia entonces, sino que acompañada de su madre ó de alguna otra persona de su familia, iba derecha á una casa determinada, donde se entablaba el siguiente diálogo entre el ama de la casa y la madre de la lugareña:

—¿Con que esta es la moza? decia la señora.

—Si señora, nosotras semos para servir á Dios y á su mercé, yo la madre y esta la hija, la que su mercé encomendó al tio Pucheritos.

—¿Al tio Pucheritos?

—Así le icimos por mal nombre al carbonero del lugar que trae el avio todos los años á esta casa.

—¿Y traes buenos ánimos, muchacha? la preguntaba la señora. ¿Qué sabes hacer?

La jóven callaba y no alzaba los ojos del suelo, hasta que su madre decia:

—Mire su mercé, señora; ella... yo voy á ser franca, grandes halbilidades no sabe; ¡para qué se ha de decir una cosa por otra! pero atento á su obligacion, y á barrer y á fregar y... vamos, al avio de una casa, pocas habrá más listas, aunque me esté mal el decirlo.

—Es decir, replicaba la señora, que no sabe hacer nada; porque del gobierno de una casa de

pueblo á una de Madrid, hay una distancia muy grande; pero eso á mí no me importa y casi prefiero que no sepa nada, porque asi podré enseñarla, y hacerla á mis mañas, si ella es dócil y quiere aprender.

—Pus qué tiene que hacer sino deprender todo lo que su mercé la enseñe, que á eso ha venido; y su mercé haga de ella lo que quiera y péguela si es mala, que su mercé es el cuchillo y ella la carne y ya la he dicho que los amos son unos segundos padres.

—Ella no dará lugar á que la peguen ni la regañen, decia el ama sonriendo y mirando á la muchacha con cierto cariño. Y dirigiéndose á la madre, añadia:

—Aquí, si ella se aplica, saldrá el dia de mañana una mujer hecha y derecha, y no verá malos ejemplos, porque mi casa es muy cristiana y de mucho órden, aunque no me esté bien el decirlo, y el mes corriente no le faltará nunca; y si aprende á ganarlo, se le irá subiendo el salario hasta que llegue á veinte reales, como tenia la que se me ha casado ahora, despues de estar á nuestro lado quince años.

Y la señora de la casa se enternecia como pudiera haberlo hecho al recordar la pérdida de un hijo, y cortaba la conversacion mandando á la muchacha que se quitase el pañuelo que traia á la cabeza, disponiendo que almorzara la madre

y volviéndose á su marido y á sus hijos para decirles:

—Me gusta la pinta de esta chica y la madre tiene trazas de ser muy buena cristiana y mujer de su casa, porque aunque pobre viene muy aseada.

Con esto quedaba instalada la lugareña, no para servir, sino para aprender á hacerlo; y la señora de la casa la enseñaba, con una paciencia ejemplarísima, á barrer, á limpiar, á guisar y á coser, cuidando de que una de sus hijas la instruyese en la doctrina cristiana. Y con esto la criada era un individuo más de la familia, que salia á paseo los domingos con sus amos, que rezaba con ellos el rosario, que iba á confesar con la señora todos los meses y que de su salario y las propinas, la compraban la ropa, que la ayudaban á coser las hijas de la señora; y por último, que si no bastaban á corregirla de sus defectos las reprensiones y algun pellizco para que no se durmiese rezando ó haciendo labor, se avisaba al pueblo para que su madre viniera á llevársela.

Con esto la criada iba haciendo su baul para el dia de mañana; enviaba algunos ahorros á sus padres con el carbonero del lugar; y si este no estaba muy distante de la córte, en la fiesta del santo patrono solia ir algun año llevando en su compañía á las señoritas de la casa, que la consideraban como á una hermana. Si andando el

tiempo se enamoraba de algun honrado tendero de comestibles, ó del barbero de la vecindad, el novio empezaba por pedir la mano de la criada á los amos y estos, despues de ver si la boda era conveniente, lo participaban á los padres y se brindaban á ser padrinos de ella.

Esta era la servidumbre en tiempo de la ignorancia y antes de que la civilizacion la hubiese elevado á la categoría de contrato bilateral que hoy tiene.

Al amor de la lumbre, que vivificaba y mantenia sin relajacion los lazos de la familia, se engendraba el cariño de los amos para con los criados y estos, que veian en aquellos la representacion de sus propios padres, los servian con amoroso respeto y hacian por ellos esfuerzos de abnegacion sublime, sin interés alguno y sin pensar que llegaria un dia en que el remedo imperfecto de aquellas virtudes sería objeto de pública licitacion para premiarlas con lotes metálicos. Verdad es que entonces, aunque no se daban premios á la virtud, tampoco se daban bailes en Capellanes, ni se conocia el Ariel, ni el Paraiso. El único paraiso de las criadas de servicio, era la pradera de la Teja, la Vírgen del Puerto ó el Retiro, adonde iban con sus propios amos, no á bailar, que esto solo lo hacian por Navidad y por Carnestolendas en su casa, sino á pasearse y divertirse honestamente.

Al amor de la lumbre, pasaban las familias las noches de los dias de fiesta, oyendo la vida del santo, ó algun capítulo de la *Guia de pecadores* de fray Luis de Granada, y jugando un rato á la Peregila ó á los Tres sietes, y alguna vez, como hemos visto en otros cuadros, se entretenian en juegos de prendas. Pero la prenda de todo era el brasero, símbolo del hogar y de la felicidad doméstica, al cual se arrimaban todos frotándose las manos para ahuyentar el frio y excitar la alegría, y estrechándose y reduciéndose para que cupiesen muchos pies sobre la tarima. Pies masculinos se entiende, porque á las jóvenes les estaba prohibido hacerlo.

Y el brasero, que servia de núcleo á aquellas reuniones, solia ser de hierro con tarima de pino, y la lumbre y la ceniza no eran de oro y de plata, como la que regaló cierto personaje de la córte á una de las primeras actrices de entonces. Suceso histórico que no puedo dispensarme de referir, como verdadero corolario al amor de la lumbre.

Habia en Madrid un duque, casi emparentado con reyes y cuyos estados eran de los mas poderosos de España, el cual, sintiéndose con cierta aficion al teatro, acabó por enamorarse perdidamente de una célebre comedianta. En el portal de la casa en que vivia la dama de las comedias habia, como en otras muchas de la córte, un reta-

blo en el que estaba pintado un Ecce-homo, y cada vez que el duque entraba allí arrojaba un pañuelo á la cara del Divino Señor y subia precipitadamente la escalera, satisfecho de haber pasado sin que la santa efigie le hubiese visto. Asi pasó algun tiempo, gastando el bueno del duque un par de pañuelos en cada visita, cosa que seria muy del agrado del que los encontrara, y un dia, de los mas frios de invierno, en qne el galan buscaba con el amor de la cómica el amor de la lumbre, sintió la falta del brasero y aun reconvino á la dama porque no le habia mandado encender. Díjole esta que no le tenia, y el duque ofreció enviársele al dia siguiente, como en efecto lo hizo. Pero como S. E. era, segun hemos dicho, muy rico y persona muy principal, hacíalo todo como quien era, y no solo envió á su dama un brasero, sino que le mandó tambien la lumbre; pero no lumbre de carbon vegetal, ni de cisco como entonces se usaba, ni de carbon de piedra y cok como ahora se usa, sino de oro y de plata. En un modesto brasero de hierro vació unos cuantos talegos de onzas de oro, con que se formó la brasa, y en derredor una gran cantidad de mejicanos de plata, que hacian la ceniza.

He dicho y repito que este lance es histórico, y digo y no me cansaré de repetir, que la comedianta debió cobrar una gran aficion y tener una gran fé en *el amor de la lumbre*.

CUADRO CINCUENTA Y TRES.

Manolos y chisperos ó el Lavapiés y el Barquillo.

De propósito y no por olvido, que no cabia tenerle en asunto tan gráfico, hemos dejado llegar casi á su término esta historia de lo pasado, sin hablar detenidamente de los habitantes del Sur y del Norte de Madrid, personajes característicos de 1800 y tipos interesantísimos en la presente historia.

En el cuadro de la BANDERA ESPAÑOLA, en el de PAN Y TOROS, en el de FANDANGO Y BROMA, y en otros de este jaez, al poner de relieve á la maja del Rastro y de Maravillas, apenas hemos permitido que se asomara el majo, de ambos hemisferios populares, ni menos hemos querido dar su retrato con el detenimiento que requiere

su importancia histórica. Y á obrar asi no nos ha inducido el juicio equivocado, que las graciosas exageraciones de don Ramon de la Cruz, nos pudieran hacer formar del valeroso habitante de los barrios extremos de la córte, sino que habiendo sido los manolos y los chisperos, los que mas han tardado en rendir las armas y en dejarse coger prisioneros por las ideas modernas, nos ha parecido que para cerrar este gran cuadro de oscurantismo, no habia mejor retrato que el del hombre que mas se ha defendido contra los efectos de la civilizacion. Por otra parte, y esto debe tenerse muy en cuenta, el verdadero pueblo de Madrid le constituian los majos; las demás clases de la sociedad madrileña formaban la córte y eran una poblacion artificial y heterogénea, nacida en derredor del trono y que á donde hubiese mudado su residencia el monarca habria llevado sus hábitos y sus costumbres.

El manolo y el chispero no estaban en ese caso. Madrid habia sido su cuna y Madrid era su patria. Verdad es que la Macarena de Sevilla, el Perchel de Málaga, el Azoguejo de Segovia, la Mantería de Valladolid y la Huerta de Valencia, enviaban algunas de sus mayores celebridades para que tomasen cartas de naturaleza, de vecindad y de oficio, en el gremio, pero los verdaderos tipos del cuadro, los héroes del Lavapies y del Barquillo, eran nacidos y bautizados en San Lo-

renzo ó en San Ildefonso. En estas pilas les ponian la sal, que mas tarde aumentaban con la que traian consigo los de Triana y la Caleta, resultando así tan salados que ya no se les pudria ningun resentimiento en el cuerpo, y para decir su sentir á las gentes lo mismo les daba que se presentasen uno á uno, que á millares y en tropel, como lo hicieron en 1808 los franceses.

¡Pero por ventura los manolos de 1808, no eran hijos del calesero Bernardo y de los que á su lado defendieron la capa larga y el sombrero chambergo contra el ministro Esquilache y aun resistiendo osados al monarca! ¡Y no descendian de los que en todos tiempos habian hecho suyos los agravios del pueblo español, peleando con ejemplar denuedo, lo mismo en pro de los comuneros de Castilla, que contra las huestes del archiduque Cárlos! ¡Pues quien habia de estrañar su heroismo en 1808 y su dignidad en 1812!

No era posible que dejasen de empuñar un fusil y aun de luchar con las uñas el *Dos de Mayo* los que habian oido al tio Geromo Rigores (a) el *tuerto de las Vistillas* contar los esfuerzos que él y los suyos hicieron en el motin contra Esquilache; ni podia esperarse que hicieran otra cosa que dejarse morir de hambre, antes que tomar un bocado de pan de manos de los franceses, los que habian oido referir á sus abuelos las proezas que hicieron ellos y sus mujeres contra los tudescos

partidarios del Archiduque. Pero es la verdad que á pesar de todos esos antecedentes, cuesta trabajo concebir el arrojo y el heroismo del Dos de Mayo, y nunca se comprende, ni menos se admira lo bastante, el patriotismo de los que morian de hambre, rechazando el alimento que les hubiera dado la vida, porque se lo ofrecia una mano extranjera.

En estos rasgos de valor y de patriotismo fueron igualmente dignos de aplauso los habitantes de los barrios altos, que los de los bajos, y manolos y chisperos, á pesar de sus ordinarias rencillas y divisiones, estuvieron perfectamente unidos al luchar por la dignidad y la independencia de la Patria, ó segun nos han dicho los historiadores póstumos, por la libertad y aun casi por la Constitucion. Por supuesto que cuando tales cosas se han dicho, aun eran realistas, por respeto á la memoria de sus padres, los hijos de aquellos manolos que murieron defendiendo al rey y ahora se hallan canonizados como héroes de la libertad, en el calendario de los mártires de la Constitucion.

Pero nosotros los hemos sorprendido mucho antes del año de la *francesada* como ellos decian, y antes por lo tanto de que muchos de ellos muriesen de *carpanta*, que así llamaban al hambre el año 1812, y vamos á decirle al lector lo que eran los habitantes de Lavapies

y el Barquillo, conocidos con el nombre genérico de majos, pero distinguiéndose como ya hemos dicho, los de los barrios altos con el apodo de *chisperos* y los de la parte baja de Madrid, con el de *manolos*. Estos últimos como que eran mucho mas numerosos que los otros, se habian dado algo mas á conocer y eran los que verdaderamente constituian la raza de los majos, en la cual estaban vinculados los oficios de cortador, carnicero, tripicallero, y aun el de tratante y revendedor de frutas de alto precio, y los gremios de zapatería, carpintería menuda, hojalatería y otras artes mecánicas por el estilo, con inclusion de los caleseros, que todos eran manolos, de algunos oficiales, nunca maestros, de sastres, y muchos traperos. El chispero, su nombre derivado de las chispas de la fragua lo indica, aunque ejercía en sus barrios los oficios que el manólo en los suyos, era principalmente herrero y cerrajero.

La Vírgen de la Paloma, el Cristo de los Ajusticiados, el Santo de las parrillas y el Padre de la Providencia, formaban la córte celestial del manolo. La del chispero se llenada toda con la cara de Dios, que para su barriada habia robado en Roma el príncipe Pio y apenas cabian en su calendario la Vírgen de Maravillas, San Anton y San Ildefonso.

Ambas parcialidades echaban el resto y aun

envidaban á descubierto alguna cosa mas, en las fiestas de sus respectivos santos patronos, y se recibian tan cordialmente en sus barrios los unos á los otros, que si en aquellos tiempos hubiese habido *Diarios políticos* no habrian dejado de ponderar el rumbo y el *buen tono*, con que el chispero *hacia los honores* de la plazuela, en la de Aflijidos el Viernes Santo, y los de la calle, en la de Hortaleza el dia de San Anton; diciendo eso mismo y aun algo mas, del manolo, el dia de San Lorenzo y de San Cayetano.

A pesar de esta cordialidad y de estos agasajos, los bandos de Lavapies y del Barquillo, que dieron orígen al precioso sainete de *La venganza del Zurdillo* y los de las Vistillas y Maravillas, reñian mas á menudo de lo que hubiesen querido las autoridades de entonces, y desde niños se apedreaban y se rompian la cabeza con encarnizado arrojo, los manolos y los chisperos, siendo ordinariamente el campo de sus fechorías, muchas veces preparadas con todas las formalidades de los antiguos torneos y justas, la cuesta de la Vega, la de Areneros y el portillo de Gilimon. Tambien si entonces hubiese habido periódicos se habrian anunciado prévia y oportunamente las pedreas, que nunca dejaban de estar concurridas y se habrian dado curiosos pormenores de ellas. Desgraciadamente no existía la *Gacetilla de la capital* y se han perdido los interesantes

detalles de aquellas famosas contiendas. Un pliego de aleluyas, que estas eran las fotografías inmortalizadoras de antaño, es el único documento que nos ha transmitido alguna noticia de semejantes desahogos populares.

Aparte de esas contiendas infantiles, que consentidas y aun apadrinadas por la gente vieja de los respectivos barrios, marcaban perfectamente la rivalidad que habia entre ellos, se notaban otras diferencias entre el modo de ser y la manera de vivir de los manolos y los chisperos; diferencias que mas tarde, cuando los sucesos políticos vinieron á dividir las familias, se hicieron mas ostensibles y trascendentales. La guerra de la Independencia lejos de aumentar la desunion de los bandos manolescos, hizo desaparecer y borró todas las rivalidades de localidad, reuniéndolos á todos contra los franceses, hasta el punto de que en la defensa del Parque, que estaba en territorio de los chisperos, no hubo mas de estos que manolos, y todos pelearon con la misma bravura. Tambien rechazaron con igual indignacion el pedazo de pan que les ofrecía el soldado de Pepe Botellas, que no quisieron llamar de otro modo al monarca intruso, y juntos murieron de hambre los del Rastro y los de Leganitos. Pero mas tarde, en época de que no debiéramos ocuparnos en esta parte de la obra, no sucedió lo mismo. La política que dividió á los manolos y

á los chisperos dentro de sus mismos barrios en *negros* y *serviles* ó en liberales y realistas, los llevó hasta el punto de que aquel mismo pueblo bajo, que escribió con su sangre la página gloriosa del Dos de Mayo, y aquellas gentes que prefirieron ver morir de hambre á sus hijos, antes que darles el alimento que tocaba con sus manos el extranjero, fueron los que once años despues cubrieron de flores el camino que pisaba el mismo ejército francés y abrazaban y permitian que sus mujeres abrazasen, á los soldados invasores; llevándolos en volandas y en son de triunfo y haciendo otras mayores demostraciones de entusiasmo. Y toda esta diferencia, que no hay lógica que baste á explicarla si á los héroes del Dos de Mayo los llamamos héroes constitucionales, consistía en que la primera invasion la hicieron los franceses para quitarles el monarca, y la segunda para restablecerle en el trono.

Pero no todos los chisperos y menos aun los manolos, recibieron á los Angulemas con los brazos abiertos, ni sembrándoles de flores el camino; algunos de los habitantes del Lavapies habian vestido el uniforme de milicianos nacionales, y bastante hacian con esconderse de los *blancos* para que no les pusiesen á palos el cuerpo negro, y solo los serviles, los que se estaban preparando á vestir el uniforme de realistas aunque les llamasen *palomos*, eran los que fraterni-

zaban con los franceses. Y de estos eran casi todos los majos de la parte alta de Madrid. El pueblo madrileño ha tardado mucho en ser liberal, pero los chisperos no solo han tardado, sino que nosotros creemos que han muerto sin haberlo sido.

Los aires del Norte fueron siempre poco constitucionales.

Pero en la época á que nos referimos en este cuadro no habia otras constituciones que las ordenanzas ó estatutos de las comunidades religiosas, y ciertamente que hemos hecho mal en traer aqui semejantes palabras entoncess ubversivas, envenenando la memoria de aquellas pobres gentes con la discordia política.

En esta materia, ni los manolos ni los chisperos tenian formada opinion ninguna, y tal como hallaron el mundo se lo entregaron á sus hijos, encargándoles que se santiguaran y aun que dijesen tres veces Jesus, cuando les hablasen de la revolucion francesa, y que á la Inquisicion chiton, al Rey y á la Patria la vida y la hacienda y á la ley obediencia. Unicamente se permitian en este último punto algunas licencias, que solian pagar bien caras, unas veces perdiendo su libertad, otras el cuero de las espaldas, no pocas dejándose emplumar y aun volteando en el aire y enseñando la lengua por última vez al público.

Pero no eran los majos los que mayor surtido daban á las cárceles ni menos á los presidios, ni

mucho menos al verdugo. Decimos de esta raza madrileña, lo que dijimos al hablar de sus mujeres; se las ha calumniado mucho, porque se ha confundido casi siempre el traje con el individuo. Lo mismo vestian el truhan *picaresco*, para quien todos los pueblos de España eran su patria nativa, que el honrado menestral nacido y criado en la córte; ambos llevaban su chupetin de paño, su chaleco, su faja y sus medias de seda, su sombrero de picos, sus hebillas de plata de martillo y su capa galoneada; pero el uno usaba esas prendas de lujo para lucirlas los dias festivos en la pradera de la Teja, en el corral de las comedias ó en la plaza de toros y el otro para cortejar ó ser cortejado, que esto era lo mas cierto, por alguna caprichosa dama de la córte y para petardear y hacer á la sombra del traje otras varias truhanerías.

El menestral honrado, manolo ó chispero, trabajaba con ahinco cinco dias de la semana y holgaba el domingo, porque era dia de fiesta y el lunes porque debia de asistir á las corridas de toros; diversiones públicas que no se conciben sin la presencia de los majos, cuyo sombrero de calaña en los hombres y la mantilla de franja en las mujeres, ha dejado un vacío irreparable en la plaza de toros.

El *chulo* del toreo, el *toreador*, el *contratista* de caballos y algunos de los *precisos operarios* de las

corridas de toros, pertenecen y han tenido su orígen en la gran familia de los majos, y en la especie conocida con el apodo de la *manolería*, los chisperos apenas han dado un *chulo* á la plaza. Entre los cortadores, los matachines y los chalanes ó tratantes en ganado, estaban los grandes viveros de *diestros* y ninguno de estos oficios se practicaba en la parte alta de Madrid.

Al ocuparnos de la manola hemos elogiado el rumbo, la gracia y el noble desenfado de los majos y no está bien que ahora reproduzcamos sus chistes y sus agudezas, sobre todo tratándose de los hombres que ordinariamente eran callados, porque creian que el sacar la lengua comprometia mas que el sacar la navaja, ó el alzar la mano para sacudir una bofetada, y porque á pesar de no haberse planteado la *organizacion del trabajo*, ni suprimido ciertos dias festivos, en los de labor cumplia cada uno con su deber y no se distraian hablando, ni menos echando un cigarro, porque echaban pocos. El aprendiz no fumaba nunca, el oficial no se atreveria á hacerlo delante de su maestro y si alguno de estos fumaba, era tres ó cuatro veces al dia cuando mucho.

Grande era el respeto que en esto y en todo guardaban los menestrales á sus respectivos superiores en el oficio, y cada maestro era un padre de familia y un verdadero señor de las gentes de su taller. Los oficiales se hacian hermanos

de la cofradía religiosa á que pertenecia su maestro y éste, que tenia algun cargo en la junta gremial de su profesion, les contaba lo que ocurria en ella y le escuchaban como á un oráculo. No les subia el jornal cuando habia trabajos extraordinarios, sino que al acabarse les daba una merienda en el campo y una propina y ¡pobres de ellos si se le hubieran alborotado exijiéndole otra cosa!

A la lotería primitiva jugaban á escote en todos los talleres y repartian religiosamente los premios que alcanzaban, despues de haber retirado unos cuantos reales para poner unas velas de cera al San José ó á la Vírgen de la Soledad que tenian en el taller. Esta lotería era la pasion favorita de aquellas gentes, porque además de que decian y decian muy bien, que un real mas ó menos ni les hacia ricos ni les sacaba de pobres, la emocion que sentian todas las semanas, oyendo gritar el—*á ochavito los fijos de la lotería, á ochavo*, no era para perdida, porque entonces andaban caras y aun así eran pocas las emociones.

Por ese mismo juego le proporcionó una harto triste un albañil á su consorte. Habíale dicho que el dia que le cayese la lotería, dejaria el oficio y pondría la casa con lujo, dándose ambos una vida de príncipes; y la encargó que si alguna vez le veia venir en silla de manos, tuviese por cierto que habia acertado un terno y que podia arrojar los trastos por la ventana. Rióse la

mujer de los propósitos del albañil, porque tenia por imposible acertar tres números en una extraccion, pero con todo esto, como deseaba que su marido acertara, no dejaba de asomarse los dias de sorteo para verle venir; y como una vez lo hiciese en silla de manos, empezó á tirar los muebles á la calle, con no poco asombro de las vecinas y cierto dolor del albañil, al cual no le habia caido la lotería, sino que él se habia caido desde un andamio y se habia quebrado las costillas.

De este suceso se hizo una lámina, que aun anda de venta por Madrid; pero no se colocaba á la puerta de las administraciones de loterías, como otra que representaba varios afortunados mortales, entre ellos un aguador, bailando por haberle tocado un terno. Por supuesto que nada habria perdido la renta de la lotería aunque los aficionados hubiesen visto el cuadro al acercarse á jugar, porque al cabo y al fin, el albañil no habia caido del andamio por ser jugador de lotería; y aunque asi hubiese sido tenia el pueblo de Madrid harto bien puesta la aficion para perderla por un desengaño mas ó menos.

Para suprimir ese juego, y no ciertamente en nombre de la moralidad pública, sino en el de la conveniencia del amo de la casa de juego, se ha necesitado algo mas que una estampa: ha sido preciso un real decreto.

CUADRO CINCUENTA Y CUATRO.

Los gritos de Madrid.

El buen paño en el arca se vende.
(*Consejos de una madre recogida, á una doncella que rabiaba porque algun hombre la recogiera*).

El que calla... no dice nada, y nunca con menos razon que AYER se ha podido pensar que el que calla otorga.

Ni los labradores de 1800, que nada decian al entregar las primicias de sus tierras al fraile que se las decomisaba en las eras, daban su otorgamiento al diezmo mayor, ni porque callaban al dar á los mismos benditos religiosos y por via de *diezmos menores ó minucias*, la mejor porcion de sus aves y de sus rebaños, se puede decir que estaban conformes con aquella langosta cereal y pecuaria.

Tampoco los comerciantes decian esta boca es mia, al ver que la Cámara ó el Tesoro Real, decia esa hacienda es nuestra, declarando el todo ó parte de sus géneros como propiedad sin dueño, y que forzosamente habia de dar en poder del fisco.

Tras de no hallar á la mano otro transporte que el que les ofrecian las naves extranjeras, pagaban una crecida suma al rey, y callaban ellos al oir llamar regalía, á lo que regalaban muy á su pesar.

Hacíanles los votos pagar sendos tributos, y se contentaban con votar á sus solas, pero de manera que no les oyese ni el cuello de la camisa y siempre despues de haber pagado.

No era, sin embargo, todo resignacion ni todo virtud, el silencio mercantil de antaño; tampoco era temor á las mordazas del Santo Oficio, y á la Sala de Alcaldes, sino costumbre de callar; que la costumbre, tú lector lo sabes, la costumbre hace oficios de ley cuando estas andan por las nubes.

El silencio y la reserva con que se hacia el comercio entonces, es una buena prueba de lo que decimos, y de que antaño la raza mercantil no estaba sujeta á las enfermedades que hoy padece.

Hubiéranse desarrollado AYER, las plagas de la abundancia y de la concurrencia, y el comer-

cio de antaño habria, como el de ogaño, puesto el grito en los cielos.

Pero la plétora era una enfermedad poco conocida en las fábricas, y enteramente ignorada en los almacenes, y la lanceta de la publicidad era excusada.

Decirle á un comerciante de antaño que anunciase al público la venta de sus géneros, habria sido peor que llamarle perro judío (ofensa gravísima entonces) y habria contestado de seguro:

—¿Pues qué mis géneros están averiados ó podridos, que necesite pregonarlos para venderlos? No, señor, nada de eso: *el buen paño en el arca se vende.*

Y en el arca se vendia, sin que ni el arca estuviese de muestra.

Para buscar un despacho de tal ó cual género, se necesitaba una guia, que no habia por cierto, y al forastero que pensaba comprar alguna cosa en la córte, le era indispensable valerse de prácticos, que le dijesen la calle en que se vendian los lienzos, los portales de la Plaza en que estaban los almacenes de paños, el barrio en que se albergaban los caldereros, y los puntos que los demás gremios tenian señalados para el despacho de sus mercancías.

Pero aun estas noticias no eran suficientes para encontrar los géneros que se deseaban. Dábanla entonces las mercancías tan de recatadas

y de honestas, que se metian debajo de siete estados de tierra, para no incitar con su desembol-tura el apetito del comprador.

Todas las tiendas ofrecian el mismo aspecto, y en todas ellas parecia que se vendia una misma cosa; á pesar de que los gremios se vigilaban de tal modo, que ningun comerciante era osado á tratar ni vender otra cosa que aquella por la que estaba matriculado.

Para escribir una carta era preciso buscar la tienda en que se vendia el papel y allí preguntar si sabian donde habria plumas; y luego indagar la casa en que se hallarian las obleas, y correr todo Madrid en busca de una botella de tinta, ó llevar un frasquito á casa del tintorero, para que por favor, diese un poco de tinte negro ó pardo, que para el caso era lo mismo.

Y decimos que era preciso andar de tienda en tienda, preguntando si tenian el género que se queria comprar, porque lo mismo se parecia la lonja de sedas á la confitería, que ésta al almacen de paños y al despacho de lienzos.

Todas tenian una entrada sucia con unas puertas de madera vírgen, claveteadas de hierro, y en el suelo el indispensable tragaluz de la cueva, y una estantería de pino en derredor de la habitacion, y un mostrador de nogal, sobre el que hacia palotes el recien llegado mancebo de la tienda; y por último, el indispensable retablito

del santo patron de la casa, que solia ser la Vírgen del Cármen ó San Antonio, con un par de velas que se encendian los sábados y el dia en que al amo le habia salido bien la cuenta.

Los mancebos mayores alternaban con el amo en el despacho, aunque no en la mesa, que él comia solo con su esposa, y para los muchachos se ponia olla aparte; y no crean vds. que olla podrida, sino los garbanzos y algunas cortezas de tocino y un poco de carnero. Y si al doblar los manteles era dia de fiesta solemne, solia tocarles algun desperdicio del estofado de vaca, con que se regalaba el amo. Los demás dias los doblaban con un racimo de uvas ó una rebanada de queso y un pedazo de pan, no muy grande ni muy tierno, porque segun decia el amo de la tienda, el mucho pan embrutece y cuando está reciente lastima la dentadura.

Mancebos tan regalados en la comida, lo eran no menos en el vestir, cuyo aseo nunca permitió que la manga de la chaqueta barriese el mostrador, sino que se quedaba muy atrás de la muñeca, y la chupa no les alcanzaba nunca al estómago; y todo era parco y tímido; siéndolo tanto la capa, que jamás la vió ningun hortera sobre sus hombros.

Profetizando la flamante cadena magnética, iban á cuerpo gentil cogidos por el dedo miñique, todos los domingos á ver las fieras, en el

real sitio del Buen Retiro, ó á jugar al trompo en la pradera de la Teja. Volvian á su casa dos horas antes de anochecer y allí rezaban el rosario con el amo, que como aun no se llamaba principal, ni los mancebos dependientes, solia santiguarles la cara con un bofeton, cada vez que se dormian, y tomarse con ellos otras franquezas por el estilo; entre ellas la de tutearles, apostrofándolos con el espresivo dictado de bárbaros y de zoquetes, y otras lindezas de los rudimentos mercantiles de aquella época.

El muchacho que hacia palotes, barria la tienda y la calle, y llevaba el cesto cuando su amo iba á la compra, y echaba una mano y las dos, aunque tuviera sabañones, á las haciendas del ama, soplando los pucheros y fregando el vidriado.

La contabilidad en esas casas era muy sencilla y exenta de libros y de borradores.

Consistia en tener dos arcas de hierro, la una del capital para compra y reposicion de géneros, y la otra de las utilidades. En la primera, cada vez que el amo hacia pago de alguna letra ó cosa por el estilo, echaba en el arca un papelito en el que tras la consabida señal de la Cruz y con una ortografía deliciosa, se leia lo siguiente: *He sacado veinte y cinco doblones para pagar el azúcar*. Lo mismo hacia con la segunda, de donde sacaba lo necesario para el gasto diario de la ca-

sa, y ponia otro papel que decia: *He sacado de este talego una onza para el gasto del mes—mas veinte reales para pagar el salario de la muchacha—mas dos pesos para Paco el mancebo—mas cien reales por la limosna mensual á los Santos lugares—mas cuatro pesetas que saqué para la pedidera del Cármen—mas tres ducados para el escapulario de la Merced y engarzar el rosario.*

A la criada le daba además del salario, dos cuartos para el almuerzo, que recibia diariamente y en ochavos por mano del ama, que asimismo daba á los mancebos una onza de chocolate, que los mas dias comian cruda con un zoquete de pan. Y si preferian quedarse en ayunas, la guardaban en el cofre para hacer con ella un regalo á la novia.

Pero esto ocurria raras veces, porque los mancebos de las tiendas no se enamoraban ni sabian qué cosa era el amor, hasta que ya eran amos, y como esta dignidad rara vez la adquirian sin esperar á que enviudara el ama, para casarse con ella, no tenian que pensar en ser novios hasta despues de haberse casado.

Eran honrados para con el amo, y mala cuenta les habria tenido no serlo, porque todos los dias sufrian un escrupuloso registro, que terminaba por aplicarles un soplamocos, si les hallaban una sola pieza de dos cuartos en el bolsillo, despidiéndolos y pasando aviso á to-

das las tiendas del gremio, en el caso de reincidencia.

Hé ahí lo que eran los mancebos de las tiendas, antes de soñar en que algun dia podian llegar á llamarse dependientes y á comer en la fonda y á bailar en el Ariel y á vestir de manera que nadie al verlos el dia de fiesta en la calle, adivine que el resto de la semana son figuras de medio cuerpo, las que con tanto lujo visten el cuerpo entero.

Pero dejemos á los horteras enseñando el busto detrás del mostrador y cerrando la puerta de la tienda á la hora de comer y á la de siesta, y creyendo que no es su casa la que necesita vender, sino el público el que no puede dejar de ir á comprar, que harto les sacarán de su engañoso letargo los mercados extranjeros. Y puesto que ellos nada anuncian ni nada pregonan, figurémonos que nada tienen de venta y oigamos los gritos y las voces de los primeros paladines de la publicidad en 1800.

Oigamos *los gritos del Madrid de ayer*; los que pasaron á la posteridad en un pliego de aleluyas y en unos excelentes grabados, de que se ocupó nada menos que la calcografía de la Imprenta Real.

El librero era hombre que lo entendia y no anunciaba la venta de su género por medio de rótulos ni de carteles. Sabia que la generalidad

de las gentes no tenian tratos con el abecedario, y se valia de la pintura para pregonar su comercio.

Unas fajas encarnadas y amarillas, que así parecian libros como ladrillos ó libras de chocolate, pintadas en el quicio de la puerta, eran indicio seguro de que la tienda lo era de librería. Si alguna vez ponia algun anuncio en el *Diario*, era de libros en latin ó cosa de iglesia, porque harto sabia el librero que los curas no dejaban de saber leer, y aun de leer algunos el *Diario*.

Los gritos de este periódico eran proporcionados á su estatura; se contentaba con anunciar todos los dias pérdidas de rosarios, y hallazgos de reliquias, sin que por las primeras ofreciesen retribucion al que las entregara, ni entonasen un *Te Deum*, porque el que se habia hallado una cosa que no era suya, quisiera restituirla á su legítimo dueño. Eran los anuncios de hallazgo muy frecuentes y no estaban los hombres tan civilizados que se asombraran de la buena fé y de la honradez de sus semejantes.

Tambien *el sugeto instruido en el manejo de botica* y que deseaba acomodarse en aquel *ejercicio* (1), daba su grito en el *Diario*, y asimismo le

(1) ¡Aun no era ciencia ni arte ni siquiera oficio! Era una ocupacion cualquiera; un ejercicio como el del embotellador de vinos ó cosa semejante. Lastimoso seria el estado en que hallaron la física y la química á su hija predilecta la farmacia. Harto

daba el que se creia apto para el ejercicio de la pluma y el *manejo de papeles*; manejadores que escaseaban mucho y cuya aparicion era casi tenida por un milagro.

Los *festeros* y cofrades eran los únicos que gritaban muy alto, haciéndose oir en las esquinas por medio de carteles, en las plazas valiéndose de edictos y pregones, y en las columnas del *Diario* reproduciendo el texto de los carteles.

Tambien se pregonaba el *sacerdote*, que graduado *in utroque* deseaba encargarse de la educacion de uno ó dos niños, instruyéndolos en alguna de *ambas facultades* ó en la poesía. Estos anuncios eran muy frecuentes y tampoco escaseaban los de jóvenes que tenian nociones de latin y sabian ayudar á misa y *dar aire al órgano*, solicitando entrar de sacristanes ó monaguillos.

Finalmente, el fósforo, antes de ser prohibido por *considerarse de ninguna utilidad*, dió algunos gritos en el *Diario*, anunciando que se vendia á veinte reales cada frasquito y que servia *para sacar fuego de pronto*.

Los tenderos de comestibles ponian el grito sobre la puerta de su casa, por medio de un rótu-

lo prueba el que para medrar alguna cosa ha tenido que matar á todos aquellos mozos instruidos en el manejo de la botica; y si no ha llegado á donde debe, es porque aun viven algunos de ellos.

lo, en el que se leia con no poco trabajo: *tienda de mercería*, esto es, de cosas menudas.

El *tintorero*, acudia como el vendedor de libros á los colores para exhalar sus ayes, y dos retazos de bayeta, uno amarillo y otro encarnado que colgaba á la puerta, indicaban que allí se teñia y se reteñia de todos colores, con no mucha fijeza de color por cierto. Pero de esto no tenian la culpa los quita-manchas y los tintoreros, sino la química, que haciendo cuarentena en el lazareto del Santo Oficio, no pudo llegar á tiempo de darles algunos consejos.

Algunos otros industriales se valian de esa clase de anuncios, entre ellos el colchonero, que clavaba uno en la pared por via de muestra; el zapatero de viejo, que con un trozo de bota y media chancla, atados á una caña de escoba, daba el grito á los que tuvieran necesidad de componer el calzado; el sillero, que colgaba en la pared un sofá, con gran riesgo de los que pasaban por la calle; y por último, el prendero, cuyo pendon mercantil era un palo con un manojo de trapos en la punta.

La única exposicion de la industria española, era la que se tenia perpétua en el Rastro, de todos los restos de las pasadas grandezas humanas y que á la vez que procuraba grandes ganancias á los vendedores, era un excelente archivo histórico para los eruditos de la época.

Pero ninguno de esos satélites de la publicidad de 1800, pregonaba sus mercancías como lo hacian los vendedores ambulantes, que eran los que formaban el verdadero comercio. Los que se habian anticipado á conocer, que aunque el paño sea bueno, para venderle es preciso sacarle del arca y enseñarle y pregonar su calidad y su baratura, estos eran los únicos gritos mercantiles de antaño.

El *sereno* pasaba la noche gritando la hora, para que el hombre que dormia acudiese á tomar de valde el mejor y mas productivo de los capitales; la mercancía mas universal aun que el oro, con permiso de los economistas. Y cuanto mas gritaba el sereno, menos caso hacian de sus voces ni menos se cuidaban de su mercancía.

Con el alba salian á la calle las *buñoleras*, mezclando su grito de á *ochavo y á cuarto calentitos* (y solian ir cubiertos de una capa de nieve), con el del diligente valenciano, que pregonaba el *agua sevá*, ó con la ruda voz del serrano, que vendia la *leche* de ovejas, por medio de un grito convencional, que nada decia pero que nadie dejaba de entender.

Mas tarde iban entrando por las puertas de la córte, los *foncarraleros como manteca—los coloraos y frescos tomates—las judías como la seda* (pero seda cristiana)—*el repollo como escarola—las manchegas y las gallegas*, patatas de las huer-

tas de Madrid—*las calabazas á cuarto y tres en dos cuartos—los chorizos de Leganés*, (á cuyo grito se ponia el boticario á machacar cien quintales de quina, y buscaba el médico la receta de las tercianas)—los de *á cala y á cata*, y otra porcion de frutas y verduras, cuya venta estacional empezaba siempre con la licencia del corregidor; y asi los gritos venian á ser el verdadero calendario de los pobres.

Sin que el termómetro empezase á bajar, no se permitia que las manolas diesen el grito de *ca qui hay arveyanas nuevas, arveyanas... como la leche arveyanas fresquitas*; ni menos que el burro manchego entrase cargado de ruedos gritando, *¿ruedo?* ni que el palentino pregonara las *mantas de Palen...* quedándosele siempre atragantada la sílaba final. Era preciso que el cuarenta de mayo estuviese próximo, para que el gallardo fresero (de cuya existencia nada se volvia á saber en todo el año) pudiera atravesar las calles anunciando su mercancía; ni menos que los *toledanos* se diesen por *maduritos*, si aun estaban por madurar, ni las *garrafales de Toro* y *de Arenas* y las *mollares*, ni ninguna otra fruta, á cuyos primeros gritos tambien se consolaba el médico y se sonreia de gozo el boticario.

Cuando andaban los *cebaos y gordos* por las calles, ya se sabia que estaba cerca el nacimiento del Hijo de Dios; nadie ignoraba que era dia

de vigilia al oir pregonar la *espinaca como albahaca*, y los de Jarama *vivitos*, y para saber que habia resucitado el Señor, bastaba oir gritar *¡el medio cabrito!..*,

A esas voces estacionales, se juntaba el *i... qui... rabanú...*; reloj que marcaba perfectamente la hora del medio dia, y otro grito que no cesaba en toda la mañana diciendo, *la sebera... ¿hay algo é sebo que vender?...* Y el del hombre que compraba *trapo y yerro viejo...* y el otro que decia á *¡componer... tenajas y artesones... barreños, platos y fuentes!* Grito que iba derecho á la conciencia de las fregatrices, pero mas derecho aun al bolsillo de los amos. Y ya se sabia que iba concluyendo la tarde, cuando la aldeana de Fuencarral andaba de casa en casa diciendo... *¿quién me saca de guevera?...*

El *amolaooor...* tras del cual por ser francés ó parecerlo, solian ir siempre los muchachos gritándole, aquello de «el carro español y el burro francés,» —el *¡sarteneroooo!*—el *santi boniti barati*, cuyos santos solian ser algunos perros de yeso, ó las cuatro partes del mundo, ó cosa por el estilo,—el *rosariero*, que iba engarzando rosarios y vendia ratoneras y jaulas para grillos, y otra multitud de voces que á todas horas estaban en el aire, y que no enumeramos por no ser molestos, eran los verdaderos *gritos de Madrid*.

Los únicos síntomas de la publicidad, que

mas tarde habia de acudir á Guttemberg para no desgañitarse gritando, y cuyo hijo bastardo el charlatanismo, no perdona hoy esquina, puerta, balcon, ni ventana, á donde no se asome para desquitarse de lo que dejó de gritar su madre.

El pliego de aleluyas que hemos citado antes, y en el que estaban representados todos los gritos de Madrid en 1800, le hemos buscado con empeño y nos ha sido imposible hallarle.

La generacion actual no quiere saber nada de la de AYER, y ha ahogado esos gritos, rompiendo por lo visto las láminas de madera, que tanto dieron á ganar á la estampera que vivia en la plazuela del Gato.

¡Si quisiera Dios que hiciera lo mismo con otros resabios, verdaderamente nocivos, que la quedan aun y con otros que quiere adquirir de nuevo!

Pero no nos metamos en terreno vedado; ya se acerca la hora de pintar los cuadros de HOY y allí podremos decir... lo que podamos, y aun tendremos que besar la mano y dar las gracias.

¡Pues qué se figuran vds. que todas las vigilias y todas las abstinencias fueron de AYER!... ¡Qué disparate! aun tenemos HOY muchos santos que nos hagan ayunar.

CUADRO FINAL.

EL TESTAMENTO DE AYER.

Ultima y postrimera voluntad del Excelentísimo, Ilustrísimo y Reverendísimo señor don CANDIDO RETROCESO, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de don SILVESTRE TERROR y de doña BARBARA MORDAZA, Gran cruz de la FE, Comendador de la INOCENCIA, Señor de las vidas y haciendas de sus semejantes, duque del STATU QUO, conde del OBSCURANTISMO, marqués del PRIVILEGIO y baron de la SERVIDUMBRE, etc., etc., etc:, etc., etc.

Bien habrás hecho, querido lector, si has repasado una, dos y tres veces, los cuadros de este museo de AYER, y harta razon has tenido si has extrañado la falta del lienzo mas importante de la coleccion; del personaje verdaderamente gráfico de 1800; del único cuya sombra, aun

muerto el cuerpo que la producia, se aparece constantemente á nuestros poetas contemporáneos, y sale al teatro todas las noches, con medias de seda negra, aunque sin pantorrillas debajo, zapatos con hebilla dorada, espadin de acero, casaca y chupa negra, corbatin blánco, sombrero de picos y gafas verdes con herraje de plata.

Bien sé que esperabas verle cruzar las Gradas de San Felipe, seguido de la indispensable acémila de sus legajos, para ver si habia allí alguno á quien tuviera que notificar; y no para notificarle, sino para correr á su casa á aprovechar la ocasion de poner una *diligencia en busca*; tambien en la Madrugada de 1808 creias tropezarle en la calle, corriendo con el ministro de justicia, á coger encamado al prójimo y requerirle de *ejecucion* ó cosa semejante; no pensarias nunca que yo dejase de sacarle á relucir en el Corral de las comedias, *sugiriendo* providencias al alcalde, presidente de la funcion; en la casa mortuoria se te habrá antojado un crímen su falta; sin su presencia no tendrás por legítimo ni valedero el Monjio ni la Misa nueva; y en suma, todos los cuadros te habrán parecido incompletos, faltando en ellos el hombre apergaminado y seco, trípode de unas gafas de plata, y ostra perenne del infólio de pergamino.

En las Vísperas de un viaje, le vistes cruzar

rápidamente el cuadro y traté de que no se detuviera, porque..... la verdad, lector, no tenia aun la confianza que ahora tengo, para hacerte el retrato de esa cosa, que la justicia humana llama *fé pública*, el vulgo *escribano* y el vulgo mas vulgo *protocolo*.

¿Te acuerdas del lienzo que tenia dispuesto y que te anuncié con el título de la MILICIA DEL DIABLO? Pues allí pensaba darte no uno, sino muchos, una legion entera de escribanos; pero tuve miedo, y no á sus uñas, que aunque le volvieron á crecer desde que se las cortó Quevedo, HOY apenas le alcanzan para hacer un ligero arañazo. Por tí fué por quien temí desenterrar semejante momia de los negros y sucios escombros de aquellas madrigueras, en que su voluminoso y rico *protocolo*, servia de alimento á los bichos mas inmundos de la tierra, y de veneno á los seres mas inocentes de la creacion. ¿Qué hubieras dicho si á la vista de los elegantes edificios que HOY embellecen los alrededores del antiguo templo de la Almudena, te presentára las raquíticas chozas, en cuyo piso bajo y aun en las cuevas, se albergaba AYER la fé pública?

¡Cuántas justas recriminaciones no me habrias hecho si entre los elegantes alumnos de la curia moderna te hubiese enseñado los grotescos satélites de la antigua milicia del Diablo!

El escribano, de indispensable vista torcida, á pesar de las indispensables gafas; el letrado ergotista, que con el *otrosi* en la boca y el rapé en las narices, tenia hecho su alimento diario; el agente embustero; el procurador ardilla; el juez encurtido, á fuerza de estar avinagrado; y por último, el que tenia la habilidad de llegar siempre el primero para apremiar al último, el ministro de justicia, el corchete.

¡Con cuánta razon, repito, no te habrias quejado de mí, si antes de ahora te hubiese traido esa legion de diablos!

Y no he dejado de hacerlo porque ellos no estuviesen prontos, que lo estaban y mucho á dejarse retratar, sino porque temia que una vez entrados en esta coleccion los satélites de la curia, ya no habriamos podido hacer nada en paz.

Una sola vez que hubiésemos dejado entrar el *ante mí*, todo habria pasado ante ellos; nada ante el público para quien escribo los presentes cuadros.

Habríanme obligado á escribir en papel del sello real, y á sacar copias legalizadas para los suscritores de provincias; y en suma, cualquiera de aquellos escribanos, acostumbrados á decir que—*sobre sus costillas nada, y sobre su conciencia todo*, se hubiesen hecho dueños de la coleccion.

Esta es la razon que hemos tenido para es-

perar al último momento; á la hora final del AYER, que va á exhalar el postrer suspiro de su ardiente FE, en los incrédulos brazos del segundo tercio del sigloXIX.

Va á morir la sociedad creyente de antaño, y es preciso que llevemos á la cabecera de su lecho mortuorio, el martinete de la fé pública, si no queremos que muera intestada, y se hallen los herederos envueltos en un litigio de á fólio.

Mucho nos duele sacar á la luz pública al escribano de AYER, pero nos decidimos á hacerlo huyendo de tropezar con un abintestato, porque entonces..... ¡Dios sabe lo que sucederia! Deja el año 1800 hijos de su doble matrimonio con doña *Preocupacion* y con doña *Mordaza*, y aunque ambas familias están bien enseñadas á callar, tendriamos necesidad de jueces y de abogados y de curadores *ad litem* y seria un pleito interminable.

Malo es, tan malo que no puede ser peor, habérselas con un escribano; pero peor seria que se nos viniera encima toda la curia.

Al cabo y al fin, si nos santiguamos y hacemos la cruz y rociamos la lengua y la pluma con agua bendita, bien podemos acercarnos sin temor á la escribanía.

Estará cerrrada, pero no importa; poco tardará en venir un mancebo cargado de legajos, que dejará en el suelo, y sacando del bolsillo

una enorme llave, abrirá el candado que cierra la puerta, y caten vds. que ya esta abierta la escribanía.

Si oyen vds. al entrar ruido de pisadas menudas, no se asusten; son los ratones que han pasado la noche y parte del dia registrando protocolos y corren á esconderse, por no parecer oficiosos á los ojos del escribano y de los clientes que mas tarde acudirán á buscarle.

Si el escribano tiene la despreocupacion de valerse de un gato y le da licencia para cazar en aquel soto, el gato se hace el distraido, porque no cree encontrar mendrugos en cama de galgos. ¡Buenos serán los tales ratones, dice el animalito hablando consigo propio, cuando al cabo del tiempo que llevan royendo estos protocolos aun no han reventado!

Y el gato tiene razon para pensar asi, porque hay en aquel archivo mas veneno del que á primera vista parece.

Pero un gato ni dos en una escribanía de antaño, sobre ser insuficientes para desalojar la curia ratonil, habria parecido una redundancia á la mayor parte de las gentes.

Era por lo tanto excusado buscarle en ninguna de ellas, y sin embargo, nosotros solo podemos asegurar que no le habia en la de número, de don Chrisóstomo Abolengo y Abirato de Fideicomiso, que todos estos apellidos y otros

tantos mas, engarzaba el notario en el intrincado geroglífico de su rúbrica para la cual, y sea esto dicho de paso, en todos los escritos reservaba el último medio pliego.

No tenia la tienda de don Chrisóstomo mas luz que la que recibia por la puerta, ni su adorno consistia en otra cosa que en cuatro tablas de pino, que sostenidas en la pared por cuatro cuerdas de cáñamo, ostentaban una riquísima coleccion de añejos infólios manuscritos, en cueros vivos los mas y cubiertos algunos con un pedazo de badana ó un cacho de pergamino y á veces un retazo de hule.

Semejante rústica biblioteca, festoneada y hecha una criba por el gremio ratonil, constituia la riqueza de don Chrisóstomo, y formaba su verdadera delicia.

El protocolo era su Dios, su rey y su patria. Cuando se despertaba, soñando que le habia aumentado en cien fojas mas siquiera, se volvia á dormir para volver á gozar tan dulce ensueño; y á imitacion del avaro que cada año escatima algun gasto para acrecentar su tesoro, don Chrisóstomo aumentaba su protocolo encargando á los muchachos que ensanchasen la letra, con el santo fin de ocupar mayor número de planas y porque decia que un escrito gana mucho cuando se copia con caractéres grandes y claros.

Sus amados colegas, que no le iban en zaga

y en ese punto eran capaces de copiar la bula de la Santa Cruzada, le daban por ello mucha broma, y aseguraban que habiéndole mandado en cierta ocasion hacer el inventario de los efectos halllados en casa de un procesado, escribió lo siguiente:

«Y entrando en una pieza enjalbegada, de treinta piés de largo por veinte de aucho, hallé varios estantes ó armarios, al parecer de pino, pintados de color de canela ó chocolate, todos llenos de libros; y mandé al alguacil, fulano de tal, de quien mas arriba dejo hecha mencion en debida forma, que me los fuese acercando uno á uno; y cumplida que fué la dicha mi órden, por el dicho alguacil, fulano de tal, el primer volúmen que me entregó estaba forrado en pasta al parecer usada; y abierto por mí, el citado libro, ví que constaba de 900 hojas ó sean 1800 páginas ó fólios, y era una version, en castellano de la *Sagrada Biblia*, que á la letra copio y dice así.....»

Y á ser verdad lo que decian sus compañeros, don Chrisóstomo copió la Biblia.

Pero nosotros no creemos que llegase á tanto su aficion al consumo del papel sellado, sino que ese cuento y otros muchos, los inventaron por el gran detenimiento con que hacia todas las diligencias de su oficio. Por lo demás, tenia gran fama de hombre de bien, cosa que á él mismo le

sorprendia bastante, por lo caro que vendia el público ese género á las gentes de su profesion, y nunca le alcanzaba el tiempo para dar cima al mucho trabajo que le daba su numerosa parroquia.

Esta circunstancia le hacia parecer menos diligente de lo que era en realidad, y algunos creian que postergaba ciertos negocios, cuando lo que hacia no era otra cosa que dividirlos en preferentes y no preferentes.

De los primeros eran siempre los testamentos y apenas le daban aviso de que alguien le buscaba, para que *diese fé* de su última voluntad, arrojaba cuanto tenia en la mano y corria con mas diligencia que las bombas de la villa al toque de incendio.

Por eso apenas supo que se veia en peligro de muerte la sociedad de la fé, y que el año de 1800 queria testar, sin detenerse á completar una resma de papel sellado, con poco mas de media que tenia sobre la mesa, cargó á uno de sus mancebos, y corrió á casa de don Cándido Retroceso.

Entró en la habitacion del enfermo, preguntando como de costumbre—quién era el que se queria morir— y cuando el paciente se hubo dado por aludido, le dijo sonriendo:

—Supongo que vd es mayor de catorce años, y que *está vivo* y no está loco, ni privado de enagenar bienes, ni sordo... ni...

—No señor, le interrumpió el enfermo asombrado, no estoy sino en mi sano juicio.

—Así lo creo, replicó el escribano, pero es deber mio informarme de todo eso, como asimismo de si es vd. ciego, ó hereje, ó está en rehenes...

—No tengo ninguna de esas tachas, dijo el paciente, á Dios gracias, y quisiera que vd. abreviase, porque me siento morir por instantes.

—Pierda vd. cuidado, que no se tardará un siglo y ójala que le viviéramos todos los presentes; pero no se puede prescindir de ciertas formalidades en estos casos, que son de los mas graves de la profesion. Yo hago testamentos por amor á la humanidad y no por otra cosa, porque se compromete mucho la conciencia. Yo no sé si vd. sabrá lo que se cuenta de aquel escribano que fué llamado á una casa para autorizar un testamento escrito.

—No señor, no lo sé, contestó el enfermo.

—Pues señor, llegó el bueno de mi escribano á la casa y le dijeron los parientes del testador, que entrase corriendo porque el enfermo iba perdiendo el habla, pero que alli estaba escrito lo poco que habia podido hablar, para que el escribano le fuese preguntando. Hízolo asi mi compañero, y observando que al leer las mandas el enfermo no hacia mas que mover la cabeza afirmativamente, sospechó algun fraude, y observó que por debajo

de la cama tiraban de un cordel, perfectamente oculto entre las sábanas, y siguió leyendo como si nada hubiera visto; pero queriendo á su vez sacar partido de aquella tramoya dijo:—¿Es cierto que al escribano, en pago de sus buenos servicios, le deja vd. el quinto de sus bienes?—Y como la cabeza permaneciese inmóvil, el escribano dijo á los herederos:—Señores, hablemos claros, ó se tira del cordel para todos ó para ninguno.

Sonrióse el enfermo con el cuento del escribano, y éste, que ya habia tomado posesion de una mesa, instaló en ella al mancebo y le dijo:

—Corta la pluma gruesecita, que ya sabes que no me gusta la letra menuda, haz la cruz de costumbre y escribe lo de cajon.

Y volviéndose al enfermo añadió:

—¡Supongo que en la protesta de la fé y demás cosas de fórmula no tendremos dificultad!... ¡Usted será!...

—Cristiano viejo, dijo el enfermo, católico, apostólico, romano, y de ningun error sospechoso, que vivo y quiero morir en la santa religion que me dieron mis padres.

—No se incomode vd. mas, repuso el escribano; escribe, chico.

Y el chico escribió lo siguiente:

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, que vive y reina por

siempre jamás amen. Sépase por esta pública escritura de testamento, última y postrera voluntad, como yo Cándido Retroceso, hijo legítimo del Terror y de la Mordaza, vecinos de la ciudad de la Inocencia y yo de la aldea del Obscurantismo, estando en mi buen juicio y entendimiento natural, aunque enfermo en la cama, de la enfermedad que Dios Nuestro Señor ha sido servido de darme, creyendo, como firmemente creo, en el Misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en lo que manda la Iglesia Cathólica Apostólica Romana, debajo de la cual fée y creencia, protexto vivir y morir; y temiéndome de la muerte como cosa natural á toda criatura viviente, y deseando poner mi alma en carrera de salvacion, la encomiendo á mi Dios y Señor Jesucristo, que la crió y formó de la nada á su imágen y semejanza; que habiendo yo sido ingrato, sin mirar mi bajeza, se dignó vestirse de carne humana, encarnando en las virginales entrañas de la Santísima Vírgen María Nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser, de donde nació á este mundo, quedando vírgen antes del parto, en el parto y despues del parto; y en él padeció treinta y tres años excesivos trabajos, hasta morir en la Cruz de donde fué descendido y puestó en el sepulcro, y resucitó al tercero dia y está

sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, de donde ha de venir á juzgar vivos y muertos; y al Padre Eterno, rey de la Gloria, criador de todas las cosas, le pido patrocine y ampare mi alma y reciba en satisfaccion de mis pecados la muchedumbre de los méritos de la santísima vida, pasion y muerte de mi Señor Jesucristo y al Espíritu Santo consolador, le suplico aliente y vivifique mi alma; y en efecto, Padre Unigénito, Hijo Unigénito y Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo: yo, postrado á los piés de vuestra divina misericordia, os suplico mireis mi alma como cosa vuestra y ahuyenteis de mí las asechanzas del enemigo, para que no logre sus vanos intentos, y conozco que por hijo vuestro consigo lo que él perdió por enemigo y obstinado, y pongo por abogada á la Sacratísima Vírgen María, madre de mi Señor Jesucristo, que es la entrada á la gloria por donde es preciso entre el que hubiere de gozar de ella, y al glorioso Angel de mi Guarda, á los cuales suplico alisten mi alma debajo de su bandera y la hagan marchar en su santa compañía, y que en ella entre en la celestial Jerusalen, adonde sin defecto alabe y sirva á Dios, por todos los siglos de los siglos. Y asimismo pongo por mi intercesor y guarda y medianero, al glorioso bienaventurado apóstol San Pedro, á quien Dios fué servido señalarme por mi patron y abogado

en este mundo, y al glorioso y esclarecido precursor San Juan Bautista y á los demás santos que están gozando de la gloria; y con esta divina invocacion hago y ordeno mi testamento, última y postrimera, definitiva, libre, legítima y única valedera voluntad, en la forma y manera siguiente:

»Mando, que cuando fuere la divina voluntad que yo fallezca, mi cuerpo sea sepultado en la iglesia monasterio de Corpus Christi, que el vulgo llama de las Carboneras (1) para que la santa imágen de María Santísima, en el misterio purísimo de la Inmaculada Concepcion, ampare mi alma y la libre de las garras del enemigo malo.

»Mando, cien doblones á los clérigos menores, para que en el altar de Porta-œli, se me digan quinientas misas de San Gregorio, que valiendo cada una de ellas por cinco de las ordinarias, resultarán á mi alma dos mil quinientas misas.

»Item mando, que el dia de mi muerte, si fuere hora á propósito, se lleve una expléndida comida á los religiosos de San Cayetano, hijos de la Providencia.

»Mando asimismo á las mandas forzosas y acostumbradas, y á los Santos Lugares de Jeru-

(1) Fray Joséf de Canalejas, religioso francisco descalzo, regaló á este convento de Gerónimas descalzas, la imágen que se conserva en el altar mayor, y por haberla hallado en una *carbonera*, dá el vulgo este nombre al convento.

salen, cien mil reales á todas ellas, con que las aparto del derecho que puedan tener á mis bienes.

»Item mando, treinta mil reales á los religiosos basilios de esta córte, para que el dia de Navidad puedan celebrar con holgura la famosa ceremonia del *chocolate de San Basilio* (1).

»Item mando, que á mis sobrinos los traigan sus padres vestidos de frailecitos, para que tomando aficion á la vida religiosa, puedan mas fácilmente alcanzar el favor divino, y tocados en

(1) Acostumbraban los frailes de San Basilio, á quebrantar el ayuno el dia de Noche-buena, tomando, despues de la colacion y antes de asistir á cantar los maitines, un opíparo chocolate, que se servia en la celda del abad. Y siéndolo en el convento de Madrid, el año 1801, el doctor fray don Francisco Navarro Belluga, trató de suprimir semejante francachela, apoyándose en que no lo habia visto consignado en ninguno de los estatutos de la órden, ni menos constaba en ningun breve pontificio, segun querian suponer los frailes. Pero estos insistieron, y ya casi á punto de amotinarse contra el abad, éste les llevó á su celda, y en dobles jícaras de chocolate, con doble racion de dulces, bizcochos, tortas y empanadas, les sirvió el llamado chocolate de San Basilio; y cuando le presentaron la primera jícara para que diese principio al banquete, la rechazó diciendo:

—Una costumbre injustificable, y cuyo orígen nadie conoce, no me hará quebrantar el ayuno que me impone la Iglesia católica y mi regla.

Los frailes se dieron por ofendidos, pero no desairaron el chocolate, ni dejaron al dia siguiente y al otro, y al otro, hasta la fiesta de los Reyes, de ir á la celda de los padres graves, á repetir la broma del llamado chocolate de San Basilio.

el corazon, abracen algun dia la vida contemplativa, para ser en ella modelos de perfeccion y verdaderos siervos del Crucificado.

»Y si los dichos mis sobrinos tuvieren inclinacion á hacerse clérigos, les hago donacion perpétua de las capellanías de mi propiedad, siempre que su vocacion sea sincera y no les mueva á recibir las sagradas órdenes el deseo de pasar una vida cómoda y regalada, alucinados por los errores del vulgo ó por el ejemplo de algunos sacerdotes indignos.

»Y asimismo les prevengo, que si sus merecimientos en el estado eclesiástico les hicieren llegar á la alta dignidad del arcedianato en este arzobispado, no dejen ningun año de asistir á celebrar la *misa del Gallo* en la catedral de Toledo, pues no es de perder la limosna de sesenta mil reales que vale esa misa; y si ellos no la necesitaren mejor será que la distribuyan á los pobres (1).

»Item mando, diez mil ducados á mi prima doña Belem, para en el caso que conservase la vocacion de vestir estameña; y mando asimismo

(1) El doctor don Matías Robles, arcediano titular de Toledo, juez auditor del Consejo de la Rota, y Sumiller de cortina de S. M., no quiso asistir nunca á celebrar la misa del Gallo; dejando por lo tanto, de percibir los sesenta mil reales de la limosna, y se quedaba ese dia como los demás del año, en su magnífica casa de la calle del Amor de Dios, que aun hoy se conoce con el nombre de *Casa del arcediano*.

que la entreguen mis chupas de raso, para que con ellas pueda hacer acericos, bolsas y relicarios, cuando Dios quiera que se consagre á su santo servicio. Y la mando que mientras tanto, cuando saliere en público, alce los ojos del suelo, segura de que la pureza del alma no se pierde por levantar la vista al cielo...»

—Esa maña, dijo el escribano interrumpiendo al testador, la han aprendido las mujeres de los hijos de Loyola. Los padres de la Compañía nunca miran de frente.

—Y sin embargo, lo ven todo, antes que vd. y que yo, replicó el enfermo.

—De poco les serviria esa doble vista, si en cada reino hubiese un monarca como nuestro difunto Cárlos III (que Dios tenga en su santa gloria) dijo el escribano.

—Amen, respondió el testador.

Y continuó diciendo:

Item mando, dos de mis mejores mulas al padre *Sillero* del convento de Valparaiso, para que pueda con mas comodidad recorrer las paneras y hacer su acostumbrada visita á los colonos de sus quince granjas y nueve pesquerías (1).

(1) En los conventos de monjes bernardos habia un fraile, especie de síndico, procurador ó mayordomo, que iba recorriendo las haciendas en una litera ó silla de manos, llevada por dos mulas, y le llamaban por esta razon el padre *sillero*.

»Mando tambien al convento del Escorial los cinco gatos del uso de esta mi casa, sin que por ellos abonen los frailes cosa alguna á mis herederos; antes bien, quiero que se los lleven allí libres de todo gasto (1).

»Item mando, que si alguno de mis herederos quisiere *pasar á las Indias*, con pensamiento de *hacer fortuna*, sea obligado á destinar el quinto de la que trajere, á la fundacion de una obra pia cualquiera. Y si el gobierno de S. M. (que Dios guarde) le quisiere obligar al pago del tanto por ciento para la Real Hacienda, por el dinero que desembarque, lo dé con sumision y obediencia, sin hallar en esa exaccion un pretexto para ir á enriquecer las provincias meridionales de Francia, cuyo gobierno es tan tonto que nada pide al que le lleva dinero.

»A mi primo el abate, le mando que suspenda su oficio de tal, hasta que se averigue si sirven para otra cosa los abates que para hacer reir en las tertulias, vestir de una manera extrafalaria, y ser tenidos por perpétuos cortejadores de

(1) En el convento del Escorial, habia un fraile destinado á cuidar de lo que llamaban la *Bodega de los cien gatos*, y el ejército que estaba á sus órdenes llegó á contar trescientas plazas en los primeros años de este siglo. Daba el fraile una peseta y una montera llena de higos por cada gato, é igual suma de dinero y media montera de higos por las gatas, con cuyo aliciente los muchachos del pueblo siempre andaban robando gatos.

mujeres y muebles desocupados en el tocador de las damas.

»Hago igual encargo á mis tios los maestrantes; y prohibo á mis hermanos que tomen el hábito en ninguna de las órdenes militares, hasta que suene de nuevo la hora de montar á caballo para alguna cruzada.

»Item mando, que si algun individuo de mi familia se viese inquietado por el enemigo malo, le ahuyente con toda clase de oraciones, y antes que llegue á tener completo pacto con el diablo, acuda á un religioso de ejemplar vida y costumbres, para que le aplique los exorcismos de nuestra Santa Madre Iglesia.

»Es asimismo mi voluntad que en las villas y lugares de mi señorío se suprima la dotacion del maestro de escuela, por haber observado que el *entretenimiento* de leer y escribir, distrae á los mozos de las labores del campo, y porque creo que la impiedad se acrece á medida que aumenta la aficion á la lectura.»

—En eso no estamos conformes, interrumpió el escribano, yo creo que la enseñanza es muy conveniente.

—Para el triunfo de la maldad, replicó el enfermo.

—Para el de la razon, repuso el escribano.

—¿Va vd. de tertulia á alguna librería? dijo el enfermo sonriendo.

— Sí señor; suelo entrar algun rato en la de la viuda de Esparza, pero ordinariamente voy á la botillería

—¡Con que librería y café!

—Sí señor.

—Vaya, lo que se llama un filósofo completo... Siga vd., siga usted escribiendo.

—No entiendo lo que quiere vd. decir.

—Ni le hace á vd. falta entenderlo... ¡Ello dirá! Pida vd. á Dios que le deje vivir una docena de años, y si el gobierno no se pone un poco sobre sí, mandando cerrar las escuelas, y haciendo autos de fé con muchos de los libros que andan por ahí, ya verá vd. lo que es bueno.

El escribano se encogió de hombros, creyendo que el enfermo iba perdiendo la razon, y trató de cerrar el testamento, al que añadió algunas otras mandas el paciente, terminándole por fin de esta manera:

»Y para cumplir y pagar este mi testamento, mandas y legados en él contenidos, dejo y nombro por mis testamentarios á doña Fé Ciega, mi señora y mujer, y á don Silencio Forzado y á don Próspero Real y á cada uno *in solidum*, á los que doy poder en bastante forma para que luego que yo fallezca entren en todos mis bienes muebles raices, etc., etc.

»Y por este revoco y anulo y doy por de ningun valor y efecto otro cualquier testamento,

codicilo ó poder para testar, que antes haya hecho y otorgado, por escrito ó de palabra, que quiero que ninguno valga ni haga fé en juicio ni fuera de él, salvo este que al presente otorgo, que quiero valga por mi testamento, postrimera y última voluntad, ó como mas haya lugar en derecho. Y así lo otorgo ante el presente escribano, don Chrisóstomo Abolengo y Abirato de Fideicomiso y testigos, etc., etc.»

CODICILO.

Facilmente habrá comprendido el lector, que hombre que se hallaba con tantas ganas de hablar, no estaba tan cerca de morir, y asi sucedió en efecto.

Don Cándido Retroceso, sobrevivió siete años á su testamento y en el de 1808, en que, como ya hemos dicho en otra parte de esta obra, fiado en su aparente robustez, se acostó á dormir dejando abierta la ventana que daba sobre los Pirineos, una pulmonía francesa, complicada con algo de gastro-enciclopeditis y reumatismo filosófico, le quitó la vida, resultando inficionada la sangre de todos sus descendientes.

Y como no fué el mal tan fulminante que no le permitiera dar una mano á sus negocios, llamó de nuevo al notario y le dictó su codicilo, en

el que no alteró nada del testamento primitivo, sino que le dejó en toda su fuerza y vigor.

No dispuso nuevas mandas y se limitó á hacer una reseña del estado en que dejaba sus negocios, en la córte y fuera de ella.

«Apúnteme vd., dijo, señor escribano, que dejo á la España en el mismo sitio y lugar en que estaba á la muerte del último monarca, el señor rey don Cárlos III, sin que la córte haya dado un solo paso para ir á buscar á las capitales de provincia, ni estas se hayan movido para salir á recibirla.

»Item, dejo á los puertos de mar dando el ¿quién vive? á las mercancías extranjeras y diciendo ¡atrás, paisano! á los géneros del reino que quieren salir en busca de compradores.

»Item, dejo á los españoles cruzados de brazos, esperando las *flotas americanas* que ha rechazado nuestro gobierno, y que los franceses reciben con los brazos abiertos; y disputándose todos el derecho de *sobrinage* hácia un tio que les han dicho que está en las Indias.

»Item, dejo á la industria aguardando la vuelta de un velocífero tirado por un par de bueyes, que há mas de un mes fué al puerto de mar á traerle algunas herramientas y útiles para el trabajo.

»Item, dejo á las ciencias pudriéndose en los calabozos del Santo Oficio, sin que los filósofos

ni los químicos, sepan nada de lo que pasa por el mundo.

»Item, dejo á los habitantes de la córte silbando y apedreando y llamando *nacion*, á un pobre extranjero que ha cometido el crímen de ser el primero en cubrirse la cabeza con un sombrero redondo.

»Dejo, asimismo, á los habitantes de las aldeas con la boca abierta, siempre que se trata de algun objeto cuya impresion les debe entrar por los ojos.

»Item, dejo un púlpito en cada plaza y un beaterio en cada esquina, sin que por ello se haya enmendado el pueblo, ni disminuido su largo capítulo de culpas.

»Dejo tambien á los frailes saliendo en rogativa cuando llueve, aunque cobrando el diezmo llueva ó no llueva, sin que los labradores dejen de pagarlo siempre, á pesar del refran que dice: «del diezmo de Dios quita dos, y si puedes quita nueve.»

»Item, dejo, que no es poco dejar, vinculadas las propiedades, amayorazgadas las rentas, y en manos muertas los mejores bienes del reino.

»Item, dejo las armas y las letras nadando en la sangre azul de los que, sin acreditar su nobleza, no hubiesen podido dejar de ser pobres por medio de una toga ó de una espada.

»Dejo á los castellanos disputando porque su honradez y no otra sea la proverbial; satisfechos los andaluces con que no haya quien se tenga por mas decidor ni mas gracioso que ellos; á los vizcainos contentos de haber probado que son mas tercos que los aragoneses; á estos riñendo con todo el que dice que hay mas Dios y mas Santa María que la Vírgen del Pilar; á los catalanes diciendo que su industria va á asombrar el mundo; á los valencianos cultivando el arroz, y acariciando el trabuco; á los gallegos llorando cuando llueve por si dejará de llover, y llorando despues que ha llovido; y á los extremeños riéndose de que haya quien quiera estar grueso como ellos no comiendo sino legumbres y ensaladas. Las carreteras mientras tanto no tienen quien las incomode; y los caminos se están sin que nadie los haga desempeñar su oficio.

»Item, dejo á los transportes andando á hora y media por legua, y riéndose de los que dicen que pronto andarán legua y media por hora; dejo tambien al pensamiento retrocediendo nueve millas por minuto en las galeras de la Inquisicion; á las ciencias en el almacen de comisos; á las artes sesteando á la sombra de los pinares y de los robles, dando pasto á la carpintería de grueso calibre; á las matemáticas sudando en el martinete de los teólogos; y á la industria, esperando mejores tiempos, la dejo dormida en los

brazos de los rosarieros y fabricantes de ratoneras y jaulas para grillos.

»Dejo á la agricultura con el anatema de relapsa, é inscrita en el catálogo de los espíritus rebeldes, como la química y las ciencias naturales, todas por atentatorias á los secretos del Supremo Hacedor.

»Item, dejo los alrededores de la córte despojados y limpios de árboles, para que los vientos del puerto purifiquen el mal olor de los pozos, la basura de las calles, el olor de las mondas de la parroquia, y otras muchas plagas, á las que ya el gobierno de S. M. (Q. D. G.) ha provisto, mandando que sus vasallos cierren los ojos, aprieten los dientes y se tapen las narices.

»Y dejo por último, añadió lanzando un hondo suspiro, todo lo que va dicho en la primera parte de esta obra.»

Dijo y dejó de existir. . . . . .

El escribano que se disponia á cerrar el codicilo, oyó el galopar de los caballos franceses, y luego el cañon de los vencedores de Austerlitz, y se dió á correr asustado, diciendo:

—Esto va de veras.

Y ya en el portal del denunciado palacio del AYER, abrió de nuevo el tintero de la fé pública y sobre la rodilla, con pulso trémulo escribió lo siguiente:

«Yo el infrascripto escribano, etc., doy fé de que hoy dia de la fecha he visto muerto y al parecer cadáver y al parecer difunto, á don Cándido Retroceso (alias) AYER ó *la Sociedad de la Fé en* 1800.»

Y es fama que al salir de la casa iba cantando bajito esta copla:

Loco estaba el mundo
cien años atrás
loco le encontramos
loco seguirá.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

CATALOGO

de los cuadros comprendidos en esta primera sala del Museo de AYER, HOY Y MAÑANA.

Cuadros.		Págs.
XXVI...	Las carreras en 1800.	7
XXVII...	La letra con sangre entra..	13
XXVIII...	La carrera de mayorazgo.	23
XXIX....	Los pollos de 1800.	37
XXX....	La milicia de Dios, la milicia del rey y la milicia del diablo.	51
XXXI...	Un dominé de ayer.	61
XXXII...	Lógicos, metafísicos, y físicos éthicos, ó los filósofos de 1800.	81
XXXIII...	El estudiante de Alcalá.	87
XXXIV...	Un misacantano..	111
XXXV...	Un monjío..	119
XXXVI...	Una bandolera.	131
XXXVII..	La privanza en 1800.	147
XXXVIII.	Un hombre de Estado en bruto..	161
XXXIX..	Las covachuelas reales.	171
XL.....	El casero de antaño..	187
XLI.....	La beata Clara..	213

Cuadros.		Págs
XLII. . . .	Casa, agua, leña, médico, cirujano, botica y guantes.	239
XLIII. . . .	El calendario de los reposteros ó las festividades de los platos de leche.	249
XLIV. . . .	El Santo Oficio no es oficio santo.	265
XLV. . . .	Los trapitos de cristianar..	279
XLVI. . . .	Los cuarteles de la sangre azul ó la España en cuarterones..	289
XLVII. . .	La oratoria del pulmon ó el púlpito en 1800.	303
LVIII. . . .	El erudito, el literato y la marisabidilla. . . .	325
XLIX. . . .	Bandera española.	335
L.	Pan y toros. . . . . , . . .	349
LI.	Fandango y broma y arda la casa toda.. . . .	361
LII. . . . ,	Al amor de la lumbre..	375
LIII.	Manolos y chisperos ó el Lavapies y el Barquillo..	389
LIV.	Los gritos de Madrid.	403
	Cuadro final.—El testamento de ayer.. . . .	419
	El codicilo.	441

LS
F6337a

Flores, Antonio
Ayer, hoy y mañana. Vol. 2.

456936

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED